LA MATANZA DE KATYN

THOMAS URBAN

HISTORIA DEL MAYOR CRIMEN SOVIÉTICO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LA MATANZA DE KATYN

THOMAS URBAN

HISTORIA DEL MAYOR CRIMEN SOVIÉTICO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La masacre de 22 000 oficiales y funcionarios polacos en el bosque de Katyn y otros territorios de la Unión Soviética fue uno de los crímenes de guerra más terroríficos del siglo XX.

Durante décadas, la autoría de este despiadado asesinato en masa fue polémica: ¿Fue la policía secreta de Stalin en la primavera de 1940 o los ocupantes alemanes en el verano de 1941? No fue hasta cincuenta años después cuando el Kremlin reconoció uno de los peores crímenes de la historia soviética.

Sobre la base de los documentos originales, el periodista e historiador alemán Thomas Urban reconstruye, en el 80 aniversario de los acontecimientos, el crimen y la guerra propagandística de los grandes poderes, que no sólo incluyó mentiras y falsificaciones, sino también el asesinato de testigos incómodos.

Un libro necesario, conmovedor y esclarecedor sobre uno los episodios más terribles y dramáticos de la Segunda Guerra Mundial.

Thomas Urban

La matanza de Katyn

Historia del mayor crimen soviético de la Segunda Guerra Mundial

ePub r1.0
Titivillus 16.10.2020

Título original: *Katyn*
Thomas Urban, 2015
Traducción: Anónimo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

Katyn es uno de los crímenes de guerra más ominosos del siglo XX, un asesinato en masa que tuvo un impacto poderoso y duradero en la memoria colectiva. Pero la aniquilación de unos 4.000 oficiales polacos —la mayoría de ellos reservistas con carreras académicas— por la policía secreta de Stalin en la primavera de 1940 fue mucho más que un crimen de guerra. El nombre de este pequeño pueblo en el oeste de Rusia representa el intento de Stalin de exterminar a la clase dominante polaca, para extender su sistema totalitario de la Unión Soviética a Polonia. La orden del Kremlin no solo afectó a Katyn, sino también a otros lugares donde murieron, en total, unos 25.000 oficiales e intelectuales polacos.

Katyn también representa la mentira como un elemento central del sistema construido por Lenin y Stalin, que puso patas arriba todas las categorías morales: los que hablaban de la autoría soviética eran perseguidos como calumniadores, castigados y, en el peor de los casos, liquidados. Sobre todo a causa de la mentira de Katyn, el sistema impuesto por Moscú por la fuerza, llamado socialismo, no pudo instaurarse en la sociedad polaca. Más allá de la historia conflictiva de las relaciones polaco-rusas, la palabra Katyn también significa la búsqueda de la verdad frente a la mentira, la libertad contra la opresión, la cultura y la civilización contra la fuerza bruta y el asesinato.

La lucha por la «verdad sobre Katyn» se convirtió en una constante en el movimiento disidente y democrático polaco, del que surgió el sindicato Solidarność. A esta lucha se le dio un carácter sagrado y se situó a Katyn como el lugar donde el mal absoluto destruyó el bien, la flor de la nación. Este acontecimiento se convirtió aún más en un mito cuando el avión presindencial polaco se estrelló cerca de Smolensk en 2010, en su camino

hacia la conmemoración del septuagésimo aniversario de la masacre de Katyn.

En la búsqueda de los motivos hay dos posiciones enfrentadas: en Polonia, en particular, se considera que fue un genocidio, mientras que algunos historiadores de Europa occidental y Norteamérica lo tienen por un asesinato de clase. Sin embargo, pueden plantearse objeciones a estas interpretaciones: Stalin también había deportado a las profundidades de la Unión Soviética a decenas de miles de polacos, que eran pequeños campesinos o simples trabajadores, es decir, miembros de las «clases» que, según la doctrina socialista, se convertirían en las clases dominantes.

La importancia de las categorías étnicas y nacionales en el pensamiento de Stalin se manifiesta en algunas de sus afirmaciones y, sobre todo, en sus acciones: él certificó que los polacos y los rusos eran «la misma sangre», es decir, la sangre eslava. Aunque era georgiano, abrazó las ideas paneslavas. Los rusos eran el «mayor de todos los pueblos de la Unión Soviética», lo que no se entendía solo cuantitativamente, sino que era un eco de la «tercera Roma» de la Iglesia ortodoxa rusa.

Stalin se jactó ante los representantes del gobierno polaco en el exilio de que quería destruir a los nacionalistas ucranianos, amigos, supuestamente, de los alemanes. En lo que a su élite cultural se refiere, logró grandes progresos. Reclamó poder sobre los ucranianos que vivían en ese momento en el este de Polonia, que habían sido ciudadanos polacos antes de la guerra y cuya patria nunca perteneció a Rusia. Una de las consecuencias derivadas a largo plazo de esta brutal política respecto a los ucranianos es el sangriento conflicto que hay entre Moscú y Kiev en la actualidad.

Stalin deportó a grupos étnicos enteros, como los alemanes del Volga, los chechenos y los tártaros de Crimea. Como desconfiaba de los otros pueblos, colocó a los rusos en posiciones clave en todas las repúblicas soviéticas y estados satélites. El mariscal soviético Konstantin Rokossowski se convirtió en ministro de Defensa polaco, una humillación para los ciudadanos de este país.

En sus escritos ideológicos, Stalin justificaba la solución de los problemas políticos a través de la violencia con las enseñanzas de Karl Marx, como ya lo había hecho el revolucionario Lenin. Stalin y los

miembros del Politburó que estuvieron involucrados en la orden de arresto de Katyn vieron enemigos por todas partes y su pensamiento determinó distintas teorías de la conspiración, fiel al lema de Lenin que rezaba «¿Quién a quién? ¿Quién derrotará a quién?». La persecución de una misión social en el sentido en el que lo hacía Lenin, aparte de asegurar su propia posición de poder, resulta controvertida entre los historiadores. ¿Fue la fascinación patológica por el asesinato y la energía criminal ilimitada, fueron las fantasías de omnipotencia o fueron los fríos cálculos los que los impulsaron? Probablemente un poco de todo. Ahora se considera probado que Stalin fue un paranoico y que el jefe de su servicio secreto, Beria, tenía rasgos perversos. En esa época, los líderes soviéticos reclamaban el derecho a decidir sobre la vida y la muerte de los oponentes reales, potenciales y supuestos. Aparentemente, también estaban convencidos de que habían hecho algo necesario en el caso Katyn.

Los sucesores de Stalin, de una manera mucho más moderada, reclamaron también el derecho a dictar a sus ciudadanos la forma de pensar, de vivir, y el de enviar a los disidentes al Gulag o a las clínicas psiquiátricas, aceptando que sus oponentes no sobrevivirían allí. Sus servicios secretos tampoco estaban sujetos a ningún control social, eran instrumentos de terror, aunque mucho menos exhaustivos y también más predecibles.

Pero mientras Lenin predicaba abiertamente el «terror rojo», mientras que la prensa bolchevique hacía campaña indisimulada a favor de la aniquilación de los capitalistas, zaristas y sacerdotes, el régimen totalitario de Stalin se dio la apariencia de un estado constitucional: la constitución, las elecciones, los procedimientos judiciales y los acuerdos internacionales imitaron a los de los estados democráticos. El esfuerzo orwelliano que se puso en el engaño y la propaganda eran enormes, especialmente en el caso Katyn.

Incluso el último líder soviético, Mijaíl Gorbachov, que intentó en vano modernizar el gigantesco imperio, se aferró a esta mentira durante mucho tiempo, aun teniendo un mejor acceso a la información. Solo mucho tiempo después de haber perdido el control sobre el desarrollo de los acontecimientos, admitió al menos parte de la verdad. Pero era demasiado

tarde para mantener a los polacos en el bloque del Este. Katyn resultó ser una bomba que había tardado demasiado en explotar. Parte de la tragedia del fracasado reformista Gorbachov es que sus políticas hayan hecho posible enfrentar los lados oscuros de la historia soviética. La avalancha de informes sobre crímenes encargados por el Partido Comunista socavó toda la legitimidad de su gobierno.

Este libro se basa en todos los testimonios de testigos oculares, documentos y análisis del destino de los prisioneros de guerra polacos. La mayoría de ellos se publicaron en Polonia, y una parte considerable en Rusia. En el caso de Katyn, el Kremlin dirigido por Vladimir Putin intentó construir una comunidad de víctimas ruso-polacas; según esta comunidad, muchos ciudadanos soviéticos fueron asesinados en la era de Stalin y están enterrados en el mismo bosque que los oficiales polacos. En Polonia, sin embargo, estos discursos de Putin no se consideran un paso hacia la reconciliación, sino un intento de negar la responsabilidad de Rusia como sucesora legal de la Unión Soviética.

En los libros de texto rusos, Katyn no aparece tampoco como muestra del terror soviético en los territorios anexionados durante la posguerra y en los países ocupados. Más bien, se acusa a los polacos, los bálticos, los ucranianos occidentales y otros pueblos del antiguo bloque soviético de ser ingratos con Moscú tras pagar el Ejército Rojo un alto precio de sangre por librarlos del «yugo hitleriano». En la Rusia actual, se oculta casi por completo que los soldados del Ejército Rojo también se comportaron como ocupantes groseros y que los servicios secretos de Moscú dirigieron un régimen de terror estalinista en casi toda Europa del Este en los años de la posguerra, con deportaciones e incontables asesinatos políticos.

Este libro también examina la confrontación de los Aliados Occidentales con Katyn, que no fue un asunto menor: influyó en la relación del primer ministro británico Churchill y del presidente de Estados Unidos, Roosevelt, con Stalin. En los últimos años, varios miles de páginas de una investigación del Congreso de Estados Unidos se han hecho accesibles, y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Londres también ha publicado una documentación exhaustiva en Internet. El descubrimiento de las fosas comunes por los alemanes en la primavera de 1943, cuando la guerra, a

pesar de Stalingrado, parecía lejos de estar decidida, exigió que Gran Bretaña, como potencia protectora del gobierno polaco en el exilio, así como Estados Unidos, adoptaran una postura. El gobierno polaco en el exilio acusó a la Unión Soviética del crimen, amenazando con crear un grave conflicto entre los adversarios de la Alemania nazi.

Tanto Churchill como Roosevelt optaron por la realpolitik: la coalición anti-Hitler no debía peligrar bajo ninguna circunstancia, por consiguiente aislaron al gobierno polaco en el exilio. En la memoria colectiva de los polacos quedó que esto fue cínico e inmoral, una traición que precedió a la aún mayor de Yalta, cuando las potencias occidentales aprobaron el futuro poder de Stalin sobre Europa oriental antes del final de la guerra.

Los documentos crean una imagen más diferenciada: Roosevelt y sus más importantes consejeros estaban firmemente convencidos de la sinceridad de Stalin («Tío Joe»), eran ciegos e ingenuos. En contraste con ellos, Churchill no se hacía ilusiones sobre el carácter y los objetivos del régimen soviético. Pero él y sus expertos de Europa del Este no vieron una imagen clara de lo que sucedió en Katyn. Recibieron los informes alemanes con escepticismo, porque fue el ministro de Propaganda, Goebbels, conocido por sus gigantescas mentiras, quien impulsó la campaña de Katyn. Esta se basó principalmente en los informes de dos médicos forenses, también de dudosa reputación: uno era un oficial superior de las SS, el otro presidente de una asociación médica nacionalsocialista. Además, los expertos británicos se dieron cuenta inmediatamente de que Goebbels quería abrir una brecha entre los Aliados.

Por primera vez, este libro también examina la función de los informes sobre Katyn en la política mediática del régimen franquista. Tras el descubrimiento de las fosas comunes en 1943, Madrid apoyó inicialmente la campaña alemana, pero luego dio un giro de 180 grados porque el Ministerio de Asuntos Exteriores español llegó a la conclusión de que Alemania perdería la guerra. El primer libro sobre Katyn no fue publicado en el Reich alemán ni en la Polonia ocupada en 1943, sino en la España de Franco. Pero con el cambio en la política exterior de Madrid, se olvidó rápidamente y no fue conocido por los historiadores internacionales.

En las dos primeras décadas después de la guerra, en la República Federal de Alemania aparecieron numerosos artículos sobre Katyn que pueden ser leídos como justificación para el ataque de la Wehrmacht contra la Unión Soviética: se propagó la opinión de que Stalin era bárbaro no solo con su propia gente, sino también con los pueblos vecinos; por lo tanto, era importante proteger a Occidente de los bolcheviques. Pero esta ola de artículos desapareció cuando, como resultado de los juicios de Auschwitz a mediados de los años sesenta, se inició un gran debate sobre la culpabilidad de los alemanes. Más y más informes sobre la política de la tierra quemada, sobre las masacres de civiles, sobre el destino de los prisioneros de guerra soviéticos ocuparon al público alemán.

Por consiguiente el crimen de Katyn no sirve para relativizar la guerra alemana de aniquilación en Europa del Este. Todo lo contrario: Katyn no puede distraer de los crímenes nacionalsocialistas. Esta sentencia proviene de Rudolf-Christoph von Gersdorff, quien, como oficial de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro en la región de Smolensk, supervisó la exhumación de las víctimas, y que, junto con el teniente Fabian von Schlabrendorff llevó a cabo dos intentos de eliminar a Hitler mediante un atentado con bomba. Ambos cumplieron un papel muy importante al paralizar el plan soviético de culpar a los alemanes por Katyn en los juicios de Núremberg. Si este plan hubiera tenido éxito habría sido la culminación de la mentira de Katyn. Aparentemente no faltaba mucho. Por primera vez este libro presenta el papel de los dos conocidos miembros de la resistencia alemana contra Hitler en las batallas por la verdad sobre Katyn.

Durante mis veinticuatro años como corresponsal a orillas del Vístula, el Dniéper y en Moscú, he relatado en repetidas ocasiones las investigaciones del crimen de Katyn. Hablé con el prelado Stanisław Niedzielak, que había fundado una asociación ilegal de familiares de las víctimas durante la época de la República Popular Polaca. Poco después fue asesinado, presumiblemente por la policía secreta. Formé parte de la delegación de prensa que en noviembre de 1989, dos semanas después de la caída del Muro de Berlín, acompañó al primer ministro polaco Tadeusz Mazowiecki, el intelectual de Solidarność, al bosque cubierto de nieve de Katyn. La helada era tan severa que el agua y el vino se congelaban en el

cáliz durante la misa por los muertos. Pero el sacerdote polaco estaba preparado: llevaba una botellita de vodka con él y añadió unas gotas.

En Moscú, hablé con fiscales e historiadores. Un tío abuelo de mi esposa Ewa, cuya familia procede de la antigua ciudad polaca de Tarnopol, hoy el Ternopil ucraniano, está en la lista de víctimas. Por eso participamos en reuniones y conferencias de la asociación de familiares de los oficiales asesinados. Entre las víctimas del accidente aéreo de Smolensk se encontraban algunos de nuestros conocidos de este círculo. Este libro también está dedicado a ellos.

1. ATAQUE DESDE EL OESTE Y EL ESTE

El 17 de septiembre de 1939, el Ejército Rojo cruzó la frontera oriental de Polonia en un amplio frente. La cúpula militar de Varsovia, que durante diecisiete días se había concentrado en los ataques de la Wehrmacht, quedó completamente sorprendida. Al principio, el gobierno incluso opinaba que los rusos debían de acudir en ayuda de los polacos. El embajador soviético en Varsovia había contribuido al equívoco: unos días antes había sugerido que se podría organizar el envío de suministros para las fuerzas armadas polacas a través del territorio soviético.[1]

En Varsovia no vieron este engaño. A las tropas polacas en el este del país se les ordenó no luchar contra el Ejército Rojo. Pero los rusos trataron a los polacos como enemigos. Los aviones soviéticos lanzaron panfletos llamando a los soldados polacos a desarmar y matar a sus oficiales. Como no les hicieron caso, el servicio secreto soviético, NKVD, tomó medidas por sí mismo: disparó a docenas de oficiales polacos que no habían presentado resistencia y negociaban la entrega de sus guarniciones.[2]

Se atacaron ciudades y pueblos, aunque no fuera militarmente necesario. El Ejército Rojo, al igual que la Wehrmacht, dejó un rastro de destrucción en sus bombardeos de Polonia. El 22 de septiembre tuvo lugar en Brest-Litowsk un desfile conjunto de las tropas alemanas y soviéticas. El gobierno polaco y el mando del ejército ya se habían retirado a Rumanía en ese momento.

La partición de Polonia se acordó en el Protocolo Adicional Secreto del Pacto de No Agresión germano-soviético, que el ministro de Relaciones Exteriores Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Mólotov, comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, firmaron en el Kremlin el 24 de agosto de 1939, en presencia de Josef Stalin. El Kremlin había eliminado así las

últimas inhibiciones de Hitler para iniciar la guerra contra sus vecinos del este y del oeste. De esta manera, la Unión Soviética frustró los esfuerzos del gobierno británico para neutralizar la Alemania nazi a través de una red de tratados entre estados vecinos. Stalin comentó sobre los primeros éxitos de la Wehrmacht, que había invadido Polonia el 1 de septiembre de 1939, que con la derrota polaca desaparecería «otro estado fascista».

En la madrugada del 17 de septiembre, cuando el Ejército Rojo ya estaba en la frontera polaco-soviética, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Moscú citó urgentemente al embajador polaco Wacław Grzybowski. A las dos de la madrugada, el subalterno de Mólotov Vladimir Potiomkin leyó al diplomático la nota que invalidaba el pacto polaco-soviético de no agresión de 1932. Potiomkin, especialista en hebreo antiguo, era un viejo compañero de armas de Stalin. Ahora le dijo al embajador Grzybowski que el estado polaco se había desintegrado con la huida del gobierno a Rumanía. Por lo tanto, la Unión Soviética consideraba que era su deber proteger a la población ucraniana y bielorrusa en el territorio del antiguo estado polaco. Grzybowski protestó y se negó a aceptar la nota.

A las 04.00 horas los tanques y los cañones del Ejército Rojo pasaron la frontera. Dos semanas después se rompió la resistencia de las últimas unidades polacas que habían comenzado la lucha a pesar de las instrucciones de Varsovia. Poco después, sobre el reparto de Polonia entre la Unión Soviética y Alemania Mólotov escribió que el «bastardo de Versalles» había desaparecido.

El milagro del Vístula

En la primavera de 1919, la Conferencia de Versalles había concedido al estado polaco, que había resurgido solo unos meses antes tras 123 años de división, un gran aumento del territorio a expensas del Reich alemán. Sin embargo, la cuestión de la frontera oriental de Polonia había permanecido abierta, ya que las batallas seguían teniendo lugar en esta parte de Europa. Todavía había contingentes del Reichswehr allí, y la guerra civil rusa se desató entre las unidades blancas y el Ejército Rojo. Las tropas polacas y ucranianas también lucharon entre sí.

Utilizando mapas de las fronteras lingüísticas, el ministro de Asuntos Exteriores británico George Curzon propuso como futura frontera oriental de Polonia una línea que seguía en gran medida el curso de los ríos Bug y San. Pero el mariscal Józef Piłsudski, comandante en jefe de las fuerzas armadas polacas, buscó una confederación dirigida por Varsovia que incluyera a Lituania y a gran parte de Bielorrusia y Ucrania. Pensaba en un renacimiento de la antigua gran potencia europea Polonia-Lituania que en la segunda mitad del siglo XVIII entró en una gran crisis y estaba dividida por sus vecinos Prusia, Austria y Rusia.

Piłsudski rechazó la línea Curzon, que se basaba en criterios étnicos. Cuando el Ejército Rojo ocupó Vilnius, la capital lituana, contraatacó, viendo a Rusia como el principal enemigo de Polonia. Las tropas polacas hicieron grandes avances y ocuparon Kiev a principios de mayo de 1920. Pero los polacos solo pudieron permanecer en Kiev durante unas pocas semanas. Luego, el Ejército Rojo los expulsó de nuevo y avanzó hacia el oeste. En agosto de 1920 estaba a la orilla del Vístula.

Sin embargo, las fuerzas armadas polacas bajo el mando de Piłsudski, pudieron aplastar al Ejército Rojo no lejos de Varsovia. En el «milagro del Vístula», nombre con el que se glorificó la batalla, los polacos lograron cercar por la retaguardia a las unidades del comandante soviético Mijaíl Tujachevski. El posterior mariscal soviético culpó al comisario político Josef Stalin de la derrota, ya que anteriormente había retirado algunas de las unidades bajo su propia autoridad. Los polacos volvieron a avanzar hacia el este y pudieron dictar sus términos de paz después de un alto el fuego.

En la paz de Riga de 1921 Polonia impuso una frontera oriental que incluía las regiones occidentales de la actual Bielorrusia y Ucrania. Se encontraba, en algunas partes, a 250 kilómetros al este de la línea Curzon. En las regiones orientales de la República de Polonia, sin embargo, los bielorrusos y ucranianos constituían la gran mayoría de la población, y solo alrededor de un tercio eran polacos. En algunas comarcas ni siquiera uno de cada diez era polaco. Sin embargo, Varsovia siguió una política estricta de polonización, acompañada de una dura represión política. Como resultado, los ucranianos, en particularlos los de las regiones orientales del país, rechazaban a las autoridades polacas.

En Moscú, no solo Tujachevski, sino también varios miembros del Politburó culparon a Stalin de este grave revés en la «lucha por la revolución mundial». Durante las grandes purgas de los años 1936 a 1938, este último se vengaría sangrientamente de todos sus críticos. La derrota en el Vístula también reforzó la opinión de Stalin de que la «Polonia burguesa» era el principal enemigo de la Rusia soviética.

Cuando Stalin consolidó su autocracia, también se ocupó del problema polaco. Vio una amenaza constante en la minoría polaca en los distritos occidentales de la Unión Soviética. En la década de 1930 fueron arrestados un total de 135.000 polacos que eran ciudadanos soviéticos, de los cuales casi la mitad fueron fusilados. Los sentimientos de odio y desconfianza de Stalin hacia los polacos eran tan grandes que casi todos los miembros del Partido Comunista de Polonia que habían huido a la Unión Soviética por la persecución del régimen nacionalista en Varsovia fueron liquidados. De los 3.800 miembros polacos del PK, menos de 100 sobrevivieron al Gran Terror en el exilio soviético.

En otoño de 1939 Stalin, junto con la Alemania nazi, su mayor enemigo ideológico hasta aquel momento, aplastó la República de Polonia. La propaganda soviética, que antes había denostado al Reich alemán como «fascista», describía ahora a los polacos precisamente como «fascistas».

Sin embargo, como sujeto de derecho internacional, los aliados Hitler y Stalin no pudieron exterminar a Polonia. Porque en París se formó un gobierno polaco en el exilio, que fue reconocido diplomáticamente por Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y muchos otros estados democráticos como el sucesor legal del gobierno anterior de Varsovia.

La revancha de Sikorski

El gobierno en el exilio, sin embargo, no incluyó ni un solo ministro del gabinete de preguerra. En ese momento la mayoría de ellos se encontraba en campos de internamiento en Rumanía. En el período de entreguerras, Polonia tenía una frontera común con Rumanía. La mayoría de los ministros y miembros del alto mando de las Fuerzas Armadas huyeron allí cuando, tras la invasión del Ejército Rojo el 17 de septiembre, se hizo

evidente la derrota militar total contra los agresores alemanes y soviéticos. Aunque Rumanía era formalmente un estado neutral y, según el derecho internacional, debería haber concedido a los polacos el tránsito a su destino en Francia, bajo presión alemana fueron internados los generales y los miembros polacos del gobierno, excepto uno: Władysław Sikorski.

También había sido un político prominente en el período de entreguerras, pero no había ocupado un cargo público durante años porque se había enemistado completamente con los gobernantes. Antes de la Primera Guerra Mundial, Sikorski había pertenecido a las asociaciones que luchaban por el renacimiento del estado polaco. Se unió a los seguidores de Piłsudski, a quien en la Primera Guerra Mundial los austriacos permitieron la formación de legiones polacas para la lucha contra el imperio zarista. Después de la guerra, estas legiones se convirtieron en la base del nuevo ejército polaco. En la guerra polaco-soviética de 1920 Sikorski ya era general, sus tropas contribuyeron a la derrota del Ejército Rojo comandado por Tujachevski en el «milagro del Vístula».

Después de esta primera guerra de la joven república polaca, Sikorski fue ascendido a jefe de Estado Mayor. En 1922, el Sejm, el Parlamento de Varsovia, lo eligió primer ministro. Veía el futuro de la política exterior de Polonia en una estrecha alianza con Francia, y también se pronunció a favor de la cooperación con la Rusia soviética.[3] Pero solo permaneció a la cabeza del gobierno durante cinco meses, y luego volvió a hacerse cargo de varios puestos de mando del ejército.

Sikorski se alejó de Piłsudski en 1926, cuando este último tomó el poder con un golpe de Estado y estableció un régimen autoritario. Fue mandado a la reserva del ejército, lo que equivalía a una jubilación anticipada involuntaria. Después de todo, se le dio la oportunidad de estudiar en la Academia Militar de París; desde ese momento se sospechó que había sido reclutado por el servicio secreto francés. A su regreso a Varsovia, Sikorski publicó análisis de política militar. Por ejemplo, predijo que las fuerzas armadas polacas no tendrían ninguna opción contra la Wehrmacht, que estaba altamente armada bajo Hitler. Pero el Estado Mayor en Varsovia rechazó sus análisis.

Después del ataque de la Wehrmacht contra Polonia el 1 de septiembre de 1939, pidió un puesto de mando, pero le fue denegado. Cuando la derrota polaca se hizo evidente, se marchó a Rumanía, al igual que muchos generales activos. Consiguió ponerse en contacto con la embajada francesa e inmediatamente obtuvo un visado para salir hacia Francia.

Gracias a sus contactos en París, Sikorski también pudo afirmarse en las feroces batallas entre los emigrantes polacos por el puesto de jefe del Gobierno en el exilio. Bajo su liderazgo, el gobierno fijó su principal objetivo en una declaración: luchar contra el Reich alemán hasta la liberación de la patria. Se decidió crear un ejército en el exilio. Los grupos clandestinos que se formaron en la Polonia ocupada debían unirse y subordinarse al gobierno en el exilio. Además, Sikorski propuso en París y en Londres que los británicos y franceses, junto con los polacos exiliados, apoyaran militarmente a Finlandia, que fue atacada por el Ejército Rojo.[4]

El primer ministro en el exilio logró que casi todos los 18.000 soldados polacos internados en Rumanía partieran hacia Francia. Más tarde, varios miles de polacos que habían llegado a Francia por otros medios se unieron a ellos. También ocupó los cargos de ministro de Defensa y comandante en jefe de las fuerzas armadas en el exilio. Los franceses les proporcionaron alojamiento y, junto con los británicos, equipo.

Sikorski y sus seguidores se aseguraron de que los altos cargos del gobierno de la preguerra no ocuparan puestos importantes. Sikorski les culpó por el colapso militar total de septiembre de 1939. Creó una comisión para «investigar los recientes acontecimientos en Polonia y determinar sus causas», e incluso se estaba preparando un proceso. Ordenó el internamiento de muchos oficiales que, según las primeras investigaciones, eran en parte responsables de los desastrosos preparativos de guerra.

Sikorski también se aferró a su línea irreconciliable cuando la Wehrmacht derrotó al ejército francés y a las tropas británicas en su segundo blitzkrieg (guerra relámpago) en el verano de 1940. Junto con los británicos en fuga, el ejército polaco exiliado, que no había participado en los combates, pudo cruzar el Canal de la Mancha hacia Inglaterra. El nuevo primer ministro británico, Winston Churchill, había ofrecido anteriormente Londres como nuevo asiento para el gobierno en el exilio.[5]

Ni Berlín ni Moscú reconocieron al gobierno en el exilio. En cambio, ambas potencias construyeron sus propias estructuras de poder en la Polonia ocupada. Tomaron medidas específicas contra la élite polaca. Tanto los ocupantes alemanes como los soviéticos asumieron el dominio sobre la vida y la muerte de las personas en la dividida Polonia. Sus métodos de opresión eran similares. Lo que los nazis llamaron un «destino nacional sin esperanza» fue llamado «lucha de clases intensificada» por los soviéticos.

Trato especial y liquidación de los pans

El Imperio alemán se anexionó las regiones oeste y noroeste de Polonia. El resto de Polonia ocupada por ellos se llamaba Gobierno General. El exjefe de la oficina legal del NSDAP, Hans Frank, como gobernador general residía en Wawel, el antiguo castillo real de Cracovia. Las SS no solo persiguieron a los judíos, para cuyo asesinato se inventó el término «trato especial», sino también a la clase alta y a los intelectuales polacos. Varios miles de propietarios de fincas y fábricas, maestros y profesores, abogados, médicos, ingenieros y clérigos fueron asesinados. La mayoría de los sobrevivientes de estos grupos fueron enviados a campos de concentración. Más de dos millones de polacos se vieron obligados a trabajar para empresas alemanas.

La «Ley penal especial para los polacos» les quitaba toda la protección legal. El menor delito se sancionaba con penas draconianas, mientras que las «declaraciones antialemanas» se castigaban con la pena de muerte. Las pertenencias privadas de los polacos podían ser confiscadas en cualquier momento. Las autoridades alemanas requisaron aparatos de radio, cámaras, binoculares, instrumentos musicales y bicicletas.

Las fuerzas de ocupación cerraron todas las instituciones de enseñanza superior de Polonia, la Universidad de Cracovia se convirtió en una institución universitaria alemana, y se permitió que algunos profesores polacos siguieran trabajando allí como asistentes científicos. Por lo demás, para Polonia, por inspiración del líder de las SS Heinrich Himmler, solo se planificó una escuela primaria de cuatro clases para «subhumanos eslavos». Polonia iba a ser destruida como nación cultural. Esta fue otra razón por la

que las fuerzas de ocupación transportaron sistemáticamente objetos de arte de museos e iglesias a Alemania. Las bibliotecas y los archivos fueron incendiados.

Al mismo tiempo, los ocupantes publicaron periódicos en polaco que no solo alababan los éxitos de la Wehrmacht, sino también el «nuevo orden» en el Gobierno General. Hitler dio a Frank la orden secreta de «hacer de la zona, en su estructura económica, social, cultural y política, un montón de escombros». En una reunión secreta, Frank explicó a sus altos funcionarios y a los oficiales superiores de las SS en el Gobierno General: «Lo que hemos encontrado ahora en la clase dominante polaca debe ser liquidado, y lo que vuelva a crecer debe ser asegurado por nosotros y retirado de nuevo dentro de un período de tiempo correspondiente».[6] Frank ordenó la acción AB, las dos letras significaban «pacificación extraordinaria» (außerordentliche Befriedung). Unos 5.000 intelectuales polacos fueron víctimas de ella.

En las regiones ocupadas por el Ejército Rojo, la administración militar soviética apenas había aparecido en los primeros tiempos. Bandas de saqueadores marcharon por las aldeas, cientos de terratenientes polacos fueron brutalmente asesinados, al igual que funcionarios y policías. Fue solo después del colapso del orden público, que obviamente habían buscado, cuando los funcionarios soviéticos tomaron la administración de estos territorios con mano dura.

El 22 de octubre de 1939, cinco semanas después de la invasión del Ejército Rojo, se celebraron elecciones en los territorios ocupados. Los candidatos fueron designados por funcionarios soviéticos. Muchos criminales fueron incluidos en las listas de candidatos. De esta manera los soviéticos querían burlarse de los principios morales de la población, profundamente religiosa. En las mesas electorales se encontraban oficiales uniformados y funcionarios de la policía secreta NKVD. Más del 90 por ciento de los votos fueron para los candidatos que pidieron que los territorios ocupados se anexionaran a la Unión Soviética.

El 1 de noviembre de 1939, el Soviet Supremo de Moscú respondió a las solicitudes de adhesión y declaró que todos los residentes de estos territorios eran ciudadanos soviéticos. Como resultado, los hombres fueron

sometidos al servicio militar obligatorio y unos 150.000 tuvieron que realizar trabajos forzados en los batallones de construcción del Ejército Rojo. Los polacos y ucranianos locales, que querían evitar el servicio militar, fueron enviados al Gulag como desertores o fusilados inmediatamente.

Las nuevas autoridades eran funcionarios soviéticos. La mayoría de los antiguos funcionarios fueron detenidos como representantes de la «Polonia fascista». El NKVD reclutó informantes entre la población para espiar la vida privada de sus vecinos.[7] Se cerraron todas las iglesias y sinagogas, se detuvo a todos los sacerdotes que no habían pasado a la clandestinidad a tiempo, a los polacos católicos romanos, así como a los grecocatólicos (Uniatos) y a los ucranianos ortodoxos; incluso los rabinos fueron objeto de una cruel persecución. El NKVD asesinó a varios cientos de sacerdotes, los supervivientes casi sin excepción marcharon al Gulag. Las nuevas autoridades soviéticas también declararon la disolución de todas las organizaciones y asociaciones eclesiásticas, así como de las escuelas del Talmud.[8] Incluso los clubes deportivos polacos eran ahora ilegales, y fueron reemplazados por nuevos clubes soviéticos llamados Dynamo, Spartak o Tractorist.

Sovietización del este de Polonia

El idioma oficial ya no era el polaco, sino el ruso y el ucraniano. Con el fin de controlar mejor a la población, las autoridades expidieron pasaportes soviéticos. Sin pasaporte no había permiso de trabajo, no había permiso de residencia, no había billetes del transporte público, y los «enemigos de clase» no obtuvieron un pasaporte. Entre ellos había empresarios, propietarios de casas y tierras, también «kulaks», agricultores con sus propias granjas, que fueron inmediatamente expropiados; muchos de ellos fueron incluidos en las listas de deportación. Los pequeños agricultores tenían que formar koljozos (granjas colectivas), y cualquiera que se resistiera era arrestado.[9] También se nacionalizaron todas las empresas, independientemente de su tamaño. Millones de personas se empobrecieron de esta manera en muy poco tiempo, especialmente desde que las

autoridades soviéticas también declararon que todos los ahorros eran propiedad del Estado.

En pocas semanas, los funcionarios soviéticos roturaron toda la sociedad. Al igual que con las grandes purgas en la Unión Soviética de 1936 a 1938, el NKVD desmoralizaba a la población polaca y ucraniana mediante detenciones indiscriminadas. Según los historiadores, una décima parte de la población de estos territorios se encontraba en prisiones completamente superpobladas, donde las ejecuciones sin sentencia judicial estaban a la orden del día. Mucha gente intentó cruzar la frontera verde hacia el Gobierno General. Pero la línea de demarcación estaba vigilada por patrullas militares con perros e iluminada de noche con focos en muchos sectores. Muchas de las personas que fueron recogidas por los guardias fronterizos soviéticos durante su intento de fuga fueron deportadas a un campo de trabajo. Soldados alemanes patrullaban el lado del Gobierno General.

Los altos funcionarios de la Gestapo y del NKVD se reunían periódicamente para regular su cooperación. En otro acuerdo secreto, ambos gobiernos se comprometieron a no tolerar la «agitación polaca» contra la otra parte.[10] Estas reuniones incluyeron noches de camaradería durante las cuales la Gestapo y el NKVD brindaron por el Führer y Stalin. Un coronel del NKVD fue acreditado ante el gobernador general Frank en Cracovia.[11]

Sin embargo, los archivos no tenían ningún registro del contenido de los debates de estas reuniones. Durante mucho tiempo se ha especulado si se acordaron las medidas de terror alemanas y soviéticas contra la clase dominante polaca, porque la acción de las SS en el Gobierno General y las ejecuciones masivas de oficiales polacos por el NKVD tuvieron lugar poco después de una de estas reuniones, en marzo de 1940.

Ahora los historiadores polacos descartan que los nazis y los soviéticos intercambiaran información sobre el tema. Más bien, los archivos indican que ambas partes continuaron desconfiando la una de la otra. Cuando el comisario del pueblo Mólotov, cuya delegación incluía al diputado del NKVD Vsevolod Merkulov, fue recibido por Hitler en la Cancillería del

Reich en Berlín en noviembre de 1940, ambos bandos habían comenzado desde hacía tiempo los preparativos para una guerra germano-soviética.[12]

Los dirigentes soviéticos también consideraban que las deportaciones eran un medio eficaz para destruir la sociedad polaca. Tras cuatro grandes oleadas de detenciones, casi un millón de habitantes de los territorios anexionados tuvieron que emprender el duro viaje a Siberia, Kazajstán y las regiones mineras del Círculo Polar Ártico. Entre ellos, Wojciech Jaruzelski, el futuro dirigente comunista, que tenía dieciséis años en ese momento, y sus padres. Entre los deportados había decenas de miles de judíos; el NKVD había atacado especialmente a los sionistas.[13]

Durante los transportes, que a veces duraban varias semanas, las raciones eran miserables y completamente inadecuadas; unos 100.000 deportados murieron durante el viaje involuntario hacia el este. Los trenes también circulaban en invierno. El relato de un testigo contemporáneo dice: «Helada, 35-40 grados bajo cero. La gente fue traída aquí la noche entera, y luego guardada en los vagones. Una madre tenía un bebé de unos pocos meses. El niño murió en el vagón sin calefacción. Cuando se abrió la puerta y se dio agua caliente a la gente en cubos, la mujer arrojó al niño muerto directamente a la cara del oficial del NKVD. El pequeño cadáver se cayó entre las vías. El oficial llamó a dos soldados, se llevaron el cuerpo, y eso fue todo».[14]

En los destinos, los guardias destrozaron minuciosamente a las familias. Los deportados a menudo tenían que construir primero sus propios refugios, cabañas de madera o agujeros en el suelo. Los hombres tenían que hacer trabajos forzados, los niños eran enviados a campos especiales donde eran educados en el espíritu del comunismo. El enfoque principal de los programas de formación era el culto a Stalin. Los adultos también tenían que asistir regularmente a reuniones en las que Polonia era calificada como un estado explotador y la Iglesia católica como una institución para idiotas. Las raciones eran pobres y por lo general no había atención médica. La esperanza de vida en el campamento era inferior a un año.[15]

Las autoridades soviéticas dejaron sistemáticamente los apartamentos y las casas de los deportados a los rusos, que hasta entonces solo representaban una pequenísima fracción de los habitantes de las zonas

anexadas.[16] Los rusos también se hicieron cargo de la gestión de la mayoría de las grandes empresas, y se crearon células del partido en todas partes.

La noticia de la represión masiva también llegó a los gobiernos occidentales. Sir Owen O'Malley, embajador británico ante el gobierno polaco en el exilio, escribió en un análisis en lenguaje diplomático: «Aunque el gobierno soviético no trató a los polacos como una raza inferior, como sin duda hicieron los alemanes, es difícil no concluir que el grado de sufrimiento humano que infligieron a los polacos no fuera menor que el que les infligieron los alemanes al mismo tiempo».[17]

2. ENCARCELADOS EN MONASTERIOS DEVASTADOS

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, Polonia movilizó a casi un millón de soldados, mandados por 98 generales. El ejército polaco tenía 40.000 oficiales; poco más de la mitad, 21.500, eran reservistas, la gran mayoría de los cuales tenían educación superior. Durante las batallas de septiembre y octubre de 1939 murieron casi 2.000 oficiales polacos, entre ellos cuatro generales. Los alemanes capturaron a casi 420.000 soldados polacos, entre ellos 18.000 oficiales.

El Ejército Rojo, que invadió Polonia desde el este, tomó 180.000 prisioneros polacos. En las semanas siguientes, el NKVD detuvo a otros 60.000 polacos que habían servido en las fuerzas armadas, pero que habían regresado a sus hogares en el este de Polonia tras el fin de los combates. Alrededor de 10.000 oficiales cayeron en manos de los soviéticos. En otoño de 1939, el Ejército Rojo los entregó al nuevo Departamento de Prisioneros de Guerra del NKVD.[1]

Los soviéticos acordaron con los alemanes un intercambio de prisioneros. El factor decisivo era el lugar de la residencia: la Wehrmacht se ocupó de los habitantes del centro y oeste de Polonia, y el NKVD se hizo cargo de los habitantes de la Polonia oriental. El capitán del NKVD Piotr Soprunenko, responsable de los prisioneros de guerra polacos, recibió órdenes de Moscú de no entregar a varios grupos de personas a los alemanes bajo ninguna circunstancia, sino de mantenerlos en los campos. En la orden se incluían, literalmente: oficiales, espías, oficiales estatales y militares, policías y gendarmes, provocadores, agentes secretos de la

policía, miembros activos de partidos y organizaciones antisoviéticas, terratenientes, príncipes, profesores, periodistas, médicos y artistas.[2]

El derecho internacional no contemplaba la adjudicación de prisioneros de guerra a las autoridades de «seguridad interna», entre las que se encontraba el NKVD. Sin embargo, la Unión Soviética no había firmado las Convenciones de Ginebra de 1929 sobre el trato debido a los prisioneros de guerra. 8.500 de los oficiales polacos capturados, más de 6.000 de ellos reservistas, incluyendo 800 médicos, fueron distribuidos en tres campos del NKVD: Kozelsk, Ostashkov y Starobelsk. Además, había 6.500 agentes de policía y gendarmería, así como candidatos a oficiales, funcionarios del servicio judicial y de la administración militar. Decenas de miles de suboficiales y soldados ordinarios, cuyo número exacto no se pudo determinar, fueron deportados para hacer trabajos forzados en zonas remotas de la Unión Soviética, especialmente en el Círculo Polar Ártico, Siberia y Kazajstán. La prensa informó a la población soviética de que el soldado o policía polaco era «un asesino bestial y despiadado».[3]

Soprunenko sugirió al comisario del pueblo para Asuntos Internos, el compatriota georgiano de Stalin Lavrenti Beria, que liberara a todos los prisioneros de guerra mayores de sesenta años, a todos los inválidos y a los enfermos graves. Pero Beria no aceptó esta propuesta.[4] Sin embargo, contrariamente a sus instrucciones originales, tres príncipes, que eran oficiales polacos, fueron liberados. Los gobiernos británico, italiano y rumano habían pedido su liberación, instados por los familiares y amigos de estos nobles. A petición de la embajada del Reich en Moscú, 562 prisioneros de guerra pertenecientes a la minoría alemana en Polonia fueron entregados a la Wehrmacht; la mayoría estaban enfermos, heridos y discapacitados.[5]

El campo de Kozelsk, a unos 250 kilómetros al suroeste de Moscú, estaba situado en un monasterio cuyas dependencias habían sido saqueadas por los bolcheviques. El número de prisioneros de guerra polacos a principios de 1940 era de unos 4.500. Más de dos tercios eran reservistas, casi todos ellos pertenecientes a la élite intelectual. Entre ellos había varias decenas de profesores universitarios, así como unos 100 publicistas y periodistas. Entre los prisioneros de Kozelsk había cuatro generales, unos

400 oficiales de Estado Mayor, 3.500 capitanes y tenientes y 500 alféreces. Además, había unos 60 altos cargos de la administración pública.

El recinto del monasterio estaba rodeado por una valla de dos metros y medio de altura reforzada con alambre de púas. Por la noche los guardias patrullaban con perros pastores. Algunos de los alojamientos estaban muy contaminados, especialmente las instalaciones sanitarias, como incluso indica un informe del NKVD. Los prisioneros también dormían en la iglesia, en capillas y sótanos. En las salas para los oficiales de rango inferior, se metían 20 hombres en 25 metros cuadrados.

La atención médica proporcionada por el NKVD era miserable, pero el comandante del campo permitió que los polacos se organizaran. Entre ellos había catorce profesores de medicina y varios cientos de médicos. Realizaron operaciones en condiciones primitivas y sin medicación; también montaron una consulta dental. Sin embargo, la tasa de morbilidad se mantuvo alta.[6]

Misas secretas y charlas sobre psicología

Entre los prisioneros había un total de 16 capellanes de campo. A pesar de su estricta prohibición, varios de ellos celebraban regularmente servicios religiosos. La única mujer del campamento, la piloto Janina Lewandowska, que había sido abatida durante un vuelo de reconocimiento, también ayudó en su preparación. Aparte de los hombres, dormía en una de las casas, bajo las escaleras. Hacía hostias para las misas secretas y también participaba en círculos de discusión religiosa.[7]

Dos periódicos escritos a mano aparecieron en el campo: *Merkury*, con cuatro números, y *Monitor*, con 15 números. Pero los editores fueron denunciados y pasaron veinte días de aislamiento en una habitación sin luz, por «propaganda del patriotismo polaco». Los periódicos fueron confiscados y presumiblemente quemados.[8]

Oraciones secretas y protestas inútiles

En el clima opresivo de Kozielsk, el espiritualismo estaba en auge: pequeños grupos se reunían por la noche para encuentros espiritualistas. Pero el mayor auge fue el de las peleas entre los prisioneros y las crisis nerviosas. Así, un alférez de cincuenta y dos años, en la vida civil cerrajero, se ahorcó. No dejó nota, en el bolsillo de su chaqueta sus compañeros encontraron dos fotografías de sus hijos.[9]

Un grupo casi igual de oficiales polacos, 3.900, fue deportado al campo de Starobelsk, a 800 kilómetros de Kozelsk, no lejos de la gran zona industrial de Lugansk, al este de la República Soviética de Ucrania. El campo estaba situado en un antiguo convento rodeado de altas murallas. Había camas de cinco pisos en la iglesia principal.[10] Entre los prisioneros de Starobelsk había ocho generales y 380 oficiales de Estado Mayor.

Ostashkov, el tercer campamento del NKVD para «enemigos polacos», estaba situado a unos 300 kilómetros al noroeste de Moscú, también en un monasterio saqueado que se encontraba, pintorescamente, en una isla en un gran lago. Más de 5.000 policías fueron internados allí, entre ellos 300 oficiales, además de guardias fronterizos, agentes de los servicios secretos y personal penitenciario. También en este caso, los dormitorios estaban completamente superpoblados, con 1,5 metros cuadrados por cabeza.

Uno de los policías había sido arrestado y deportado junto con su hijo de ocho años; los archivos del NKVD no muestran por qué el niño estaba allí. Padre e hijo fueron separados cuando el campamento se evacuó. Un oficial del NKVD argumentó que había miles de huérfanos en la Unión Soviética que eran hijos de los enemigos del pueblo. Al padre lo asesinaron un poco más tarde, el hijo sobrevivió a la guerra.[11]

Lo que tenían en común los tres campos era que no había suficientes lugares para dormir, ni camas planas, ni bastantes colchones o sacos de paja, ni había mantas. Muchos prisioneros tenían que acostarse en el suelo para descansar; en algunos alojamientos dormían por turnos. Los baños y lavanderías no existían o no estaban en funcionamiento. Algunos días de enero de 1940 hubo heladas de más de 40 grados bajo cero, en los campos hacía mucho frío, los edificios no tenían calefacción.

Las cocinas carecían de los utensilios más necesarios, tazones, platos y tazas, y el suministro de agua era deficiente. Las cantidades de alimentos prescritas per cápita, que ya eran muy bajas, nunca se alcanzaron. No había verduras ni frutas frescas, muchos de los prisioneros sufrían de síntomas de deficiencia alimentaria. El personal del campamento malversó parte de los alimentos registrados oficialmente. En Kozelsk hubo una huelga debido a la mala calidad de la sopa de col blanca. Dos oficiales del NKVD la probaron y llegaron a la conclusión de que se cumplían las normas, a pesar de que la sopa tenía un sabor amargo y olía a pescado. En su informe a Soprunenko, escribieron sobre una «manifestación hostil» de los polacos.[12]

Muchos de los informes presentados a la Lubianka, el cuartel general del NKVD en Moscú, se referían a violaciones de la disciplina en los campos, que se castigaban sistemáticamente con el encierro en solitario: peleas, robos en la cocina, la propagación de «rumores provocadores» no especificados y juegos de cartas por dinero.

Los guardias animaron a los prisioneros a gastar su dinero. Dejaron entrar en el campo a los comerciantes del mercado negro, que compraban relojes o cambiaban zlotys por rublos.[13]

Una vez al mes se permitía a los prisioneros escribir cartas, la dirección tenía que ser «Casa de recreo Gorki», el nombre del lugar y un apartado de correos: 12 para Kozelsk, 15 para Starobelsk y 37 para Ostashkov. El correo fue censurado. Según las cartas que recibían de sus esposas, muchas de ellas creían que sus maridos estaban descansando bien.[14]

En los tres campos, los oficiales polacos organizaron cursos de idiomas, con especial demanda de ruso, así como conferencias nocturnas en las que los científicos disertaron sobre sus campos del saber, desde la literatura y la música hasta la medicina y la psicología; uno de los temas fue «La sonrisa del niño». En Starobelsk, el pintor y escritor Józef Czapski, que había vivido en París, habló sobre la pintura y la literatura francesas.[15] Czapski, que procedía de una familia de condes, desempeñó más tarde un papel importante en la aclaración de la suerte de los oficiales polacos.

Los programas de entretenimiento y formación de los funcionarios políticos del NKVD, los politruks, ocuparon mucho tiempo. Entre ellos, películas sobre la construcción del socialismo o sobre los principales líderes

militares rusos, sobre el plan quinquenal y la campaña de alfabetización en la República de Turkmenistán, además de conferencias sobre la beneficiosa labor de los líderes revolucionarios Lenin y Stalin. Sin embargo, los instructores del NKVD notaron que la mayoría de los polacos usaban los folletos de propaganda como papel higiénico.[16]

Beria dio instrucciones a los comandantes del campo para que recopilaran dosieres detallados sobre cada uno de los prisioneros. Deberían explorarse sus opiniones políticas, su posición social y sus contactos en el extranjero. El objetivo era dividirlos en grupos: los «contrarrevolucionarios» hostiles, los partidarios de la cooperación con la Unión Soviética y los indecisos, que tal vez podrían ser atraídos hacia el lado soviético.[17]

Los interrogadores del NKVD tomaron muy en serio a los polacos, algunas conversaciones duraron más de tres días completos, cada declaración fue documentada. En muchos casos, el equipo del NKVD logró persuadir a los polacos locuaces de que revelaran detalles sobre sus camaradas. Probablemente la mayoría de los polacos no entendieron la intención de estas conversaciones. Ellos estaban orgullosos de su posición en la sociedad y en el ejército, y no ocultaban sus opiniones políticas.

En Kozelsk, el comandante del NKVD Vasili Zarubin dirigió el grupo de interrogatorio. No se presentó con su nombre, pero más tarde fue identificado por los supervivientes en las fotografías. Zarubin había sido anteriormente agente del NKVD en Dinamarca, y luego fue enviado a París, donde dirigió la infiltración en la comunidad emigrante rusa y estuvo involucrado en el secuestro de un exgeneral del ejército zarista. Camuflado como un hombre de negocios checo, estableció una red de informantes en Berlín a mediados de la década de 1930. Oficialmente representó en Berlín a la productora cinematográfica estadounidense Paramount, la licencia había sido obtenida por un emigrante ruso en Hollywood que había sido reclutado por el espionaje soviético.[18] Zarubin tuvo la suerte de vivir en Berlín durante las grandes purgas de Stalin de 1936 a 1938. En otoño de 1939 perteneció al contingente del NKVD que construyó el aparato de represión en el este de Polonia.

Uno de los sobrevivientes de Kozelsk, el profesor de economía Stanisław Swianiewicz, describió a Zarubin como una persona educada, con modales impecables, que se había comportado correctamente con los prisioneros. En conversaciones individuales incluso sirvió naranjas a los prisioneros que le interesaban.[19] Zarubin trajo alrededor de 500 libros para la biblioteca del campo, muchos trabajos en idiomas extranjeros, incluyendo una edición original de *La crisis mundial*, de Churchill.

En el campo de Ostashkov, los estudiantes de la Academia del NKVD participaron en las entrevistas, como parte de su formación.[20] En Starobelsk, el pintor Czapski, que era capitán de caballería en la reserva, tuvo dificultades para convencer a sus interrogadores de que no era un espía. Un oficial del NKVD le preguntó qué comisión gubernamental había cobrado durante su estancia en París por dibujar un esquema de la red de carreteras. Czapski le explicó que allí se podían comprar mapas de la ciudad en cualquier quiosco. En la Unión Soviética habían sido declarados material secreto en campañas contra supuestos espías enemigos.[21]

«La pena máxima, fusilamiento»

El resultado político de los interrogatorios fue negativo a los ojos de los dirigentes del NKVD. La gran mayoría de los polacos consideraron el ataque soviético a su país en septiembre de 1939 como una agresión. Criticaron la alianza entre Moscú y la Alemania de Hitler y confiaban en sus Aliados Occidentales. Pusieron énfasis en su deber hacia la patria y no quisieron reconocer los éxitos de la construcción comunista. Algunos dijeron que esperaban el renacimiento de un estado polaco que se extendiera desde el Báltico hasta el Mar Negro.[22]

Solo unos pocos polacos hablaron libremente con los politruks, se interesaron por la Unión Soviética y se declararon dispuestos a participar en una lucha conjunta polaco-rusa contra Hitler. Este tema ya se discutió en los campos del NKVD a principios de 1940, aunque la Unión Soviética y el Reich alemán, juntos, habían aplastado a Polonia solo cuatro meses antes.[23]

Soprunenko informó a Beria de que sus interrogadores habían ganado 103 informantes entre los internos de Ostashkow y 20 en Kozelsk. Desvelaron un intento de fuga: tres oficiales habían conseguido ropa civil, acaparado pan duro y ya estaban en la valla cuando el guardia pudo detenerlos. Fueron recluidos en régimen de aislamiento.[24]

Los interrogatorios realizados por los especialistas del NKVD también sirvieron para preparar procedimientos penales según el derecho soviético. Los oficiales polacos que participaban activamente en la defensa militar o los fiscales y jueces que llevaban a cabo procedimientos contra comunistas debían ser castigados como enemigos de la Unión Soviética. La fiscalía militar recibió instrucciones de preparar los juicios contra estos polacos. Los documentos muestran que los policías que participaron en acciones contra el «movimiento revolucionario» en Polonia en los años anteriores a la guerra fueron condenados en virtud del código soviético.[25]

El comisario del pueblo adjunto Vsevolod Merkulov ordenó a Soprunenko que preparara el traslado de unos 400 «contrarrevolucionarios» a los centros de detención preventiva para que fueran juzgados. Merkulov enumeró: guardias de prisiones, espías, provocadores, funcionarios judiciales, propietarios, comerciantes y terratenientes.[26] Sobre la base de los informes de Soprunenko, Beria consideró que las perspectivas de ganar a los oficiales polacos para la Unión Soviética eran extremadamente escasas. Además, hubo noticias del gobierno polaco en el exilio, que en ese momento residía en París: el primer ministro y comandante supremo polaco, el general Sikorski, había anunciado que enviaría una brigada de sus soldados a la guerra entre Finlandia y la Unión Soviética para luchar contra el Ejército Rojo. No sucedió porque ambas partes firmaron un alto el fuego.[27]

El 5 de marzo de 1940 Beria presentó al Politburó el borrador de cuatro páginas de una orden secreta sobre los enemigos polacos. Nombró dos grupos bajo el control del NKVD: 14.736 personas en los campos y 10.685 presos políticos en las cárceles de «los distritos occidentales de Bielorrusia y Ucrania», es decir, en los antiguos territorios polacos orientales anexionados por la Unión Soviética. Beria hizo una primera evaluación de la situación: «Los oficiales de los prisioneros de guerra y los policías de los

campos están tratando de continuar con sus actividades contrarrevolucionarias, están llevando a cabo una agitación antisoviética. Cada uno de ellos está esperando su liberación para tener la oportunidad de participar activamente en la lucha contra el poder soviético».

En el borrador enumeraba a los prisioneros polacos según su rango, profesión y actitud política. Entre los internos del campo, 144 «funcionarios, terratenientes, sacerdotes y nuevos colonos» fueron incluidos en la lista como un grupo; entre los internos de la prisión, el NKVD había identificado 347 «espías y diversos» y 5.345 «miembros de organizaciones k-r» —«k-r» significaba «contrarrevolucionario» e incluía todo tipo de actitud crítica hacia el sistema de Stalin—. Beria propuso una medida «inevitable» para estos «inveterados e incorregibles enemigos del poder soviético», cuyo número redondeó a 14.700 y 11.000: «La aplicación de la pena máxima-fusilamiento». No estaba previsto que los acusados participaran en el procedimiento y, por lo tanto, no había posibilidad de defensa.

Los miembros del Politburó ratificaron su acuerdo firmando la primera página del borrador de Beria: J. Stalin, K. Voroshilov, V. Mólotov y A. Mikoyan. En letras mayúsculas se escribió en el borde de la página: «Kalinin-de acuerdo, Kaganovich-de acuerdo». Al parecer, habían dado su consentimiento por teléfono. Así pues, se condenó a muerte a 25.700 ciudadanos polacos, la mayoría de los cuales pertenecían a la élite culta.

Al igual que el autócrata Stalin, los cinco signatarios también tenían una gran experiencia en la liquidación física de opositores políticos: Kliment Voroshilov había ordenado fusilamientos masivos en la guerra civil rusa, y como comisario del pueblo para la Defensa firmó las listas de muerte con los nombres de 142 comandantes durante las sangrientas purgas en el Ejército Rojo. Viacheslav Mólotov, como jefe de Gobierno, fue responsable de la colectivización en la agricultura: cerca de cinco millones de terratenientes (kulaks) fueron enviados al Gulag, la resistencia en Ucrania fue rota por una hambruna organizada con varios millones de muertos; durante las grandes purgas, él firmó al menos 342 listas de muerte con 100 nombres cada una. Anastas Mikoyan también aprobó las listas de muerte del NKVD; junto con Beria llevó a cabo purgas en su país natal, Armenia, y

fue responsable de la muerte de miles de sus compatriotas y de la deportación de decenas de miles a Asia Central o Siberia. A principios de la década de 1930, Lazar Kaganovich fue responsable de suprimir la resistencia a la colectivización en Ucrania y el Cáucaso Norte, y miles de personas fueron fusiladas; durante las grandes purgas firmó al menos 189 listas de muerte, cada una con 100 nombres. Mijaíl Kalinin también puso su firma bajo muchas de estas listas y decretos que permitieron al NKVD llevar a cabo el terror masivo.

El mismo 5 de marzo de 1940, el Politburó emitió la «Decisión n.º 144», según la cual se fusilaría a 25.700 polacos. El delegado de Beria, Vsevolod Merkulov, fue el encargado de aplicar esta orden secreta. Este hijo de un oficial del ejército zarista había pertenecido a la policía secreta soviética durante casi dos décadas y participado en innumerables acciones de asesinato. Beria le había dado personalmente lecciones de tortura, y bajo su supervisión Merkulov aprendió rápidamente a martirizar a los prisioneros. Supervisó el Laboratorio X cerca de Moscú, donde se realizaban experimentos humanos con inyecciones de veneno. Tenía un *hobby* inusual: bajo un seudónimo escribió dos obras de teatro, que fueron estrenadas en Moscú. También escribió representaciones hagiográficas de los actos de Stalin y Beria, y para este último redactó discursos.[28]

Solo dos días después de la orden de ejecución, Beria firmó una orden de «destierro por diez años» de los familiares de los 25.700 polacos condenados a muerte sin su conocimiento. A partir de mediados de abril de 1940, unos 60.000 miembros de sus familias, mujeres, niños, hermanos y padres, fueron deportados a la estepa kazaja, donde no disponían de alojamiento. La mayoría de ellos vivían inicialmente en simples cabañas, tiendas de campaña o agujeros en el suelo. Miles de personas no sobrevivieron el primer invierno con temperaturas de hasta 45 grados bajo cero. Sus viviendas en los territorios polacos anexionados por la Unión Soviética fueron formalmente expropiadas y entregadas a los oficiales del Ejército Rojo y a miembros del Partido Comunista.[29]

3. VIAJE A LA MUERTE

Vsévolod Merkulov ordenó a los comandantes de los tres campos que prepararan el «transporte de los prisioneros de guerra según las sentencias dictadas». Los polacos debían tener la impresión de que su liberación era inminente. Los oficiales del NKVD difundieron una versión falsa para tranquilizar a los prisioneros: Polonia iba a volver a ser un país fuerte, y juntos querían aplastar al fascismo alemán. A mediados de marzo, a los polacos capturados se les prohibió la correspondencia, los funcionarios del NKVD explicaron que no era posible distribuir el correo durante el viaje a casa.[1]

Se prepararon las listas para el transporte, con 250 nombres cada una. Este era el tamaño de cada grupo para el viaje en tren. La evacuación de los campos iba a durar varias semanas. Los trenes debían ser proporcionados por la Comisaría del Pueblo para el Transporte, encabezada por el experimentado organizador de deportaciones Kaganovich. Varios polacos de familias judías cuyos hogares estaban en el Gobierno General solicitaron permanecer en la Unión Soviética. Sin embargo, la mayoría de estas solicitudes fue ignorada.

Algunos de los guardias también difundieron la versión de que los polacos emigraron a terceros países neutrales. Casi ninguno de los prisioneros pudo imaginar que sería un viaje a la muerte. Dos de los oficiales polacos escucharon por casualidad la conversación entre los miembros del NKVD: «Si supieran adónde los llevan, probablemente no se reirían tanto». Los dos polacos llegaron a la conclusión de que sus guardias estaban convencidos de que los prisioneros estaban mejor con ellos que en un campo alemán.

Como había una gran incertidumbre sobre los destinos de los transportes, antes de la salida los oficiales polacos acordaron dejar información sobre la ruta en los vagones. Aunque estos fueron limpiados tras cada viaje, algunos de los garabatos permanecieron. Eran coches-prisión con diez celdas para seis personas cada una. Pero durante los transportes, que duraron al menos dos días, hasta veinte personas fueron hacinadas en una celda. Normalmente no había nada para comer.[2]

Los destinos de los transportes desde los campos de Ostashkov y Starobelsk solo se conocieron medio siglo más tarde: los oficiales del ejército, policías, gendarmes, guardias fronterizos y funcionarios judiciales que estaban internados en Ostashkov fueron transportados unos 180 kilómetros hacia el este, hasta la ciudad de Kalinin (hoy Tver), que lleva el nombre de uno de los firmantes del plan de asesinato de Beria. Los oficiales de Starobelsk fueron llevados unos 250 kilómetros al noroeste, a la ciudad industrial de Jarkov.

En el caso del campo de Kozelsk, por otro lado, hubo un testigo: el teniente de la reserva Stanisław Swianiewicz, que era profesor de economía en la vida civil. El destino de los trenes de Kozelsk era la estación de ferrocarril de Gnezdovo, a unos 10 kilómetros al oeste de Smolensk. Después de un día y medio de viaje, Swianiewicz miró a través de un agujero de ventilación y vio las cúpulas de la catedral ortodoxa rusa de Smolensk. Conocía la ciudad, la había visitado repetidamente durante los tiempos del Imperio zarista. Media hora después de su llegada a Gnezdovo, llegó un coronel del NKVD, alto y «con la cara de color violeta de un carnicero», como escribió Swianiewicz en sus memorias. Exclamó su nombre y le dijo que debía ser transportado en otra dirección. El profesor fue llevado de vuelta a un vagón ya vacío. A través del agujero de ventilación pudo observar lo que estaba ocurriendo en la estación de ferrocarril: un cordón de soldados del NKVD con la bayoneta calada había rodeado el tren. Un pequeño autobús con ventanas pintadas de blanco dio marcha atrás hasta un vagón. Treinta personas subieron a bordo por la puerta trasera del autobús, que luego continuó por la carretera hacia el bosque. Al cabo de media hora el autobús regresó vacío y cargó el siguiente

grupo de treinta hombres. Swianiewicz no podía imaginar que sus compatriotas iban a ser ejecutados en el bosque.

Poco después, un «cuervo negro», como se llamaban las furgonetas sin ventanas del NKVD, vino a recoger a Swianiewicz. Los guardias del NKVD le dijeron que sus camaradas tuvieron suerte: «Han sido enviados a sus familias». El conductor lo encerró en una de las seis celdas del coche y lo llevó de vuelta a Smolensk, donde era el único prisionero en el sótano de la sede del NKVD. Después de una semana, fue transferido a la Lubianka de Moscú.[3] Allí se interesaron por su estudio, publicado antes de la guerra, sobre la política económica del Tercer Reich, con especial atención a la industria armamentística. Como Swianiewicz se negó a cooperar con el NKVD, fue condenado a ocho años de prisión como espía, en virtud del derecho penal soviético.[4]

En la estación de Gnezdovo, algunos trenes permanecieron parados durante más de veinte horas hasta que todos los prisioneros fueron descargados. El autobús hizo su recorrido entre la plataforma y el bosque hasta diez veces al día durante cuatro semanas, como contaron más tarde unos vecinos rusos.[5] El mayor polaco Adam Solski, que había llevado un diario durante el internamiento, anotó en secreto el 9 de abril de 1940, inmediatamente después de dejar el autobús: «El día comenzó al amanecer de una manera muy peculiar. Viaje en el vagón a las celdas (terrible), nos llevaron a algún lugar en el bosque, una especie de casa de vacaciones. Registro corporal intensivo. Tomaron el reloj, que indicaba 06.30/08.30, pidieron el anillo de bodas así como rublos, cuchillo de bolsillo, cinturón».[6]

Unos minutos después de esa entrada, Solski probablemente murió. Los hombres del NKVD que le dispararon a él y a sus compañeros cerca de una pequeña elevación llamada «Colinas de Cabras» no estaban interesados en sus notas, que fueron encontradas tres años después, durante la exhumación de su cuerpo. Desde entonces, se han considerado una prueba importante para aclarar la cuestión de la fecha y la autoría de las muertes.

Al parecer, los soldados del NKVD llevaron a los oficiales polacos individualmente al borde de una fosa común y les dispararon allí. Unos cuantos trataron de resistir en los últimos momentos de sus vidas: casi uno

de cada cinco fueron a la muerte atados, y a muchos les pusieron sus abrigos sobre la cabeza y los ataron. Los guardias del NKVD también golpearon a las víctimas con culatas de rifles y las apuñalaron con las bayonetas.[7]

Asesinato en línea de montaje

El escenario era un claro a pocos pasos de la orilla del Dniéper y de una casa de formación y vacaciones del NKVD, llamada Castillo del Dniéper. Pero no todos los prisioneros que llegaron en tren desde Kozelsk fueron asesinados en este bosque. Una pequeña parte, incluidos los capellanes, fue llevada a la sede del NKVD en Smolensk y asesinada a tiros en el sótano. Había once católicos romanos, un sacerdote de la Iglesia greco-católica ucraniana, un ortodoxo, un pastor protestante y un rabino; dos más no pudieron ser identificados más tarde.[8]

Hay tres testimonios del asesinato de los polacos en los sótanos de Smolensk. A principios de la década de 1990, el excarcelero del NKVD Piotr Klimov contó a un investigador cómo se produjo la liquidación de supuestos enemigos del pueblo, que posteriormente fueron enterrados en el bosque de Katyn: «En la pequeña habitación del sótano había una trampilla sobre el pozo de desagüe. Una víctima fue presentada, la trampilla se abrió, su cabeza se colocó en el borde de la abertura, luego le dispararon en la parte posterior de la cabeza o en la sien (cada uno de acuerdo a su gusto)… Disparaban casi todos los días, por la tarde los llevaban a las Colinas de Cabras, y volvían alrededor de las dos de la mañana».

Después de cada ejecución, Klimov tenía que limpiar la sangre de las armas y del suelo. Las ejecuciones fueron dirigidas por el teniente del NKVD Ivan Stelmaj, que había trabajado para la policía secreta desde que los bolcheviques tomaron el poder y estuvo involucrado en innumerables fusilamientos. Según los archivos, entre 1928 y 1939, 7.931 «enemigos del pueblo» fueron asesinados a tiros en el distrito de Smolensk con la participación de Stelmaj.[9] Una evaluación oficial acreditó su máxima idoneidad para esta actividad: «Poco instruido, políticamente analfabeto, pero entregado sin límites a la causa». El soldado del NKVD Kiril

Borodenkov, uno de sus subordinados, confesó medio siglo después: «No todo el mundo puede hacer frente a un asunto como el de disparar a la gente. Pero lo hizo con mucho gusto».[10]

Según el guardia de prisión Klimov, un oficial polaco le arrebató el arma a uno de los dos soldados del NKVD que iban a llevarlo a la sala de ejecución, y le disparó al otro. Luego se atrincheró en el sótano. Klimov fue testigo ocular: «No pudieron matarlo durante tres días, incluso vertieron agua en el sótano con el camión de bomberos. Pero luego lo envenenaron con gas».[11]

Incluso en el caso de los asesinatos en masa de los prisioneros de los campos de Ostashkov y Starobelsk, medio siglo más tarde se pudieron encontrar testigos oculares. En 1940 Dmitri Tokariev era jefe del NKVD en el distrito de Kalinin, con el rango de mayor, y el sargento Mitrofan Syromiatnikov era supervisor en la cárcel del NKVD en Jarkov. Ambos fueron interrogados como testigos durante muchas horas después del colapso de la Unión Soviética; una cámara de vídeo grabó las conversaciones.

A Syromiatnikov se le ordenó excavar un total de quince pozos con media docena de soldados del NKVD, no lejos de una aldea del NKVD en el suburbio de Jarkov de Piatijatki. Tenían que ser grandes, para que un camión pudiera llegar hasta las fosas marcha atrás para tirar allí los cuerpos. Tras la llegada de los prisioneros polacos del campo de Starobelsk, su equipo tuvo que encerrarlos primero en celdas de la prisión en Jarkov. Con una finta se pretendía poner a salvo a los desconfiados polacos: tenían que entregar su equipaje y rublos, pero se les dio un recibo, supuestamente con el propósito de una posterior restitución.

En grupos de cinco o seis personas, los prisioneros fueron llevados un piso más arriba. Allí los hombres completamente sorprendidos se ataron las manos. El veterano hombre del NKVD relató: «Son conducidos al corredor. Ahí estoy, en la puerta. Abro la puerta: ¿podemos entrar? A partir de ahí la respuesta: ¡entra! En la mesa está el fiscal, a su lado está el comandante del NKVD. Preguntan: ¿apellido, nombre del padre, año de nacimiento? Después de eso: ¡puedes irte! Entonces, de repente ¡puck! y se acabó. El comandante gritó: ¡hola! Eso significaba para mí: ¡llévate el cadáver! Así

que lo busqué. Tenías que atarles algo alrededor de la cabeza para que no sangraran».

El antiguo carcelero dijo lacónicamente que él y los otros miembros del NKVD habían trabajado «como en una cadena de montaje». Primero depositaron a los muertos en un sótano, y más tarde, esa noche, los llevaron a Piatijatki. Entre ellos se encontraba el capitán de infantería Jakub Wajda, padre del futuro director de cine Andrzej Wajda. Durante la ocupación alemana, las víctimas de las SS también fueron enterradas allí y después de la guerra, «traidores», ciudadanos soviéticos que habían colaborado con los alemanes.[12] La ubicación de estas fosas comunes, que después de la incorporación del suburbio se encuentran ahora en el territorio de Jarkov, solo se conoció en 1990.

De la misma manera, solo medio siglo después se supo dónde estaban enterrados los prisioneros de Ostashkov: junto al asentamiento vacacional del NKVD de Mednoye, en el distrito de Kalinin. También en este caso, la cárcel del NKVD fue el escenario del crimen; hoy en día se encuentra allí el instituto médico de Tver. El nombre de la ciudad se remonta a 1990.

Tokariev, el testigo, no participó como tirador en las ejecuciones, que duraron también un mes entero en Kalinin. Pero tuvo que organizar el suministro de los polacos y la retirada de los cadáveres. En total, tuvo que desplegar a unos 30 hombres. Los asesinatos fueron cometidos por tres ejecutores que habían viajado desde Moscú con este fin, el comandante era el mayor Vasili Blojín, que ya había recibido varias órdenes de mérito. Este fue el primer verdugo de la sede del NKVD, que participaba en experimentos con balas envenenadas, que Merkulov había ordenado.[13] Durante casi una década, Blojín había estado a cargo de un escuadrón de ejecución de seis a siete hombres.

El comando ejecutó al mariscal Mijaíl Tujachevski y a otros líderes militares durante las purgas en el Ejército Rojo. Blojín mató personalmente al famoso reportero de *Pravda* Mijaíl Koltsov, al célebre director de teatro Vsévolod Meyerhold y al popular escritor Isaak Babel.[14] En los tres casos, los documentos del NKVD se publicaron después del colapso de la Unión Soviética. Koltsov, que también era miembro del Soviet Supremo y de la Academia de Ciencias, había pertenecido como «reportero número uno» a

las personalidades soviéticas. En el espíritu de la propaganda de Stalin, había informado sobre la Guerra Civil española. En sus reportajes sobre los grandes juicios en Moscú no había escatimado ataques maliciosos contra los acusados. Al parecer, parecía demasiado seguro de sí mismo; poco antes de su detención, informó de que, tras su última visita al Kremlin, había tenido la impresión de que Stalin pensaba que era petulante.[15]

En los archivos había una carta de Meyerhold a Mólotov, que daba información detallada sobre la naturaleza de los interrogatorios: «Me tumbaron boca abajo en el suelo, con una porra de goma me golpearon en los talones y en la espalda; cuando estaba sentado en una silla me golpearon en las piernas con la misma porra (desde arriba con todas sus fuerzas). En los días siguientes, cuando las piernas estaban hinchadas por los moretones, me golpearon de nuevo sobre estas manchas rojas-azules-amarillas. El dolor era tan fuerte como si se hubiera vertido agua caliente hirviendo sobre estas zonas sensibles (grité y lloré de dolor). Siguieron golpeándome en la espalda con el garrote y en la cara con toda su fuerza… Mientras me tumbaba boca abajo en el suelo, me agaché y lloriqueé como un perro siendo golpeado por su dueño».[16]

No se sabe si Mólotov recibió la carta. Babel fue acusado de planear ataques contra Stalin y Voroshilov. Las ejecuciones de los tres tuvieron lugar a finales de enero y principios de febrero de 1940, en la Lubianka.

Dos meses más tarde, Blojín y sus dos ayudantes viajaron a Kalinin en una berlina para cumplir la orden de ejecución del 5 de marzo de 1940 contra los polacos del campo de Ostashkov. El trío también vivía en la berlina, que permanecía durante cinco semanas en un apartadero de la estación principal. En la reunión preliminar, el comandante local del NKVD, Tokariev, fue informado de que formaba parte de una gran acción contra un total de 14.000 «polacos contrarrevolucionarios». Su gente tenía que insonorizar la celda de la muerte con material aislante.

Los prisioneros fueron conducidos a la «habitación roja», donde fotos, banderas y periódicos de pared anunciaban la gloria de los líderes revolucionarios Lenin y Stalin. Uno de los polacos intentó salvarse en el último momento: reveló que había cosido monedas de oro en su cinturón. De hecho, salieron a la luz entre 25 y 30 rublos de oro del período zarista.

El fiscal se llevó el valioso hallazgo. Pero el prisionero polaco, como todos los demás, los que llegaron antes y después de él, fue conducido al corredor de la muerte. Tokariev contó cómo el mayor Blojín se había preparado para las ejecuciones: «Blojín se puso su ropa especial: una gorra de cuero marrón, un delantal largo de cuero marrón, guantes de cuero marrón con puños hasta los codos. Esto me causó una gran impresión: ¡un verdugo se paró frente a mí!».

Blojín no trabajaba con las pistolas del ejército soviético, que eran propensas al fracaso, sino que prefería la mano de obra alemana: había traído toda una maleta llena de pistolas Walther, tuvo que cambiar las armas varias veces en un turno, porque se calentaron demasiado y amenazaban con fallar. Al principio disparaba a 300 hombres por noche, pero después de algún tiempo ordenó que el número de polacos traídos diariamente desde el campo de Ostashkov, a 180 kilómetros de distancia, pasara a 250.[17]

Después de cada turno, daba una caja de vodka a los simples soldados del NKVD que tenían que sacar los cadáveres. Décadas más tarde, uno de ellos declaró: «Por supuesto que bebimos vodka hasta el punto de la insensatez. Después de todo, el trabajo no fue el más fácil. Estábamos tan cansados que apenas nos manteníamos de pie. Y nos lavamos con perfume. Hasta el cinturón. No había otra manera de deshacerse del olor a sangre y carne. Incluso los perros se mantuvieron a distancia de nosotros. Y cuando nos ladraban, lo hacían desde lejos».[18]

Medallas y raciones especiales

Blojín tenía una excavadora requisada para las fosas comunes no lejos del pueblo de Mednoye; había traído consigo a los dos conductores de la excavadora, que trabajaban por turnos. Excavaron veinticinco fosas comunes y las volvieron a cubrir con tierra. Un mes después, cuando el trabajo se terminó, invitó a todos los que participaron a un banquete en su vagón. Entre ellos había mujeres que habían hecho el papeleo.[19]

También en el bosque de Katyn, no lejos de las fosas comunes, había dachas para los altos cargos del NKVD. A sus familias se les prohibió estrictamente cavar en el suelo fuera de su propio jardín. Cada vez que se

derretía la nieve, sin embargo, el suelo del bosque era removido, de modo que los huesos aparecieron una y otra vez. Por esta razón, los camiones tenían que traer regularmente tierra nueva.[20] También se taló madera para los baños de vapor de las dachas y el cercano castillo de Dniéper. Las celebridades del partido de Moscú, incluyendo a Kaganovich y Voroshilov, fueron allí para pasar unas breves vacaciones.[21] En Piatijatki, cerca de Jarkov, se construyeron nuevas dachas, al lado de las fosas comunes.[22]

El desarrollo de los alrededores de aquellos cementerios con casas de vacaciones tenía su propósito. Por lo general, las fincas del NKVD estaban rodeadas de vallas y estrictamente vigiladas, los forasteros no tenían acceso. Por encima de todo, la policía secreta estaba sujeta a las más estrictas normas de confidencialidad, en virtud de las cuales no se permite que las mujeres y los niños se enteren de sus deberes oficiales bajo ninguna circunstancia. Además, entre ellos prevalecía un fuerte espíritu de cuerpo. Los disidentes eran denunciados y liquidados.

Al parecer, a los hombres del NKVD, que consideraban la matanza de los enemigos del pueblo como un servicio necesario para el estado, no les parecía oneroso, debido a su estructura psicológica, pasar su tiempo libre con barbacoas y veladas de canciones justo al lado de las tumbas de sus víctimas camufladas por la vegetación. El cálculo fue exitoso: en la época soviética, ninguno de los hombres del NKVD involucrados en las ejecuciones de los polacos rompió jamás este pacto de silencio.

El número de muertos de Katyn no se pudo determinar con exactitud. Los historiadores polacos lo sitúan en 4.407, la organización de derechos humanos Memorial en Smolensk, en 4.415. Según un documento de la dirección del KGB, eran 4.416.[23] Los expertos se enfrentaron al mismo problema con las víctimas de Kalinin y Jarkov. Allí, las fosas no estaban suficientemente cubiertas de tierra para que los animales no pudieran sacar los huesos del suelo y llevárselos. Por lo tanto, la mayoría de los historiadores se ayudan con estimaciones: alrededor de 4.000 del campo de oficiales de Starobelsk, en las quince fosas comunes de Jarkov-Piatijatki; 6.300 del campo de policías, gendarmes y funcionarios de justicia en Ostashkov en las veinticinco tumbas de Mednoye cerca de Kalinin (Tver).

La cantidad total de personas asesinadas en los tres campos es de alrededor de 14.700, como también había declarado Beria. Entre ellos había 35 capellanes de campo, 11 generales, un almirante, más de 700 oficiales de Estado Mayor, casi 1.450 capitanes, más de 6.000 tenientes y alféreces.[24] La mayoría de ellos eran reservistas. Entre los muertos había unos 800 médicos, varias decenas de profesores, unos 300 ingenieros, un gran número de los cuales eran expertos en la industria armamentística polaca, y 200 abogados. También había varios cientos de profesores universitarios de otras disciplinas.[25] Hasta 900 de ellos —no se pudo determinar el número exacto— eran de fe judía.[26]

Entre las víctimas se encontraban celebridades de la preguerra: Janina Lewandowska, piloto, y varios atletas. Dos de ellos habían tenido éxito en los Juegos Olímpicos: el capitán Zdzisław Kawecki había ganado una medalla de plata en el concurso completo de equitación en Berlín en 1936, el teniente de la reserva Stanisław Urban una medalla de bronce en remo en cuatro con timonel, en Los Ángeles en 1932. Un total de ocho atletas olímpicos polacos fueron víctimas de los escuadrones de tiro del NKVD en la primavera de 1940. Entre los muertos de Katyn se encontraban dos exjugadores de fútbol internacionales: el teniente de reserva Marian Spojda, con 14 partidos internacionales, que había sido ayudante del seleccionador polaco durante los años previos a la guerra. El capitán de tanque Adam Kogut fue el máximo goleador del primer equipo campeón de fútbol polaco, el Cracovia.

Beria se mostró muy satisfecho con el curso de la liquidación de los «contrarrevolucionarios polacos». Merkulov, que había dirigido toda la acción, recibió la Orden de Lenin, la más alta distinción de la Unión Soviética. Los otros tampoco debían irse con las manos vacías. El 26 de octubre de 1940, Beria firmó un decreto secreto sobre la recompensa de las unidades del NKVD implicadas. Cuarenta y cuatro recibieron un pago especial de 800 rublos, la considerable suma de unos 160 dólares según el cambio de la época. Entre los beneficiarios se encontraba Blojín, que probablemente disparó personalmente a la mayoría de las 6.300 víctimas de Kalinin. Un total de 125 miembros del NKVD se beneficiaron de bonos o incluso de ascensos; también las cuatro secretarias.[27] Para todos había

también raciones especiales de vodka, salchichas, pescado ahumado y otras exquisiteces.[28]

Probablemente los hombres del NKVD también se repartieron las pertenencias requisadas a los polacos: relojes, dinero y otros objetos de valor. Los vecinos observaron que el equipaje de los fusilados, en su mayoría mochilas, fue transportado en camiones. Sin embargo, no había indicios en los archivos de que esos efectos se hubieran registrado en algún lugar.[29]

Sin embargo, no todos los internos de los tres campos fueron fusilados en la primavera de 1940. Un total de unos 400 prisioneros sobrevivieron, ya sea porque Moscú esperaba obtener información útil de ellos o porque eran candidatos para el establecimiento de unidades militares polacas bajo el mando supremo soviético. No se enteraron de que habían sido segregados, porque no sabían que los otros iban a morir.

Los supervivientes representaban el tres por ciento del número total de polacos internados en los tres campos. La mayoría de ellos, un total de 394 hombres, fueron llevados al campo de Griazovets, a 425 kilómetros al noreste de Moscú, que también fue instalado en un monasterio devastado. Entre ellos se encontraba el pintor y escritor Józef Czapski. El NKVD envió a 15 interrogadores a Griazovets. Llegaron a la conclusión de que la mayoría de los oficiales polacos se negaban a cooperar con el NKVD y seguían queriendo luchar por la independencia de su país. Sin embargo, el NKVD había podido reclutar a unos 30 informantes entre los 394.[30]

En octubre de 1940, siete oficiales polacos que habían expresado interés en la Unión Soviética fueron llevados a Moscú. Allí se reunieron con otro grupo de 21 oficiales de otros campos. Los polacos fueron interrogados de nuevo, esta vez bajo la dirección de Merkulov.[31] Después de días de intensos interrogatorios, Beria recibió personalmente a un pequeño grupo de ellos, entre los que se encontraba el teniente coronel Zygmunt Berling. Unas semanas antes del comienzo de la guerra, fue despedido deshonrosamente de las fuerzas armadas por malversación de fondos y escándalo en las relaciones extramatrimoniales, pero fue reincorporado al servicio tras el ataque alemán.

El jefe del NKVD quería conocer la opinión de los internos sobre la formación de unidades polacas bajo el mando supremo soviético. Cuando Berling declaró que podía proponer a muchos de sus camaradas de los campos de Kozelsk y Starobelsk, Merkulov respondió: «Esto ya no es una opción. Cometimos un error con ellos, un error». Al menos así es como uno de los oficiales polacos presentes lo expresó más tarde. Sin embargo, otros participantes en la conversación informaron de que esta frase provenía de Beria. Pero no le dieron especial importancia, porque Beria añadió: «Se los hemos dado a los alemanes».[32] De hecho, hubo un amplio intercambio de prisioneros polacos con el Reich alemán.

Varios días después de la conversación, a una docena de oficiales polacos se les permitió mudarse a una villa en el suburbio moscovita de Malajovka, que servía al NKVD como centro de entrenamiento. Durante la Guerra Civil española se formaron allí comandantes y politruks de las Brigadas Internacionales.[33] La composición del grupo polaco cambió varias veces: algunos tuvieron que volver a la cárcel y se añadieron otros nuevos. El alojamiento y la comida eran excelentes, y también había mucho alcohol. Los polacos llamaron al alojamiento «villa de la felicidad». Sin embargo, resultó que la mayoría no cumplió en absoluto las expectativas del NKVD: solo un pequeño grupo confesó su lealtad irrestricta a la Unión Soviética. Zygmunt Berling, anteriormente prisionero en Starobelsk, fue el miembro de mayor rango de este grupo. Desde entonces trabajó para el NKVD.[34]

4. BÚSQUEDA DE LOS DESAPARECIDOS

La «Operación Barbarroja» cambió bruscamente la situación política en Europa el 22 de junio de 1941: el Tercer Reich atacó a la Unión Soviética. La Wehrmacht invadió los territorios del este de Polonia anexionados por la Unión Soviética en un amplio frente. Los funcionarios del NKVD, que habían dirigido un régimen terrorista allí durante 21 meses, huyeron en desbandada hacia el este. Antes de su partida, ejecutaron a los prisioneros polacos y ucranianos en varias prisiones, incluida Lviv, sin ningún juicio; el número de víctimas se elevó a miles. Moscú lo negó cuando la prensa alemana informó de estos crímenes en masa.[1]

En pocos días, la Wehrmacht había ganado un territorio enorme, cientos de miles de soldados del Ejército Rojo fueron capturados por los alemanes, y la mayoría de ellos no sobreviviría al cautiverio. Moscú ahora se alió con los británicos. Casi dos años antes, en el verano de 1939, Stalin no estaba interesado en esta alianza, que probablemente habría evitado la guerra. En cambio, junto con Hitler, atacó a Polonia, el aliado de Gran Bretaña. En el verano de 1941, sin embargo, Stalin no tuvo otra opción. Dependía de la ayuda militar de los británicos. Estos comenzaron inmediatamente a suministrar armamento a través de los territorios de Oriente Medio bajo mandato británico.

El primer ministro Winston Churchill exigió ahora una solución política al grave conflicto entre el gobierno polaco exiliado en Londres y el régimen de Stalin, que antes se consideraban enemigos. El ministro de Asuntos Exteriores Anthony Eden sugirió que se moderaran las negociaciones entre Sikorski y el embajador soviético en Londres, Ivan Maiski. Sikorski inicialmente argumentó que, como jefe de Gobierno, un embajador no era el interlocutor adecuado para él, pero el criterio de Eden prevaleció. En la

reunión, Sikorski apareció con un uniforme de gala y estaba visiblemente irritado porque Maiski llevaba un ligero traje de verano.[2]

Las diferencias políticas fueron inicialmente enormes. Lo único indiscutible era que se restablecerían las relaciones diplomáticas. Al principio, Sikorski insistió en que se incluyera en el tratado la restauración de la frontera oriental de Polonia antes de la guerra, pero Maiski bloqueó este tema por orden de Moscú. Por lo tanto, la resolución de la cuestión fronteriza se pospuso.

Sikorski pidió el regreso inmediato de varios cientos de miles de deportados de las profundidades de la Unión Soviética, incluidos unos 200.000 oficiales y soldados capturados. Maiski afirmó que solo había 20.000, pero Sikorski citó artículos de la prensa soviética del otoño de 1939, en los que se mencionaban 190.000 prisioneros de guerra, entre ellos 10.000 oficiales.[3] Después de consultar con Moscú, Maiski le prometió una amnistía para los polacos en los campos soviéticos. Sikorski rechazó inicialmente una amnistía; en su lugar, las sentencias contra los prisioneros y deportados polacos tendrían que ser anuladas por ser ilegales. Pero finalmente cedió también en este punto.

En el acuerdo Sikorski-Maiski, como lo llamó la prensa, ambas partes convinieron finalmente en la liberación de los prisioneros y deportados polacos y en una lucha militar conjunta contra el Reich alemán. Churchill y su ministro Eden estuvieron presentes en la firma del tratado. La propaganda moscovita ya no atacó a los polacos, sino, como antes de 1939, a los alemanes, como «fascistas».

Dos semanas más tarde se firmó en Moscú un acuerdo militar: un general polaco debía dirigir las tropas polacas, pero bajo el mando supremo soviético. Las unidades polacas debían incluir también a los habitantes de las zonas anexas a la Unión Soviética que ya habían sido reclutados por el Ejército Rojo. Los británicos proporcionarían el equipo, y debían llevarlo a través de Oriente Medio.

Sin embargo, los dos acuerdos llevaron a la dimisión de varios ministros del gobierno en el exilio. Acusaron a Sikorski de no representar los intereses polacos con suficiente vigor debido a la cuestión fronteriza. También era totalmente inaceptable que los militares polacos fueran puestos

bajo el mando soviético, dado que el Ejército Rojo había apuñalado a los polacos por la espalda en septiembre de 1939 y el NKVD había establecido un reino de terror en el este de Polonia. Pero Sikorski prevaleció. Para él, el regreso de cientos de miles de compatriotas del cautiverio soviético tenía prioridad, y esperaba poder resolver los problemas fronterizos y de estatus más tarde.[4]

Ambas partes acordaron que el general de brigada polaco Władysław Anders, encarcelado en Moscú, debería tomar el mando de las tropas que se establecieran. Anders, que debía su apellido a los antepasados germano-bálticos y era protestante, había servido como oficial en la caballería imperial rusa en la Primera Guerra Mundial, y hablaba un ruso excelente. En septiembre de 1939 había caído prisionero de los soviéticos. Tenía una bala alojada en una pierna, apenas podía moverse. Fue llevado a Moscú, donde el NKVD trató de persuadirlo de que se alistara en el Ejército Rojo. Al negarse a hacerlo, fue torturado tan severamente que ya no podía permanecer de pie ni caminar. Su herida de bala no fue tratada y empeoró. En la retrospectiva, Anders escribió: «Las condiciones en la prisión eran inusualmente duras, mi rostro estaba constantemente expuesto a la luz más brillante. Mis ojos estaban completamente supurados, tenía miedo a quedarme ciego».

Pocos días después del acuerdo Sikorski-Maiski, los guardias de la prisión lo sacaron de su celda. Para su sorpresa, no lo arrastraron a otro interrogatorio, sino que le dieron muletas y dos guardias para ayudarlo a caminar. En prisión, el alto y fuerte, antes bien entrenado general, estaba demacrado. Había pasado de 90 a 59 kilos. Lo llevaron a una habitación donde Beria lo estaba esperando. Le informó de su nombramiento como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Polacas en la Unión Soviética.

Luego, el comandante de la prisión le pagó una indemnización por sus objetos de valor personales, que habían sido requisados, y llevó personalmente su maleta a una limusina negra. «Salí de la prisión sin medias, sin camiseta y en calzoncillos largos con el sello “Prisión del NKVD”, pero en el coche oficial del jefe del NKVD», escribió en sus memorias.[5]

El general polaco se enteró de que la sede de sus tropas sería la pequeña ciudad de Buzuluk, en la estepa del sur de Rusia, a más de 1.200 kilómetros al sudeste de Moscú. El gobierno soviético prometió dar a los polacos un préstamo de 300 millones de rublos para construir su nuevo ejército: a la tasa oficial de la época, alrededor de 60 millones de dólares.[6] La embajada de Polonia en Moscú fue reabierta y se le autorizó a establecer 20 puntos de recogida para los polacos de los campos y prisiones. El profesor de historia Stanisław Kot fue nombrado embajador, pero hablaba mal el ruso.

En octubre de 1941, debido al avance de la Wehrmacht, todas las misiones extranjeras tuvieron que ser trasladadas de Moscú a Kuibyshev, en el Volga. Hoy en día la ciudad lleva de nuevo su antiguo nombre de Samara. Esto fue favorable para los polacos, porque la distancia entre Kuibyshev y Buzuluk es de solo unos 200 kilómetros.

Casi todos los días, pequeños grupos de polacos hambrientos y harapientos, que habían podido abandonar los campos, llegaron a Buzuluk. Desde el Gulag a orillas del río Kolyma en la esquina noreste de Siberia llegaron 160, un gran número había perdido los dedos de las manos o de los pies en el duro invierno, y la mayoría sufría escorbuto. Según las estimaciones de la embajada de Polonia, alrededor de 10.000 personas habían sido deportadas a la región de Kolyma.[7]

Con la amnistía anunciada por Moscú para los polacos, el campamento del NKVD de Griazovets en el norte de Rusia se convirtió formalmente en la sede del ejército polaco. Anders llegó allí a finales de agosto de 1941. Cojeaba fuertemente y caminaba ayudado con un palo, rodeado de «oficiales sonrientes del NKVD».[8] Anders informó a sus compatriotas sobre el acuerdo Sikorski-Maiski, del que la mayoría de ellos oyó hablar por primera vez. En ese momento había 448 oficiales polacos en Griazovets, la mayoría de ellos de los campos de Kozelsk, Ostashkov y Starobelsk. Poco a poco pudieron viajar a Buzuluk. Después de unas semanas se reunió allí una tropa de 25.000 hombres, que ahora se llamaba coloquialmente ejército de Anders.[9]

No estaba allí el profesor de economía Stanisław Swianiewicz, que había observado el transporte de sus compañeros desde un vagón de ferrocarril hasta el bosque de Katyn en abril de 1940. Había sido condenado

a trabajos forzados por espionaje, en la región de Komi, en el norte de Siberia. El embajador Kot fue informado de ello y puso el caso de Swianiewicz en el orden del día de las conversaciones con los dirigentes soviéticos; el profesor fue puesto en libertad unos meses después.

Los espías de Moscú en el ejército polaco

Pronto resultó evidente que solo había llegado una fracción de los oficiales que se sabía que estaban en manos de los soviéticos. El general Anders esperaba unos 9.000. El capitán Józef Czapski, encarcelado en Starobelsk, fue encargado de investigar el destino de los desaparecidos. El pintor y escritor, que hablaba muy bien el ruso, tenía una gran experiencia en este tipo de tareas. Después de la Primera Guerra Mundial había buscado en la Rusia soviética a un grupo de oficiales polacos que había desaparecido allí. Pudo averiguar adónde se habían ido: habían muerto en una prisión del nuevo gobierno bolchevique, lo que le fue confirmado oficialmente. Czapski hizo que los internos de los tres campos que habían venido a Buzuluk elaboraran listas con los nombres de sus compañeros desaparecidos.

Al ejército de Anders también se unieron los oficiales que Merkulov quería reclutar en otoño de 1940 en una villa del NKVD en Malajovka, cerca de Moscú, para una división polaca bajo el liderazgo soviético. En respuesta a la noticia del ataque alemán contra la Unión Soviética, varios de ellos escribieron una petición para unirse al Ejército Rojo como simples soldados en la lucha contra la Wehrmacht. Entre ellos estaba el teniente coronel Zygmunt Berling, reclutado por el NKVD como informante. La carta terminaba con las palabras: «Viva Stalin, el brillante líder de los trabajadores y de los pueblos oprimidos».[10]

Pero Stalin pensaba de otra manera: quería mantener el control sobre las tropas polacas en la Unión Soviética. Por eso los oficiales reclutados por el NKVD se trasladaron a Buzuluk. Allí, sin embargo, algunos de sus camaradas los miraban con gran desconfianza. El general Anders no compartía estas preocupaciones, al menos con respecto a Berling: lo

nombró jefe de Estado Mayor de una de las divisiones recientemente constituidas.[11]

Apenas cinco semanas después de asumir su cargo, Anders se enfrentó a su primera gran tarea: en octubre de 1941, el alto mando soviético quiso lanzar a los polacos a la batalla contra la Wehrmacht. El general no tenía ninguna duda de que las posibilidades de supervivencia de sus hombres, mal equipados y, en algunos casos, aún gravemente debilitados físicamente, eran extremadamente escasas, por lo que rechazó categóricamente este plan.

A finales de noviembre, Sikorski llegó a Kuibyshev vía Teherán para las consultas con los representantes del gobierno soviético. Luego fue a Buzuluk para inspeccionar la guarnición polaca. Le acompañó el viceministro de Asuntos Exteriores, Andréi Vyshinski, como representante del gobierno soviético. Antes de la guerra, Vyshinski había sido fiscal general de la Unión Soviética; durante las grandes purgas había diseñado los escenarios para las farsas judiciales planeadas hasta el último detalle, y durante los procedemientos había insultado a los exlíderes del partido, tratados como «perros rabiosos, chuchos llorones, basura asquerosa y cría de serpientes».

Sikorski y Vyshinski tomaron parte conjuntamente en el desfile de las tropas polacas. Uno de los participantes describió más tarde la escena: «Los soldados marcharon con la ropa que tenían. Se trataba principalmente de abrigos militares polacos viejos, usados y desgastados, batines de granjeros, pieles y chaquetas de algodón, harapos de mendigos, botas rasgadas en los pies, cuyas plantas estaban atadas con cuerdas, o que no llevaban zapatos en absoluto, sino que tenían trapos envueltos alrededor de los pies».[12]

A continuación, los oficiales fueron invitados a un buffet. Anteriormente, los especialistas del NKVD habían revisado a fondo la sala, en busca de explosivos y armas. Bajo la dirección del NKVD, se había preparado un espléndido buffet de carne, pescado y alcohol en el normalmente mal aprovisionado Buzuluk.[13]

En una reunión con los oficiales superiores del ejército de Anders, Sikorski declaró que estaba convencido de que Stalin cumplía su palabra. Anders y su jefe de Estado Mayor, el coronel Leopold Okulicki, permanecieron escépticos. Los interrogadores del NKVD le habían sacado a

golpes casi todos los dientes a Okulicki. Le contaron a su comandante en jefe la represión que los oficiales polacos habían soportado en las prisiones y campos soviéticos. Sikorski hasta ahora había experimentado la guerra en un exilio seguro en Francia y Gran Bretaña, sin ningún contacto con el enemigo.[14]

A finales de 1941, se habían creado tres divisiones polacas, con un total de casi 40.000 hombres. Pero el equipo británico prometido llegó lentamente. Los estadounidenses, que también habían sido aliados formales del gobierno polaco en el exilio desde su entrada en la guerra, abastecieron solo al Ejército Rojo, que hasta el final de la guerra recibió de Estados Unidos 22.150 aviones militares, 12.700 tanques, 51.000 *jeeps*, 375.000 camiones, 35.000 motocicletas, 8.000 tractores, 2.000 locomotoras, 11.000 vagones de carga, 200 barcos, algo menos de 150.000 armas de fuego, más de medio millón de toneladas de explosivos, 4,5 millones de toneladas de alimentos.

Los polacos no obtuvieron nada de los americanos, y el Ejército Rojo les proporcionó alimentos de baja calidad e insuficientes. El suministro de agua, al igual que los refugios, era miserable, las letrinas apestaban. Los soldados polacos vivían en cuarteles mal aislados o incluso en tiendas de campaña, en una región donde las temperaturas medias de invierno eran de 15 grados bajo cero, pero a menudo inferiores a 30.

Aparte de estas dificultades logísticas, más y más problemas políticos se amontonaron para Anders. Stalin quería limitar el contingente polaco a 30.000 hombres, alegando que los británicos no habían suministrado suficiente equipo militar. Pero ya habían llegado a Buzuluk más de 70.000 personas de sus lugares de exilio en Kazajstán y Siberia, entre ellas varios miles de mujeres y niños.[15]

El general Anders también consideró una violación del acuerdo militar que las autoridades soviéticas impidieran la llegada a Buzuluk de numerosos prisioneros polacos. En varias ocasiones, los diplomáticos polacos que viajaban a los puntos de recogida de sus compatriotas deportados fueron arrestados como espías.[16]

El embajador Kot trató de resolver estas diferencias en un total de ocho reuniones con el viceministro Vyshinski. Sobre todo, Kot preguntó

repetidamente por los oficiales desaparecidos de los tres campos. Pero Vyshinski repitió machaconamente que todos habían sido liberados. Una vez dijo enfáticamente: «Este problema no existe en absoluto».

Kot planteó el mismo punto en una reunión con Stalin y Mólotov en el Kremlin. Kot, cuyo ruso era fragmentario, hablaba francés, ambas partes tenían intérpretes. Primero Stalin dijo en su saludo que los polacos y los rusos eran «no solo vecinos, sino también de la misma sangre». En el pasado, a partir del siglo XVI, los rusos sufrieron bajo los polacos y los polacos bajo los rusos. «Debemos acabar con este pasado».[17] Sobre los oficiales desaparecidos, Stalin dijo: «Los liberamos a todos, incluso a los que el general Sikorski nos envió para volar puentes y matar a nuestra gente».

Pero Kot insistió en que, por ejemplo, todos los oficiales que habían pertenecido al Estado Mayor de la Brigada Anders en septiembre de 1939 habían desaparecido. Stalin se dirigió al teléfono y preguntó a su entrevistador al otro lado de la línea si todos los oficiales polacos habían sido liberados. Cuando volvió a hablar con Kot, cambió de tema. Después de unos minutos sonó el teléfono, Stalin escuchó, terminó la conversación y se dijo a sí mismo en voz baja: «Dicen que todos han sido liberados». Pero no le dio más explicaciones a Kot. Por el contrario, se despidió del embajador polaco, que aprovechó la oportunidad para felicitar a Stalin por el éxito de la defensa de Moscú contra la ofensiva de la Wehrmacht. Stalin lo despidió con las palabras: «Personalmente, es muy importante para mí contribuir a la reconstrucción de un estado polaco soberano, independientemente de su estructura interna».[18]

«Escapada a Manchuria»

El 3 de diciembre de 1941, Kot acompañó a su primer ministro Sikorski y al general Anders al Kremlin, donde Stalin, asistido de nuevo por Mólotov, los recibió con mucha amabilidad. El noticiero soviético filmó el saludo, la escena encontró su sitio en un documental de cine británico que ahora está disponible en Internet.[19]

Sikorski se dirigió a Stalin como «señor presidente», lo llamó «uno de los verdaderos creadores de la historia contemporánea» y lo felicitó por el heroísmo del Ejército Rojo. El curso posterior de la conversación fue documentado por un secretario de la embajada polaca:

> Sikorski: Deseo informar al presidente de que la declaración sobre la amnistía no se ha llevado a cabo. Una gran parte de nuestra gente más valiosa sigue en campos de trabajo y prisiones.
>
> Stalin: Eso no es posible porque la amnistía afectó a todos y todos los polacos han sido liberados (Mólotov asiente).
>
> Anders: Las órdenes no se ejecutan cuando los comandantes de ciertos campos tienen el deber de cumplir un plan de producción, no quieren deshacerse de sus mejores trabajadores, sin los cuales el cumplimiento del plan no sería posible.
>
> (…)
>
> Stalin: Estas personas deben ser llevadas ante la justicia.
>
> (…)
>
> Sikorski: No es asunto nuestro proporcionar al gobierno soviético listas precisas de nuestra gente, pero los comandantes de los campos tienen listas completas. Tengo aquí una lista de 4.000 oficiales que han sido deportados a la fuerza y que todavía están en prisiones y campos de trabajo, e incluso esta lista no está completa, porque solo incluye nombres recopilados de memoria. A mis órdenes se comprobó si no estaban en la patria con la que estamos en contacto permanente. Resultó que no había ni uno solo de ellos, al igual que no estaban en los campos de prisioneros de guerra en Alemania. Esta gente está aquí. Nadie ha regresado.
>
> Stalin: Eso no es posible. Ellos huyeron.
>
> Anders: ¿A dónde pudieron haber huido?
>
> Stalin: Bueno, por ejemplo a Manchuria.
>
> Anders: No es posible que todos ellos pudieran haber huido, sobre todo porque desde el momento en que fueron transportados de los campos de prisioneros de guerra a los campos de trabajo, toda la correspondencia con sus familias fue interrumpida.
>
> (…)
>
> Stalin: ¡Saben, el gobierno soviético no tiene la menor razón para detener ni a un solo polaco![20]

Sikorski le dio una lista de 3.825 nombres, aunque agregó que no eran de ninguna manera todos los oficiales que estaba buscando, pero que no se pudieron encontrar más nombres. Stalin, sin embargo, no volvió a este punto. En vez de eso, le preguntó a Anders, lleno de simpatía, por su detención en las prisiones soviéticas. El general polaco respondió que al principio era «inusualmente malo y luego ligeramente mejor». Stalin, que

siempre estaba bien informado sobre las condiciones de detención de los presos prominentes, incluida la tortura, replicó: «Bueno, qué puedes hacer, esas eran las condiciones».

Los dos polacos informaron a Stalin de que sus fuerzas en la Unión Soviética querían retirarse a través de Irán al Mandato Británico en Oriente Medio, debido a las grandes dificultades de suministro y a la falta de alojamiento. Stalin, que conocía desde hacía mucho tiempo este acuerdo entre el gobierno en el exilio y los británicos, dijo según el protocolo «en un tono irritado y obviamente insatisfecho»: «Soy un hombre viejo y experimentado. Sé que una vez que ustedes se vayan a Persia, no volverán». **[21]**

Al día siguiente, Stalin ofreció una cena a los dos generales polacos. Volvió a la retirada prevista del ejército de Anders: «¡Me habéis insultado al no creer en nuestra buena voluntad!». Anders observó: «Sobre todo, sus ojos son asombrosos: oscuros, opacos y fríos. Incluso cuando él se ríe, ellos nunca se ríen».

Después de la cena, en el hotel del gobierno los dos generales polacos recibieron llamadas de señoras que se ofrecieron a ir a sus habitaciones. Ambos no tenían ninguna duda de que se trataba de prostitutas al servicio del NKVD. Anders advirtió a su comandante en jefe y a sus compañeros contra los micrófonos ocultos: lo mejor que se puede hacer es hablar solo en voz baja y remover una cucharadita en el vaso.**[22]**

En febrero de 1942 Anders fue recibido de nuevo por Stalin. Esta vez fue acompañado por el jefe de Estado Mayor Okulicki, que también había sido severamente torturado por el NKVD, de lo que Stalin probablemente estaba informado. En la reunión, Stalin presentó una nueva versión: los oficiales polacos habían huido al territorio ocupado por los alemanes. Pero Okulicki lo contradijo vehementemente: «Si este fuera el caso, al menos algunos de ellos se habrían unido a la resistencia polaca, y el gobierno en el exilio se habría enterado de ello». Los dos polacos le dieron a Stalin una lista de otros nombres de oficiales que aún estaban desaparecidos. No hubo ninguna reacción.

Incluso el capitán Józef Czapski tuvo poco éxito con su «Oficina de Documentación de las Detenciones y Deportaciones de Polacos a la Unión

Soviética», establecida por orden de Anders. Desde Buzuluk, Czapski viajó a la provincia más profunda de Rusia para obtener información sobre los prisioneros de guerra polacos. Finalmente se dirigió a Moscú para pedir información a Beria o Merkulov. Pero aunque se refirió a los acuerdos entre Stalin y Sikorski, fue tratado como un simple peticionario en la Lubianka. Tuvo que escribir peticiones y pasarlas a través de una pequeña ventana en la incómoda y fría sala de recepción.

Finalmente, después de tres semanas, un general del NKVD lo recibió. Le dijo a Czapski que no se sabía nada en Moscú sobre los polacos desaparecidos. Le aconsejó que visitara a Vyshinski en Kuibyshev, donde el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético había sido reubicado. Sin embargo, Czapski se abstuvo de hacerlo porque estaba bien informado sobre las ocho reuniones infructuosas entre el embajador polaco Kot y Vyshinski.[23]

Czapski intentó otras vías para encontrar apoyo en Moscú: contó con la ayuda del influyente escritor Alekséi Tolstói, expresidente de la Unión de Escritores. Tolstói provenía de la famosa familia noble y disfrutaba del cariño especial de Stalin, era popularmente conocido como «el conde rojo». Sus novelas históricas sobre zares estrictos pero justos fueron leídas como alegorías sobre Stalin. Recibió crédito ilimitado del Banco Estatal Soviético y se mudó a una casa señorial cerca de Moscú, llena de muebles antiguos y de obras de arte. También tenía personal de servicio a su disposición. Durante la guerra se mantuvo alejado del frente. Se había mudado a una casa cómoda en el cálido y bien provisto Tashkent, en el Asia Central soviética. Por lo tanto Czapski no pudo contactar con él. Pero Tolstói aún estaba esperando su papel en el esclarecimiento de la suerte de los oficiales desaparecidos.

Czapski recogió sistemáticamente toda la información sobre los compatriotas desaparecidos, acerca de su posible paradero: circularon rumores de que 1.650 prisioneros polacos y un escuadrón de escolta de 110 soldados del NKVD habían muerto en una tormenta de nieve en su camino al Gulag de Workuta, en el Círculo Polar Ártico. Cientos de personas se habían hundido en barcazas en el mar Blanco y el océano Ártico. Al menos 750 habían muerto congelados en los campos de Ob y Yenisei, en Siberia. Y

400 polacos murieron por disparos en la inhóspita región de Komi, en el norte de Rusia. Pero desde allí, en julio de 1942, vino Stanisław Swianiewicz, el testigo del transporte de sus camaradas al bosque de Katyn. Un teniente polaco informó de que 630 prisioneros de Kozelsk trabajaban en la colonia penal de Kolyma, en el norte de Siberia, pero no pudo dar ningún nombre.

La llegada del profesor de economía Swianiewicz a Buzuluk y la información sobre los polacos en Kolyma dio a Czapski la esperanza de que al menos algunos de los oficiales perdidos pudieran seguir con vida. Al informe de Swianiewicz sobre sus observaciones en la estación de Gnezdovo, sin embargo, no le prestó mucha atención, desapareció en los archivos por el momento.[24] Pero el general Anders, que en principio era escéptico, no compartía el optimismo de Czapski. Expresó el temor de que ninguno de los buscados siguiera vivo. Cuando le habló a Sikorski sobre sus sospechas, este respondió: «¿Quieres decir que el gobierno soviético simplemente los mató? Absurdo! ¡Imposible!».[25]

En febrero de 1942, el alto mando del Ejército Rojo pidió de nuevo a Anders que proporcionara una división para luchar contra la Wehrmacht. Esta era la condición para el suministro adicional de pertrechos a las tropas polacas. Sin embargo, el general polaco no tenía ninguna duda de que los líderes soviéticos consideraban a los polacos principalmente como carne de cañón. Por lo tanto, rechazó una vez más la petición de Moscú, refiriéndose al deficiente equipamiento de sus soldados. Como resultado, cada vez llegaban menos transportes de alimentos a Buzuluk. Las autoridades soviéticas también siguieron bloqueando el reclutamiento de polacos liberados para el ejército de Anders y se detuvo de nuevo a diplomáticos polacos mientras viajaban a Asia Central y Siberia en busca de los oficiales desaparecidos.

De la estepa a la tierra prometida

Mientras tanto, unos 45.000 polacos, entre ellos un gran grupo de mujeres y niños, habían llegado de Siberia a la capital uzbeka, Tashkent. Sin embargo, las autoridades soviéticas calificaron de ilegal su estancia en el Uzbekistán

Soviético y prepararon su internamiento. El embajador Kot tuvo que insistir repetidamente en el cumplimiento del acuerdo Sikorski-Maiski, el gobierno en el exilio también pidió ayuda a los líderes británicos, y Moscú finalmente cedió. Anders podría incluso crear una cuarta división en Tashkent.[26]

Cuando Czapski se enteró de que su colega Alekséi Tolstói, a quien antes había intentado en vano contactar en Moscú, vivía temporalmente en Tashkent, le dio una cena en la sede de la división polaca. Mientras los dos escritores intercambiaban poemas, su joven esposa bailaba extensamente con oficiales polacos. Tolstói prometió proporcionar una antología con traducciones de poemas polacos. También aseguró al general Anders su apoyo en la búsqueda de los oficiales desaparecidos; sin embargo, no se sabía si realmente había tomado medidas en esta dirección.[27]

Durante este tiempo el general Anders tuvo que defenderse de otro intento de detener a los polacos en la Unión Soviética: El Kremlin propuso dividir el ejército de Anders en varias subunidades y ponerlas bajo mando soviético. Sin embargo, el gobierno en el exilio pudo evitarlo de nuevo con el apoyo británico. Stalin finalmente aceptó la retirada de los polacos.[28] En vista del fuerte sentimiento antisoviético entre los oficiales polacos, el riesgo de tener un enemigo potencial detrás de las líneas le parecía demasiado grande. La salida del ejército de Anders también le dio un pretexto para crear sus propias unidades prosoviéticas con los prisioneros y deportados polacos en su poder.

Por esta razón, el teniente coronel Zygmunt Berling y otros 13 oficiales reclutados por el NKVD desertaron durante los preparativos de la marcha. Poco después, el tribunal militar de Anders los sentenció a muerte por deserción.

En agosto de 1942 comenzó el éxodo de las fuerzas armadas polacas de la Unión Soviética, que duró hasta principios de 1943. Las unidades polacas fueron transportadas al mar Caspio, y durante días los barcos de transporte las llevaron del norte a la orilla sur. El Irán neutral había sido ocupado por tropas soviéticas y británicas y dividido en dos zonas de influencia. La razón de ello fue la negativa de los líderes iraníes a transportar armamento y

alimentos estadounidenses desde el Golfo Pérsico a través de su territorio hasta la Unión Soviética.

Los soldados del ejército de Anders estaban subordinados al alto mando británico en Irán. Un total de 70.000 soldados —entre ellos 2.430 oficiales — y 44.000 civiles, participaron en la marcha.[29] Hasta el final, las autoridades soviéticas habían dificultado también la emigración de civiles, especialmente mujeres y niños.

Varios cientos de miles de polacos permanecieron en la Unión Soviética. Algunos no lograron llegar a Buzuluk o Tashkent a tiempo. La gran mayoría no había tenido conocimiento del acuerdo Sikorski-Maiski en los lugares remotos del exilio, aunque las autoridades soviéticas estaban obligadas a informar a todos los polacos.[30]

Algunos de los soldados polacos fueron llevados inmediatamente a Irak y desplegados allí para proteger los campos petroleros británicos. Otra parte continuó con el Mandato Británico de Palestina, que incluía al actual estado de Israel. Miles de judíos polacos que ya vivían en Palestina recibieron muy calurosamente al ejército de Anders. Ante este clima, unos 2.500 soldados judíos abandonaron sus unidades. La mayoría de ellos desertaron, algunos pidieron oficialmente ser liberados. Anders se abstuvo de iniciar procedimientos legales contra los desertores judíos y de hacerlos buscar.

El ejército de Estados Unidos envió un oficial de enlace para el ejército de Anders: el teniente coronel Henry Szymanski, quien provenía de una familia de inmigrantes polacos en Chicago y se había graduado en la Academia de Oficiales de West Point. Era un atleta bien entrenado que había participado como luchador en los Juegos Olímpicos de Amberes de 1920.

Szymanski debía visitar a los polacos en la estepa rusa, pero no obtuvo un visado soviético. Así que fue puesto bajo el mando del agregado militar de Estados Unidos en El Cairo, desde donde viajó a las localizaciones del ejército de Anders. Además de Anders y su jefe de Estado Mayor, Okulicki, que le describió en detalle la tortura en las cárceles soviéticas, también se reunió con el capitán Józef Czapski, que le dio un documento sobre la búsqueda de los oficiales desaparecidos. Szymanski, que hablaba muy bien

el polaco, ahora compilaba un dosier sobre el tema y enviaba regularmente informes a sus superiores.[31]

Poco antes del comienzo de la retirada de las tropas polacas de la Unión Soviética, el Ministerio de Relaciones Exteriores en Moscú había informado al embajador de Polonia Kot de que ya había sido posible aclarar el paradero de los oficiales buscados: habían regresado a Polonia, habían huido al extranjero o habían muerto en el camino. A pesar de las advertencias de las autoridades soviéticas, muchos habían comenzado el viaje individualmente.

El gobierno en el exilio no quiso creer esta afirmación. Por lo tanto, decidió solicitar ayuda al presidente estadounidense Roosevelt: le pidió que insistiera en que el Kremlin le proporcionara información concreta sobre la suerte de los oficiales de un aliado común. Pero en la Casa Blanca la petición de los polacos fue ignorada. Hasta marzo de 1943, el embajador Kot había enviado un total de 50 solicitudes de información a las autoridades soviéticas sobre las personas desaparecidas. Cuando el ejército de Anders se fue, todas quedaron sin respuesta.

5. DESCUBRIMIENTO DE LAS FOSAS COMUNES

A finales de enero de 1943, el teniente coronel Friedrich Ahrens vio un lobo en el bosque de Katyn, que estaba rascando en la nieve profunda y cavando un agujero. A pocos pasos del lugar, notó una cruz de abedul, de las que normalmente se colocan sobre las tumbas de los soldados. Ahrens fue comandante del Regimiento de Telecomunicaciones 537 del Grupo de Ejércitos Centro, con sede en el castillo de Dniéper, antiguo centro de entrenamiento y recreación del NKVD, donde también había un cine y una caseta de tiro. Informó al oficial responsable del entierro de los soldados que, después de que la helada hubiera amainado a mediados de marzo, se encargó de examinar el lugar. Se descubrieron varios huesos, que un médico militar identificó como huesos humanos.[1]

Independientemente del descubrimiento de la cruz de abedul por Ahrens, y al mismo tiempo, la policía militar del Grupo de Ejércitos Centro, con base en Smolensk, se enteró de la existencia de una fosa común de oficiales polacos. El mecánico ferroviario Ivan Krivozertsev, que trabajaba como civil local para la Wehrmacht, había leído un artículo en el periódico ruso *Nowy Put* (Nuevo Camino), controlado por las fuerzas de ocupación, sobre la deportación de polacos por el NKVD a Siberia. Recordó una conversación con un campesino cerca de Katyn, que le había hablado de la ejecución de oficiales polacos y fosas comunes cerca de las Colinas de Cabras. Krivozertsev se dirigió a un conocido que trabajaba como intérprete para los alemanes, este informó a sus superiores.

Un grupo de la policía militar se dirigió con los dos rusos en busca del testigo Parfeon Kiselióv, de setenta y un años. El campesino, con barba

cerrada, condujo al pequeño grupo al lugar donde sospechaba que había una fosa común. Era el mismo bosque donde el teniente coronel Ahrens había observado al lobo. Quitaron la nieve y cavaron un agujero en el suelo. A pesar de la fuerte helada, pronto sintieron un fuerte olor a descomposición. Finalmente encontraron varios cadáveres en abrigos militares boca abajo. Krivozertsev arrancó un botón de uniforme grabado con un águila polaca.[2]

Kiselióv, que a veces recogía setas y madera en el bosque, pudo dar información sobre quién había erigido la cruz de abedul: un grupo de trabajadores ferroviarios polacos, el año anterior, 1942, que se vieron obligados a trabajar para la organización Todt, una empresa constructora subordinada al Ministerio de Armas de Berlín. Su departamento había venido a Smolensk para construir una línea de ferrocarril. Se enteraron por la esposa polaca de un ferroviario ruso de que había fosas comunes con compatriotas en Katyn. En el bosque se encontraron con Kiselióv, que les mostró el lugar donde estaban enterrados los polacos. Los hombres cavaron en varios lugares y encontraron dos tumbas.

En marzo de 1943, Kiselióv le dijo a la policía militar alemana: «Alrededor de una hora después los polacos regresaron indignados y regañaron al NKVD».[3] Casi medio siglo después, uno de los polacos de la organización Todt declaró que él y sus colegas habían informado a sus superiores alemanes del horrible hallazgo en el bosque; pero estos no habían mostrado ningún interés particular en esta información.[4]

Los informes sobre las tumbas llegaron al teniente coronel Rudolf-Christoph von Gersdorff, responsable del reconocimiento militar en el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro, así como de la observación del enemigo. Gersdorff envió un informe a Berlín, tras lo cual el alto mando de la Wehrmacht ordenó que se abrieran las tumbas. También hizo que la policía militar buscara a residentes locales que pudieran proporcionar información sobre las tumbas. El periódico *Nowy Put* publicó un anuncio prometiendo una recompensa a los testigos de las ejecuciones o del transporte de polacos desde Gnezdovo hasta el bosque.[5]

Gersdorff era uno de los oficiales del Grupo de Ejércitos Centro en Smolensk que habían estado planeando un intento de asesinato de Hitler durante más de un año. Estaban indignados y horrorizados por los

asesinatos de civiles, especialmente judíos, cometidos por las SS detrás de la zona de batalla. También rechazaron la «orden del comisario», la ejecución de los politruks del Ejército Rojo ordenada por Hitler, y la propaganda de los «subhumanos eslavos». Sobre todo, querían poner fin a la guerra lo antes posible.[6]

El alma del grupo era el coronel Henning von Tresckow. Antes de la guerra había contactado con los generales de la Wehrmacht opuestos a Hitler que querían impedir una guerra porque pensaban que el Reich alemán la perdería. Entre los conspiradores de Smolensk estaba su oficial de ordenanzas, el teniente de la reserva Fabian von Schlabrendorff, cuya esposa era prima de Tresckow. Schlabrendorff era abogado de profesión, y mantenía contactos con la oposición a Hitler, los partidos democráticos prohibidos.

En agosto de 1939, Schlabrendorff, cuya familia mantenía buenos contactos en Gran Bretaña, había viajado a Londres para informar a altos cargos del Foreign Office sobre las negociaciones secretas entre Ribbentrop y Mólotov y el inminente ataque alemán a Polonia. Pero no se le tomó en serio. También se reunió con el entonces líder de la oposición Winston Churchill y le explicó que había resistencia contra los planes de Hitler en el Reich alemán.[7]

Tresckow veía el ataque alemán a la Unión Soviética como una «aventura napoleónica» que acabaría mal.[8] Pero en el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro firmó inicialmente órdenes de acciones brutales contra «partisanos bolcheviques», en las que se disparó a un gran número de civiles que no estaban involucrados en nada. Era antibolchevique y consideraba que las medidas eran necesarias. Pero pronto aprendió que muchas mujeres y jóvenes también fueron fusilados, que para las SS la «lucha contra los partisanos» era solo una tapadera para el exterminio de judíos. Trató de persuadir a los generales de la Wehrmacht en Smolensk de que se resistieran y protestaran. Pero no fue escuchado por ellos. Así que empezó a planear el asesinato de Hitler.[9]

Dos atentados fallidos

En Smolensk, Rudolf-Christoph von Gersdorff, ahora responsable de la investigación de las tumbas de Katyn, se había unido a los conspiradores de Tresckow. Poco antes de la guerra, había participado en una reunión de Hitler con un grupo de oficiales superiores: «La impresión general era la de un proletario abotargado y repugnante». Pero él estaba casi solo con esta opinión, la mayoría de los otros oficiales estaban fascinados por Hitler. Al principio de la guerra, cuando participó en la campaña polaca, Gersdorff estaba convencido de que servía a una causa justa. Pero se horrorizó cuando supo que la Gestapo asesinó a intelectuales polacos y comandos de las SS dispararon a grandes cantidades de civiles judíos.[10]

En el Grupo de Ejércitos Centro, en Smolensk, también se enfrentó a noticias de los asesinatos de las SS en el interior del país. En el diario de guerra del Estado Mayor de diciembre de 1941, después de visitar varias unidades de combate en el frente, observó: «Tuve la impresión de que los disparos a los judíos, a los prisioneros y también a los comisarios eran casi universalmente rechazados en el cuerpo de oficiales».[11] Su informe no tuvo ninguna consecuencia, el alto mando de la Wehrmacht tenía miedo de tomar medidas contra el líder de las SS Heinrich Himmler.

Pero las masacres fueron motivo de que varios oficiales, que en un principio estaban entusiasmados con Hitler, se unieran al grupo de resistencia alrededor de Tresckow. Entre ellos se encontraba el teniente Reinhart von Eichborn, que, bajo el mando del teniente coronel Ahrens, era jefe de la central telefónica del Grupo de Ejércitos Centro, en Smolensk. Eichborn y Schlabrendorff habían sido compañeros de estudios en la universidad; Eichborn había completado un año académico en Oxford y por lo tanto hablaba un inglés excelente. Después de la guerra, Eichborn y Ahrens jugarían un papel importante en la resolución del crimen de Katyn.

Después de la derrota de Stalingrado, a principios de 1943, Tresckow consideró que la guerra estaba finalmente perdida. Sin embargo, fue precisamente en ese momento cuando los opuestos a Hitler sufrieron un duro golpe: en la Conferencia de Casablanca, en enero de 1943, Churchill y Roosevelt habían descartado cualquier negociación con el Reich alemán; el

objetivo de la guerra seguía siendo la rendición incondicional de los alemanes. Ambos gobiernos se adhirieron a esta línea, rechazando los contactos secretos con la oposición a Hitler. Tresckow consideró esto un grave error por parte de los Aliados Occidentales, que solo prolongaría la guerra.[12]

Tresckow consideraba que el sistema soviético era inhumano y cruel. Así que quería mantener el Frente Oriental hasta que los británicos y estadounidenses llegaran a Alemania y Europa Central. Porque no esperaba nada bueno del Ejército Rojo; por un lado, consideraba a Stalin un asesino de masas al igual que Hitler y, por otro, temía la venganza por los crímenes de guerra alemanes.[13]

Gersdorff había adquirido explosivos y dos minas británicas del tamaño de un libro para un atentado contra Hitler. Estudió el sistema: las minas estaban equipadas con un encendedor de ácido. El ácido tardó entre diez y quince minutos en llegar a los explosivos, por lo que la explosión se produjo con retraso. Junto con Tresckow, experimentó con los explosivos en los bosques alrededor de Smolensk.[14]

En los días en que se preparaba la apertura de las fosas comunes en el bosque de Katyn, los conspiradores tuvieron la oportunidad de matar a Hitler: el 13 de marzo de 1943 fue a Smolensk para visitar a las tropas. Al principio consideraron la posibilidad de dispararle con sus pistolas en el almuerzo. Pero rechazaron este plan, porque contenía el riesgo de una lucha de las SS contra la Wehrmacht. Además días antes de la llegada de Hitler, los guardias de seguridad invadieron el cuartel general de Smolensk.

Las medidas de seguridad fueron extraordinarias: el avión Cóndor de Hitler fue acompañado a Smolensk por un avión idéntico y un escuadrón de combate. Incluso el Mercedes de Hitler y otros coches, incluyendo una escolta fuertemente armada, llegaron después de días de viaje. Llevaron a Hitler y a su séquito desde el aeropuerto hasta la ciudad, donde estaban estrictamente vigilados las veinticuatro horas del día. Por razones de seguridad, Hitler nunca abordó otro coche.[15]

Los conspiradores decidieron no atacar directamente a Hitler, en vista de todas estas condiciones. En vez de eso, querían pasar de contrabando una bomba a bordo de su avión. En este caso, podría hablarse oficialmente de

un accidente aéreo. Las minas británicas, que Gersdorff había obtenido, estaban redondeadas por un lado, por lo que dos dobladas juntas podían ser camufladas como una botella.

Schlabrendorff describió el almuerzo con el Führer en sus memorias: «Como siempre, Hitler tomó una comida especial, preparada por su cocinero, a quien había traído con él. Su médico tuvo que probar la comida ante sus ojos. El proceso parecía como si uno estuviera en la corte de un déspota oriental. Ver a Hitler comer era algo muy desagradable. Su mano izquierda descansaba sobre el muslo, mientras que la mano derecha reunía la comida, que consistía en muchos tipos diferentes de vegetales. No se llevó la mano a la boca, sino que dejó el brazo derecho sobre la mesa durante toda la comida, empujando la boca hacia abajo para comer. Bebió varias bebidas no alcohólicas colocadas frente a su plato. Por orden de Hitler, estaba prohibido fumar en la sala».

Después del almuerzo, Tresckow pidió a un oficial de la escolta de Hitler que llevara con él el paquete de explosivos, con apariencia de regalo para un amigo en Berlín; dijo que eran dos botellas de coñac. Entregó el paquete poco antes de la salida de los aviones; Schlabrendorff había armado previamente el detonador de la bomba.

Pero los conspiradores de Smolensk esperaron en vano la noticia del accidente aéreo. La bomba no explotó, porque se depositó en el maletero no calentado, donde se congeló el detonador. Schlabrendorff voló rápidamente al cuartel general de Wolfsschanze (Guarida del Lobo) de Hitler para sustituir el paquete de bombas por dos auténticas botellas de coñac.[16]

Tresckow dijo en su círculo de amigos de Smolensk que había que esperar la próxima oportunidad: «El mundo debe ser liberado del mayor criminal de todos los tiempos. Alguien debe matarlo a golpes como un perro rabioso que pone en peligro a la humanidad».[17] Esta oportunidad surgió solo ocho días después: Hitler iba a visitar una exposición de armas soviéticas en Berlín el 21 de marzo de 1943. Era parte de la campaña de propaganda para alegrar el ambiente después de la derrota de Stalingrado.

El Grupo de Ejércitos Centro había transportado los objetos expuestos de Smolensk a Berlín, y Gersdorff, como experto, debía dar las explicaciones. Antes de partir, Tresckow pudo convencerlo de que un

atentado suicida seguiría siendo el único camino ante la guardia de Hitler. Gersdorff, de treinta y ocho años en ese momento, estaba preparado para eso: era viudo, su esposa había muerto un año antes, no tenía hijos. Schlabrendorff, que había llegado a Berlín desde la Wolfsschanze, le entregó las minas británicas.

Al principio, todo fue según lo previsto: el conspirador pudo entrar en el edificio sin ser registrado. Hitler llegó con su séquito, escribió más tarde Gersdorff en sus memorias: «Junto a él iba Göring, que con su uniforme blanco sobrecargado de medallas y joyas y con botas de azafrán rojas, causó la impresión de un príncipe de opereta; además, fue pintado de una manera grotesca. Primero Hitler pronunció un discurso, tocó una orquesta, luego él y su séquito comenzaron el recorrido por la sala de exposiciones».

Como estaba previsto, Gersdorff guio a Hitler y a sus compañeros a través de la exposición, poniendo en marcha discretamente el mecanismo de detonación de la mina, en el bolsillo de su chaqueta, y ahora tenía que permanecer cerca de Hitler durante diez o quince minutos, hasta la explosión. Pero a Hitler no le interesaban las explicaciones sobre las armas soviéticas, y corrió por la sala. Después de solo dos minutos, Hitler abandonó el edificio. Gersdorff logró desactivar la bomba a tiempo en el baño.

Regresó a Smolensk sin haber logrado nada. Uno de sus deberes era supervisar la investigación de las tumbas de Katyn. En la última semana de marzo, cuando ya no hubo heladas durante el día, se inició el trabajo en la zona acordonada y vigilada. A los pocos días Gersdorff recibió el primer informe: eran fosas comunes con varios miles de muertos.[18]

Puntadas de bayoneta y disparos en el cuello

El profesor Gerhard Buhtz, científico forense del Grupo de Ejércitos Centro, se hizo cargo del examen de los cadáveres. Buhtz, profesor de Medicina Forense en la Universidad de Breslavia, era un convencido nacionalsocialista; había sido miembro de las SS desde 1933, asumiendo más recientemente el alto rango de standartenführer (jefe de regimiento). En el campo de concentración de Buchenwald, después de la autopsia de los

prisioneros, emitió certificados de que habían sido fusilados «a la fuga». Después de un conflicto con el ministro de Salud Leonardo Conti, que también era un alto oficial de las SS, Buhtz tuvo que ir al Frente Oriental como médico militar. Ya había investigado varias fosas comunes.

En el bosque de Katyn, un grupo de fuerzas locales rusas removió la tierra que estaba por encima de los muertos. En una de las tumbas había doce capas de cadáveres. Casi todos llevaban ropa de invierno, la mayoría eran oficiales. Según Buhtz, el hecho de que fueran enterrados en la estación fría también se demostraba por la ausencia de insectos. También se descubrieron tumbas más antiguas, con cientos de cadáveres ya muy descompuestos, en el mismo bosque. Un examen de los restos de la ropa reveló que eran de producción soviética. En todos los casos, la causa de la muerte fue un disparo en la cabeza. Lo mismo ocurría con los cadáveres de los oficiales polacos, a los que se descubrió que les habían disparado en la nuca.[19]

Buhtz había demolido una casa de madera en el pueblo de Katyn y la había reconstruido junto al cementerio, para realizar las autopsias. Más tarde, cuando hizo buen tiempo, se hicieron al aire libre. La recuperación de los cadáveres fue extremadamente difícil. El agua subterránea había llegado a alguna tumba. Además, como señala Buhtz en su informe, los cadáveres estaban «firmemente pegados, especialmente en las capas inferiores, como resultado de la descomposición avanzada, por lo que el desprendimiento era a menudo difícil».

Inicialmente, se identificaron siete fosas comunes, cada una de las cuales contenía entre 500 y 600 cadáveres. El profesor de medicina estableció un procedimiento preciso para las investigaciones: «Cada cadáver fue levantado en una camilla de madera, sacado de la tumba y colocado en un claro. Cada cuerpo fue numerado inmediatamente después del rescate mediante la colocación de sellos de chapa redonda con el correspondiente número de identificación estampado, en el abrigo o la falda de la víctima. Cientos de los cuerpos recuperados estaban alineados uno al lado del otro».[20] Muchos de los muertos estaban atados. La mayoría de ellos tenían documentos de identificación en sus bolsillos.

Como prueba irrefutable de la autoría soviética de la matanza, el informe de Buhtz citaba las puñaladas con bayonetas cuadradas, que solo poseían el Ejército Rojo y el NKVD. Según el informe, un teniente polaco luchó con especial dureza, y la autopsia descubrió una docena de puñaladas de bayoneta en su cuerpo. Además, muchas víctimas tenían las mandíbulas y otros huesos rotos como resultado de golpes con culatas de rifles. Buhtz llegó a la conclusión de que muchas víctimas fueron sometidas a torturas crueles antes de la ejecución.

Con el clima cálido de la primavera, las fosas comunes emitían un olor de descomposición muy fuerte. El teniente coronel Ahrens, comandante del Regimiento de Telecomunicaciones 537, se quejó más tarde de que el «hedor a peste» se podía sentir incluso en el castillo de Dniéper, a unos cien metros de distancia, y «perturbaba constantemente su bienestar».[21]

Paralelamente a la realización de las autopsias, la policía militar entrevistó a testigos locales, doce de los cuales habían sido localizados. Gersdorff participó en varias entrevistas.[22] Algunos de los testigos informaron que desde 1918, poco después de que los bolcheviques tomaran el poder, la policía secreta bolchevique había llevado a cabo ejecuciones en el bosque. En toda la zona al oeste de Smolensk se sabía que miles de personas estaban enterradas cerca de las Colinas de Cabras. A finales de la década de 1930 el área fue cercada y desde entonces custodiada por soldados del NKVD con perros.

Cinco de los testigos contaron independientemente que en la primavera de 1940 los oficiales polacos habían sido llevados en vagones-prisión a la estación de ferrocarril de Gnezdovo. Un autobús llevó a los hombres al bosque de Katyn.

Pero nadie fue testigo presencial de las ejecuciones, ni nadie había visto las fosas comunes frescas. El campesino Kiselióv, que vivía cerca de las Colinas de Cabras, explicó: «Lo que se hizo a los hombres, no puedo decirlo, porque no se permitió que nadie se acercara. Oí disparos y gritos de voces de hombres en mi casa».

Testigos rusos ante las tumbas

Los jefes de la administración local rusa nombrados por los alemanes, encabezados por el alcalde Borís Menshaguin, también fueron llevados a las tumbas. El antiguo abogado era responsable de 250 empleados de la alcaldía. Durante las grandes purgas de Stalin había sido abogado defensor, luego había trabajado en el departamento jurídico de los garajes de la ciudad. Sus relaciones con los ocupantes alemanes eran tensas, principalmente debido al campo número 126 para prisioneros de guerra del Ejército Rojo en Smolensk. Ellos recibían deliberadamente muy poca comida de los alemanes, muchos se morían de hambre y había casos de canibalismo. Pero estaba fuera del alcance de Menshaguin mejorar la suerte de sus compatriotas capturados. Los historiadores estiman ahora que el número de presos de este campo que murieron de hambre o epidemias es de unos 60.000.[23]

Pero Menshaguin tuvo éxito en el renacimiento de la vida religiosa en Smolensk, incluyendo la reapertura de la catedral. En su lucha eclesiástica, los bolcheviques habían cerrado el 90 por ciento de las 650 iglesias y capillas del distrito, convirtiéndolas en almacenes, escuelas o clubes de la Asociación de los Impíos.[24]

El propio Menshaguin dio conferencias sobre la historia de la Iglesia ortodoxa. El grupo de Tresckow también siguió esta línea: querían ganarse a la población rusa, que había experimentado la persecución de sacerdotes y creyentes bajo Stalin, para la lucha contra el régimen bolchevique. Tresckow y Schlabrendorff vieron confirmado su rechazo al bolchevismo cuando visitaron las tumbas en el bosque de Katyn, y en Berlín describieron sus impresiones a su círculo de amigos.[25]

Más tarde, el alcalde Menshaguin contó su excursión al bosque de Katyn: «De repente sentimos un fuerte olor a descomposición, aunque atravesamos un pinar donde el aire siempre estaba limpio. Luego vimos estas tumbas. En ellas, los prisioneros de guerra rusos rastrillaban en busca de los restos que quedaban por allí. Los cuerpos fueron depositados en el borde. Todos llevaban uniformes polacos grises y gorras militares cuadradas. Todos ellos tenían las manos atadas a la espalda. Y todos tenían

agujeros en el cuello. Todos fueron asesinados con un solo disparo. Los cuerpos de dos generales se encontraban apartados».[26]

El periódico *Nowy Put* publicó un total de 30 artículos sobre las fosas comunes, en los que se culpaba al NKVD. Un comentario apareció bajo el título: «Roosevelt, cómplice del asesinato de Katyn».[27] Cientos, si no miles de residentes de Smolensk también fueron guiados a través de la zona del bosque de Katyn, incluido el vicealcalde Borís Bazilevski, un profesor de astronomía.[28] Bazilevski jugaría más tarde un papel importante en la Causa Katyn.

Los trabajadores rusos sacaron de las chaquetas de los polacos no solo los documentos de identidad, sino también otros papeles: periódicos de marzo y abril de 1940; recibos, notas, tarjetas postales y cartas. Los más recientes eran de abril de 1940.[29]

Dos de los cuadernos bien legibles provenían de jóvenes oficiales de la reserva. Un teniente escribió: «Anhelo que Dios haga posible que yo y todos los demás regresemos a Polonia. Allí terminaría mis estudios de derecho, podría trabajar científicamente. Anhelo poder desarrollar mi carácter, mi mente y mi cuerpo. Que me case con una mujer hermosa, buena y querida, que tenga hijos con ella. Te pido, Dios, que yo también tenga mi trozo de tierra».

Un subteniente anotó en su cuaderno: «Recibí la primera carta de Marysia. ¡Qué suerte! La tan esperada carta está finalmente en mis manos. Mi amada Marysia se está torturando allí sola, y yo estoy merodeando por aquí en la tarima». Dos días después de esta entrada, el joven subteniente se fue en el transporte a Katyn.[30]

6. LA CUÑA DE GOEBBELS ENTRE LOS ALIADOS

Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda alemán, se enteró del descubrimiento de las fosas comunes a principios de abril de 1943. «No podía creer lo afortunado que era». Así describió más tarde uno de sus subordinados la reacción de Goebbels. El ministro informó inmediatamente a Hitler y este le ordenó que explotara el caso de manera propagandística.[1] Desde la derrota en Stalingrado tres meses antes, Goebbels había buscado ocasiones para volver a la ofensiva con acciones de propaganda. Había recibido informes sobre el estado de ánimo cada vez más derrotista, porque la población ya no veía «una imagen clara de la guerra». En las noticias de Katyn vio inmediatamente la oportunidad de abrir una brecha entre los aliados. Hizo diseñar una campaña que se centró en el testimonio de testigos oculares y fotos de la exhumación.[2]

El gobernador general Hans Frank señaló en su diario que, además de los reportajes para la prensa, se habían previsto documentales sobre Katyn para el noticiario de los cines, así como emisiones de radio, folletos, carteles e incluso grabaciones con informes de testigos de la exhumación. A los polacos se les debería conceder un «Día del Recuerdo» para los oficiales asesinados, los clérigos deberían hacerse cargo del «cuidado de los cadáveres», y se deberían erigir memoriales en Varsovia, Cracovia y Lublin.[3]

La campaña fue lanzada por la agencia alemana Transocean, que se dirigía a Estados Unidos y el Reino Unido con noticias en inglés. El 11 de abril de 1943 informó sobre el descubrimiento de las fosas comunes. Las primeras investigaciones demostraron que los asesinatos habían sido

cometidos por la policía secreta soviética. El número total de oficiales enterrados allí se estimaba en 10.000. Sin embargo, este informe de Transocean, en inglés, fue oficialmente ignorado en el extranjero.

El «crimen nefasto de Katyn» se convirtió en la noticia más importante de todas las emisoras de radio alemanas el 13 de abril, al día siguiente la prensa del Reich alemán informó sobre ello en casi todas las portadas, al igual que los periódicos en la Polonia ocupada. El 15 de abril, el periódico nacionalsocialista *Völkischer Beobachter* (Observador del Pueblo) publicó un editorial titulado: «La masacre de Katyn es obra de carniceros judíos. La deuda de sangre de Judas crece inconmensurablemente».

El mismo día reaccionó por primera vez la agencia de Moscú Sovinformburo, que proporcionaba a los Aliados Occidentales historias de éxito sobre el curso de la guerra y descripciones de las atrocidades alemanas, reales e inventadas. Según Sovinformburo, los informes sobre las fosas comunes fueron un «invento grasiento de los calumniadores de Goebbels». El órgano del partido *Pravda* siguió su ejemplo: los alemanes habían disparado a los polacos, que habían caído en sus manos durante el avance de la Wehrmacht a finales del verano de 1941, y luego los enterraron en el bosque de Katyn. Poco después, Radio Moscú también difundió la información de que los alemanes habían preparado cadáveres en Auschwitz y luego los habían llevado a Katyn.[4]

El movimiento clandestino de la Varsovia ocupada telegrafió un primer informe sobre la propaganda alemana al gobierno en el exilio en Londres. El informe afirmaba que los alemanes obviamente querían abrir una brecha entre los polacos en el Gobierno General y en Londres, advirtiendo a los bolcheviques. La línea propagandística era fácil de entender: «Los alemanes se presentan como defensores de la civilización cristiana y actúan como defensores y vengadores del pueblo polaco».[5]

Cuando Churchill recibió la información, invitó a Sikorski a almorzar. Este último le explicó que tenía «una gran cantidad de pruebas» de la autoría soviética de la matanza. El primer ministro británico le dijo: «Sabemos de lo que son capaces los bolcheviques y lo crueles que pueden ser».[6] Pero aconsejó a Sikorski que esperara más información y añadió: «Si son muertos, todo lo que haga usted no les devolverá la vida».[7]

Sin embargo, sin consultar a los británicos, el gabinete polaco decidió solicitar al Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), en Ginebra, una investigación independiente sobre las fosas comunes. El gabinete emitió un amplio comunicado de prensa en el que se detallaba la búsqueda de los compatriotas desaparecidos, especialmente los esfuerzos diplomáticos en el Kremlin; se trataba de 8.300 oficiales y 7.000 policías y funcionarios públicos. La declaración se hizo en un tono objetivo y no contenía ninguna especulación sobre las causas de la muerte de los buscados, y mucho menos sobre la atribución de culpas.[8]

Goebbels sugirió a Hitler que los alemanes también llamaran a la Cruz Roja Internacional, y Hitler estuvo de acuerdo.[9] La Cruz Roja Alemana exigió en un telegrama a Ginebra que se enviara una delegación de expertos a Katyn.

El presidente del CICR, Max Huber, un ciudadano suizo, respondió el mismo día por telegrama que solo se consideraría una investigación si todas las partes implicadas así lo deseaban. Katyn era territorio soviético bajo el derecho internacional, independientemente de la ocupación alemana, por lo que Moscú tendría que estar de acuerdo. Huber se vio en una posición débil frente a Moscú, porque la Unión Soviética no había ratificado la Convención de los Prisioneros de Guerra. Además, el Ejército Rojo invadió Polonia en septiembre de 1939 sin declarar la guerra. Por lo tanto, según el derecho internacional, no había ningún estado de guerra entre la Unión Soviética y Polonia; y la existencia de una guerra declarada era la condición formal para la aplicación de la Convención de los Prisioneros de Guerra.[10]

En vista de las reacciones de Churchill y Huber, Sikorski sugirió pedir al papa Pío XII que se ocupara del caso Katyn. Los polacos de Londres también decidieron pedir al gobierno soviético en una nota su consentimiento para una investigación del CICR. Sikorski hizo publicar una declaración en inglés en la que el gobierno polaco se oponía a que Berlín explotara el crimen de Katyn para sus propios fines. Se dijo explícitamente: «La hipócrita indignación de la propaganda alemana no puede ocultar al mundo los crueles crímenes cometidos incesantemente contra el pueblo polaco».[11]

Supresión de las relaciones diplomáticas

Los polacos eran muy conscientes de la naturaleza explosiva de la situación: en el verano de 1941 habían pasado de enemigos derrotados a ser aliados de la Unión Soviética. En Moscú, sin embargo, ya se había tomado la decisión de utilizar el dilema político del gobierno en el exilio para romper con él. Los polacos eran extremadamente molestos para el Kremlin, ya que habían declarado repetidamente que reclamaban su frontera oriental desde antes de la guerra, es decir, que querían recuperar los territorios anexionados por la Unión Soviética en octubre de 1939.

Los estadounidenses también comprendieron inmediatamente que Goebbels tenía como objetivo abrir una brecha entre los Aliados. En las instrucciones de la Oficina de Información de Guerra (OWI), que proporcionó a los medios de comunicación noticias censuradas sobre la guerra, el tema fue clasificado como «peligroso», solo debía informarse sobre el asunto a pequeña escala y con una clara orientación: Katyn era un truco de propaganda alemana.[12]

Las autoridades estadounidenses también bloquearon internamente la difusión de información sobre Katyn. Así, el oficial de enlace con el ejército de Anders en Oriente Medio, el teniente coronel Henry Szymanski, recibió instrucciones para que enviara únicamente informes sobre Katyn que sostuvieran la culpabilidad alemana.[13] Szymanski había informado de que sus interlocutores polacos estaban convencidos de que las noticias de la radio alemana sobre Katyn correspondían a los hechos. Sus superiores, sin embargo, consideraron problemática esta versión.[14]

Al mismo tiempo, la embajada británica en Moscú advirtió al ministro de Asuntos Exteriores Anthony Eden que Stalin podría utilizar el conflicto de Katyn para marginar a los polacos de Londres.[15] Los temores estaban bien fundados. El órgano del gobierno de Moscú *Izvestia* acusó a los polacos de haber iniciado una «campaña contra la Unión Soviética» en la radio y en la prensa. La prueba: en lugar de dirigirse directamente al gobierno soviético debido a las «acusaciones mentirosas» de los alemanes, los polacos habían llamado a la Cruz Roja Internacional. En lugar de

destruir al enemigo del pueblo polaco y ruso en una lucha común, apuñalaron por la espalda a la Unión Soviética.

Goebbels señaló: «El desarrollo del caso Katyn me da una satisfacción extraordinaria. El Führer también está muy satisfecho con ello… El Führer concede especial importancia al hecho de que situemos la cuestión judía en el centro de los debates».[16] La prensa nacionalsocialista publicó los titulares correspondientes para el lema de los «judíos bolcheviques», que Goebbels repetía en cada oportunidad: «Los verdugos de Stalin-judíos» o el «horror ante el asesinato en masa de judíos».[17] Según el *Völkischer Beobachter*, el portavoz directo de Goebbels, los «carniceros judíos» querían vengarse de los «señores polacos». Los desmentidos de Moscú son «miserables mentiras de los criminales judíos», de los que hay que salvar a Europa: «No hay entendimiento con una mentalidad que se alimenta de una cloaca, ¡aquí solo hay destrucción!».[18]

Los nombres de los presuntos autores judíos fueron incluidos en varios informes de prensa: eran Chaim Feinberg, Abram Borisovich y otros.[19] Como más tarde se comprobó se trataba de nombres inventados. Los informes se ilustraban con fotos del cementerio en el bosque de Katyn. Goebbels escribió en su diario: «El pueblo alemán verá lo que es el bolchevismo. Es mejor que los alemanes se asusten con las fotografías que con un tiro en la nuca recibido un día porque no reconocieron el peligro a tiempo».[20]

Cuando Goebbels recibió sobre la mesa la traducción del *Pravda* del 19 de abril, vio que su cálculo funcionaba: Moscú atacó al gobierno polaco en el exilio en los términos más fuertes posibles, poniendo así en apuros a los británicos, por ser sus protectores. El *Pravda* afirmó que su solicitud a la Cruz Roja, que obviamente habían acordado con los alemanes, había desenmascarado a los polacos como los «ayudantes» de Hitler. Habían caído así en una trampa de los alemanes, que no tenían otra intención que desacreditar a los polacos.

El 21 de abril, Stalin envió mensajes secretos a Churchill y a Roosevelt: La «comedia de investigación» de los fascistas hitlerianos, en la que los «elementos profascistas polacos» ayudan, no podía «infundir confianza en una persona honesta». El gobierno de Sikorski había coordinado

obviamente sus acciones con Hitler, adoptando así una «actitud hostil» hacia la Unión Soviética.[21]

En otro mensaje secreto a Churchill, tres días después, Stalin exigió por último que los polacos retiraran su solicitud a la Cruz Roja. Churchill no quería arriesgarse a un conflicto con Stalin. Estaba muy enfadado por el avance polaco, no consensuado con el gobierno británico, ya que no ocultó al embajador soviético en Londres, Ivan Maiski: «Tenemos que vencer a Hitler, y no es momento de peleas y acusaciones».[22] Según el protocolo británico, Maiski dijo durante la conversación sobre los polacos: «Siempre han gestionado mal sus propios asuntos». Su «gobierno impotente» no quiere entender que un pueblo de 20 millones no debe provocar a uno de 200 millones.[23]

Pero en su respuesta a los mensajes secretos de Stalin, Churchill defendió a Sikorski. Según él, el primer ministro polaco estaba sometido a una gran presión por parte de otros miembros del gobierno en el exilio, que le acusaron de ser demasiado cauteloso con Moscú. Sikorski era todo menos amigo de los alemanes, y menos todavía aliado de ellos. Churchill apeló a Stalin para que no rompiera las relaciones diplomáticas con el gobierno en el exilio, sino que permitiera que sus críticas anteriores se consideraran como un «último aviso».

En un segundo telegrama, el 25 de abril, Churchill presentó otros argumentos en defensa de los polacos: mientras tanto, el gobierno en el exilio se había distanciado de la propaganda alemana en la radio y Sikorski había prometido impedir que la prensa polaca en Gran Bretaña se enfrentara a Moscú. El gobierno británico también estaba estudiando si podía silenciar a los periódicos polacos que atacaron a la Unión Soviética. Churchill añadió que conocía bien a Sikorski y que ciertamente no había habido contactos entre el gobierno polaco y la Alemania nazi. El primer ministro británico señaló finalmente a Stalin que Sikorski podría afirmarse más fácilmente contra la «opinión pública polaca» si Moscú resolviera la cuestión de la salida de los polacos que aún permanecían en la Unión Soviética. De hecho, el gobierno en el exilio había insistido repetidamente en ello, pero sus notas diplomáticas habían quedado sin respuesta.

Pero Stalin había enviado otro mensaje secreto a Londres el mismo 25 de abril. En él se refería a la «opinión pública de la Unión Soviética, indignada en lo más profundo de su alma por la ingratitud y la traición de los polacos»,[24] como si hubiera una opinión pública en una sociedad totalmente controlada.

En cualquier caso, en la noche del 25 de abril, el comisario del pueblo de Relaciones Exteriores Mólotov hizo que el embajador polaco Tadeusz Romer acudiera al ministerio. Sin pedirle al diplomático que se sentara, Mólotov leyó una declaración en la que decía: «La campaña hostil y difamatoria contra la Unión Soviética… fue retomada inmediatamente por el gobierno polaco y suscitada en todos los sentidos por la prensa oficial polaca… El régimen de Hitler, que cometió este terrible crimen contra los oficiales polacos, presenta aquí su próxima comedia, cuya puesta en escena incorpora algunos elementos profascistas polacos de la Polonia ocupada. Huelga decir que una "investigación" de este tipo no puede inspirar la confianza de la gente honesta… No cabe duda de que hubo un acuerdo entre los enemigos de los Aliados, Hitler y el gobierno polaco, sobre el desarrollo de esta campaña hostil… Mientras los pueblos de la Unión Soviética derraman su sangre en la dura lucha contra la Alemania de Hitler, el gobierno polaco asesta un golpe traicionero a la Unión Soviética».[25]

Mólotov concluyó diciendo que por todas estas razones el gobierno soviético se vio obligado a romper las relaciones con el gobierno polaco. Sin embargo, Romer se negó a aceptar la nota. Dejó el Ministerio de Asuntos Exteriores en Moscú un cuarto de hora después de media noche. Pero un conductor del ministerio llevó la declaración de Mólotov, en un sobre sellado, al hotel de Romer esa misma noche. A la mañana siguiente el embajador devolvió el sobre con una carta en la que rechazaba la acusación de que el gobierno polaco estaba colaborando con Hitler.[26]

El esfuerzo inútil de Churchill

Mientras Romer preparaba su partida de Moscú, los diplomáticos estadounidenses llevaron otra carta del presidente Roosevelt al Kremlin. El presidente expresó la esperanza de que Moscú no rompiera las relaciones

con el gobierno polaco en el exilio. Sikorski ciertamente no hizo causa común con la «banda de Hitler». Roosevelt señaló que millones de polacos vivían en Estados Unidos, que eran «amargos enemigos de los fascistas de Hitler»; una gran parte de ellos servía en el ejército estadounidense.[27]

Pero el Kremlin ignoró la carta de Roosevelt y Romer tuvo que abandonar el país. Los embajadores de Londres y Washington lo acompañaron a la estación de tren. Después del cierre de la embajada de Polonia, Australia representó al gobierno en el exilio en Moscú.

El desarrollo del conflicto fue observado atentamente por la Cruz Roja Internacional, donde presumiblemente se prefirió la posición polaca. Entretanto había llegado a Ginebra un informe detallado de la Cruz Roja Polaca de Varsovia.[28] Un comentario en el periódico suizo *La Liberté*, que tradicionalmente había mantenido buenos contactos con Ginebra, también señalaba las simpatías de los dirigentes del CICR: «El gobierno soviético, por su parte, podría haber exigido que la Cruz Roja llevara a cabo la investigación del crimen. Habría demostrado que no temía a la confrontación (…). El gobierno polaco no habría cumplido con su deber si hubiera permanecido indiferente ante la noticia del descubrimiento de la fosa común de los oficiales polacos… ¿Por qué hay que abstenerse de investigar? ¿Por qué se descarta desde el principio como una comedia y una farsa, como hizo el comisario soviético Mólotov?».[29]

En Londres, sin embargo, tales voces fueron oficialmente ignoradas. En cambio, Eden trató de amortiguar las emociones. Prometió al embajador soviético Maiski que controlaría los periódicos de los polacos de Londres. En una orden de la autoridad de prensa a los editores, se afirmó que los informes de Katyn deberían ser presentados como «un intento inútil de los alemanes de retrasar la derrota por medios políticos».[30] El *Völkischer Beobachter* escribió que los británicos cedieron al «judaísmo internacional», que también controlaba el Kremlin, porque dependían del capital judío.[31]

Goebbels vio cumplido su primer objetivo: la ruptura entre Moscú y el gobierno en el exilio. Escribió con complacencia en su diario: «La opinión de todas las emisoras de radio y periódicos enemigos es unánime en cuanto a que la ruptura debe considerarse como un éxito total de la propaganda

alemana, especialmente la mía. Uno admira la extraordinaria astucia y habilidad con la que hemos conseguido convertir el caso Katyn en una cuestión altamente política (…). De repente se ven grietas en el campo aliado que no se querían admitir antes». Evaluó la situación de la dirección británica con mucha precisión: «Con su corazón están del lado de los polacos, con su mente del lado de los bolcheviques».[32]

Sin embargo, Goebbels tuvo que notar que ni Londres ni Washington hicieron comentarios oficiales sobre Katyn. El *Völkischer Beobachter* comentó: «El judaísmo está tratando de mantener las revelaciones en secreto». La revista satírica *Kladderadatsch*, publicada bajo el control de Goebbels, publicó una caricatura de Churchill y Roosevelt escabulléndose a través de un bosque, con los dedos índices delante de sus bocas. El texto de la caricatura decía: «Silencio en el bosque de Katyn».[33]

A finales de abril, Churchill apeló a Stalin para que reanudara las relaciones con Sikorski: «Deberíamos mantener a Sikorski, es, con mucho, el hombre más útil que podemos encontrar en este lugar con respecto a nuestra causa común». Según Churchill, Hitler se enfurecería si se reparara la ruptura entre la Unión Soviética y Polonia. Y Goebbels, que ahora afirmaba que el Kremlin nombraría un nuevo gobierno polaco, quedaría expuesto como un mentiroso. Finalmente, Churchill repitió la petición de que Moscú permitiera a los polacos, que todavía estaban retenidos en la Unión Soviética, emigrar también a Persia.[34]

Stalin respondió al primer ministro británico: Sikorski difícilmente podría oponerse a los «gritones favorables a Hitler» de su gabinete. Los rumores de un nuevo gobierno polaco nombrado en Moscú son inventos que no necesitan ser desmentidos.[35] En un telegrama a Roosevelt, Stalin había prometido unos días antes que los polacos, que aún estaban en territorio soviético, podrían salir sin problemas. Pero no cumplió tampoco esta promesa.

Finalmente, bajo la presión de Londres, el gobierno polaco en el exilio retiró su solicitud a la Cruz Roja en Ginebra. Churchill telegrafió a Roosevelt: «Los hemos convencido de que no se concentren en los muertos, sino en los vivos, en el futuro, no en el pasado». El primer ministro británico admitió en el telegrama que el desarrollo de la Causa Katyn se

había convertido en «el mayor triunfo de Goebbels». Churchill señaló los rumores de que Stalin establecería su propio gobierno polaco en suelo soviético y le dejó claro a Roosevelt: «No podíamos reconocer tal gobierno y continuaríamos nuestras relaciones con Sikorski».[36]

En un comunicado, el gobierno en el exilio preguntó por qué Moscú se negó a consentir el envío de una comisión de la Cruz Roja si se suponía que los alemanes habían sido los culpables.[37] El gobierno británico no respondió. En cambio, en la Cámara de los Comunes, el ministro Eden condenó la «cínica hipocresía» de los alemanes, que a su vez habían matado a cientos de miles de polacos y rusos inocentes y ahora difundían la historia de un asesinato en masa para provocar la discordia entre los Aliados.[38]

Ante este discurso, Stalin, obviamente, concluyó que los británicos querían silenciar el caso Katyn, como ya habían señalado los estadounidenses. A pesar de los informes sobre Katyn, la Casa Blanca había aumentado la entrega de armas a la Unión Soviética. Stalin dedujo de las reacciones de Londres y Washington que los Aliados Occidentales no se resistirían a sus planes para Europa oriental. Por lo tanto, se sintió aliviado de toda presión en el conflicto sobre los polacos que habían permanecido en la Unión Soviética y que querían unirse al ejército de Anders. Todavía no se les permitía salir de los lugares donde habían sido deportados, sobre todo en Siberia y Kazajstán. No se les permitió regresar a Polonia hasta después de 1957, durante el breve deshielo político que se dio cuatro años después de la muerte de Stalin.

7. POLACOS ANTE LAS TUMBAS DE SUS COMPATRIOTAS

Las autoridades alemanas del Gobierno General recibieron la orden de Goebbels de llevar a Katyn a polacos para que informaran a sus compatriotas sobre el crimen. Debían representar a toda la sociedad. Así, tanto los intelectuales como los trabajadores de las fábricas que eran respetados en su entorno fueron seleccionados para el viaje. También los representantes de la Iglesia católica de Polonia, cuyo clero había sido perseguido sin piedad por las fuerzas de ocupación, deberían desempeñar un papel importante en esto. Decisivo fue el envío de médicos polacos a Katyn, para los que se reservó una tarea extremadamente difícil y onerosa: confirmar la identidad de los cadáveres.

El 9 de abril de 1943, el secretario general de la Cruz Roja Polaca (PCK), Kazimierz Skarżyński, fue llamado por teléfono a la sede de las autoridades alemanas. La PCK fue una de las pocas organizaciones polacas no prohibidas. Los funcionarios alemanes de propaganda informaron de manera breve y concisa sobre las fosas comunes de Katyn a Skarżyński, un miembro de la familia de un conde, y a representantes de las asociaciones de comercio y de mujeres y de la archidiócesis. Estaba previsto que una delegación polaca volara a Smolensk a la mañana siguiente para inspeccionar las tumbas.

Los polacos sospechaban, porque durante dos años y medio casi a diario habían oído noticias sobre asesinatos y acciones terroristas de las fuerzas de ocupación. Ahora se sorprendieron al escuchar frases sobre la reconciliación entre alemanes y polacos, y que juntos tendrían que salvar «la civilización europea del bárbaro Oriente».

Mientras que Skarżyński quería discutir primero la propuesta con el Presidium de la Cruz Roja Polaca, varios de los presentes declararon inmediatamente que estaban listos para viajar. Su llegada al aeropuerto de Smolensk fue filmada para los noticieros alemanes y polacos, al igual que su visita turística a la ciudad en compañía de oficiales alemanes, seguida de una cena.[1] Este grupo incluía al escritor Ferdynand Goetel, presidente del Pen Club polaco y de la Unión de Escritores antes de la guerra. Fue declarado anticomunista, pero se opuso a la prohibición del Partido Comunista y la persecución de sus funcionarios por parte de las autoridades polacas.

Goetel vio en algunas ideas del fascismo italiano también un modelo para Polonia: lucha contra el capital, la explotación y la corrupción. Pocos meses antes de la guerra, dio su visión de un país con justicia social, dirigido por un líder fuerte pero honesto, en el manifiesto «Bajo el signo del fascismo». Se pronunció a favor de la emigración de los judíos de Polonia, pero rechazó el nacionalsocialismo alemán por ser primitivo y brutal. Sus libros fueron prohibidos por los ocupantes alemanes. Goetel editaba una revista clandestina.

Inmediatamente después de su llegada al aeropuerto de Smolensk, el pequeño grupo polaco vio un escuadrón de bombarderos alemanes que regresaba de una operación detrás de las líneas soviéticas. En un comedor de oficiales, el teniente coronel von Gersdorff, responsable de todos los grupos de visitantes, saludó a los polacos.[2] Por la noche comieron junto con los oficiales de la Wehrmacht. Había patatas con goulash.

Al día siguiente, el grupo se dirigió al bosque de Katyn. Según el informe de Goetel, los oficiales alemanes hablaron de la inevitable lucha «entre la cultura occidental y la barbarie asiática». Al igual que los otros miembros del grupo, Goetel dio sus impresiones a los reporteros de radio alemanes. Confirmó que los oficiales previamente identificados estaban en la lista de personas desaparecidas que habían llegado a los campos soviéticos como prisioneros de guerra.

Los oficiales alemanes preguntaron a Goetel si conocía el topónimo *Kozelsk*, que se menciona en varios de los documentos encontrados cerca de los cadáveres. Goetel estaba convencido de que la parte alemana nunca

antes había oído ese nombre e informó de lo que los polacos sabían de los tres campos. Habló más tiempo con el profesor Buhtz, describiéndolo como «un representante de la vieja Alemania, un hombre de la vieja escuela para quien la profesión de médico es una obligación».

Goetel, que hablaba muy bien ruso, también pudo interrogar al campesino Parfeon Kiselióv, sin ser controlado por los guardias alemanes. Kiselióv confirmó sus observaciones de la primavera de 1940, que ya había comentado a los alemanes. Por la tarde, después de visitar el cementerio, el grupo polaco fue invitado por los oficiales alemanes al teatro de Smolensk, con un cabaret ruso en el programa. Los polacos consideraron que este punto del programa era una grave falta de tacto, dado que acababan de ver las fosas comunes.

Según la observación de Goetel, los alemanes se movían libremente en la ciudad, no había clima de amenaza. Uno de los oficiales había dicho: «Aquí hay paz». Polonia, por su parte, era una «zona de peligro para los alemanes». Goetel señaló que no hubo disparos ni explosiones.

Después de su regreso a Varsovia, Goetel experimentó la atmósfera de guerra: la batalla del Gueto Judío estaba en pleno apogeo. Al mismo tiempo, camiones con altavoces pasaron por los otros barrios de la capital, dando noticias de Katyn. Goetel resistió los intentos de los alemanes de involucrarlo en sus acciones de propaganda.[3]

Unos días después, una delegación de la Cruz Roja Polaca viajó a Smolensk. El secretario general Skarżyński había recibido luz verde del Presidium. Más tarde escribió que, en vista de la política de ocupación alemana, estaba firmemente convencido en ese momento de que se trataba de otra campaña de propaganda de los nazis.[4]

Los polacos de Londres, así como los líderes del ejército clandestino (AK) fueron al principio escépticos; vieron el peligro de que los polacos pudieran ser instrumentalizados por la propaganda nazi en Katyn. Pero al final prevaleció la idea de que era importante que los polacos pudiesen aclarar el destino de aquellos oficiales tan buscados. Así que instruyeron a Skarżyński y a los médicos para que viajaran a Katyn también. Pero se decidió que los miembros de la delegación no podían hacer ninguna declaración para los alemanes. En el viaje a Katyn, tampoco debían actuar

como representantes oficiales de la PCK, sino como una «comisión técnica de la Cruz Roja».

Los alemanes concedieron gran importancia a la formación de la comisión porque sus miembros debían exhumar los cadáveres de las fosas comunes. Inicialmente, la comisión estaba formada por cuatro médicos, Skarżyński eligió al docente universitario Marian Wodziński, de Cracovia, como su director. Solo tenía treinta y dos años de edad.

Seis días después de la reunión en Varsovia, la Comisión Técnica viajó a Smolensk. Skarżyński instruyó a sus compañeros de viaje para que permanecieran juntos en todo momento y sobre todo para que evitaran a la prensa alemana en Katyn. Pronto le siguieron otros expertos de la Polonia ocupada; a veces la comisión tenía doce miembros. El arzobispo de Cracovia, el príncipe Adam Stefan Sapieha, también cumplió con la petición de nombrar a un sacerdote para la comisión, su confidente Stanisław Jasiński, el exdirector de Caritas. El arzobispo le ordenó que se limitara únicamente a las tareas pastorales.

La comisión fue alojada en una antigua finca en Katyn y más tarde en una escuela, la comida llegaba de un casino de oficiales alemanes. Al principio faltaba ropa de trabajo adecuada. Aunque pronto llegaron suficientes batas y botas de goma, así como desinfectantes, aún faltaban guantes de goma. Los patólogos examinaron la mayoría de los cadáveres con sus propias manos. También pidieron 7.000 cigarrillos y alcohol, que compartieron con los trabajadores rusos que ayudaron con la exhumación.[5]

La Comisión Técnica trabajó con el profesor Buhtz. Aunque se presentaba como representante del régimen nazi, más tarde los polacos afirmaron que había trabajado correctamente y que nunca había cedido a la falsificación de opiniones de expertos.[6] También se había enfrentado repetidamente con los funcionarios alemanes de propaganda, porque querían anunciar cosas que él no había cubierto en sus investigaciones.[7]

Cada día los obreros recuperaron entre 70 y 120 cadáveres, algunos de los cuales ya se habían desintegrado, y los colocaron junto a las tumbas. Un penetrante olor a cadáveres invadía la zona. Los patólogos polacos trabajaron durante ocho horas y media diarias, desde las 08.00 hasta las 18.00, con una hora y media para almorzar. Los objetos encontrados fueron

llevados a Smolensk, donde los expertos forenses alemanes los limpiaron químicamente y los catalogaron. Los polacos no tenían equipo de trabajo, como microscopios o cajas de laboratorio, para determinar, al menos en forma aproximada, la hora de la muerte después de la descomposición de los cadáveres. Tuvieron que limitarse a evaluar los periódicos, cartas, tarjetas, diarios y cuadernos encontrados. Quince de los muertos fueron encontrados con notas, el documento más largo tenía cinco páginas. Los miembros de la comisión pudieron copiar estos testimonios palabra por palabra.[8]

Se elaboró un protocolo para cada uno de los cadáveres, que también fueron fotografiados. Fueron colocados de nuevo en una de las fosas comunes, y el prelado Stanisław Jasiński los bendijo.

El día de la llegada, Jasiński ya había pronunciado una oración por los muertos junto con los miembros de la delegación polaca, pero inmediatamente después se desplomó entre el hedor y quizás se sintió abrumado por la terrible vista. Los médicos polacos tardaron media hora en devolverle la conciencia. Después de cuatro días, regresó a Varsovia junto con el jefe de la delegación Skarżyński. Inmediatamente se dirigió a Cracovia. Le dijo al arzobispo Sapieha que los alemanes le habían pedido que hiciera una declaración sobre el crimen para la radio. Pero no había cedido a este deseo, solo había bendecido los restos mortales de los asesinados y había prestado asistencia espiritual a sus compatriotas involucrados en el trabajo de exhumación.

La secretaría de la Cruz Roja en Varsovia elaboró un protocolo sobre la base del primer informe oral de Skarżyński y lo transmitió inmediatamente por radio al gobierno en el exilio. Skarżyński también envió un primer informe al CICR en Ginebra. Los tres puntos clave del protocolo eran los siguientes:

1. La autopsia de 300 cadáveres revela que estos oficiales fueron asesinados con disparos en la nuca, el mismo tipo de heridas que llevaron a la conclusión de que se trataba sin duda de una ejecución masiva.
2. No fue un robo, ya que los cadáveres llevaban uniformes y zapatos, así como medallas, con las que se encontró una cantidad considerable de dinero y billetes de banco.
3. Según los documentos encontrados en los cadáveres, el asesinato tuvo lugar en marzo y abril de 1940. [9]

Unos días después, sin embargo, los miembros de la comisión descubrieron casquillos de producción alemana bajo los cadáveres, y en algunos cráneos todavía estaban clavadas las balas correspondientes de calibre 7,65. Goebbels quedó muy preocupado: «Desafortunadamente, se encontraron municiones alemanas en las tumbas de Katyn». Ordenó el más estricto secreto, «de lo contrario, todo el asunto de Katyn caducaría».[10] Pero los expertos alemanes descubrieron rápidamente de dónde venían las municiones. A finales de la década de 1920, la fábrica de Genschow en Karlsruhe había entregado grandes cantidades de esta munición tanto a Polonia como a la Unión Soviética. Pero a Goebbels le pareció demasiado sensible el tema, no se permitió a la prensa mencionarlo.

Grupos de soldados de la Wehrmacht ocasionalmente hacían más difícil la exhumación. Compañía por compañía visitaron el cementerio para hacerse una idea de los «crímenes bolcheviques». Las visitas, obviamente, tenían la intención de fortalecer su voluntad de luchar. Varias decenas de miles de soldados del Frente Oriental llegaron al bosque de Katyn, entre ellos contingentes de la División Carlomagno de las Waffen-SS, con voluntarios de Francia, y un grupo de la División Azul de España.[11] Esto fue revelado después de la guerra por un oficial alemán. Aunque la visita francesa a Katyn está bien documentada, no hay publicaciones sobre la presencia de una delegación de la División Azul en Katyn.

Presión sobre los testigos polacos

Era particularmente importante para el Ministerio de Propaganda de Berlín llevar a los oficiales polacos a las fosas comunes. Al principio se había previsto que los representantes de la Cruz Roja Polaca actuaran en los campos de oficiales de prisioneros de guerra (Oflag), pero Skarżyński había rechazado firmemente esta idea.[12]

Así que la Wehrmacht seleccionó un total de seis oficiales polacos en tres Oflag del Reich alemán, con el teniente coronel Stefan Mossor en el rango más alto. Originalmente se suponía que un general de brigada capturado iba a dirigir el grupo, pero en el último momento se declaró enfermo. Mossor había pertenecido al equipo de planificación de las fuerzas

armadas polacas; era autor de *Consideraciones para un plan estratégico de Polonia contra Alemania*, pero en diversos ensayos también se había declarado a favor de un acercamiento político a los alemanes. Sostuvo que Polonia no tenía otra opción que cooperar con uno de sus dos vecinos altamente armados, y que la Unión Soviética no era una opción.

En Katyn, Mossor rechazó las presiones para que diera una entrevista al noticiero alemán; exigió con éxito que los camarógrafos y los periodistas se fueran.[13] A sus camaradas se les permitió elegir varios cuerpos que aún no habían sido recuperados para la autopsia. Llegaron a la conclusión de que realmente eran los oficiales polacos desaparecidos, que los cadáveres no habían sido tocados antes y que los uniformes tampoco habían sido manipulados.[14] Un oficial de la Wehrmacht informó más tarde de que Mossor había respondido espontáneamente a la pregunta de quiénes eran los autores: «¡Los bolcheviques!».[15]

El grupo dirigido por Mossor fue llevado de Smolensk a Berlín. En primer lugar, se le invitó amablemente a informar sobre sus observaciones en Katyn en una conferencia de prensa; cuando se negó, los oficiales de las SS le amenazaron con dispararle. Pero resistió la presión y prometió dar sus impresiones a sus camaradas en el Oflag. Sin embargo, Mossor sospechaba que las ejecuciones eran una decisión arbitraria de un comandante local del NKVD, presumiblemente después de una rebelión en el campo. No podía imaginar que el Kremlin había ordenado el asesinato en masa.

En su informe, Mossor mostró mucha cautela. La Wehrmacht también distribuyó el informe en otros Oflag. Pero en secreto escribió otro informe para el gobierno polaco en el exilio, que fue sacado de contrabando del campo y llegó a Londres. Presumiblemente los alemanes lo sabían, pero no hicieron nada al respecto, porque esperaban un beneficio político al informar a los polacos de Londres sobre Katyn. En el informe, Mossor expresaba el temor de que Polonia quedara bajo el dominio soviético en todo o en parte tras la derrota de los alemanes. Por esta razón, el gobierno polaco debía trabajar por la creación de una fuerte organización europea.[16]

Los alemanes llevaron más grupos de polacos del Gobierno General a Katyn: debían fortalecer aún más el ambiente antisoviético entre sus

compatriotas. Después de su regreso, compartieron sus impresiones con sus compatriotas polacos en reuniones organizados por los alemanes.[17]

Amenazas de muerte para testigos polacos

Los comunistas polacos, que habían establecido sus propias unidades armadas clandestinas, se adhirieron totalmente a la explicación de Moscú de que Katyn era una provocación antisoviética de los nazis y del gobierno en el exilio. Condenaron a muerte a sus compatriotas, que viajaron a Katyn por invitación de Berlín.[18] Los alemanes se enteraron de las sentencias de muerte impuestas a los participantes en los viajes a Katyn. Goebbels dispuso que algunas de las personas en peligro recibieran protección policial.[19]

El conocido publicista Józef Mackiewicz, que fue llevado a Katyn, entró en la lista de condenados a muerte de un grupo comunista. Mackiewicz, un licenciado en biología, había informado en la prensa bajo control alemán de los crímenes cometidos por el NKVD tras la invasión soviética del este de Polonia. Debido a su supuesta colaboración con los alemanes, un tribunal del ejército clandestino anticomunista AK de Varsovia también lo condenó a muerte. Pero un comandante de la Polonia oriental, que había sido testigo del terror soviético, no permitió que la ejecución se llevara a cabo, sino que convenció a los líderes del movimiento clandestino de Varsovia de que anularan el veredicto.[20]

Mackiewicz señaló que a los polacos se les permitía moverse libremente en Katyn y hacer preguntas a la población rusa, sin ser controlados por los alemanes. También se les permitió examinar de cerca todos los documentos encontrados en los uniformas de las víctimas.

A su regreso de Katyn, Mackiewicz concedió una entrevista a la prensa. No solo habló de las exhumaciones, sino que también informó sobre las cosas encontradas durante la autopsia: «Allí se coloca un cadáver sobre la mesa, se encogen un poco las piernas, se lanza la cabeza al costado, en la frente se ve el orificio de salida de la bala. Władysław Bielecki… Una postal en muy buen estado. El matasellos muestra la fecha: Bialystok, 14 de enero de1940. En el bolsillo lateral el periódico *Voz Soviética* del 29 de

marzo de 1940. Aunque el papel ha absorbido una humedad que ha hecho que la tinta de impresión se hinche, se puede leer claramente: "¡Camaradas! Hacia un mañana mejor! Llega gente nueva de nuestra patria… Camarada Stalin…". Y así sucesivamente. Siguiente: una carta a Kozelsk. El nombre es ilegible. Un libro de oraciones. El doctor Wodziński abre la carta, y de repente todos nosotros vemos extrañamente clara a una mujer con grandes ojos. Es rubia, en su brazo una niña… Es su esposa con su hija pequeña. Se ha ido a la tumba con ellas. La bala aún está en su cráneo, lo que es raro».

Mackiewicz continuó citando las cartas de los niños encontradas entre los muertos: «¡Querido papá! Estamos preocupados porque no hemos recibido un mensaje o una carta en mucho tiempo. Enviamos 100 rublos y el paquete con las cosas que pediste. Estamos sanos y seguimos en el mismo lugar. ¡No tengas miedo por nosotros! Cuando nos encontremos de nuevo… Firma: Tu Stacha, 15 de febrero de 1940». «¡Querido papito! Te agradezco mucho y te deseo también salud y todo lo mejor. No voy a la escuela. Debido a la helada está cerrada… Colecciono los sellos».[21]

Los informes sobre las delegaciones polacas pasaron por el escritorio del jefe de las SS Heinrich Himmler. Envió una sugerencia a Ribbentrop: «Se me ocurrió si no pondríamos a los polacos en una situación terrible si invitáramos al señor Sikorski a volar vía España a Katyn con compañeros de su elección, bajo la garantía de escoltas libres». Ribbentrop, sin embargo, rechazó firmemente la propuesta de Himmler. Según él, «los aspectos fundamentales del tratamiento de la cuestión polaca» hacían imposible cualquier contacto con el gobierno en el exilio.[22]

El polaco más prominente que los alemanes llevaron a Katyn fue el ex primer ministro Leon Kozłowski. Pero fue conducido solo a través del cementerio, obviamente aislado de los otros polacos de Katyn. Había buenas razones para este secreto, porque Kozłowski, un profesor de arqueología que fue brevemente jefe de Gobierno como simpatizante de Piłsudski, era extremadamente controvertido. Después de la invasión soviética del este de Polonia, el NKVD lo arrestó y llevó a Moscú, a la Lubianka.

Como Kozłowski se negó a escribir informes sobre miembros del gobierno de la preguerra, los esbirros del NKVD lo torturaron, como contó

más tarde: «El general le preguntó al oficial investigador si yo había hecho una confesión, y él respondió que yo no había hecho una confesión. Entonces el mayor comenzó a jurar, como solo en ruso es posible, y me golpeó en la cara con su puño, el general me golpeó en la espalda con una porra de goma. Los golpes fueron muy rápidos, uno tras otro. Luego me tiraron al suelo y me golpearon más. Después me pusieron de nuevo en la silla y siguieron con el puño y la porra de goma».

Además, Kozłowski fue sistemáticamente cegado, tanto que se quedó ciego del ojo derecho. A causa de la mala nutrición enfermó de escorbuto y perdió todos los dientes. En un juicio fue condenado a muerte «por actividades antisoviéticas», incluida su participación en la guerra polaco-soviética de 1920.

Sorprendentemente fue puesto en libertad tras varias semanas en el corredor de la muerte, porque el gobierno en el exilio y el Kremlin habían concluido entretanto el acuerdo Sikorski-Maiski. Junto con otros polacos, fue alojado en un hotel de Moscú. Para los polacos, incluso la devastada iglesia católica situada en el centro de Moscú fue mínimamente arreglada para que se pudiera celebrar allí una misa.

La mayoría de los polacos liberados fueron llevados desde allí a la guarnición del ejército de Anders en Buzuluk. Sin embargo, Kozłowski no era apto para el servicio militar debido a su destruida salud. Sin el conocimiento de los otros polacos, partió con otro exprisionero en viaje a su patria ocupada. En la línea del frente, en el oeste de Rusia, los dos se abrieron camino a través de las líneas gracias a los consejos de los campesinos locales, que esperaban a la Wehrmacht. El Ejército Rojo se encontraba en una caótica retirada, las unidades del NKVD habían huido al interior del país.[23]

Pocos días después, para gran sorpresa de sus compatriotas, Kozłowski informó sobre sus experiencias en la prisión del NKVD en una conferencia de prensa en Berlín.[24] Los polacos de Londres vieron su aparición en la capital alemana como el primer paso hacia la formación de un gobierno títere, que él debía dirigir.[25] Por lo tanto, un tribunal del gobierno en el exilio lo condenó a muerte por alta traición. Pero en Berlín Kozłowski ya no jugaba ningún papel, ya que la dirección nazi no preveía un gobierno

para la Polonia ocupada. Tampoco hizo una declaración pública sobre Katyn.

Analizando la campaña de Katyn de Goebbels, el gobierno en el exilio llegó a la conclusión de que la fórmula «judío = asesino de los polacos» utilizada por los alemanes pretendía justificar ante la población polaca la represión del levantamiento en el Gueto de Varsovia.[26] Las autoridades alemanas anunciaron que los familiares de los muertos de Katyn recibirían una indemnización. La resistencia, sin embargo, informó al gobierno en el exilio de que solo unos pocos familiares se habían puesto en contacto con los alemanes.[27]

El 7 de junio de 1943 se interrumpió el trabajo en Katyn debido a las temperaturas de verano, el olor cada vez más fuerte de los cadáveres, una plaga de moscas y el peligro de epidemias. Hasta entonces, siete fosas comunes habían sido inspeccionadas con precisión, y se había encontrado una octava tumba, situada más lejos, solo unos pocos días antes. Los obreros volvieron a llenar las fosas. Sobre cada tumba se erigió una cruz de madera. En la mayor de las cruces, de dos metros y medio de altura, los miembros de la comisión colocaron una corona de espinas de alambre, a la que adjuntaron un águila de metal de una de las gorras de los oficiales.[28]

«Crímenes de dos enemigos»

Marian Wodziński, jefe del grupo de expertos polacos, escribió un informe para la Cruz Roja de Varsovia. Explicó que los muertos habían sido identificados como oficiales del campo de Kozelsk sobre la base de los documentos, diarios y cartas encontrados. Los datos que contenían indicaban la época del asesinato en masa: primavera de 1940. La ropa de invierno de los muertos en la tumba 1 y los uniformes de verano en la tumba 8 mostraban que las ejecuciones habían tenido lugar de marzo a mayo. Esto también coincidió con las declaraciones de los habitantes locales, que habían visto a los polacos a su llegada a la estación de ferrocarril de Gnezdovo y habían oído los gritos del bosque.[29]

Con el permiso de los alemanes, los miembros de la Comisión Técnica no solo habían copiado todos los documentos encontrados entre los

muertos, sino que también habían tomado en secreto algunos de los objetos para llevarlos a Varsovia sin que nadie lo notara. La residencia del arzobispo Sapieha en Cracovia fue elegida como lugar seguro para el almacenamiento de estos objetos y registros. El joven sacerdote Stefan Niedzielak asumió la tarea de llevarlos de Varsovia a Cracovia a través de los estrictos controles en las estaciones de tren. Niedzielak jugaría más tarde un papel en la lucha por el esclarecimiento del crimen.[30]

Los resultados de las investigaciones de la Comisión Técnica fueron parte central del «Material Oficial sobre el asesinato en masa de Katyn», que el Ministerio de Asuntos Exteriores publicó en Berlín en el verano de 1943. Contenía una lista con una breve descripción de los 4.143 cadáveres, de los cuales 1.328 no habían sido identificados. La documentación de 273 páginas también contenía información detallada sobre la munición alemana utilizada y su origen, pero no hacía referencia a los presuntos asesinos judíos, que la prensa había denunciado anteriormente.

El gobierno polaco en el exilio, en Londres, también recibió el «Material Oficial» a través de intermediarios. Los expertos polacos observaron que cuatro quintas partes de los nombres de las víctimas identificadas también estaban en las listas de «oficiales desaparecidos», que habían sido entregadas a las autoridades soviéticas en 1941 y 1942.[31]

Los funcionarios alemanes de propaganda en Varsovia intentaron en vano crear un comité polaco de Katyn. Skarżyński replicó que la Cruz Roja perdería la confianza de la población si participaba.[32] Para demostrar un cambio en la política alemana hacia Polonia, las SS despidieron a un grupo de mujeres del campo de concentración de Majdanek. Pero Skarżyński explicó a los alemanes que este gesto no era muy convincente en vista del gran número de sentencias de muerte que aún se dictaban en la Polonia ocupada. También rechazó la publicación de una documentación oficial de la PCK.[33] Pero los alemanes tenían un folleto de 32 páginas impreso con numerosas fotografías de Katyn. También distribuyeron en todo el Gobierno General un montón de panfletos con informes sobre Katyn. Goebbels estaba muy satisfecho con las noticias de la Polonia ocupada: «En los círculos de la aristocracia polaca y de los antiguos oficiales hay una profunda amargura contra los soviéticos».[34]

El gobernador general Hans Frank esperaba que Berlín utilizara el fuerte ambiente antisoviético de los polacos para «lograr un cambio en la política polaca sin sacudir el prestigio del Gran Reich Alemán». Hacía tiempo que Frank reconocía que las ejecuciones masivas en la Polonia ocupada no debilitaban en modo alguno al movimiento de resistencia, sino que lo dotaban de una mayor influencia. En su opinión, además, esa política retenía demasiadas fuerzas militares que se necesitaban urgentemente en el Frente Oriental. En su diario Frank escribió: «Los alemanes debemos estar agradecidos al destino porque las tumbas de Katyn nos den otra oportunidad de hacer concesiones al pueblo polaco, no solo de forma propagandística…».[35]

Frank envió un memorándum de 40 páginas directamente a Hitler con el siguiente contenido: era absolutamente necesario cambiar la política en el Gobierno General. Criticó abiertamente la política del jefe de las SS, Himmler, que había llevado la zona al caos económico. Los campesinos corrieron hacia los partisanos. Los fusilamientos masivos de gente inocente, las confiscaciones de bienes raíces para las SS solo fortalecieron a los enemigos de los alemanes. Según Frank, la propaganda alemana había demostrado ser ineficaz contra la «infiltración bolchevique». Katyn abrió la posibilidad de un cambio político sin que esto fuera interpretado como una debilidad de los alemanes.

Para reforzar su argumento, Frank citó un informe secreto de la Gestapo, que estaba subordinada a su adversario Himmler: «En la gran mayoría de la población, las noticias de Katyn no tuvieron ningún efecto positivo para Alemania. Aunque este hecho apenas se niega en los círculos obreros, a menos que sean comunistas, también se señala que la actitud de Alemania hacia Polonia no es mejor. En los campos de concentración de Auschwitz y Majdanek también se producía un asesinato masivo de polacos».[36] Pero en su memorándum Frank no mencionó que él mismo era altamente responsable de esta política, que él mismo ordenó medidas terroristas generales por las que decenas de miles de polacos perdieron la vida y que arruinaron el país.

Pero en Berlín no se pensó en un cambio de curso, al contrario: después de aplastar el levantamiento del Gueto en mayo de 1943, Himmler, a quien

Frank tenía una profunda aversión, que era mutua, ordenó que el terror se intensificara aún más. Así pues, la campaña de Goebbels en el Gobierno General fue en gran medida ineficaz, y la imagen de los ocupantes alemanes no mejoró en absoluto. Por el contrario: eslóganes como «Katyn, Auschwitz, esclavitud, hambre» fueron pintados en las paredes de varias ciudades polacas.[37] Desde la resistencia, se telegrafió a Londres un balance provisional de la propaganda alemana de Katyn: «El único resultado es el aumento del odio a los soviéticos, pero no la desaparición del odio a los alemanes.[38]

Tresckow, Gersdorff, Schlabrendorff y sus aliados en el Grupo de Ejércitos Centro, en Smolensk, llegaron a la misma conclusión, mientras esperaban la siguiente oportunidad de eliminar a Hitler. Gersdorff escribió en sus memorias: «Pero Katyn no podía distraernos de los crímenes nacionalsocialistas. Las persecuciones de los judíos y las medidas contra los rusos y los polacos siguieron siendo la causa principal de nuestra lucha contra Hitler y su régimen».[39]

8. TESTIGOS EXTRANJEROS SIN ECO

Los propagandistas de Goebbels hicieron esfuerzos especiales para difundir su campaña de Katyn en el extranjero. Enviaron médicos, periodistas y escritores de terceros países, así como prisioneros de guerra de las fuerzas armadas de los Aliados Occidentales. De esta manera, Goebbels quería desacreditar la alianza de Londres y Washington con Moscú, especialmente a los ojos del público estadounidense y británico.

El papel más importante lo desempeñaron los médicos forenses: debían confirmar que los culpables se encontraban en el NKVD.

Goebbels ordenó al ministro de Sanidad, Leonardo Conti, que formara una delegación de expertos extranjeros. En enero de 1940, unas semanas antes del asesinato en masa de Katyn, Conti, que era un alto mando de las SS, había observado un «gaseamiento de prueba» en una prisión en la ciudad de Brandeburgo, una demostración de cómo matar rápidamente a las personas en una cámara de gas. Fue uno de los responsables del programa de eutanasia de los nacionalsocialistas. También dirigió la supervisión de ensayos con pacientes con tifus en el campo de concentración de Buchenwald, cerca de Weimar.

Los esfuerzos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín, que se encargó de la organización, no fueron coronados con éxito en un punto decisivo: los diplomáticos alemanes no pudieron contar con médicos de los estados neutrales de Suecia, España, Portugal y Turquía para el viaje a Katyn. Un profesor sueco, a quien se le preguntó si acudiría, alegó dolor de espalda después de una caída con la motocicleta, lo que le hacía imposible viajar. Portugueses y turcos mencionaron problemas de transporte como justificación para la negativa.[1]

La prensa española afirmó que el profesor de medicina Antonio Piga Pascual, de Madrid, junto con otros dos médicos, viajaría a Katyn.[2] La embajada alemana le había dicho que su viaje había sido aceptado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de España.[3] Pero los otros dos médicos se retiraron del proyecto.

Piga Pascual, de sesenta y dos años, tenía un alto grado de autoridad en la profesión médica en España. Entre sus pacientes había miembros de la familia real. Había asistido a una conferencia médica en la Unión Soviética en 1935 y hablaba algo de ruso.[4] Cuando al año siguiente comenzó la Guerra Civil, milicianos anarquistas querían arrestarlo en Madrid. En su defensa, presentó artículos de la prensa soviética sobre la conferencia de Moscú, que lo mencionaban, y desde entonces no lo molestaron más.[5]

En la Guerra Civil ganó experiencia con las autopsias de los asesinados a tiros. Por lo tanto, estaba muy interesado en participar en la investigación de las fosas comunes. La embajada alemana en Madrid lo elogió como un «hombre enérgico» y «antibolchevique», cuya participación fue «particularmente valiosa».[6] Sorprendentemente, después de visitar la embajada de España en Berlín, informó a sus anfitriones alemanes que no podía coger vuelo a Smolensk debido a una enfermedad.[7]

Ribbentrop encargó al embajador alemán en Madrid que expresara al gobierno español su irritación.[8] Sin embargo, el rechazo estaba en línea con la política franquista, que siguió distanciándose de Hitler tras la derrota alemana de Stalingrado. Piga Pascual declaró más tarde que los Aliados Occidentales obviamente habían presionado a Madrid para que no lo dejara ir a Katyn.[9]

Pero al menos había un suizo, el profesor de medicina forense de Ginebra François Naville, coronel en la reserva del ejército suizo. Después de consultar con la Cruz Roja Internacional y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Berna, aceptó la invitación. Cuando llegó a Berlín, se sorprendió al descubrir que era el único «neutral» de la delegación. Los otros once miembros procedían de países ocupados o aliados:

Arno Saxén, que era teniente coronel de las Fuerzas Armadas finlandesas, llegó de Helsinki.

Helge Tramsen, de Copenhague, era el único sin título de profesor entre los médicos forenses. A los treinta y dos años, era el más joven de la delegación. Como informó después de la guerra, se había unido a un grupo de la resistencia danesa. De regreso a Berlín, iba a recibir documentos de un hombre de contacto de la resistencia.[10]

Herman Maximilien de Burlet, que tenía un doctorado en Zúrich, fue canciller de la Universidad de Groningen y miembro destacado del Movimiento Nacional Socialista (NSB) en los Países Bajos.

Reimond Speleers, decano de la Facultad de Medicina de Gante, Bélgica, también fue simpatizante nazi como activista de la Asociación Nacional Flamenca (VNV).

Vincenzo Palmieri, de Nápoles, por otra parte, era un católico socialmente comprometido que no tenía nada en común ni con los nacionalsocialistas alemanes ni con los fascistas italianos.[11]

Eduard Miloslavich era hijo de inmigrantes croatas en Estados Unidos. Católico conservador, había estudiado en Viena y aceptó una cátedra en Zagreb. En el estado independiente de Croacia, que en realidad dependía de Berlín, se convirtió en decano de la Facultad de Medicina.

František Hájek, representante del Protectorado del Reich de Bohemia y Moravia, fue decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Carolina de Praga, que había sido cerrada por las fuerzas de ocupación alemanas antes de la guerra.

František Šubík, de la Universidad de Bratislava, fue jefe del servicio de salud en Eslovaquia. Era un médico militar con el rango de capitán. También se hizo un nombre como poeta y traductor.

Ferenc Orsós, de Budapest, había publicado artículos sobre la determinación de la fecha de la muerte de cadáveres. En Hungría fundó una asociación médica nacionalsocialista y abogó por la introducción de leyes raciales basadas en el modelo alemán.

Alexandru Birkle, de Bucarest, había aprendido alemán durante la Primera Guerra Mundial, en la que tomó parte como voluntario del ejército rumano. Fue prisionero de guerra de los austriacos.

Marko Markov, un profesor de la Universidad de Sofía, representó a Bulgaria, que también estaba aliada con el Tercer Reich.

Los doce expertos fueron alojados durante una noche en el Hotel Adlon de Berlín. Eligieron como portavoz a Ferenc Orsós, un criminalista y médico forense de sesenta y tres años, entre otras cosas porque no solo hablaba muy bien el alemán, sino también el ruso. Había aprendido el idioma durante la Primera Guerra Mundial, como cautivo de Rusia.[12]

El grupo despegó del aeropuerto de Tempelhof en la madrugada del 28 de abril de 1943, repartido en tres aviones. En un día claro, los pasajeros vieron humo sobre Varsovia, y una de las azafatas explicó: «Algo ha pasado en el Gueto». El danés Tramsen escribió en su diario: «El centro de Varsovia es una sola pila de escombros en llamas». Por la tarde el avión llegó a Smolensk y la delegación cenó en el comedor de oficiales. «Mucho vino y champán francés», señaló Tramsen.[13]

A la mañana siguiente, el profesor Buhtz encabezó la delegación internacional de médicos en el bosque de Katyn. También estaba presente el teniente coronel von Gersdorff, quien cinco semanas antes quería matar a Hitler con una bomba en Berlín. A cada uno de los médicos forenses se le pidió que eligiera un cadáver de las fosas comunes para la autopsia: los alemanes proporcionaban todos los instrumentos y materiales necessarios.[14]

Orsós llegó a la conclusión de que la muerte de los exhumados se había producido al menos tres años atrás. Lo hizo tras valorar la importancia de las «incrustaciones de tierra en los cráneos» y el aspecto de «la superficie de la mohosa y homogénea masa de la papilla cerebral». Observó que los «huesos del cráneo ya no estaban regulamente impregnados en grasa».[15]

El profesor de criminalística Vincenzo Palmieri, de Nápoles, confirmó esta valoración.

El danés Helge Tramsen analizó el cuerpo de un capitán de la reserva. En las bolsas del uniforme encontró un pequeño libro con imágenes de santos y una hoja de papel con versos de poesía polaca. Después del final de las investigaciones, Tramsen pidió que se le permitiera llevar a Copenhague el cráneo de la víctima de la que se había ocupado, con fines pedagógicos.[16]

Orsós también utilizó su microscopio para examinar muestras de los pinos jóvenes que habían sido plantados en las fosas comunes. De los

anillos de crecimiento dedujo que tenían cinco años. Pero habían sido replantados, como lo demostraba la decoloración entre el segundo y el tercer anillo anual; habían permanecido en su último lugar tres años, es decir, desde 1940.

Después de tres días en Katyn, el trabajo de la Comisión Médica Internacional terminó. Antes del vuelo de regreso, el personal del Grupo del Ejército Central les invitó de nuevo a almorzar en el casino de oficiales de Smolensk. El teniente coronel von Gersdorff estaba sentado entre el suizo François Naville y el búlgaro Marko Markov. Como confirmó Gersdorff después de la guerra, ambos no tenían «ninguna duda» sobre la autoría soviética de los crímenes.[17]

Sin embargo, el informe final de la comisión no hacía referencia directa a los autores. Se completó en Smolensk bajo la dirección de Orsós. Las secretarias uniformadas lo mecanografiaron y doce miembros de la delegación lo firmaron. Un fotógrafo plasmó la página con las firmas por separado. El texto fue inmediatamente telegrafiado a Berlín, donde también fue traducido al inglés y al polaco. Cuando los tres aviones y la delegación hicieron escala en la Polonia ocupada al regreso a Berlín, cada uno de los miembros de la comisión recibió una copia del informe. Adjuntada al texto iba la foto con las firmas. Las llevó un mensajero de Berlín.

El informe citaba los disparos en la nuca como la causa de la muerte. En resumen, describió el estado de descomposición de los cadáveres, refiriéndose a la ropa de invierno, la falta de picaduras de mosquitos y larvas de insectos, así como las heridas causadas por las bayonetas cuadradas. El informe también mencionaba las cartas, notas y periódicos encontrados entre los muertos. Todos los factores objetivos y las pruebas indicarían que las ejecuciones tuvieron lugar en marzo y abril de 1940.[18]

Los miembros de la delegación acordaron que no harían ningún comentario y que tampoco estarían disponibles para la prensa.[19] En Berlín, se les reservaron de nuevo habitaciones en el Hotel Adlon, y se programó, entre otras cosas, una visita a la ópera. El 4 de mayo de 1943, Orsós entregó el informe al Reichsgesundheitsführer (jefe de Sanidad del Reich)Conti, en nombre de la delegación. Después del encuentro con Conti, los doce miembros de la comisión se despidieron.

Para todos ellos el viaje a Katyn tuvo consecuencias, algunas de ellas graves. El primero fue Tramsen. En Berlín se encontró en secreto con un hombre de contacto de la resistencia danesa. Recibió un paquete con fotos de dos presas de Alemania. Tramsen escondió las fotos en la tapicería de la caja en la que transportaba el cráneo del oficial polaco de la fosa común de Katyn. Desde Copenhague las fotos fueron introducidas de contrabando, a través de Suecia, en Inglaterra. Apenas dos semanas después de la reunión de Berlín, la Real Fuerza Aérea, la RAF, bombardeó las dos presas con el objetivo de interrumpir el suministro de electricidad y agua a la industria de defensa alemana.

Tramsen participó en el ataque de un grupo de la resistencia a un depósito de armas alemán, pero un policía danés se enfrentó a él. La Gestapo lo torturó durante el interrogatorio, pero lo dejó con vida siguiendo instrucciones de Berlín, porque había sido miembro de la Comisión de Katyn. Permaneció bajo custodia alemana hasta el final de la guerra.[20] El cráneo del oficial polaco, que había limpiado inmediatamente después de su llegada, encontró su lugar en el sótano del Instituto Forense de Copenhague y fue olvidado porque Tramsen ya no lo tocaba. En 2005 fue redescubierto allí, llevado a Polonia y enterrado.[21]

A su regreso a Suiza, un cónsul alemán le pidió a Naville que informara en la radio sobre sus observaciones y experiencias en Katyn, pero se negó. Sugirió dar una charla científica para sus colegas, pero el diplomático alemán no estaba satisfecho con esta proposición.[22] Esto es exactamente lo que hizo también su colega italiano Vincenzo Palmieri. Además, publicó el informe final de la Comisión Médica en la revista *La Vita Italiana* .[23]

Ferenc Orsós rechazó la solicitud de la embajada alemana en Budapest de informar sobre las investigaciones de Katyn en la prensa. Argumentó que esto devaluaría el informe de la Comisión Médica; en el mejor de los casos estaba preparado para hacer una presentación a los médicos forenses.[24]

A diferencia de Orsós, František Hájek, antiguo catedrático de Medicina Forense y Criminalística de la Universidad de Praga, contó sus impresiones sobre Katyn al público y culpó al NKVD por el crimen. El diario *České slovo*, publicado bajo control alemán, informó sobre las actuaciones de Hájek. Su colega eslovaco František Šubík hizo lo mismo. También era

escritor, se había hecho un nombre como escritor de poemas patrióticos bajo el seudónimo Andrej Žarnov. También tradujo a poetas polacos al eslovaco, y varios de ellos eran amigos suyos. Además, como católico practicante, tenía afinidad con los polacos, razón por la cual estaba particularmente comprometido a resolver los asesinatos en masa de los oficiales.[25]

El holandés Herman Maximilien de Burlet tampoco dejó ninguna duda de que el crimen fue cometido por los «bolcheviques». De Burlet habló de sus impresiones de Katyn a la prensa; los periódicos bajo control alemán informaron sobre esto. También dio varias conferencias públicas sobre Katyn.[26]

Según su colega belga Reimond Speleers, se trataba de «horribles asesinatos que llamaron la atención del mundo entero sobre las verdaderas intenciones del bolchevismo judío». Speleers informó sobre sus impresiones en una conferencia de prensa en Bruselas; también realizó una gira de conferencias organizada por los alemanes, que le llevó a seis ciudades de Bélgica.[27] El finlandés Arno Saxén fue mucho más reservado, rechazando la petición de la embajada alemana en Helsinki de informar públicamente sobre el viaje a Katyn.[28]

El informe de la Comisión Médica, por otra parte, fue bien recibido en España, y la agencia de prensa Efe lo presentó en detalle.[29] Pero la prensa nunca contó que el profesor madrileño Antonio Piga Pascual tuvo que renunciar a su viaje en el último momento.

Observaciones de periodistas y escritores

A diferencia de la mayoría de los miembros de la Comisión Médica Internacional, que no comentaron públicamente sus investigaciones en Katyn, casi todos los periodistas extranjeros invitados por el Ministerio de Propaganda escribieron sobre ello. Varios grupos iniciaron el viaje. La mayoría de ellos procedían de países ocupados y aliados como Noruega, Serbia, Bohemia y Moravia, Italia y Hungría. Los funcionarios alemanes de propaganda prestaron especial atención a los corresponsales de tres estados neutrales: Suecia, Suiza y España. Sin embargo, los aviones con los

periodistas no tomaron la ruta más corta de Berlín a Smolensk. Los aviones tuvieron que evitar Varsovia. Los pasajeros no verían el humo sobre el Gueto en llamas.[30]

Pasado el tiempo, Christer Jäderlund, corresponsal del periódico *Stockholms Tidningen*, informó de que solo en Smolensk se informó a los periodistas del motivo real del viaje, a saber, la visita a las fosas comunes. Antes de llegar a Katyn, casi todos los miembros de su delegación estaban convencidos de que se trataba de una nueva manipulación del aparato de propaganda de Goebbels. En Katyn, sin embargo, entendieron que al menos la información sobre la autoría del NKVD obviamente correspondía a los hechos. Jäderlund fue testigo ocular de que se encontraron cartas de la primavera de 1940 sobre cuerpos quizás descubiertos en su presencia.[31]

Los corresponsales corrieron a las mesas de autopsia cuando se escucharon gritos de asombro. El publicista polaco Józef Mackiewicz observó la escena: «¿Una mujer? ¡Sí, una mujer! ¡Un cadáver femenino en la masa de cadáveres de oficiales! No está claro por qué, pero algunos de los periodistas se están quitando el sombrero, algo que no habían hecho antes con los hombres asesinados. Los prisioneros de guerra soviéticos que ayudaban con el trabajo parecen confusos y curiosos. Se hace el silencio… Los periodistas están preocupados, los alemanes están consternados. Uno de ellos fue al teléfono de campo en el cuartel improvisado… Las autoridades alemanas estaban tan sorprendidas y conmocionadas por el descubrimiento del cadáver de una mujer en Katyn que guardaron este secreto hasta el final y no lo mencionaron en los informes oficiales. Al parecer, temían que la improbabilidad de las circunstancias en las que una mujer podría haber llegado a la masa de oficiales asesinados se convirtiera en un punto de partida para nuevas dudas que socavarían la credibilidad de los relatos del curso de los acontecimientos».[32]

Fue la piloto Janina Lewandowska. El investigador danés Tramsen miró más de cerca el cuerpo: «La cabeza estaba envuelta en una especie de saco, las manos atadas con una cuerda, que también llevaba alrededor del cuello».

Luis Sánchez Maspons, corresponsal en Berlín del diario *Informaciones*, representó a España en el grupo de periodistas. En 1937 había sacado fotos de la Guerra Civil española para una exposición

berlinesa sobre los horrores del bolchevismo.[33] En 1942 había participado en un viaje organizado para corresponsales a la Rusia ocupada en la región de Rostov. En su informe, quedó impresionado por las armas alemanas y la fuerza de combate de la Wehrmacht. Después de una visita a la División Azul, que luchó contra el Ejército Rojo bajo el mando de la Wehrmacht, escribió: «No dudamos un instante de la rapidísima victoria sobre el bolchevismo».[34] Antes de su viaje a Katyn, *Informaciones* ya había publicado varios reportajes de agencias de prensa sobre las fosas comunes y no dejaba ninguna duda de que las «bestialidades» se debían al «odio y sed de sangre» de los bolcheviques.[35]

El comentarista del diario *El Alcázar*, fundado por los franquistas, contradecía a todos los que decían «que el comunismo soviético ha evolucionado, es tolerante, es inocente, ingenuo y que, por lo tanto, nada debemos temer de él».[36] *El Alcázar* tituló así un comentario en la portada: «Odioso Stalin, Europa te maldice».[37] El periódico falangista *Arriba* aseguró que Moscú había admitido indirectamente su culpabilidad: si los soviéticos fueran inocentes habrían aceptado una investigación de la Cruz Roja Internacional.[38]

Según un análisis del servicio de inteligencia militar estadounidense, OSS, muy activo en Madrid en aquel momento, la noticia de Katyn causó una gran impresión en España. Proporcionó argumentos para la lucha del régimen franquista contra los comunistas y los grupos de izquierda y para alertar sobre un inminente avance de la Unión Soviética en el centro de Europa, tras la hipotética victoria de los Aliados en la guerra.[39]

Arriba se refería también a otro testimonio de «barbarie soviética en suelo de España»: las fosas comunes de Paracuellos.[40] En su reportaje sobre Katyn, Sánchez Maspons, corresponsal en Berlín de *Informaciones*, también hizo una comparación con la Guerra Civil: fue «como los horrores rojos», y mencionó Paracuellos.[41] Tras el final de la Guerra Civil se descubrieron fosas comunes con los restos de unas 3.500 personas no muy lejos de este pueblo al noreste de Madrid. Eran funcionarios del Estado español, políticos y sacerdotes, así como soldados de las unidades militares de Franco y personas arrestadas al azar que habían sido asesinados a tiros por anarquistas y comunistas en el otoño de 1936. Los historiadores

españoles han identificado al politruk soviético y corresponsal de *Pravda* Mijaíl Koltsov como uno de los inspiradores de este asesinato en masa.[42]

Koltsov había sido miembro de la junta directiva de la Asociación Internacional de Escritores, que iba a lanzar una campaña de apoyo a las fuerzas de izquierda en la Guerra Civil contra las tropas franquistas, en gran parte dirigida desde Moscú. A su regreso a la Unión Soviética, Koltsov cometió un gran error: internamente, había criticado a los consejeros militares soviéticos en España por incompetentes. Esto causó la ira de Stalin y la de Voroshilov, el comisario del pueblo para la Defensa.[43] El «reportero número uno» soviético, que había recibido las más altas medallas al mérito unos pocos años antes, se convirtió en una víctima del sistema; el verdugo del NKVD Blojín lo ejecutó.[44]

El grupo de periodistas con los que había viajado el español Sánchez Maspons tuvo que esperar varios días el vuelo de regreso en Smolensk. El sueco Jäderlund aprovechó el tiempo para explorar la ciudad y sus alrededores acompañado por un colega yugoslavo que hablaba ruso. Jäderlund informó más tarde sobre sus conversaciones con los rusos: eran de mente muy abierta cuando se presentaba como sueco. Todos ellos habían temido al NKVD, pero también criticaron a las fuerzas de ocupación alemanas.[45]

Según la voluntad de Goebbels, varios escritores de renombre complementarían la ofensiva de la prensa publicando ensayos y folletines sobre sus impresiones de Katyn. El Ministerio de Propaganda de Berlín consideró la posibilidad de invitar a Katyn al Premio Nobel noruego Knut Hamsun, quien en repetidas ocasiones elogió a Hitler y pidió a sus compatriotas que colaboraran con las fuerzas de ocupación alemanas.[46] Hamsun incluso había apelado a la juventud noruega para que se presentara en el Frente Oriental a luchar contra el bolchevismo. En agradecimiento, las fuerzas ocupantes le proporcionaron comida exquisita, alcohol y tabaco. Goebbels elogió repetidamente a Hamsun en su diario. Pero la idea de llevar al noruego a Katyn fue abandonada de nuevo, ya tenía ochenta y cuatro años.

En contraste con Hamsun no hubo problemas con el escritor falangista Ernesto Giménez Caballero. Katyn, como otro crimen soviético, encajaba

en la línea de la política franquista. Originalmente Giménez Caballero se había movido en círculos de artistas surrealistas y futuristas, al principio se vio a sí mismo como socialista. Pero después de una larga estancia en la Italia de Mussolini y probablemente también bajo la influencia de su esposa italiana, se convirtió en un entusiasta partidario del fascismo. Hizo campaña a favor de una unión de «países latinos» bajo el liderazgo de Mussolini, que también debería ser capaz de restaurar el Imperio español. Consideró que su patria tenía que defenderse tanto del bolchevismo como del capitalismo.[47] Durante la Guerra Civil, formó parte de una unidad de propaganda de las tropas franquistas y fue nombrado secretario de estado del Ministerio de Educación en Madrid por sus méritos.

Rechazó el antisemitismo de los nacionalsocialistas alemanes; más bien, consideró que los judíos sefarditas de la Península Ibérica habían enriquecido la cultura española. Consideraba a Hitler un político primitivo, difusor de la violencia y, como católico, tampoco le gustaba el anticlericalismo de los nacionalsocialistas.

Sobre sus impresiones de Katyn publicó un reportaje largo en el diario *Informaciones* del 30 de abril de 1943. Ese mismo día Ribbentrop cumplió cincuenta años, y era elogiado en la portada como «gran hombre de Estado». El texto sobre Katyn apareció también en los periódicos *El Alcázar*, *Arriba*, *Ya* y *ABC*, tanta importancia le dio el aparato propagandístico franquista. Giménez Caballero escribió que hubiera preferido conocer a escritores rusos o visitar el mausoleo de Lenin en la Plaza Roja que examinar a las víctimas del terror rojo. En España, Katyn alertó a todos los que pensaban que después de la Guerra Civil el tiempo del horror había pasado y que uno podía dedicarse tranquilamente de nuevo a las fiestas populares de Madrid o Sevilla. Pero la amenaza seguía viva.[48]

Solo unas semanas después publicó un folleto de 51 páginas titulado «La matanza de Katyn-visión sobre Rusia». Giménez Caballero publicó el texto él mismo, para las editoriales estatales el tema obviamente ya no era oportuno. El gobierno español se distanciaba de Berlín. A mediados de mayo, Franco había apelado al papa Pío XII para que mediara entre las partes beligerantes en el sentido de que la guerra había «llegado a un callejón sin salida». Goebbels estaba indignado porque socavaba su

propaganda de la «guerra total hasta la victoria final». En su diario escribió sobre los «chismes improvisados» de Franco y su «aventura oratoria».[49]

Pero Madrid ya no cambió su línea, sino que la prensa controlada por el estado dejó claro que el gobierno nazi en Berlín ya no debía contar con el apoyo político de España en la guerra. Así lo afirmaba un editorial de *Informaciones*, publicado en la portada el 18 de junio de 1943: «Que la paz llegue pronto y con la menor destrucción posible. Este es el deseo de España».[50]

El folleto, editado por el propio Giménez Caballero, fue la primera publicación exhaustiva sobre Katyn y se publicó antes que la primera documentación polaca. En ella, el autor justificaba la «cruzada» de las fuerzas dirigidas por Franco contra los comunistas. En varias ocasiones se refirió a los soldados y seguidores de Franco que habían sido asesinados por las unidades comunistas en ejecuciones masivas: «Katyn es como Paracuellos».

Describió en detalle sus observaciones en el bosque de Katyn. La primera impresión: «Un olor que me entró hasta el alma». Ni siquiera las hogueras con matorrales resinosos habían cubierto el olor, muchos visitantes habían guardado bolas de algodón con éter bajo sus narices. Pero apreciaba la forma en que los alemanes trataban a los muertos: «Con un profundo respeto los iban alineando soldados alemanes, en los claros del bosque: en formación bélica, en escuadrones funerales y solemnes, como tributo de honor a la hecatombe de todo un ejército. ¡Pobre Polonia!».

En Smolensk, los escritores visitaron la exposición de objetos y documentos encontrados en las fosas comunes. Durante las comidas fueron invitados de honor en el casino de oficiales de la Wehrmacht. En la cabecera del comedor colgaba un cuadro de Hitler que lo mostraba en una pose heroica, como Giménez Caballero sostenía con una ligera ironía. En lugar de ensaladas frescas, se sirvió una tableta de vitamina C, acompañada de un «excelente vino tinto francés». Tres de los oficiales alemanes hablaban bien el español, un teniente tocaba el piano.

En la ciudad, el español notó que la vida cotidiana continuaba, con policías de tráfico rusos sirviendo en las intersecciones más grandes. Con simpatía escribió sobre las fuerzas de ocupación: «Los soldados alemanes

desfilan de vez en cuando entre estas ruinas en pelotón y cantando sus cánticos de guerra, enérgicos y sincopados».[51] Él mismo había querido luchar contra el Ejército Rojo en la División Azul, pero había sido rechazado por los médicos militares.[52]

En Katyn y Smolensk, Giménez Caballero fue acompañado por un oficial alemán que hablaba español. Había pertenecido a la Legión Cóndor, que había intervenido en la Guerra Civil del lado de Franco. El escritor, que como católico no ocultó sus simpatías por Polonia, citó unas palabras de este oficial: «Nosotros hemos buscado siempre apartar a Polonia de sus peores enemigos: los que siempre buscaron que fuese Polonia un avispero balcánico, una bayoneta en el flanco de Alemania».[53]

Un año y medio antes de su viaje a Katyn, en octubre de 1941, Giménez Caballero, vestido con el uniforme de la Falange, había participado en el «Encuentro Europeo de Poetas» de Weimar, organizado por Goebbels. Sin embargo, irritó a sus anfitriones con su compromiso con el catolicismo. Los organizadores del encuentro escribieron en un informe interno que el español defendía a los jesuitas y que la gente «con sangre judía en sus venas» estaba entre sus amigos.[54]

Sin embargo, Goebbels lo apreciaba. Esperaba que Giménez Caballero utilizara su influencia en Madrid para persuadir a los líderes españoles de que entraran en guerra junto a las potencias del Eje, Alemania e Italia. Después de una conversación con el español, Goebbels escribió en su diario el 2 de abril de 1942: «Franco es un cero. Su política se establece después de un curso en zigzag eternamente cambiante. Es una pena que lo pusiéramos en el poder con nuestras armas».[55]

Pero Madrid ignoró los intentos alemanes por mucho que Giménez Caballero luchara por ellos. El 29 de enero de 1943, tres días antes de la rendición del VI Ejército en Stalingrado, Goebbels escribió en su diario: «Caballero reprende el letargo de los líderes españoles en todos los tonos y pinta el espectro de una nueva bolchevización de España en la pared cuando Alemania está en peligro».[56]

En sus memorias, que publicó cuatro décadas más tarde, Giménez Caballero intentó irónicamente distanciarse de su cooperación con los nazis. Cuenta una invitación privada en la casa de Goebbels, quien, sin embargo,

tenía poco tiempo para el invitado. El poeta, que tenía un buen conocimiento del alemán, había hablado con la esposa de Goebbels, Magda. Había propuesto un renacimiento del imperio germano-español de la época de los Habsburgo; para ello Hitler se casaría con la hermana del dictador Miguel Primo de Rivera. La supuesta respuesta es de Magda Goebbels: «Sería posible si Hitler no tuviera un balazo en un genital, de la primera guerra… que le ha invalidado para siempre… Imposible, gran amigo, imposible. ¡No habría continuidad de la estirpe!».[57]

En Weimar, el español había conocido a dos de los escritores con los que ahora se encontraba de nuevo en su viaje a Smolensk y Katyn: los belgas Ferdinand Vercnocke y Filip De Pillecyn. Vercnocke fue defensor de un nacionalsocialismo flamenco que se apoyaría en el Reich alemán; escribió una oda titulada «A Hitler en la Gran Alemania». De Pillecyn provenía del medio católico; veía la ocupación de Bélgica por los alemanes como una oportunidad para la cultura flamenca, que consideraba desfavorecida por los valones francófonos en Bélgica.[58] Un tercer belga participó en el viaje a Katyn, el valón Pierre Hubermont, perteneciente al Partido Laborista belga. Al principio, tenía grandes esperanzas en la Unión Soviética como un paraíso para los trabajadores. Pero en 1930 regresó completamente desilusionado de un congreso de «escritores del proletariado» en Jarkov. Pronto se entusiasmó con Hitler porque lo veía como el líder de un verdadero partido obrero.

Hubermont hizo extensas anotaciones del viaje a Katyn, pero nunca fueron publicadas. Según su relato, fue llevado primero a Berlín con sus dos colegas belgas, y allí vivieron una noche de bombardeos. En el hotel Kaiserhof conoció al expremier polaco Kozłowski, que también viajó a Katyn. El profesor de polaco se convirtió en su compañero de conversación más importante durante el viaje. Hablaron en francés. El polaco expresó el temor a que en los países occidentales no se captara en absoluto el carácter del régimen soviético: «¡Y esa es toda la desgracia! Tomais las preguntas de la vida y la muerte poco en serio!».[59]

Tras su regreso de Katyn a la Bruselas ocupada, los tres escritores belgas se reunieron en una conferencia de prensa, que tuvo una gran acogida en los periódicos bajo control alemán. Poco después, Vercnocke

escribió su informe de ocho páginas «Estuve en Katyn».[60] Hubermont escribió un folleto con un título idéntico en francés, que también era de ocho páginas. Presentó los resultados de la Comisión Médica, describió sus observaciones e hizo un balance: «Así como el régimen soviético exterminó a la nobleza, el clero y la burguesía en Rusia en medio de hecatombes, también mató a los líderes de la Polonia traicionada en la sangrienta aventura de Katyn».[61]

Los franceses en el Frente Oriental

Una delegación de la Francia ocupada también fue a Katyn. Incluía a los publicistas Fernand de Brinon y Robert Brasillach. El conde de Brinon, originalmente abogado, se había convertido en periodista y fue el primer representante de la prensa francesa en entrevistar a Hitler unas semanas antes de su nombramiento como canciller del Reich. Hitler había prometido a Francia y Alemania un equilibrio de intereses y también había encontrado palabras calurosas para su vecino oriental Polonia: «Es innegable que existe una nación polaca, y respeto su admirable patriotismo».[62] Tras la derrota de Francia en 1940, Brinon abogó por una estrecha cooperación con los alemanes, convirtiéndose en representante del gobierno de Vichy, con rango de secretario de Estado.

Brasillach, autor de dramas, novelas y poemas, deliraba sobre Mussolini y Franco. Fue redactor jefe de la revista nacionalista y antisemita *Je suis partout*, que abogaba por la deportación de los judíos. También había destacado como presidente de la Legión Voluntaria Francesa contra el bolchevismo, que reclutó soldados en Francia para su despliegue en el Frente Oriental, en la división Carlomagno de las SS. La inspección de estas unidades francesas fue el verdadero propósito del viaje de Brinon a los territorios ocupados de la Unión Soviética, durante el cual los representantes del gobierno de Vichy fueron acompañados por oficiales de la guarnición alemana en París.

Antes de su viaje a Katyn, Brasillach escribió: «En la primavera de 1940, cuando los soviéticos estaban oficialmente en paz con todo el universo, como propietarios de un pequeño pedazo de Polonia, mataron a

miles de oficiales polacos con un disparo en la nuca. Al mismo tiempo, otros oficiales polacos fueron puestos en libertad condicional en el Reich o seguían cautivos en virtud del derecho internacional. Eran prisioneros de guerra, lo cual no es gracioso, pero sobrevivieron». En caso de que la Unión Soviética ganara la guerra, profetizó un «Katyn» para la intelectualidad francesa, que entonces se quejaba de la ocupación alemana.[63]

En sus memorias, Brinon dedicó varias páginas al recorrido por la Rusia ocupada. En primer lugar, la delegación francesa viajó bajo el cuidado de una escolta alemana de primera clase, al igual que los generales. Pero a partir de Brest-Litovsk solo habría vagones de tercera clase, con bancos de madera dura. Describió sus impresiones: «La miseria de los agricultores rusos es asombrosa. Pandillas de niños se suben a los trenes para pedir limosna o intercambiar cosas. Cambian cigarrillos por huevos, dos huevos por seis cigarrillos».[64]

Las etapas individuales del viaje también se habían cubierto en vehículos todoterreno. La columna llevaba dos coches con ametralladoras montadas. Después de las conversaciones con generales alemanes, Brinon señaló que los ataques de los partisanos les causaron grandes problemas; además, hubo gran preocupación por el hecho de que los armamentos estadounidenses fueran entregados al Ejército Rojo.

La delegación fue llevada a Katyn a las cuatro y media de la mañana, cuando el aire estaba todavía fresco y no había bandadas de moscardones. De Brinon escribió en sus memorias: «La separación de los cuerpos va acompañada de ruidos que no se pueden olvidar. Se está extendiendo un hedor horrible, en mi opinión cualquier puesta en escena aquí está excluida y es absolutamente improbable… Me doy cuenta de que el frente está a solo 18 kilómetros y no puedo evitar pensar que los rusos deben de estar muy interesados en arrebatar esta base material para la propaganda de los alemanes».[65]

A su regreso de Rusia, Brasillach publicó un reportaje titulado «He visto las trincheras de Katyn». Su leitmotiv era el hedor en el bosque de Katyn: «Lo que salta en tu cara es el olor. El conductor alemán me había advertido: “No he podido comer en dos días”. La gente trabajando aquí fuma para cubrir ese olor asqueroso… Un olor masivo, un olor negro y agrio, el olor

inolvidable de un matadero. Como de un ser vivo, un animal que ha estado podrido en esta tierra durante mucho tiempo, que ya no devora cadáveres. Están ahí, apurados y apretados, y de ellos surge este olor que pudimos palpar, que pudimos tener en nuestras manos, tan pesado es. A veces el viento nos lo envía y queremos limpiarlo como si fuera pegajoso, una masa suave. Pero es solo el olor. Carne contaminada, como la carroña de un animal salvaje lleno de gusanos, el hedor bilioso de vaquerizas que no se han aireado durante mucho tiempo, vómitos, úlceras putrefactas, la fermentación de semillas se confunde con una mezcla amarga. Tal vez la comparación con el pescado estropeado sea la más apropiada. Como un enorme banco de peces muertos, con intestinos reventados, secreción purulenta, heridas verdes abiertas que formaron toxinas».

Brasillach hizo una comparación con pinturas del Juicio Final de la Edad Media. En pocas palabras, describió el trabajo de los trabajadores rusos: «Tienen que separar los cadáveres con horcas y tridentes, se oye un sonido como si se rasgaran papeles grasientos. Los indiferentes sepultureros caminan a través de la arena y llevan los cuerpos a todas partes. Los cogen con dos anzuelos, luego nos los tiran a los pies; son secos, ligeros, como un arenque seco». Brasillach rechazó enérgicamente la versión de que los alemanes pusieron documentos en los uniformes de los muertos: «¿Se puede haber realizado aquí una enorme y cruel mascarada en aras de la propaganda? Pero registraron los cuerpos ante nuestros ojos, es realmente imposible tenerlos preparados: la ropa está completamente pegada al cuerpo, había que quitársela con un cuchillo».

Por último, el escritor francés concluyó que no puede haber dudas sobre la culpabilidad de los soviéticos: «Han comprendido que los polacos odian el bolchevismo, y que este pueblo, que tan a menudo actuó con descuido y temeridad, con trágico cuidado, no ha olvidado la lección anticomunista de Piłsudski, y que más allá de Piłsudski, la historia polaca siempre ha sido antirrusa. Los soviéticos han sacado la conclusión lógica de esta observación: han decapitado a la élite polaca, al igual que han destruido a las élites de los pueblos bálticos». Según Brasillach, los polacos se habían convertido en víctimas de sus propios «líderes descuidados y de la barbarie bolchevique». Sin embargo, los bolcheviques no se habrían detenido en su

propia población: de 60.000 a 100.000 víctimas rusas probablemente también estarían en el bosque de Katyn.[66]

Más tarde Brasillach respondió a la objeción de que los alemanes habían cometido crímenes aún mayores: «¿Puede la barberie de unos excusar la barberie de otros?».[67] Junto con De Brinon, Brasillach informó sobre sus impresiones de Katyn en Radio París, dominada por los alemanes; un fragmento del programa está disponible en Internet. Poco después del viaje de Katyn, De Brinon llegó a Berlín, donde fue recibido por Goebbels. El ministro nazi anotó entonces en su diario: «Demasiado escritor y periodista para ser considerado para la política práctica».[68]

La prensa de la resistencia atacó a los miembros de la delegación francesa de Katyn, como ayudantes de Goebbels. El periódico *Je suis partout*, dirigido por Brasillach, fue descrito en un folleto como un órgano de la Gestapo en París. A él mismo se le dijo que esperaba el colapso del Reich alemán y que en este caso había preparado su huida a la España de Franco.[69]

Americanos e ingleses frente a las fosas comunes

El Ministerio de Propaganda de Goebbels descubrió que todos estos informes y comentarios sobre Katyn no tenían el menor efecto en la prensa de los Aliados Occidentales. Al contrario: Katyn fue constantemente representada como una campaña de propaganda alemana.

Del mismo modo se le negó el éxito a otra parte central de la campaña de Goebbels: el envío a Katyn de los oficiales prisioneros de guerra de los Aliados Occidentales. Primero, la Wehrmacht fue comisionada para llevar allí a tres generales británicos y uno estadounidense que habían caído en manos de los alemanes. Pero los cuatro se negaron sobre la base de la Convención de Ginebra sobre Prisioneros de Guerra. Finalmente, la elección recayó en un coronel británico llamado Frank Stevenson, un oficial de la reserva que había trabajado como profesor en una escuela en Sudáfrica antes de la guerra y que también había publicado dos volúmenes de poesía; así como en el teniente coronel estadounidense John H. Van Vliet, graduado de la Academia de Oficiales de West Point. Ambos habían

sido capturados en los combates de sus unidades contra el Africa Korps alemán. Van Vliet contó más tarde que Stevenson estaba particularmente interesado en los fenómenos sobrenaturales.[70]

Se añadieron otros dos oficiales: el capitán de artillería estadounidense Donald B. Stewart y el médico militar británico Stanley Gilder, que disponía de conocimientos básicos de ruso. El grupo de ocho hombres también incluía a tres soldados ordinarios y a un civil inglés que había sido arrestado por los alemanes en la isla de Guernsey, en el Canal de la Mancha. Las Islas Anglonormandas eran el único territorio británico bajo control alemán. Algunos de los ingleses nativos fueron deportados al Reich después de que los británicos internaran a los alemanes que vivían en Irán.[71]

A su llegada a Berlín, los oficiales aliados declararon que aceptarían la invitación solo como personas privadas. También se negaron a dar su palabra de honor de que no intentarían escapar.[72] Comprendieron que debían formar parte de una campaña de propaganda, pero no querían perder la oportunidad de hacerse una idea de la situación. También esperaban ser llevados a España o Portugal, para viajar desde allí a sus países de origen.[73]

En Smolensk, los oficiales aliados visitaron el centro de la ciudad, parcialmente destruido. Comieron junto con oficiales alemanes, que hablaban inglés, en un restaurante requisado por la Wehrmacht. El médico militar británico Gilder escribió más tarde sobre ellos: «Los alemanes eran tan encantadores como solo pueden serlo los alemanes cuando se les ordenó que fueran encantadores».[74] Después de la cena, un cantante tocó canciones de Broadway y se acompañó al piano. Nadie en el pequeño grupo bebió el licor que les ofrecieron.[75]

A los oficiales americanos y británicos también se les permitió moverse libremente por el cementerio. Se les pidió que eligieran a uno de los cuerpos de una fosa común que aún no hubiera sido exhumado para hacerle una autopsia. El capitán Stewart contó más tarde el trabajo de los forenses: «Empezaron por quitarle las botas. Dijeron que siempre abrían las botas porque algunos prisioneros habían cosido cosas en ellas. Así que sacaron una bota, el pie se atascó en ella, solo salieron los huesos de la pierna».

Como informaron unánimemente los testigos estadounidenses y británicos, antes de llegar a Katyn, todos estaban convencidos de que se trataba de un intento de los alemanes de ocultar su propio crimen. Pero luego hicieron una observación que les hizo cambiar de opinión: los uniformes y las botas de los polacos asesinados estaban en buenas condiciones. Stewart informó más tarde: «Después de examinar los uniformes, llegamos a la conclusión de que estos oficiales no podían haber sido prisioneros durante mucho tiempo antes de su muerte… Las botas apenas estaban usadas, apenas mostraban signos de desgaste». Como prisioneros de guerra, los miembros del grupo habían experimentado por sí mismos lo rápido que se gastaban los uniformes que se tenían que usar día tras día, ya que no había sustituto para ellos.[76]

De regreso a Smolensk, los estadounidenses y británicos visitaron una granja modelo alemana, una «aldea mejorada» según los planes alemanes y una granja colectiva en ruinas como elemento disuasorio. Los oficiales se quedaron una semana más en Berlín, incluso se les permitió caminar varias veces en un parque bajo vigilancia. Los funcionarios de propaganda de Goebbels intentaron en vano persuadirlos de que hicieran declaraciones para la prensa y la radio.[77]

Las cosas estaban bastante claras al respecto. El opositor hitleriano Gersdorff, que habló con casi todos los visitantes extranjeros, hizo balance más tarde: «No conocí a nadie que no estuviera convencido de la culpabilidad soviética en este crimen».[78]

Pero ni el público estadounidense ni el británico se enteraron de que muchos visitantes extranjeros, incluido un grupo de sus propios oficiales, estaba en Katyn. Stevenson fue finalmente llevado a Portugal, como él esperaba, y a la embajada británica allí… pero en la primavera de 1945.[79]

Los otros participantes del viaje de los oficiales a Katyn, sin embargo, permanecieron en sus campamentos en el Reich alemán hasta el final de la guerra. Van Vliet informó más tarde que había dirigido varios intentos de fuga de su Oflag. Se cavó un túnel y se suponía que los aviones estadounidenses acogerían a los oficiales que escapaban. Pero todos los intentos de fuga fracasaron. Van Vliet fue liberado en mayo de 1945, con la capitulación alemana.[80]

9. AISLAMIENTO DE LOS POLACOS EN EL EXILIO

Poco después de la ruptura entre el Kremlin y el gobierno polaco en el exilio, el enviado especial estadounidense Joseph E. Davies llegó a Moscú en misión secreta. Davies había sido uno de los mejores amigos de Roosevelt durante tres décadas. Su misión era tan delicada que ni siquiera la embajada de Estados Unidos, y mucho menos los aliados británicos, la conocían.[1] Fue en mayo de 1943, cuando la campaña alemana sobre Katyn alcanzaba su punto álgido. El propio Roosevelt nunca expresó públicamente su posición al respecto, Davies lo hizo por él: antes de su partida a Moscú, declaró que no podía haber dudas sobre la responsabilidad alemana en Katyn.[2] Por lo tanto, dio al Kremlin una señal importante: no se esperaban problemas de la Casa Blanca en este caso.

Davies iba a proponer a Stalin una reunión con Roosevelt en un círculo muy reducido: solo los dos jefes de Estado, que aún no se habían reunido, intérpretes y secretarios, sin consejeros ni ministros. La reunión podría tener lugar en un sitio al oeste o al este del estrecho de Bering, es decir, en el extremo oriental de la Unión Soviética o en Alaska. África estaba fuera de discusión debido al caluroso verano. También lo estaba Islandia, el país más cercano a ambos. No quería invitar a Churchill, Roosevelt quería encontrarse solo con Stalin; obviamente no estaba satisfecho con que el primer ministro británico desconfiara del líder soviético.[3]

El embajador especial Davies fue un gran admirador de Stalin, al igual que muchos liberales de izquierdas en el período entre las dos guerras mundiales. Comenzó su carrera como joven abogado en la dirección de la Comisión Federal de Comercio, una entidad que pretendía aplastar los

grandes monopolios comerciales para proteger a los consumidores. Sin embargo, Davies fue acusado de favorecer el fortalecimiento y no el debilitamiento de las grandes corporaciones.[4] En cualquier caso, en su puesto hizo muchos contactos con la élite económica, y como abogado representó repetidamente a grandes corporaciones, y de esta manera ganó millones de dólares. Como confidente de Roosevelt, fue embajador de Estados Unidos en Moscú de 1936 a 1938 y por eso conocía a Stalin.

Davies envió informes entusiastas a Washington sobre la industrialización y el sistema legal en la Unión Soviética, asuntos de los cuales él tenía impresiones personales: estuvo sentado en la tribuna de visitantes distinguidos en uno de los simulacros de procesos y fue testigo de cómo el fiscal general Andréi Vyshinski, que más tarde se convirtió en ministro de Relaciones Exteriores, ultrajó e insultó a los acusados. Davies, que no hablaba ruso, declaró entonces que el juicio se había llevado a cabo de acuerdo con los mejores principios del Estado de derecho y que los acusados merecían la pena de muerte porque habían formado una quinta columna para favorecer a la Alemania de Hitler.[5]

A su regreso a Estados Unidos, Davies escribió un libro entusiasta sobre sus experiencias como embajador, publicado en 1941 bajo el título *Misión en Moscú* . Recibió excelentes críticas y vendió 700.000 ejemplares. En él reiteró sus elogios a los simulacros de procesos de Moscú: hacia el fiscal general soviético Vyshinski, personalidad «tranquila, apasionada, intelectual, capaz y sabia», como abogado sentía «respeto y admiración». Davies también consideró plausibles las razones del veredicto: los acusados habían confesado su gran culpa, a saber, alta traición y espionaje para una potencia extranjera. El mariscal Tujachevski había sido condenado a muerte por traición con razón, se había vuelto fatal porque era demasiado hablador con una mujer que presumiblemente era una espía alemana.

Davies escribió sobre Stalin: «Su ojo marrón es extremadamente sabio y gentil. A un niño le gustaría sentarse en su regazo y un perro se le acercaría».

Davies también elogió a otros miembros de la cúpula de Moscú: Mólotov estaba lleno de sabiduría, y al jefe del ejército, Voroshilov, a quien sus contemporáneos caracterizaban como primitivo y violento, lo describió

como un «poder intelectual»; al armenio Mikoyan, que en el Politburó supervisó las farsas judiciales, le llamó georgiano.[6] En muchas ocasiones, Davies también defendió el pacto Ribbentrop-Mólotov, la anexión del este de Polonia por la Unión Soviética y el ataque del Ejército Rojo de 1940 contra Finlandia. Se encargó enérgicamente de que los críticos de Stalin fueran retirados del Departamento de Estado.[7]

Un año después de su publicación, el libro se convirtió en película en Hollywood, con el subtítulo «El viaje de un americano hacia la verdad». Fue subvencionada por el estado por orden de Roosevelt. Famosos actores desempeñaron los papeles principales, Stalin fue retratado como un presidente estricto, pero justo y sabio, sobre todo amado por su pueblo, de un país completamente democrático en el que las diferencias sociales fueron superadas en gran medida. Roosevelt felicitó a Davies por este éxito.[8] La película tuvo una nominación al Oscar por el mejor diseño interior de una película en blanco y negro, pero no consiguió el galardón.

Roosevelt y Davies no estaban solos en su entusiasmo por Stalin y el desarrollo de la Unión Soviética, esto más bien correspondía a un estado de ánimo bastante generalizado en Estados Unidos. Después de la derrota alemana en Stalingrado, la revista *Life* publicó un número especial sobre el aliado de guerra, la Unión Soviética, con Stalin en la portada y del revolucionario Lenin dijo que era «quizás el hombre más grande de los tiempos modernos». Uno de los artículos decía que el NKVD era una «policía nacional similar al FBI».[9] También los grandes diarios, especialmente el *New York Times*, estaban llenos de alabanzas a Stalin.

En mayo de 1943, Davies llevó una copia de la película recién terminada sobre su *Misión en Moscú* a la cena en el Kremlin, que Stalin ofreció en su honor. Luego se proyectó allí. Los diplomáticos estadounidenses señalaron que los anfitriones habían visto la película de dos horas «con una curiosidad hosca».[10] Por lo demás, la misión secreta de Davies no alcanzó su propósito: la reunión entre Stalin y Roosevelt no tuvo lugar. Pero la visita del estadounidense al Kremlin fue una señal importante para Stalin: comprendió que Roosevelt no tenía ninguna simpatía especial por Churchill y no quería ir en la misma dirección políticamente.

Stalin también fue muy apreciado en Gran Bretaña en 1943, después de la victoria de Stalingrado, y fue mucho más popular que Roosevelt. Churchill, sin embargo, no se dejó llevar por esta ola de entusiasmo; se mantuvo profundamente escéptico con respecto al autócrata soviético. Un informe de sir Owen O'Malley sobre la masacre de Katyn había contribuido a ello. O'Malley fue el embajador británico ante el gobierno polaco en el exilio en Londres, y estudió muy cuidadosamente todos los materiales sobre Katyn. Su conclusión fue clara: los autores de la masacre se encontraban entre los rusos y no entre los alemanes.[11]

Las actas del Foreign Office muestran que Churchill también se inclinó por la versión de la culpabilidad soviética. Internamente, habló de las «tumbas de tres años». Pero el informe de O'Malley fue clasificado como secreto: solo los miembros del gabinete y el rey Jorge VI recibieron una copia cada uno.[12] Churchill también lo envió a Roosevelt, y en su carta de acompañamiento hizo un comentario ambiguo: «Se trata de una historia horrible, muy bien escrita, quizás demasiado bien escrita».[13]

En público, Eden calificó repetidamente los informes alemanes sobre Katyn de campaña de propaganda nazi, dando así a la prensa británica la impresión de que consideraba que la versión de Moscú era correcta. Goebbels también lo entendió así; escribió en su diario: «Eden está haciendo un intento casi grotesco de culparnos por Katyn».[14]

O'Malley vio el dilema del liderazgo británico, que quería evitar una ruptura con Stalin. Pero planteó la cuestión de si el comportamiento de Londres con Katyn era moralmente justificable, especialmente frente a los polacos, por cuya libertad los británicos habían ido a la guerra. En su informe escribió: «Nos hemos visto obligados a aparentar, a distorsionar el funcionamiento normal y saludable de los juicios intelectuales y morales; nos hemos visto obligados a dar una importancia indebida a la falta de tacto o impulsividad de los polacos, a impedir que los polacos expongan claramente su caso ante el público, a desalentar cualquier intento por parte del público y de la prensa de sondear la fea historia hasta el fondo… De hecho, hemos usado el buen nombre de Inglaterra como los asesinos usaron las pequeñas coníferas para encubrir una masacre».[15]

Teorías de conspiración sobre la muerte de Sikorski

Churchill no le indicó de ninguna manera a Sikorski que estaba más inclinado a sus puntos de vista sobre Katyn. Por el contrario, trató de presionar a la prensa polaca del exilio, que acusó abiertamente a la dirección soviética del crimen de Katyn. Porque esto es exactamente lo que había prometido tanto a Stalin como a Roosevelt en un mensaje secreto.[16]

Pero Churchill no pudo hacer lo anunciado. Aunque la guerra restringió la libertad de prensa, el gobierno distaba mucho de poder manejar una censura total. El primer ministro, además, también quería evitar una confrontación abierta con el gobierno polaco en el exilio. Por un lado, estaba bien informado de los méritos de los pilotos polacos que luchaban en la RAF contra los alemanes. Por otra parte, no quería debilitar a Sikorski, que ya había sido acusado por otros miembros del gabinete en el exilio de ser demasiado dócil, no solo con Londres, sino, sobre todo, con Moscú.

Desde hacía mucho tiempo, Eden y Churchill habían entendido que Stalin no devolvería los territorios orientales polacos anexados por la Unión Soviética en octubre de 1939. Ambos simpatizaban con la opinión de Stalin de que las reclamaciones de áreas en las que los polacos habían constituido solo una pequeña parte de la población, como las realizadas por el ministro de asuntos exteriores George Curzon casi un cuarto de siglo antes, eran dudosas. Entre todos los políticos polacos en el exilio, Churchill creía que solo Sikorski tenía el poder de hacer concesiones en este conflicto.

La prensa británica estaba dividida en su posición respecto a los polacos de Londres. Los periódicos católicos, que también habían informado repetidamente sobre las persecuciones de los cristianos por los bolcheviques en la Rusia soviética, los apoyaban sin reservas, defendían las demandas polacas de fronteras de antes de la guerra y exigían información sobre Katyn. Pero la mayoría de los periódicos nacionales, de izquierda a derecha, eran tradicionalmente críticos con los polacos.

Los comentaristas acusaron al gobierno en el exilio de poner en peligro la alianza contra Hitler por sus demandas de fronteras de antes de la guerra. Goebbels escribió en su diario: «Los polacos están siendo regañados como si fueran parte del campo enemigo».[17] El *Times* llegó incluso a elogiar a

Stalin como garante del futuro orden de paz en Europa central y oriental, por lo que la Unión Soviética debería tener una zona de influencia allí. El periódico justificó su posición con la afirmación de Stalin de que quería una «Polonia fuerte e independiente después de la guerra».

La prensa de izquierda, que tradicionalmente informaba positivamente sobre el «paraíso de los trabajadores» de la Unión Soviética, pidió al gobierno que dejara de poner papel a disposición de los polacos exiliados para sus periódicos. Los principales sindicalistas describieron las demandas polacas para una investigación de las tumbas de Katyn como un intento de llevar a cabo una «propaganda fascista» en Gran Bretaña. El Ministerio de Asuntos Exteriores recibió numerosos telegramas y cartas, cuyos autores exigieron que se privara a aquellos polacos de asilo y de todo apoyo material.[18]

George Orwell fue uno de los pocos publicistas que se opuso a los ataques contra los polacos de Londres. Se veía a sí mismo como un izquierdista y criticaba duramente a la izquierda británica por hacer la vista gorda ante las evidentes deficiencias y crímenes del régimen de Stalin. Vio muy claramente que Polonia se había convertido en víctima de la agresión soviética.[19]

Los polacos en Londres se encontraron en una situación casi desesperada después del 4 de julio de 1943. Esa misma noche su primer ministro y comandante en jefe Władysław Sikorski murió en un accidente aéreo. Sikorski había inspeccionado las tropas polacas bajo el mando de Anders en Oriente Medio, y en su regreso de El Cairo el bombardero Liberator que la Fuerza Aérea Británica había puesto a su disposición hizo escala en Gibraltar. A las 23.06, el avión salió rumbo a Londres, pero solo 16 segundos después del despegue se estrelló contra el mar. Las dieciséis personas que se encontraban en la cabina de pasajeros murieron, aunque no se encontraron cinco cadáveres. Solo el piloto, un checo exiliado, pudo salvarse.

Es cierto que el gobierno británico publicó una investigación de la marina, según la cual había sido un accidente: el timón de profundidad se había bloqueado. Desde entonces, sin embargo, han surgido muchas teorías de conspiración sobre la muerte de Sikorski. En esencia, se identificaron

tres posibles grupos de conspiradores que tenían un motivo para eliminar a Sikorski. Incluso una exhumación y un examen de los restos mortales en 2008 no aclararon nada, los expertos forenses simplemente confirmaron que Sikorski no había muerto a golpes ni a tiros. Las hipótesis del asesinato, sin embargo, asume que se ahogó porque el agua pudo penetrar demasiado rápido en la cabina de pasajeros.

Según la «hipótesis británica», Churchill veía al primer ministro Sikorski como un factor de riesgo, porque el gobierno en el exilio habría puesto en peligro la alianza con la Unión Soviética al exigir que se investigara el crimen de Katyn. Sin embargo, en contra de esta versión, se argumenta que Churchill consideraba que Sikorski era el único político entre los polacos exiliados dispuesto a hacer concesiones. Tampoco encaja con la tesis de una conspiración de Londres la circunstancia de que entre los pasajeros hubiera altos cargos británicos. Sin embargo, los archivos permanecerán bajo llave hasta 2041.

La «hipótesis soviética» señala como autores a los servicios secretos de Stalin. Habrían manipulado la aeronave o persuadido al piloto para que hiciera un aterrizaje de emergencia en el mar. El hecho de que hubiera despegado con un chaleco salvavidas, contrario a su costumbre, habla a favor de un falso accidente. Se supone que el NKVD lo chantajeó o sobornó. El día de la escala de Sikorski, el embajador soviético Ivan Maiski también había hecho una parada en Gibraltar, y su escolta probablemente incluía agentes. Además, el doble agente británico Kim Philby estaba en el Peñón, espiando para Moscú y supervisando cada paso del primer ministro polaco.

Finalmente, la «hipótesis polaca» se refiere a los numerosos enemigos que Sikorski había hecho entre los polacos exiliados. Entre ellos se encontraban los partidarios de Piłsudski, a quienes él había retirado de todos los cargos importantes, y los inflexibles defensores de las fronteras de la preguerra, que acusaban a Sikorski de liderazgo débil y sometimiento a Churchill y Stalin.

Churchill participó en el funeral por Sikorski en la catedral de Westminster. Su sucesor como jefe del Gobierno en el exilio fue el exparlamentario Stanisław Mikołajczyk, del Partido Campesino. Antes de la

guerra, solo apareció ante el país cuando organizó una huelga campesina con bloqueos de carreteras en 1937, pero después de diez días el ejército y la policía la sofocaron sangrientamente. Se le consideraba un político de peso ligero y no tenía contactos internacionales. Tardó cinco meses en conseguir una cita para su visita inaugural a Roosevelt en Washington.

La resistencia alemana y fotos de Katyn

La oposición alemana a Hitler también quería ponerse en contacto con la Casa Blanca, y Katyn desempeñó un papel en este propósito. Al menos esto es lo que la princesa rusa María Vasilchíkova, que vivía en Berlín en esa época, escribió en su diario, que apareció medio siglo después. María Vasilchíkova era amiga de la familia de Gersdorff; fue alojada en su casa de Berlín cuando su propio apartamento fue bombardeado. La exiliada, de veintitrés años, cuya familia había huido de los bolcheviques, trabajó primero para la radio alemana y luego para el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Su superior era Adam von Trott que pertenecía en secreto a la oposición de Hitler. Desde sus estudios en Oxford y una estancia más larga en Estados Unidos, Trott mantenía muchos contactos con británicos y americanos. En el verano de 1939, Trott había viajado a Londres para informar a importantes políticos británicos sobre los preparativos de guerra alemanes. Pero encontró tan poca atención como el abogado Fabian von Schlabrendorff, que también había viajado a Londres al mismo tiempo con la misma preocupación.[20]

Según el testimonio de la emigrante rusa, las fotos de las fosas comunes de Katyn iban a llegar a Washington a través de intermediarios, y en su diario del 24 de octubre de 1943 decía: «Tarea urgente: traducir las inscripciones de un gran número de fotos de los restos de unos 4.000 oficiales polacos a los que los soviéticos dispararon. Fueron descubiertos esta primavera en el bosque de Katyn, cerca de Smolensk. La mente se aturde». En el plazo de una semana las imágenes deberían estar «en el escritorio del presidente Roosevelt», escribió.

Según el diario de la princesa, las fotos debían ser enviadas primero a Franz von Papen, el embajador alemán en Turquía. Papen, un católico conservador, fue el penúltimo canciller del Reich antes de que los nacionalsocialistas tomaran el poder en 1933. Él había apoyado el nombramiento de Hitler como canciller porque estaba convencido de que el aparato de gobierno conservador podía controlarlo y civilizarlo. Pero rechazó la política de violencia de Hitler y también se enemistó con el ministro de Asuntos Exteriores Ribbentrop. En Ankara, en 1942, había escapado por poco de un ataque de la NKVD.

Trott viajó desde Berlín para ganarse a Papen como enlace permanente con los opuestos a Hitler en Berlín.[21] Los opositores sabían que Papen se había reunido en Estambul con el diplomático estadounidense George H. Earle, que era un viejo amigo de Roosevelt y tenía acceso directo a él.[22]

Earle era el enviado especial de la Casa Blanca a los Balcanes. Era el hijo de un rico comerciante de azúcar de Filadelfia. En la Primera Guerra Mundial había sido capitán de un cazasubmarinos. Era dueño de un avión privado y se le consideraba un mujeriego. En los años anteriores a la guerra, había sido gobernador de Pensilvania, un peso pesado político, y había apoyado a Roosevelt. Adquirió experiencia diplomática en la embajada de Estados Unidos en Austria y en los primeros años de la guerra como enviado de Washington en Sofía, la capital búlgara. Allí había causado un pequeño escándalo porque había estrellado una botella de champán en la cabeza de un funcionario nazi, en un bar, durante una discusión con él.[23]

En Estambul, que en ese momento era un nido de agentes y espías, era oficialmente un agregado naval. Pero su principal tarea en la Segunda Guerra Mundial fue mantener el contacto con los opuestos a Hitler en los Balcanes. Él mismo describió su tarea como de «agente encubierto».[24]

En la primavera de 1943 recibió una visita no anunciada en su hotel. Para gran sorpresa de Earle, el visitante, que hablaba muy bien inglés, se presentó como el almirante Wilhelm Canaris, jefe de la Abwehr, del Servicio Secreto Militar de los alemanes. Canaris había informado de que un grupo de oficiales de la Wehrmacht quería matar a Hitler. Después de que los conspiradores tomaran el poder, las unidades alemanas en Occidente debían rendirse a los americanos y a los británicos, pero al mismo tiempo

debía mantenerse el Frente Oriental, porque el bolchevismo era el verdadero enemigo de la civilización occidental. Earle debería preguntar a Roosevelt si Estados Unidos quería apoyar a la resistencia alemana en estos planes y, sobre todo, si la Casa Blanca podría así alejarse de una rendición incondicional del Reich alemán como objetivo de guerra. Churchill y Roosevelt habían anunciado este objetivo en la Conferencia de Casablanca en enero de 1943, cuando Earle formaba parte de la delegación estadounidense. Según el informe de Earle, Canaris se despidió con el anuncio de que volvería a ponerse en contacto con él en dos meses.

Como el político, diplomático y oficial estadounidense contó más tarde, inmediatamente envió un informe secreto directamente a Roosevelt. Pero Earle no obtuvo una respuesta. Obviamente, la Casa Blanca quería atenerse al acuerdo de Casablanca y de ninguna manera hacer una paz separada con los alemanes después de la caída o muerte de Hitler. Cuando Canaris llamó a Earle a Estambul dos meses después, como estaba previsto, Earle tuvo que decirle que la Casa Blanca no había respondido.

Canaris no estaba satisfecho con la decisión de Earle: con la ayuda del compañero en la conspiración Adam von Trott, del Ministerio de Asuntos Exteriores, logró establecer contacto con el jefe del servicio secreto estadounidense OSS, el general William J. Donovan. Este era un católico conservador de ascendencia irlandesa. En la Primera Guerra Mundial había recibido altas condecoraciones por su valentía como jefe de un regimiento. Donovan disfrutaba de la confianza de Roosevelt, quien lo había enviado a Churchill en el verano de 1940 para hablar de la ayuda militar clandestina de Estados Unidos, oficialmente neutrales, al Reino Unido.[25] Trott había conocido a Donovan tres años antes, cuando pasó varios meses en Estados Unidos por motivos de estudio. Los dos se reunieron de nuevo en 1941, cuando Washington todavía no era oficialmente beligerante.[26]

Antiguos agentes de la Abwehr informaron muchos años después de la guerra que Canaris se había reunido con Donovan una vez en 1943 para hablar de la misma preocupación con él: la Casa Blanca debería indicar que aceptaría un alto el fuego en el Frente Occidental si los oponentes a Hitler lo liquidaban. En este caso, la Wehrmacht abandonaría inmediatamente los territorios ocupados de Europa occidental. Según los informes, la reunión se

realizó en circunstancias estrictamente conspirativas en la ciudad española de Santander.[27] Canaris también hablaba muy bien español, pues fue agente alemán en España durante la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, hasta ahora no se han encontrado documentos en los archivos americanos y españoles que confirmen este encuentro entre los dos jefes de los servicios secretos. Más tarde, Donovan jugó un papel central en las controversias de Katyn.

Otros contactos entre los enemigos internos de Hitler y la OSS tuvieron lugar a través de Estambul. El embajador von Papen apeló a sus contactos estadounidenses para que la resistencia alemana tuviera la certeza absoluta de que Washington ya no insistiría en la rendición incondicional de Hitler en caso de que perdiera el poder.[28] El enviado especial George H. Earle, disfrazado de agregado naval, también continuó sus esfuerzos para establecer vínculos entre los oponentes alemanes a Hitler y Washington. Mientras tanto, había recibido los informes sobre Katyn de dos miembros de la Comisión Médica Internacional, el rumano Alexandru Birkle y el búlgaro Marko Markov. Uno y otro no dejaron ninguna duda respecto a la autoría soviética. Earle envió mensajes sobre estas informaciones a la Casa Blanca.

Obviamente, los opuestos a Hitler en Berlín se enteraron de que Earle estaba bien informado sobre Katyn. Esta fue la razón por la que el grupo de Trott quiso enviarle las fotos de aquel lugar, cuya descripción había sido traducida por María Vasilchíkova al embajador von Papen. Las imágenes tenían por objeto convencer a Roosevelt de que Stalin, a quien tanto cortejaba, también estaba a la cabeza de un régimen asesino.

Sin embargo, Rudolf-Christoph von Gersdorff, que obtuvo las imágenes, no mencionó a María Vasilchíkova en sus memorias. Franz von Papen escribió más tarde sobre los intentos de Earle de convencer a Roosevelt de que los oponentes alemanes a Hitler deberían ser apoyados, pero no sobre las fotografías de Katyn. Earle dijo más tarde que había enviado tales fotos a Roosevelt, que las había recibido de emigrantes rusos.[29]

Informaciones sobre Katyn también llegaron a Washington de una fuente completamente distinta, y sorprendente: en agosto de 1943, una carta

anónima escrita en ruso había llegado a la oficina del jefe del FBI, J. Edgar Hoover. El autor enumeró los nombres de los diplomáticos de las misiones soviéticas en Washington, Nueva York y San Francisco, que en realidad eran oficiales del NKVD, también dio los nombres de sus contactos americanos. La carta revelaba además algunas cosas internas: «Zubilin y Mironov se odian». La carta continuaba diciendo sobre los dos: «En las estructuras del NKVD dirigieron la ocupación de Polonia. Zubilin interrogó y ejecutó a polacos en Kozelsk y Mironov en Starobelsk. Todos los polacos que se salvaron conocieron a estos carniceros cara a cara. Los 10.000 polacos asesinados cerca de Molensk (*sic*) son trabajo de ellos». Al parecer, la carta se había escrito a toda prisa en una máquina de escribir. Contenía muchos errores tipográficos, «Molensk» era sin duda Smolensk.

El escritor de la carta también dio los nombres reales de los dos oficiales del NKVD: Mironov se llamaba Vasili Markov, Zubilin era el nombre falso del coronel del NKVD Zarubin. Este último era un espía para los alemanes y los japoneses, decía la carta.[30] Fue Vasili Zarubin quien dirigió el interrogatorio de los prisioneros polacos en el campo de Kozelsk, a los que fusilaron un poco más tarde en Katyn. Antes de ser enviado a Washington como agente, fue Stalin quien le explicó personalmente su tarea más importante: hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurar que no hubiera acercamiento entre Estados Unidos y el Tercer Reich y que no hubiese paz separada en Occidente. Al mismo tiempo, Zarubin iba a ganar informantes en la industria armamentista americana, especialmente en el proyecto de la bomba nuclear.[31]

El FBI ya estaba observando a Zarubin en ese momento, puesto que mantenía contactos con comunistas estadounidenses y aparentemente también los financiaba. Al principio, el FBI opinaba que la carta anónima era un rastro falso colocado deliberadamente.[32] Finalmente, Hoover escribió un informe para la Casa Blanca. El NKVD se enteró de ello a través de sus informantes en la administración Roosevelt. Zarubin consideró que tendría que dejar el país porque ahora era un espía expuesto.[33]

Pero la Casa Blanca se limitó a informar a la embajada soviética en Washington de que uno de sus miembros fue desenmascarado como agente.

Las autoridades estadounidenses no se interesaron por la referencia a Katyn que había en la carta. Ante esta reacción, Zarubin se quedó en el país y siguió ampliando su red de informantes en la industria bélica.[34]

El ascenso de Berling

Mientras los espías del Kremlin en Washington sentían una presión creciente, Stalin estableció una nueva cúpula para Polonia, ordenando la formación de la Asociación de Patriotas Polacos (ZPP). Zygmunt Berling, que había dejado el ejército de Anders unos meses antes sin permiso, fue nombrado miembro del presidium. Este último había expresado su voluntad de encabezar las tropas polacas bajo el mando soviético. Inmediatamente después de la ruptura con los polacos de Londres, en mayo de 1943, Stalin ordenó el establecimiento de la primera división de infantería polaca bajo el mando de Berling, que había sido ascendido a general de brigada. La mayoría de los soldados habían sido reclutados previamente en el Ejército Rojo.

En octubre de 1943, la nueva división se enfrentó a su primera prueba: integrada en las tropas soviéticas, debía atravesar una línea de defensa alemana a unos 80 kilómetros al suroeste de Smolensk. Pero la Wehrmacht rechazó a los atacantes soviéticos y polacos. La división de Berling sufrió pérdidas considerables, unos 1.600 hombres, una cuarta parte de su personal.

Los funcionarios comunistas de la Asociación de Patriotas Polacos supervisaron la expansión de las fuerzas armadas: en pocos meses sumó más de 100.000 hombres. En otoño de 1943, Wojciech Jaruzelski, futuro jefe del gobierno polaco, de veinte años de edad, se unió a las fuerzas armadas. Al comienzo de la guerra había sido deportado a Siberia con sus familiares, su padre murió de agotamiento allí. Como Jaruzelski consiguió solamente resultados moderados en el curso de formación de oficiales, solo fue ascendido a alférez.

El gobierno polaco en Londres observó muy atentamente la formación de tropas polacas en la Unión Soviética. El nuevo primer ministro Mikołajczyk tomó medidas para reanudar las relaciones diplomáticas rotas

con Moscú. Por esta razón, ordenó al movimiento clandestino AK en la Polonia ocupada que no luchara contra el Ejército Rojo si este se adentraba en territorio polaco. También se ordenó a los oficiales del ejército de Anders en Oriente Medio que no hablaran negativamente de la Unión Soviética.[35] Stalin, sin embargo, ignoró todos los esfuerzos de Mikołajczyk.

Los polacos de Londres también tuvieron que tomar nota de otros acontecimientos desfavorables en Occidente. En sus informes a la Casa Blanca, el enviado especial Davies y otros asesores de Roosevelt los describieron como reaccionarios y rusófobos. En consecuencia, se ordenó a la Oficina de Información de Guerra (OWI) y el servicio secreto OSS que los ignoraran. Las autoridades no tomaron ninguna medida para corregir una campaña de las organizaciones comunistas de Estados Unidos contra «el gobierno fascista polaco en Londres».[36]

Sobre todo, el *New York Times* propagó la versión soviética de la autoría alemana en Katyn. Un exprisionero del campo de concentración de Sachsenhausen llamado Victor von Tohathy, que, según sus propias declaraciones, había pertenecido a las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil española, fue citado como testigo. Informó de que había sido puesto en libertad porque la marina mercante alemana necesitaba personal. Había sido uno de los marineros de un carguero alemán hundido por la marina de Estados Unidos frente a las costas de Ecuador. Según el *New York Times*, Tohathy testificó que había hablado con prisioneros rusos en el campo de concentración de Sachsenhausen. Habían declarado que enterraron a 10.000 oficiales polacos fusilados por los alemanes en el bosque de Katyn. También fue testigo de cómo los guardias de las SS golpearon hasta la muerte al hijo del canciller austríaco Kurt Schuschnigg.[37]

La historia del asesinato del hijo de Schuschnigg, un oponente de Hitler, conmovió al público de Estados Unidos. Solo después de la guerra los estadounidenses se enteraron de que la historia era falsa. El padre y el hijo Schuschnigg habían sobrevivido al campo de concentración. Tohathy era un activista de la Internacional Comunista, y probablemente difundió esa historia de Katyn en nombre de Moscú.

Cuando Mikołajcyzk se enteró de que Churchill, Roosevelt y Stalin querían reunirse por primera vez en noviembre de 1943 en Teherán, para

negociar el orden de la posguerra, pidió reunirse con el primer ministro británico. Pero no consiguió una cita.[38]

En Teherán, los líderes occidentales no querían poner en peligro la alianza con Moscú bajo ninguna circunstancia: Churchill seguía temiendo que Stalin pudiera pactar un alto el fuego con los alemanes. Para mantenerlo contento, la delegación británica ofreció a Stalin un regalo del rey Jorge VI: un sable con un mango de oro. Roosevelt esperaba ayuda en la guerra contra los japoneses.

Churchill promovió la reanudación de las relaciones diplomáticas entre el Kremlin y el gobierno polaco en el exilio y subrayó que Gran Bretaña había ido a la guerra debido al ataque de Hitler contra Polonia. Pero Stalin le contradijo bruscamente. Según el protocolo del Foreign Office, publicado sesenta años después, repitió las sentencias que el aparato propagandístico de Moscú ya había difundido muchas veces: «Los polacos unieron fuerzas con Hitler en su calumniosa propaganda contra Rusia».

De repente, Stalin exigió el reconocimiento de la incorporación de Polonia oriental en la Unión Soviética. El ministro británico Eden preguntó sin ambages: «¿Se refiere a la línea Mólotov-Ribbentrop?». Stalin respondió airado: «¡Llámelo como quiera!». Para calmar la situación, Churchill declaró que el gobierno británico entendía las exigencias territoriales de Moscú. Pero el Reino Unido quería una Polonia fuerte e independiente, que por supuesto fuera amistosa con la Unión Soviética.

Churchill propuso el traslado de las fronteras de Polonia del este al oeste en detrimento del Reich alemán, para que Stalin conservara el territorio que le había sido concedido por el acuerdo secreto adicional al Pacto Ribbentrop-Mólotov. Polonia debía ser compensada por los territorios perdidos con Prusia oriental, Pomerania y Silesia. Dos millones de polacos de los territorios anexionados por Moscú iban a ser transladados en los territorios orientales alemanes, que en el futuro pertenecerían a Polonia. Churchill ilustró su plan con tres fósforos: movió el de la derecha hacia la extrema izquierda, de este a oeste. Añadió que los polacos podrían estar bastante satisfechos con las superficies que se les concedían si se comparaban con el territorio que habían cedido: «El valor de este país es mucho mayor que las marismas del río Prípiat».[39] En el banquete Stalin

habló de Katyn, informó sobre los documentos supuestamente encontrados en las fosas communes, que probaban la autoría de los alemanes. Propuso que se fusilaran entre 40.000 y 50.000 oficiales alemanes en represalia por el asesinato de los polacos. Tras una breve pausa, añadió que esta propuesta era una broma.[40]

Después de la conferencia de Teherán Roosevelt elogió a Stalin como un socio fiable, honesto y comprensivo. A partir de entonces lo llamó «Tío Joe» al hablar con su personal. Dijo a sus consejeros sobre Stalin: «No intentará anexar nada y trabajará conmigo por un mundo de paz y democracia».[41]

Un poco después, Roosevelt contó a Mikołajczyk, que había ido a la Casa Blanca para su visita inaugural, el chiste de Stalin sobre Katyn.[42] Pero el primer ministro polaco en el exilio no se enteró de que la decisión sobre las nuevas fronteras de Polonia se había tomado en Teherán. Roosevelt mintió a su invitado cuando este le preguntó sobre los planes de los Aliados para Europa del Este.

Después de la Conferencia de Teherán, Stalin ordenó a su servicio secreto que se preparara para tomar el control de Polonia. Para camuflar estas intenciones, se subrayó el carácter nacional polaco del ejército de Berling. Así permitieron los capellanes castrenses, y los soldados polacos ya no tenían que jurar lealtad a la Unión Soviética. Pero los oficiales soviéticos, ahora con uniformes polacos, ocupaban dos tercios de los puestos de mando.[43]

10. LA COMISIÓN BURDENKO

El Kremlin observó con mucha atención que la campaña alemana de Katyn no cambió la política de los Aliados Occidentales. Pero esto no fue suficiente para Stalin. Al aparato del Comité Central se le encomendó la tarea de reescribir sistemáticamente la historia, también en el caso Katyn. En septiembre de 1943, poco antes de la reconquista de Smolensk, el Departamento de Propaganda y Agitación del Comité Central dio instrucciones al Cuartel General Político del Ejército Rojo para que hiciera preparativos: el bosque de Katyn iba a ser acordonado y los habitantes del pueblo aislados. El resto fue asumido por el NKVD. Beria encargó al hombre más adecuado a su disposición llevar a cabo el proyecto de Katyn. Era su antiguo sustituto, Vsevolod Merkulov, que mientras tanto dirigía el Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado (NKGB), un servicio de espionaje que surgió del NKVD. Merkulov ya había planeado en detalle el asesinato de los oficiales polacos en la primavera de 1940 y supervisó la ejecución.

A partir de los archivos sobre este tema, que fueron descubiertos más de medio siglo después en Moscú, fue posible reconstruir exactamente la actividad de Merkulov. A finales de septiembre de 1943 llegó a Katyn al frente de un grupo de expertos del NKVD, del NKGB y del servicio secreto militar Smersh (abreviatura de «muerte a los espías»). Smersh se dedicó principalmente a la tarea de localizar y liquidar a «colaboradores y cobardes» dentro de la población soviética.[1]

Como lo demuestran claramente las fotografías aéreas alemanas encontradas décadas más tarde en los archivos americanos, se utilizaron excavadoras y bulldozers para realizar extensos movimientos de tierra en el bosque de Katyn de octubre a diciembre de 1943. Algunas de las fosas

comunes que habían sido cerradas por los alemanes en junio fueron reabiertas.[2]

Los talleres de falsificación de los servicios secretos soviéticos recibieron el encargo de Merkulov de producir y obtener documentos fechados entre el otoño de 1940 y el verano de 1941. Debían demostrar que los oficiales polacos aún estaban a salvo en los campos soviéticos durante este período. Los documentos se adjuntaron a algunos de los cadáveres. Esto incluía una orden para el jefe de los campos de prisioneros de guerra del NKVD, Piotr Soprunenko. Los falsificadores cometieron un error: a Soprunenko lo llamaron mayor, aunque todavía era capitán en ese momento.[3]

El NKVD localizó a 17 testigos que habían sido mencionados por los alemanes en el «Material Oficial» o que estaban involucrados en los trabajos de exhumación, incluyendo trabajadores, cocineros y limpiadores del Regimiento Alemán de Telecomunicaciones 537. Todos ellos fueron detenidos. Los interrogadores amenazaron con colgarlos como colaboradores si no acusaban a los alemanes en sus declaraciones. Varios de ellos murieron en prisión.[4]

El testigo más importante desde el punto de vista de Merkulov fue Borís Bazilevski, el jefe del observatorio de Smolensk, a quien los alemanes habían nombrado vicealcalde durante la ocupación. Merkulov, conocido por su violencia, interrogó personalmente al atemorizado profesor de astronomía.[5] Bazilevski tuvo que neutralizar las declaraciones del alcalde Borís Menshaguin, que había huido con la Wehrmacht al oeste. Los falsificadores del NKVD prepararon un supuesto cuaderno en el que Menshaguin presentaba a los alemanes como los autores.[6]

Con el fin de perfeccionar la escenificación, Merkulov dio la orden de preparar como testigos también a personas que no habían tenido contacto con los alemanes. Según los archivos de Smolensk, el NKVD «procesó» a un total de 95 personas. La acción, que se mantuvo estrictamente secreta, se denominó «investigación preliminar».[7]

La prensa soviética, que estaba completamente sujeta a la censura del partido, informó en letra grande sobre el trabajo de la «Comisión especial para la determinación e investigación de las circunstancias de la ejecución

de oficiales polacos prisioneros en guerra por los conquistadores germano-fascistas en el bosque de Katyn».

El profesor de medicina Nikolái Burdenko, considerado el fundador de la cirugía moderna de accidentes en Rusia y que ocupaba el cargo de cirujano jefe del Ejército Rojo con el rango de teniente general, encabezó la comisión.[8] Medio siglo más tarde, uno de los hombres del NKVD involucrados en la preparación de las fosas informó de que las manipulaciones debían mantenerse en secreto para Burdenko. Este lo vio todo, pero había permanecido en silencio por temor a represalias.[9]

La Comisión Burdenko incluía a altos funcionarios del aparato estatal, incluidos el servicio médico militar y el Comisariado del Pueblo para la Educación, así como al presidente de la Cruz Roja Soviética y de la Media Luna Roja, Vladímir Potiomkin. Este especialista en hebreo antiguo, que también había publicado una *Historia de la diplomacia*, en varios volúmenes, presentándola como una serie de luchas de clases, pudo referirse a su experiencia con los asuntos polacos. Como viceministro de Asuntos Exteriores, había anunciado la ruptura de relaciones diplomáticas con el embajador polaco en Moscú, Wacław Grzybowski, inmediatamente antes de la invasión del Ejército Rojo de Polonia oriental el 17 de septiembre de 1939.

La comisión también incluyó a dos figuras prominentes, que ocupaban puestos clave en el control de la sociedad por parte del aparato de poder: el metropolitano ortodoxo ruso de Kiev Nikolái y el expresidente de la Unión de Escritores Soviéticos, Alexéi Tolstói. Fue uno de los escritores más populares de la Unión Soviética, su cuento de hadas *Buratino o la llave de oro*, la versión rusa de *Pinocho*, fue un libro infantil muy apreciado.

A Burdenko le fue asignado un grupo de setenta y cinco personas del personal médico, incluyendo cinco profesores. No se invitó a expertos extranjeros. Los archivos secretos dicen que Merkulov participó en la primera y única reunión de la comisión. Burdenko le pidió información sobre los tres campos en el distrito de Smolensk, donde se decía que los oficiales polacos fueron internados. En realidad, estos campos no existían.

El profesor de medicina también notó contradicciones en el testimonio del testigo Parfeon Kiselióv. Debía ser examinado psicológicamente, lo que

Merkulov prometió inmediatamente, como si fuera responsable de tales exámenes.[10] Para los alemanes, aquel campesino de setenta y dos años había sido uno de los principales testigos de la culpabilidad del NKVD. Le habían roto un brazo en la cárcel y se había quedado sordo de un oído, pero tuvo que atribuir esta tortura a los alemanes.[11]

Ropa de invierno en verano

El 24 de enero de 1944 Burdenko presentó el informe final de la comisión especial, dos días después el órgano del partido *Pravda* lo publicó íntegramente. Contaba con detalle que los oficiales polacos habían sido llevados a tres campos cerca de Smolensk, en la primavera de 1940. Allí se empleaban para la construcción de carreteras. Después de la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941, no había sido posible evacuar estos tres campos a tiempo, debido a la falta de capacidad de transporte. Mientras los guardias soviéticos tenían que retirarse con las tropas de combate, los polacos habían caído en manos de los alemanes que avanzaban.

En el informe figuraban los nombres de los comandantes de los tres presuntos campos, de los que solo dio las abreviaturas, 1-ON, 2-ON y 3-ON sin su ubicación geográfica exacta. El aparato soviético nunca antes había mencionado estos tres campos, ni los representantes del partido, incluido Stalin, que quería localizar a los polacos desaparecidos incluso en Manchuria, ni la prensa.

Según el informe, el bosque de Katyn era una zona recreativa para los habitantes de Smolensk. Sin embargo, los ocupantes alemanes acordonaron la zona en el otoño de 1941 y la protegieron estrictamente para no ser observados durante las ejecuciones masivas. Esto fue llevado a cabo por el personal del Batallón Constructor 537 de la Wehrmacht, como lo señalaron varios testigos. Cuando en la primavera de 1943 el frente se acercó de nuevo a Smolensk por el este, los alemanes entraron en pánico. Para evitar que las tropas soviéticas descubrieran los crímenes que habían cometido, ellos mismos abrieron las tumbas. Su puesta en escena había servido para calumniar a la Union Soviética. Con este fin, habían amenazado a muchos

habitantes de Katyn para que dieran la versión de que un comando soviético había asesinado a los polacos en la primavera de 1940.

Según la Comisión Burdenko, los alemanes utilizaron 500 prisioneros de guerra soviéticos para preparar las fosas. Tuvieron que quitar los documentos que probaban la culpabilidad alemana de las ropas de los polacos muertos. Además, debieron de llevar cuerpos de «ciudadanos soviéticos pacíficos» y vestirlos con uniformes polacos.

En el curso de estas manipulaciones, sin embargo, se cometieron errores. Los supuestos documentos de los cuerpos pueden datarse entre el 12 de noviembre de 1940 y el 20 de junio de 1941, en el que, según los informes alemanes, los oficiales polacos habían dejado de vivir ya hacía mucho tiempo. El informe contenía descripciones detalladas de estos documentos, cartas, postales, una imagen de un santo con una fecha escrita a mano en un libro de oraciones católico, y un recibo del comercio del estado por la compra de un reloj de oro (a los prisioneros de guerra se les permitió vender sus joyas).[12]

Según el informe, los cinco médicos forenses de Burdenko procesaron un total de 925 cadáveres en la tercera semana de enero de 1944. Esta cifra significaba que cada uno de los expertos debía de examinar una media de más de veinte cadáveres al día. En realidad, debido a las fuertes heladas, probablemente no se realizó ninguna autopsia.

El informe también indica que el número total de muertes se sitúa en torno a las 11.000 personas. Esta cifra no era un error: incluía a los prisioneros de los campos de Ostashkov y Starobelsk. De esta manera, el NKVD quería atribuir su asesinato también a los ocupantes alemanes. Sin embargo, los autores del informe cometieron otro error: afirmaron correctamente que la mayoría de las personas fusiladas llevaban ropa de invierno con calzoncillos largos, pero no mencionaron las heridas de los polacos, que les habían infligido bayonetas cuadradas, pues esas armas punzantes eran de producción soviética. Tampoco publicaron una lista de nombres ni una lista de objetos encontrados entre los muertos.[13]

La Comisión Burdenko llegó a la conclusión de que los polacos habían sido fusilados por los «fascistas alemanes», de la misma manera que fusilaron a muchos otros «ciudadanos soviéticos pacíficos». Los 500

prisioneros de guerra soviéticos que habían sido utilizados para preparar las tumbas de Katyn también habían sido asesinados de esta manera. El teniente coronel Arnes, comandante del Batallón Constructor 537 de la Wehrmacht, fue el responsable de esto. El informe terminaba con la frase: «Con el tiroteo de los polacos en el bosque de Katyn, los conquistadores fascistas alemanes volvieron a realizar su política de aniquilación física de los pueblos eslavos».

Aunque los propagandistas del Kremlin, a diferencia de los alemanes, no invitaron a forenses extranjeros a Katyn, los periodistas fueron muy bienvenidos. Eso sí, fueron elegidos con mucho cuidado: dieciocho corresponsales, en su mayoría estadounidenses y británicos, acreditados en Moscú, recibieron la invitación para participar en el viaje en el vagón del ferrocarril estatal de Moscú a Smolensk. Con sus informaciones sobre la guerra, habían contribuido a que el gobierno de Washington enviara armas, vehículos militares y, sobre todo, suministros de socorro a la Unión Soviética a gran escala.

Entre ellos se encontraban Richard Lauterbach, corresponsal de la revista estadounidense *Time*, y su colega de la BBC Alexander Werth. En sus relatos, ambos habían elogiado repetidamente la colectivización en la Unión Soviética y la acción de Stalin contra los «enemigos del pueblo» que fueron condenados en juicios ficticios. También habían defendido el Pacto Ribbentrop-Mólotov. Además Werth había justificado que el NKVD hubiera deportado a los oficiales polacos al interior de Rusia: el Kremlin había tenido que impedir que se inclinaran hacia los alemanes y lucharan contra el Ejército Rojo. Acusó al gobierno polaco en el exilio de no mostrar gratitud por el hecho de que la Unión Soviética hubiera alimentado a los soldados polacos. También acusó a los polacos de que el ejército de Anders no quería luchar en el Frente Oriental.[14]

En sus publicaciones, Lauterbach creó una imagen extremadamente simpática de Stalin: era gracioso y diligente, la gente amaba sus obras, que eran los libros más vendidos en las librerías de la Unión Soviética. Entre los miembros del Politburó había una atmósfera de amistad y Beria era un sólido jefe de policía.[15] Debido a sus elogios a Stalin, el NKGB estaba interesado en Lauterbach, como revelaron los archivos analizados medio

siglo después. Se consideró la posibilidad de reclutarlo como informante. Pero en la Lubianka también había preocupaciones contra él: no se excluía la posibilidad de que fuera un espía americano y de que sus publicaciones prosoviéticas fueran solo un camuflaje.[16]

A la delegación se unió Kathleen Harriman, la hija de veinticinco años del embajador de Estados Unidos W. Averell Harriman, un compañero político del presidente Roosevelt. Siguiendo las instrucciones de su padre, la acompañaba un secretario de la embajada, que llevaba un registro detallado del viaje de los periodistas a Katyn. Harriman era un multimillonario; su padre había sido uno de los grandes magnates del ferrocarril y la navegación en la costa oeste de Estados Unidos. Cuando Estados Unidos entró en la guerra, Roosevelt lo envió a Londres como embajador especial para establecer contacto directo con Churchill más allá de los canales diplomáticos. Harriman promovió un préstamo del gobierno a sus compatriotas para apoyar a Stalin en la guerra contra los alemanes, lo que lo hizo particularmente valioso para Moscú.

La participación de su hija en el viaje de los periodistas a Katyn se justificaba por su colaboración ocasional en la Oficina de Información de Guerra (OWI). Al igual que su padre, Kathleen Harriman fue atendida especialmente por las autoridades soviéticas. La prensa moscovita publicó fotos y artículos sobre ella muy amables. Como esquiadora aficionada, se le permitió participar en el Campeonato de eslalon de Moscú, y los organizadores soviéticos le otorgaron el tercer puesto después de dos atletas femeninas del ejército.[17]

En su viaje en la antigua berlina del zar, los invitados del gobierno soviético estaban bien atendidos. Había comida exquisita, mucho caviar, el champán de Crimea fluía como un arroyo. Lauterbach escribió en su reportaje para la revista *Time* que algunos de los corresponsales habían pasado su tiempo jugando a las cartas mientras viajaban a las fosas comunes. La hija del embajador participó. «Kathy llevaba una falda de tartán y un suéter naranja, y su esmalte de uñas era de manzana granate», escribió Lauterbach.[18] A la llegada del tren a Smolensk, camarógrafos del noticiero soviético esperaban para acompañar a la delegación a Katyn.[19]

Tolstói y la hija del embajador

En el profundo bosque nevado, los invitados de Moscú pudieron ver de cerca varias de las fosas comunes. Luego, los periodistas se reunieron con Victor Prozorovski, profesor de medicina forense del Ministerio de Salud de Moscú, en una carpa militar con calefacción. Les mostró tejido humano, de cerebro y de hígado. Según él, el momento de la muerte, a finales del verano de 1941, podía deducirse de su fase de descomposición. Después hubo una reunión con cinco lugareños. Fueron presentados como testigos oculares importantes e informaron sobre los eventos que supuestamente tuvieron lugar en 1941. Los corresponsales podían hacer preguntas a los miembros de la comisión, pero no a los testigos.[20]

Entre ellos se encontraba el exvicealcalde de Smolensk, Bazilevski. Dijo que había hablado con el alcalde Menshaguin sobre el campo de prisioneros de guerra soviéticos cerca de Smolensk. Y sobre los oficiales polacos. Menshaguin le había contado una orden de Berlín: «Los rusos deben perecer solos, pero los prisioneros de guerra polacos deben ser simplemente exterminados de acuerdo con la orden».[21] Menshaguin había huido con la Wehrmacht hacia el oeste en septiembre de 1943.

Como no todos los participantes en la conferencia de prensa tenían un buen conocimiento del ruso, Alexéi Tolstói intervino repetidamente como intérprete.[22] El noble hablaba muy bien inglés; durante la Primera Guerra Mundial había sido corresponsal de la prensa rusa en Gran Bretaña.

En la Segunda Guerra Mundial, Tolstói solicitó una cuota diaria de gasolina de 300 litros para su flota de vehículos particulares, a pesar de las dificultades generales de suministro de la administración del Kremlin. Su solicitud llegó al Politburó, que aprobó los 300 litros, pero no por día, sino por mes. El embajador Harriman y su hija Kathleen fueron invitados varias veces a la mansión de Tolstói. El diplomático estadounidense recordó la opulenta comida, las grandes cantidades de exquisitos vinos y de coñac, en un momento en que la abrumadora mayoría de los ciudadanos soviéticos sufrían la escasez propia de los tiempos de guerra.[23]

Setenta años después de su aparición en la Comisión Burdenko, uno de sus nietos publicó un artículo en el que revelaba lo que Alexéi Tolstói

confió a su hijo sobre el trabajo de la comisión para la investigación de las atrocidades alemanas: «Bajo las condiciones de un intercambio permanente de opiniones, a menudo durante días, en el desayuno, el almuerzo y especialmente en la cena, alrededor de la medianoche —con una gran cantidad de vodka— la gente se acostumbraba cada vez más a los demás. Y un día, después de beber unas cuantas copas, las conversaciones se volvieron cada vez más confidenciales… Para él y algunos otros miembros de la comisión había quedado absolutamente claro que algunos de los crímenes no habían sido cometidos por los alemanes, sino por el NKVD… Esto estaba claro en los tiroteos de Katyn».[24]

Después de la conferencia de prensa en Katyn, los corresponsales fueron a Smolensk, donde vieron algunos de los documentos supuestamente encontrados entre los cuerpos. Estaban en vitrinas de cristal y no se les permitía tocarlos. Entre ellos había fotocopias del diario del alcalde fugado Menshaguin; uno de los expertos de la comisión explicó que una comparación de escritura había confirmado la autenticidad. Sin embargo, un análisis realizado en los años noventa mostró que se trataba de una falsificación.[25]

Desde el punto de vista de Merkulov, el viaje de los periodistas fue un éxito: Alexander Werth hizo suya la versión del NKVD en sus reportajes tanto para la BBC como para la prensa británica. Aunque hizo reproches a los creadores de la Comisión Burdenko, «los rusos llevaron a cabo su campaña en torno al caso (incluyendo el viaje a Katyn de la prensa occidental) con la mayor torpeza y grosería», no tenía dudas: «La técnica de estos asesinatos en masa era más alemana que rusa».[26]

En su reportaje para la revista *Time* Richard Lauterbach también llegó a la conclusión de que «los alemanes masacraron a los polacos». Citó a una de las mujeres que se presentó como testigo ocular diciendo: «Los hombres volvieron con sus uniformes manchados de sangre y se emborracharon».

En un libro sobre su vida en la Unión Soviética publicado unos meses después, Lauterbach escribió sobre Katyn: «No tenía ninguna razón para confiar en el herr ministro Goebbels». Lauterbach presentó los informes de los testigos preparados como hechos probados: los alemanes le habían dicho al profesor de astronomía Bazilevski que necesitaban espacio para

vivir, así que los polacos tenían que morir. Habrían azotado al campesino Kiselióv y amenazado con arrancarle las venas si no hubiera firmado la declaración sobre los perpetradores soviéticos. En sus manipulaciones, los alemanes habían ignorado una carta de amor de un joven oficial polaco que había sido escrita el 20 de junio de 1941, pero que nunca fue enviada, en un momento en que los polacos supuestamente ya estaban muertos.

Lauterbach citó otra prueba irrefutable, en su opinión, de la culpabilidad alemana: los oficiales polacos fueron enterrados con sus botas en las fosas comunes; si los autores hubieran sido rusos, en vista del miserable equipo del Ejército Rojo, a las víctimas les habrían quitado las botas. El corresponsal de *Time* resumió: «Nadie dudaba de que los alemanes lo hubieran hecho».[27]

Desde el punto de vista de Moscú, el éxito se completó con el informe de nueve páginas de Kathleen Harriman, elaborado con la ayuda del secretario de la embajada estadounidense. Dijo que la evidencia era «ridícula» según los estándares americanos. Pero la «ejecución metódica del crimen» indicaba que era cosa de los alemanes.[28] Su presentación estuvo estrechamente orientada al informe final de la Comisión Burdenko. En particular, citaba los relatos de los vecinos del pueblo que, según ella, fueron torturados por los alemanes para acusar a los rusos del crimen. No le impresionaron menos los documentos destinados a probar que los oficiales polacos seguían vivos hasta la llegada de la Wehrmacht a la zona de Smolensk. En una carta privada escribió: «Se encontró una carta del verano de 1941. Esta es una maldita buena prueba».[29]

El informe de Kathleen Harriman, complementado por una carta de su padre con el membrete oficial de la embajada de Estados Unidos, fue enviado en Washington a todos los altos cargos del Departamento de Estado que se ocupaban de la política de la Casa Blanca hacia Moscú. Harriman escribió que los participantes en el viaje a Katyn habían llegado a la conclusión «de que con toda probabilidad la masacre fue cometida por los alemanes».[30]

Años más tarde, la mayoría de los expertos estadounidenses se enteraron de que algunos de los corresponsales ya habían expresado dudas sobre la presentación de la Comisión Burdenko en su regreso a Moscú.

Habían notado un testimonio obviamente preparado de los testigos rusos: en palabras idénticas, afirmaron que las cuerdas con las que estaban atados los oficiales polacos antes de la ejecución eran de producción alemana.[31] La comisión tampoco había dado ninguna explicación de por qué la mayoría de los fusilados deberían haber usado ropa de invierno en verano.

Por lo tanto, algunos periodistas llegaron a la conclusión de que el lado soviético había montado un espectáculo. No pudieron escribir esto, porque en la época de Stalin los artículos de los corresponsales extranjeros estaban sujetos a la censura previa.[32] Así, los relatos de Lauterbach y Werth, que más tarde fueron criticados como admiradores ciegos de Stalin, tuvieron una enorme influencia en la opinión pública en Estados Unidos y en el Reino Unido.

El llamamiento y la caída de Berling

Pocos días después que los periodistas, llegó a Katyn una delegación de 600 soldados de las fuerzas armadas polacas formadas en la Unión Soviética. Su comandante, el general Berling, leyó un «Llamamiento a los polacos». En él se dice de los oficiales asesinados: «Los alemanes les dispararon como a animales salvajes, les dispararon con las manos atadas… Ahora tenemos en nuestras manos un arma que nos ha dado nuestro amigo aliado, la Unión Soviética, a la que los alemanes querían echar su propia culpa». Berling anunció que una unidad de tanques de las tropas polacas bajo mando soviético había sido bautizada como «Vengadores de Katyn».[33]

El alférez Wojciech Jaruzelski, el futuro dirigente comunista de Polonia, también pertenecía a las tropas de Berling. No formaba parte del grupo que había visitado el bosque de Katyn, pero escuchó los relatos de sus camaradas al respecto: «Regresaron con la convicción de que el crimen contra los oficiales polacos había sido cometido por los alemanes… Se decía que los campesinos de los alrededores vieron con sus propios ojos cómo asesinaban los alemanes».[34]

En 1948, un exoficial del ejército de Berling que huyó a Occidente informó al servicio de inteligencia militar estadounidense CIC que cualquiera que dudara de la versión de que habían sido los alemanes era

trasladado a una compañía de castigo. Esta compañía había sido casi completamente aniquilada en los combates en el frente. Había visto un informe de un politruk polaco según el cual varios soldados borrachos acusaron a los soviéticos y luego fueron castigados.[35]

Un día después del discurso de Berling tuvo lugar una misa de réquiem católica en el cementerio, en el sermón el capellán polaco también acusó a los alemanes de asesinato en masa.[36] Después de la misa, algunos oficiales del ejército de Berling querían hablar con los habitantes de Katyn, pero los soldados del NKVD habían bloqueado el camino al pueblo. Después de todo, se enteraron de que ninguno de los antiguos habitantes podía ser encontrado allí, solo había nuevos colonos.[37]

Como se supo décadas después, los testigos presentados por la Comisión Burdenko también tuvieron que abandonar su pueblo natal. Algunos de ellos fueron encarcelados por colaborar con los alemanes, y solo los pusieron en libertad durante la primera oleada de amnistías, tres años después de la muerte de Stalin en 1956. El rastro del campesino Parfeon Kiselióv y los de algunos otros se perdieron por completo.[38] A principios de la década de 1990, el exgeneral del NKVD Dmitri Tokariev, que participó en la ejecución de los polacos en Kalinin, informó que Moscú ordenó «no dejar vivir a ninguno de los testigos».[39]

La Comisión Burdenko también atrajo mucha atención en Londres. El embajador británico ante el gobierno polaco en el exilio, Owen O'Malley, en un análisis del informe soviético se refirió a numerosas inconsistencias en él. O'Malley se había familiarizado a fondo con el caso despues del descubrimiento de las fosas comunes. Vio como una admisión indirecta de culpa que los soviéticos no hubieran invitado a ningún especialista americano o británico a Katyn.[40] Algunos expertos del Foreign Office, por otra parte, consideraron el informe soviético más plausible que el «Material Oficial» de los alemanes, aunque solo fuera por la razón de que este último había sido encargado por Goebbels.[41]

Los expertos también señalaron que el portavoz de la Comisión Médica internacional en Katyn, el húngaro Ferenc Orsós, no podía ser considerado objetivo, porque era conocido como simpatizante nazi y antisemita. O'Malley fue acusado de estar bajo la influencia de los polacos de Londres

y de no mantener una distancia adecuada de ellos.[42] Churchill finalmente decretó: «Debemos mantener esto absolutamente confidencial».[43] Por lo tanto, los análisis de O'Malley llegaron a los archivos, mientras que el informe de Burdenko fue traducido al inglés para información del rey Jorge VI y de los más altos cargos del Foreign Office y de los servicios secretos.[44]

Los análisis de los polacos de Londres también fueron ignorados. Ellos formularon cuatro preguntas fundamentales:

1. ¿Por qué la parte soviética no dijo, antes del descubrimiento de las fosas comunes, que los oficiales polacos estaban en campos en la zona de Smolensk, y que supuestamente no pudieron ser evacuados a tiempo ante el ataque a la Wehrmacht en el verano de 1941?
2. ¿Por qué la Comisión Soviética no presentó los documentos de 1941, supuestamente encontrados en las tumbas, a expertos independientes para su examen?
3. ¿Por qué las cartas de Polonia a los campos de Kozelsk, Ostashkov y Starobelsk fueron devueltas a los remitentes desde la primavera de 1940 por «no entregables», si se suponía que los prisioneros habían estado al cuidado del NKVD hasta el verano de 1941?
4. ¿Cómo puede explicarse que los muertos fueran colocados en las fosas comunes en el orden en que salieron del campo de Kozelsk en la primavera de 1940, según los registros de los supervivientes?[45]

Los polacos de Londres no recibieron respuesta a sus preguntas. En cambio, la editorial de literatura en lengua extranjera de Moscú publicó el informe de la Comisión Burdenko en alemán, con una tirada de 16.000 ejemplares. Entonces la prensa alemana escribió sobre las «mentiras bolcheviques». Los periódicos polacos controlados por las fuerzas de ocupación publicaron una declaración del ex primer ministro Leon Kozłowski, que vivía en Berlín bajo la supervisión de la Gestapo: «Tuve la oportunidad de ver en Katyn lo que estaba ocurriendo, que no dejaba ninguna duda sobre el asesinato de los oficiales polacos por parte de los soviéticos. El informe de la Comisión Especial Soviética que se me envió no modificó mis conclusiones, que obtuve gracias a una cuidadosa

inspección. Todo esto me recuerda a una película muy mala».[46] Dos meses después, Kozłowski sufrió heridas mortales durante un ataque aéreo en Berlín.

A los ojos de los observadores occidentales, el general Zygmunt Berling era en aquel momento el futuro hombre fuerte de Polonia. El corresponsal de *Time*, Lauterbach, observó cómo, en una recepción del Kremlin, brindó con confianza por los más altos funcionarios de la Unión Soviética, pero ignoró con arrogancia al embajador estadounidense Harriman y a los diplomáticos británicos. En ese tiempo, Londres y Washington aún reconocían el gobierno polaco en el exilio.[47]

Pero los comunistas polacos en Moscú sospechaban que Berling quería sacar a los militares del control del partido. Así que después de solo un año, tuvo que renunciar a su puesto como jefe de las fuerzas armadas polacas bajo el mando supremo soviético y asistir a una academia militar soviética. Ya no desempeñaba un papel en la política de Stalin hacia Polonia. En la República Popular de Polonia se le erigieron monumentos, pero hoy en día es considerado por la mayoría de sus compatriotas como un oportunista y un traidor. Un gran monumeto de Berling en Varsovia fue rociado con pintura roja repetidamente. En agosto de 2019 fue destruido por desconocidos y las autoridades anunciaron que no sería reconstruido.

11. PERSECUCIÓN DE TESTIGOS INCÓMODOS

El informe de la Comisión Burdenko fue solo un primer paso en el plan del Kremlin de reescribir completamente la historia de la masacre de Katyn. El siguiente paso fue asegurarse de que ninguno de los testigos pudiera descubrir las manipulaciones de Merkulov y sus ayudantes. Por esta razón, a los servicios secretos de Moscú se les encomendó la tarea de neutralizar a todos los testigos mediante calumnias, intimidación o liquidación. Había tres grupos: residentes de Smolensk y Katyn; polacos que habían participado en las exhumaciones o las habían examinado, y los miembros de la Comisión Médica Internacional que, en su informe para el gobierno del Reich en Berlín, habían recopilado varias pruebas de la autoría soviética de los crímenes.

Las acciones contra testigos comenzaron en Smolensk y sus alrededores. Después de la retirada de los alemanes, se llevaron a cabo numerosas ejecuciones de supuestos colaboracionistas; la ejecución fue de nuevo responsabilidad del verdugo del NKVD Ivan Stelmaj, el jefe del pelotón de fusilamiento que disparó a los polacos en el sótano del cuartel general del NKVD en Smolensk y en el bosque de Katyn.[1] Después del trabajo, Stelmaj, que mientras tanto había ascendido a mayor, recibió la Orden de Lenin.[2]

El siguiente capítulo tuvo lugar en Moscú, centrándose en los dos oficiales del NKVD Vasili Zarubin y Vasili Markov, que habían dirigido los interrogatorios de los polacos en Kozelsk y Starobelsk en 1940 y habían sido denunciados como agentes soviéticos en 1943 en una carta anónima al jefe del FBI Hoover. En una carta de 1944 dirigida personalmente a Stalin,

Markov había acusado a su superior Zarubin de cooperar con el FBI. A ambos se les ordenó regresar a la Lubianka para una investigación interna. Como Markov no pudo presentar ninguna prueba, fue destituido de su cargo por difamación. Los médicos al servicio del NKVD llegaron a la conclusión de que era esquizofrénico y fue condenado a cinco años en un campo.[3]

Mientras estaba en la prisión en Moscú, Vasili Markov escribió clandestinamente un informe sobre Katyn. Quería entregarlo en secreto a visitantes que lo llevarían a la embajada de Estados Unidos. Pero este plan salió a la luz y hasta el día de hoy no se han revelado detalles. Markov fue sentenciado a muerte en un segundo juicio secreto y ejecutado un poco más tarde. En la Lubianka, también fue visto como el autor de la carta anónima a Hoover, que los informantes de Moscú en el FBI conocían desde hacía mucho tiempo.[4]

Borís Menshaguin, exalcalde de Smolensk, que siguió órdenes de los alemanes, estaba a la cabeza de la lista de buscados por los servicios secretos de Moscú. Como abogado también había conocido la administración soviética desde antes de la guerra; estaba bien informado sobre el poder absoluto de la NKVD, que violaba de forma permanente y masiva la ley soviética.

Menshaguin y su familia llegaron a la ciudad checa de Karlovy Vary, que el ejército estadounidense liberó poco antes de la rendición alemana. Los americanos lo internaron. Mientras él estaba en un campo americano, las unidades estadounidenses se retiraron y dejaron Karlovy Vary al Ejército Rojo según lo acordado. Cuando Menshaguin fue liberado después de algunos días, encontró su apartamento en la ciudad devastado, la puerta había sido rota. Asumió que su esposa había sido arrestada por la policía secreta soviética. Para evitarle interrogatorios y torturas, se entregó. Inmediatamente fue llevado al Lubianka de Moscú.[5]

Pero su esposa no había sido arrestada, había huido con los niños a Baviera y después encontrado asilo en Estados Unidos.[6] Nunca volvieron a ver a su marido y padre, solo supieron de su suerte después de décadas.

La lista de buscados por Moscú también incluía al cerrajero de ferrocarriles Ivan Krivozertsev, que había entregado a los alemanes un relato detallado sobre la llegada de los oficiales polacos a la estación de

Gnezdovo. Cuando los alemanes dejaron Smolensk, a él, a su madre y a su sobrina de seis años se les permitió unirse a las unidades de la Wehrmacht.[7] De esa manera los tres llegaron a Alemania occidental. Pero en las turbulencias de las últimas semanas de la guerra, su madre y su sobrina murieron, y las circunstancias exactas no se conocían. Krivozertsev se presentó ante una unidad estadounidense en Bremen como refugiado de la Unión Soviética. Pero debido a la falta de intérpretes, los oficiales estadounidenses no entendieron su petición y quisieron trasladarlo a la zona de ocupación soviética. Cuando Krivozertsev entendió esto, se fue. Se enteró de que tropas del gobierno polaco en el exilio bajo el mando británico estaban estacionadas en el distrito de Meppen en el noroeste de Alemania, y se dirigió hacia allí.

Como el mando polaco en Meppen entendió que Krivozertsev podía hacer declaraciones sobre Katyn, fue llevado inmediatamente al Estado Mayor del ejército de Anders, que se encontraba entonces en el norte de Italia. En Ancona se le dio una habitación en una villa donde se alojaban los oficiales del Estado Mayor. Entre ellos se encontraba el escritor Ferdynand Goetel, que mientras tanto se había convertido en oficial de prensa en el ejército de Anders. Goetel fue comisionado para interrogar a Krivozertsev en detalle sobre Katyn.

El periodista Józef Mackiewicz, que como Goetel había visitado el bosque de Katyn por invitación de los alemanes, también fue a Ancona para aprender más sobre el refugiado ruso. Krivozertsev comentó el informe Burdenko: contradijo la versión de que los alemanes habían fusilado a los habitantes de las aldeas rusas y a los prisioneros de guerra, un total de 500 personas, después de que se completaran los trabajos de exhumación. Solo uno había sido ejecutado como saqueador, porque había cogido monedas y medallones de los muertos.[8]

Los oficiales del ejército de Anders no tenían ninguna duda de que Krivozertsev estaba en peligro como testigo incómodo para Moscú. Se le entregaron documentos de identidad polacos bajo el nombre de Michał Łoboda. Se trasladó a Gran Bretaña con la mayoría de los soldados polacos que no querían volver a su patria, ahora comunista. Se le asignó una aldea en el suroeste de Inglaterra como un lugar seguro para vivir. Allí fue

encontrado muerto en 1947, colgado de un árbol. La policía británica lo consideró suicidio. Mackiewicz, que había mantenido contacto con Krivozertsev, dudaba de esta versión: no estaba deprimido. Después de la guerra, las organizaciones de los polacos en el exilio se vieron fuertemente infiltradas por el servicio secreto comunista, de modo que el paradero del testigo de Katyn podría ser fácilmente localizado.[9]

Mackiewicz, que ya había estado en la lista negra de los comunistas clandestinos en Polonia durante la guerra debido a sus informes sobre Katyn, había huido a tiempo hacia el oeste antes del avance del Ejército Rojo y pudo llegar a Italia. Goetel, por su parte, se había quedado en Polonia al final de la guerra. Después de la retirada de la Wehrmacht de Varsovia en enero de 1945, se formó una coalición a la que pertenecía el Partido Campesino, bajo el antiguo primer ministro del exilio Stanisław Mikołajczyk. Pero casi todos los puestos clave en el ejército, la policía y el poder judicial estaban ocupados por comunistas que habían sido preparados durante la guerra en la Unión Soviética.

En Polonia hubo una guerra civil entre el movimiento clandestino AK y el ejército controlado por los comunistas. La propaganda comunista acusó a la AK antisoviética de haber hecho causa común con los «fascistas hitlerianos», a pesar de que ellos habían sido los más afectados por la lucha contra los ocupantes alemanes. Los oficiales de la AK fueron condenados a largas penas de prisión. La policía secreta UB, dominada por cuadros leales a Moscú, cometió numerosos asesinatos políticos, y en muchos casos los servicios secretos soviéticos estuvieron directamente involucrados en las acciones.

El cargo de ministro de Justicia fue asumido por el socialista Henryk Świątkowski, con el consentimiento de los ocupantes soviéticos. Al principio de la guerra había sido deportado por los alemanes a Auschwitz, pero fue liberado un año después. Esta liberación inusual llevó a sospechar que se había ofrecido a los alemanes para informar sobre los grupos clandestinos. Świątkowski recibió la orden de preparar un juicio por el asesinato masivo de Katyn. Los polacos que estaban en Katyn en 1943 por invitación de los alemanes debían ser acusados de colaboracionistas.

Escondites en monasterios y depósitos ferroviarios

En Cracovia, el fiscal Roman Martini dirigió la investigación. Había sobrevivido a los años de ocupación en un campo de oficiales alemanes. Martini era un fiscal duro. Durante el interrogatorio, atacó severamente al prelado Stanisław Jasiński. El anciano sacerdote se dobló bajo esta presión y firmó una declaración en la que decía que había estado en el bosque de Katyn «con la convicción interior de que todo era obra de los alemanes».[10]

Martini también interrogó al arzobispo Sapieha, de setenta y ocho años, que había enviado a su confidente Jasiński a Katyn. El fiscal aparentemente vio esto como un acto de colaboración, pero Sapieha declaró en el acta: «El único motivo de mi decisión fue que era inevitable enviar a un clérigo al lugar donde se entierra a tantos compatriotas trágicamente asesinados para prestarles el último servicio exigido por la religión».[11] Sapieha, sin embargo, no tenía dudas de quiénes eran los asesinos de Katyn. Había estudiado los materiales de la Cruz Roja Polaca, que el joven sacerdote Stefan Niedzielak había sacado de contrabando de Varsovia a Cracovia durante la guerra.[12]

Martini ejerció igual presión también sobre otros participantes en los viajes a Katyn que acusaron a los alemanes del crimen. Cuando convocó a Ferdynand Goetel, este pasó a la clandestinidad: se escondió en un monasterio de Cracovia.[13] Goetel comprendió que tenía que dejar Polonia porque estaba en peligro debido a su conocimiento de Katyn. Obtuvo un pasaporte holandés falsificado y pudo salir de Polonia en el verano de 1946. Llegó a Italia vía Checoslovaquia, Baviera y Austria.[14]

Kazimierz Skarżyński, jefe de la delegación de la Cruz Roja que había visitado Katyn, también huyó de la persecución de las autoridades estalinistas. Inicialmente se había escondido cuando los fiscales le pidieron una declaración sobre la autoría alemana de los asesinatos. También había provocado la ira de los comunistas al decir que los polacos culpaban de Katyn, no al pueblo ruso, sino al régimen bolchevique.

Skarżyński se disfrazó inicialmente de comerciante, conduciendo un carruaje tirado por caballos a través de las aldeas para abastecer a los bares de agua con gas. Cuando se dio cuenta de que el régimen comunista se

estaba consolidando, huyó a través de Checoslovaquia a Baviera y, finalmente, a Londres.[15] Allí escribió otro informe sobre sus hallazgos en Katyn y lo entregó al Foreign Office, que lo clasificó como «secreto» y lo puso en los archivos. Un alto diplomático británico señaló que la vida de Skarżyński estaría «en grave peligro» si los soviéticos se enteraran de la existencia de este informe.[16]

El forense Marian Wodziński, que había dirigido las exhumaciones en Katyn, también encontró asilo en Inglaterra. El NKVD lo había arrestado en Cracovia, pero lo liberó al cabo de unos días. Cuando supo que Martini lo estaba buscando, Wodziński huyó de Polonia. En el exilio británico escribió otro informe técnico sobre las investigaciones de Katyn.[17]

En Cracovia, el NKVD encontró 22 cuadernos con notas sobre Katyn en un escondite en la muralla de un monasterio. La policía secreta soviética descubrió que el químico Jan Zygmunt Robel, del Instituto de Medicina Forense, había escrito las notas; fue inmediatamente arrestado e interrogado por Martini.[18] En el Instituto, expertos alemanes, asistidos por profesores polacos que tuvieron que trabajar como auxiliares durante la ocupación, examinaron una vez más los materiales encontrados en las fosas comunes de Katyn, especialmente los documentos. Gracias al tratamiento químico, los nombres de otras víctimas se hicieron visibles; el Instituto informó a los familiares que se pudieron encontrar.[19] Robel había sido uno de esos expertos polacos. Tras la invasión alemana de Polonia, fue llevado primero al campo de concentración de Mauthausen, pero al cabo de unos meses pudo regresar a Cracovia, donde trabajaba como ayudante.[20]

Al acercarse el frente, los polacos que trabajaban en el Instituto copiaron en secreto los informes de investigación por iniciativa de Robel. Luego empacaron las pruebas en cajas de metal, que querían soldar herméticamente y hundir en el fondo de un estanque. Pero los alemanes se enteraron del plan y llevaron las cajas al Instituto de Medicina Forense de Breslavia con un camión militar.[21] Poco antes, su director, Gerhard Buhtz, que había dirigido las exhumaciones en Katyn, había sido atropellado por una locomotora en las cercanías de Minsk, durante la retirada de su unidad. Murió a causa de las heridas.

En enero de 1945 un transporte de la Wehrmacht llevó las cajas de Breslavia a Dresde, donde se perdió su rastro. Se supone que fueron quemadas durante el bombardeo de Dresde. Sin embargo, los informes sobre los objetos y documentos encontrados en las fosas de Katyn no se perdieron para nada. Como precaución, Robel había copiado sus propias notas y escondido estos cuadernos en el ático del Collegium Medicum. Solo reveló este secreto a uno de los miembros del personal del Instituto, que se lo transmitió a su hija. Después de la caída del régimen comunista en 1990, dio los indicios decisivos que llevaron al descubrimiento de los materiales de Robel.[22]

Tras tres meses de detención, Robel había sido puesto en libertad en el otoño de 1945. La razón fue la suspensión de los preparativos para un juicio polaco por Katyn, como resultado de un viaje a Moscú del ministro de Justicia Świątkowski. Inicialmente, Świątkowski informó al viceministro de Asuntos Exteriores Vyshinski, exfiscal general de la Unión Soviética, de que las autoridades polacas iban a interrogar a los miembros de la Comisión Médica Internacional que habían invitado los alemanes a Katyn. Świątkowski anunció que enviaría a su investigador más ambicioso, el fiscal Martini, a Ginebra, Bruselas, La Haya, Praga y Sofía con este fin. Pero Vyshinski, sin explicación, ordenó al ministro polaco que renunciara a un juicio en Varsovia por el crimen de Katyn.[23] Poco después del regreso de Świątkowski de Moscú, la propaganda, según la cual los alemanes eran los autores de la matanza de Katyn, se detuvo en gran medida en Polonia.[24]

El fiscal Martini fue encontrado muerto a golpes en su apartamento en marzo de 1946. El crimen dio lugar a numerosas especulaciones, que dos años más tarde, el 13 de febrero de 1948, culminaron en un sensacional artículo en el periódico de Estocolmo *Dagens Nyheter* . El artículo afirmaba que Martini había inspeccionado los archivos del NKVD durante un viaje a la Unión Soviética y había encontrado contradicciones con el informe Burdenko. El interrogatorio de los testigos soviéticos había aumentado sus dudas; después de todo, había llegado a la conclusión de que los alemanes no habían cometido de ninguna manera este crimen.

El periódico sueco incluso mencionó los nombres de seis oficiales del NKVD que supuestamente dirigieron las ejecuciones, entre ellos Chaim Feinberg y Abram Borisovich; estos dos nombres, sin embargo, eran invenciones y ya habían aparecido en la prensa nazi en 1943. Según el artículo, se había ordenado a dos agentes comunistas que mataran al incómodo Martini, y el crimen se había disfrazado de robo. Con el fin de ocultar los rastros, el NKVD liquidó posteriormente a los dos asesinos, una mujer joven y un estudiante. Los informes en los que Martini expresaba sus dudas sobre la versión de la Comisión Burdenko habían desaparecido de su caja fuerte. La publicación del periódico sueco encontró eco en la prensa británica y alemana. También se repitió como un hecho probado en algunos libros sobre Katyn. En la emigración polaca, sin embargo, se puso en duda.

Los emigrantes polacos conocedores de la situación en Cracovia habían presentado desde el principio la versión de *Dagens Nyheter* como grotesca. Como fuente del informe, nombraron a un amigo de Martini que había huido a Occidente, llamado Mieczysław Gorączko, conocido por sus grandes montajes. Ocasionalmente se presentaba como un exgeneral y vendía a la prensa occidental historias inventadas sobre el bloque soviético.[25]

Hoy en día, los historiadores polacos asumen que la muerte de Martini no estaba relacionada con sus investigaciones en Katyn. No se puede descartar que los autores procedieran de la resistencia anticomunista, que lo consideraba un colaborador de los ocupantes soviéticos. Su expediente personal, sin embargo, sugiere motivos bastante profanos para el asesinato: Martini estaba involucrado en transacciones en el mercado negro, también había molestado a una chica de diecisiete años y, por lo tanto, aparentemente había tenido una seria pelea con su novio. Pero ni en los archivos polacos ni en los soviéticos había la más mínima indicación de que se le permitía evaluar documentos originales del NKVD o interrogar a testigos soviéticos, y mucho menos viajar a la Unión Soviética durante sus investigaciones.[26]

Represión y campañas de prensa

Los servicios secretos soviéticos no querían perder el control de estas investigaciones bajo ninguna circunstancia. Ellos mismos se ocuparon de los miembros de la Comisión Médica Internacional a la que el ministro de Justicia polaco Świątkowski habría querido enviar a su ansioso investigador Martini. En toda Europa oriental los cuadros comunistas entrenados en Moscú ocupaban puestos clave en la policía y el poder judicial, y las sentencias de muerte contra los opositores políticos estaban a la orden del día. En una de las listas de muerte figuraba el médico croata Eduard Miloslavich, miembro de la Comisión Médica Internacional que había visitado el bosque de Katyn por iniciativa de Goebbels. Pero Miloslavich, que también era ciudadano estadounidense, había huido a tiempo y la sentencia de muerte fue dictada en rebeldía por un tribunal yugoslavo.[27]

En la capital búlgara, Sofía, Marko Markov, profesor de medicina que había sido miembro de la Comisión Médica, fue detenido a finales de 1944. Fue amenazado con la pena de muerte por colaborar con los alemanes. Pero después de haber declarado por escrito que los alemanes lo habían obligado a firmar el informe de la Comisión Médica de Katyn, el Tribunal del Pueblo lo absolvió en febrero de 1945, después de tres meses de prisión.[28] En búlgaro y alemán, bajo su nombre, apareció un folleto titulado «El disparo en el cuello», que confirmaba la versión de la Comisión Burdenko.[29]

Su colega de Praga František Hájek tampoco pudo escapar de los servicios secretos de Moscú. Fue arrestado en junio de 1945 y después de tres semanas firmó la declaración deseada: los alemanes habían asesinado a los oficiales polacos en Katyn, pero le habían obligado a decir lo contrario cuando visitaba las fosas comunes. Hájek fue liberado, dio una conferencia radiada sobre Katyn en la que acusó a los alemanes de ser los autores de los crímenes y volvió a ocupar la cátedra de medicina forense en Praga.

Publicó un folleto de 22 páginas sobre la Comisión Médica. El informe decía que se había presionado a los miembros de la comisión para que firmaran el protocolo alemán. Las autoridades judiciales, controladas por los comunistas, encargaron a Hájek que investigara varias muertes

espectaculares en las filas de la oposición. Como deseaban los dirigentes comunistas, Hájek siempre reconoció la muerte accidental o el suicidio.[30]

El profesor de medicina italiano Vincenzo Palmieri, comentando la noticia de que su colega checo Hájek y el búlgaro Markov se distanciaron del informe de 1943 de la Comisión Médica, dijo: «Probablemente habría hecho lo mismo si Nápoles hubiera sido liberada por el Ejército Rojo». A causa de tales declaraciones, Palmieri, un católico practicante, fue objeto de violentos ataques por parte de los comunistas italianos, que estaban firmemente detrás de Stalin en ese tiempo. Los estudiantes comunistas, con carteles de Stalin, perturbaron sistemáticamente sus clases en la Universidad de Nápoles, y el órgano del partido *L'Unità* llevó a cabo una campaña contra él. También recibió amenazas de muerte, por lo que prefirió trasladarse en público siempre acompañado de su asistente como protección personal. Como precaución, enterró su documentación fotográfica de Katyn en su jardín y corrió la voz entre sus conocidos de que desafortunadamente había sido destruida por un incendio doméstico.[31]

El colega rumano de Palmieri, Alexandru Birkle, también estaba en la lista del NKGB por culpa de Katyn. Fue avisado a tiempo y encontró un escondite entre amigos, en Bucarest; cuando había peligro, trepaba por un armario hasta un nicho de pared situado detrás de él. Una y otra vez tuvo que esconderse de esta manera durante meses, perdió más de veinte kilos y tuvo problemas de piel porque apenas veía la luz del sol.

En 1946 un tribunal militar lo condenó en rebeldía «por colaboración» a veinte años en un campo de trabajo. La policía secreta rumana detuvo a su esposa y a su hija, y las tuvo durante un mes en prisión preventiva, pero no abandonó el escondite. La hija logró visitar las embajadas estadounidense y británica para pedir ayuda para su padre. Pero los diplomáticos de ambos estados no vieron ninguna razón para hacer nada por un hombre que se había ofrecido como voluntario para la campaña de propaganda de Goebbels. Al final, sus familiares compraron un pasaporte falso por diez monedas de oro y el profesor Birkle pudo partir hacia Austria de esta manera. Vía Francia, llegó a Argentina, y desde allí se trasladó a Perú, donde obtuvo un puesto de profesor en una universidad.[32]

František Šubík, exrector de la Universidad de Bratislava, poeta del «modernismo católico» y traductor de poesía polaca, también logró escapar por Austria a Baviera con su mujer embarazada. Pero las autoridades de ocupación estadounidenses lo entregaron a Checoslovaquia, donde fue detenido inmediatamente. Estuvo preso durante casi tres años.

Las autoridades le acusaron de haber expulsado a «médicos no arios» del servicio sanitario eslovaco durante la guerra. Pero varios testigos contradijeron esta acusación: había ayudado a varios médicos judíos.[33] Su esposa recaudó fondos entre los conocidos para sobornar a los jueces. Por último, Šubík fue puesto en libertad sin firmar una confesión. Sin embargo, la universidad le negó el título de profesor y tuvo que trabajar como médico rural e informar regularmente a la policía secreta, que lo encarceló una y otra vez durante varios días o varias semanas.[34]

Su colega húngaro Ferenc Orsós había huido de Budapest a tiempo ante la invasión del Ejército Rojo. Llegó a Alemania occidental y se escondió.

Temeroso de ser extraditado a la Unión Soviética, Arno Saxén quemó sus materiales sobre Katyn en Helsinki poco antes del final de la guerra y huyó de su patria finlandesa a Suecia. Después de medio año regresó y fue convocado por una «comisión de control», que incluía a representantes de la embajada soviética. Instaron a Saxén a retirar su firma del informe Katyn de la Comisión Médica. Pero se resistió. Otros profesores finlandeses lo defendieron, y el caso contra él fue finalmente abandonado después de que Saxén se comprometiera a no hablar públicamente sobre Katyn.[35]

Su colega danés Helge Tramsen también fue acusado de participar en el viaje. Los comunistas daneses querían que lo juzgaran por su supuesta colaboración con los alemanes, pero fracasaron. Tramsen había pertenecido a la resistencia contra los alemanes.[36]

El profesor belga Reimund Speleers, por otra parte, fue detenido tras la retirada de la Wehrmacht, por colaboración con los ocupantes alemanes.[37] En su casa, miembros de un grupo comunista encontraron su documentación de Katyn y la quemaron inmediatamente. Un tribunal lo condenó a veinticinco años de prisión y le confiscaron sus bienes.

Su colega holandés, Herman Maximilien de Burlet, iba a pasar cuatro años en prisión y perdería sus derechos civiles durante diez años. Pero el

juicio se llevó a cabo sin él, que había huido a tiempo a la Suiza neutral. El hijo de Burlet había luchado en el Frente Oriental en un batallón de voluntarios holandeses del lado de la Wehrmacht y fue considerado desaparecido.[38]

Las consecuencias de su viaje a Katyn fueron mucho más leves para el profesor François Naville, de Ginebra. En su ciudad natal, los comunistas estalinistas, que entonces ocupaban 36 de los 100 escaños del parlamento cantonal, exigieron su expulsión de la universidad porque había colaborado con los alemanes en Katyn. También lo acusaron de recibir dinero del gobierno alemán. Naville rechazó la acusación en un informe para las autoridades suizas. También negó que los miembros de la Comisión Médica hubieran sido presionados por la Gestapo.

Su actuación fue bien recibida por la prensa. El diario *La Tribune de Genève* publicó incluso extractos del informe de Naville. La embajada soviética en Berna protestó contra esto, pero el Ministerio de Asuntos Exteriores suizo rechazó la crítica de que el debate de Ginebra tenía un carácter antisoviético. En general, los ataques de los comunistas y diplomáticos soviéticos contra Naville fueron extremadamente contraproducentes, ya que la prensa suiza aprovechó la oportunidad para volver a informar ampliamente sobre Katyn.[39]

Para algunos escritores extranjeros, el viaje a Katyn tuvo consecuencias. Después de la guerra, los tres belgas que habían pertenecido a la delegación de escritores tuvieron que ir a la cárcel por colaboración con los alemanes. El admirador flamenco de Hitler Ferdinand Vercnocke fue condenado a cadena perpetua, aunque la segunda instancia redujo la pena a dieciséis años. Pero fue liberado después de un total de seis, encontró un trabajo en el estudio de cine de Bruselas y siguió siendo un activista del movimiento flamenco.

Filip De Pillecyn fue condenado a diez años de prisión, pero fue liberado al cumplir la mitad y lamentó su colaboración con los ocupantes alemanes. Hoy en día, una revista científica está dedicada a la vida y obra del católico flamenco.[40] La pena para el valón Pierre Hubermont fue de dieciséis años, de los cuales cumplió seis. Más tarde escribió artículos bajo seudónimo contra el chovinismo valón.[41] También dedicó un informe de

111 páginas a las controversias sobre Katyn, pero no encontró ningún editor para él; el texto ahora se encuentra en los Archivos del Estado Belga en Bruselas.[42]

Los viajeros franceses de Katyn, Fernand de Brinon y Robert Brasillach, fueron golpeados más duramente: los condenaron a muerte por colaborar con los alemanes. En vista del avance estadounidense sobre París a finales del verano de 1944, el conde Brinon había huido al sur de Alemania, con varios cientos de altos dignatarios del régimen de Vichy. Allí Brinon se convirtió en presidente del gobierno de Vichy en el exilio. Cuando el ejército estadounidense también se acercó a este lugar de refugio, intentó huir a Suiza, pero fue arrestado en la frontera y entregado a las autoridades francesas. La Corte Suprema lo condenó a muerte por colaboración y «falta de dignidad nacional», y fue ejecutado el 15 de abril de 1947.

Para entonces, el escritor Brasillach llevaba muerto más de dos años. Después de la retirada de la Wehrmacht, se había escondido inicialmente en París. Pero cuando las autoridades francesas arrestaron a su madre, se entregó. Durante su juicio, la fiscalía también lo acusó de haber difundido la propaganda de Goebbels, nombrando sus informes sobre Katyn. Brasillach escribió en una declaración: «Queríamos ver Katyn, lo vimos y dijimos lo que vimos».[43]

En un juicio que duró solo seis horas, fue condenado a muerte por traición y espionaje. Su abogado defensor se quejó de que una ley aprobada en 1944 se había aplicado retroactivamente. Aunque numerosos escritores franceses prominentes, que no estaban agobiados por la colaboración, lo defendieron, la sentencia fue ejecutada por fusilamiento el 6 de febrero de 1945. Hoy Brasillach es venerado por la derecha nacionalista en Francia. El día de su muerte, los falangistas españoles también depositaron flores en su tumba en un cementerio parisino porque había alabado el régimen de Franco en un libro sobre España.

Ernesto Giménez Caballero, español del grupo de escritores de Katyn, continuó su carrera después de la guerra: se incorporó al servicio diplomático de Franco, y después de varios años en la representación española en Brasil, se convirtió en embajador en Paraguay. También se hizo

un nombre como director de documentales, especializándose en América Hispana y el patrimonio cultural español.

Trató el tema de Katyn una vez más en sus memorias, pero no cambió su evaluación inicial, que se reflejó en un folleto inmediatamente después de su regreso del viaje. Pero su informe contenía un episodio poco apetecible sobre un «almuerzo inolvidable», que había omitido en sus publicaciones de 1943: «En la gran isba lujosa del bosque de Katyn, donde tuvo su sede el NKVD o Comisariado del Pueblo y luego la GPU, tomamos un almuerzo frugal, compuesto de sakuskas y té… El doctor Buhtz llegó aún remangado y sin lavarse las manos, impregnadas de cadaverina; se sentó. Tomó un pan de sándwich y, sobre él, exprimió un pus que dijo ser pasta de salmón. Y tras tener un rato tal bocadillo entre sus dedos para que se infestara de olor a cadáver, me lo ofreció con una mirada de desafío. Lo tomé. Y hasta lo mastiqué. ¡Bravo! ¡Bravo! ¡El español siempre!».

El olor siguió a Giménez Caballero hasta España: «Al abrir la maleta en el hotel de Barcelona, el olor de Katyn reapareció, se desenroscó serpentino, fétido, y como estaba solo, caí ahora sobre la cama mareado, con náuseas. ¡Vomitando a Katyn!».[44]

12. DERROTA DEL KREMLIN EN NÚREMBERG

Un veredicto del Tribunal de Crímenes de Guerra de Núremberg debía coronar los esfuerzos de los soviéticos para imponer su versión de Katyn: los jueces, incluidos los de los países occidentales, debían autentificarla condenando a los autores alemanes. Por lo tanto, era necesario no dejar ninguna duda en la opinión de los juristas internacionales.

Las condiciones para el cumplimiento de este plan soviético eran muy favorables: no había nadie que pudiera presentar de manera creíble en la prensa la versión de la autoría soviética. Así se había neutralizado a los miembros de la Comisión Médica Internacional: como se ha visto, el checo Hájek y el búlgaro Markov se habían visto obligados a distanciarse de sus firmas para el informe alemán; el eslovaco Šubík y el belga Speleers fueron encarcelados; el holandés De Brunet, el croata Miloslavich, el húngaro Orsós y el rumano Birkle se habían escondido; el finlandés Saxén, el danés Tramsen, el italiano Palmieri y el suizo Naville se encontraron bajo la presión de ataques organizados de grupos comunistas.

En Francia, el tribunal que condenó a muerte al escritor Robert Brasillach como colaborador nazi había clasificado sus textos sobre Katyn como propaganda de Goebbels, por lo que la versión soviética fue oficialmente sancionada. La prensa no pensó lo contrario: el recién fundado diario *Le Monde* describía Katyn como un «juego de propaganda alemana». **[1]**

En el verano de 1945, una campaña de prensa sobre Katyn, que obviamente estaba controlada por Moscú, tuvo una gran respuesta; sin duda tenía la intención de preparar al público estadounidense y británico para los

juicios de Núremberg, en los que Katyn iba a ser tratado como un crimen alemán. En los países escandinavos se lanzaron varios reportajes sensacionalistas. El periódico sueco de izquierda *Trots Allt* dio el primer paso. Refiriéndose a presuntas fuentes en los Países Bajos, informó de que en la guerra, durante sus vacaciones en Holanda los policías alemanes se jactaban de haber matado a judíos y de haberles puesto uniformes polacos para las fosas comunes de Katyn. Los corresponsales americanos lo contaron.[2]

El *New York Times* informó desde Oslo sobre un exprisionero noruego de un campo de concentración. Había testificado que los prisioneros judíos del taller de falsificación de la Gestapo en el campo de Sachsenhausen habían producido los documentos polacos que se habían añadido a los cadáveres en las fosas comunes de Katyn.[3] Además, el corresponsal del periódico informó, citando supuestas informaciones de antiguos oficiales de las SS, que Ribbentrop y Goebbels habían organizado conjuntamente el «fraude de Katyn». A los cuerpos de 12.000 prisioneros asesinados en los campos de concentración les pusieron uniformes polacos y fueron enterrados en el bosque de Katyn.[4]

En este clima, expertos legales de las potencias victoriosas se reunieron en Londres para preparar los procesos de Núremberg. En la Carta de Londres, acordaron que cada parte podría presentar una lista de cuestiones que no serían objeto de los juicios. La lista de prohibiciones de Moscú incluía el Pacto Ribbentrop-Mólotov, la anexión de los tres estados bálticos y las relaciones polaco-soviéticas. Por otro lado, Katyn estaba en la lista de deseos de Moscú, como un crimen cometido por los alemanes.

Para acortar el procedimiento, los expertos jurídicos acordaron una disposición que estaba totalmente en el espíritu del Kremlin: los informes finales de los crímenes de guerra ya investigados por las potencias victoriosas deberían ser admisibles como prueba. El artículo 21 de la Carta decía: «La Corte no exigirá pruebas de hechos generalmente conocidos, sino que tomará nota de ellos de oficio; esto se extenderá a los documentos públicos y a los informes de las Naciones Unidas, incluidas las actas y los actos de los comités establecidos en los distintos países aliados para investigar los crímenes de guerra, así como los expedientes y las decisiones

de los tribunales militares o de otra índole de cualquier organización de las Naciones Unidas».

Guiones de Moscú para el tribunal

La delegación soviética utilizó este pasaje para introducir el informe de la Comisión Burdenko, con el número de documento URSS-54, en el juicio como «prueba irrefutable». El principal fiscal estadounidense, Robert H. Jackson, admitió más tarde que el Departamento de Justicia de Estados Unidos le había dado instrucciones para que mantuviera el caso de Katyn «lo más pequeño posible».[5] Los abogados británicos fueron incluso instruidos por su gobierno para dejar el tema enteramente en manos de la parte soviética, sin intervenir.

Bajo el nuevo primer ministro británico Clement Attlee, del Partido Laborista, se aplicó el eslogan de la inquebrantable amistad británico-soviética. En su partido y en los sindicatos, la opinión predominante seguía siendo que Stalin estaba en camino de construir el socialismo. Los agentes de Moscú que ocupaban puestos clave en el aparato gubernamental, como Kim Philby, contribuyeron a crear un ambiente prosoviético.[6] Philby también recibió información importante sobre las acciones del FBI contra agentes soviéticos en el marco de la cooperación entre los servicios secretos de los Aliados Occidentales.

Attlee detuvo por completo la cooperación con el gobierno polaco en el exilio en Londres. Los polacos no fueron invitados a la celebración de la victoria en el primer aniversario del fin de la guerra, aunque más de cien mil habían luchado bajo el mando supremo británico. Parte de la prensa de izquierda y especialmente los dirigentes de los sindicatos fuertemente infiltrados por los comunistas atacaron a los polacos que se negaron a regresar a su patria debido al terror estalinista, como «neofascistas».

Sin embargo, los abogados británicos de Núremberg no siguieron sistemáticamente la línea del gobierno laborista. Varios de ellos analizaron los materiales de Katyn que el gobierno en el exilio les había enviado. El abogado militar estadounidense Telford Taylor, el asistente de Jackson, incluso se reunió con antiguos oficiales del ejército de Anders.[7]

Miembros de las delegaciones británica y estadounidense intentaron convencer al fiscal principal soviético, el teniente general Roman Rudenko, de que había que retirar la acusación en el caso de Katyn. Diplomáticamente, dijeron que no estaba claro quiénes eran los autores. Pero Rudenko insistió en su posición.[8]

En Moscú se había constituido un grupo de expertos para la preparación de los juicios por crímenes de guerra, encabezado nada menos que por el viceministro de Relaciones Exteriores Andréi Vyshinski. Tenía gran experiencia en la preparación de juicios a gran escala, porque bajo su dirección se habían escrito los guiones de las farsas judiciales de Moscú durante la Gran Purga de Stalin. El principal fiscal Rudenko había sido uno de los ejecutores del Gran Terror en la República Soviética de Ucrania y había trabajado en estrecha colaboración con el líder del partido en Kiev, Nikita Jruschov.

Rudenko también podía recordar su experiencia con los polacos. En junio de 1945 representó a la fiscalía en el «Juicio de los 16» de Moscú. Aquí también Vyshinski había escrito personalmente el guion, que Stalin había aceptado. En esta farsa judicial, los políticos y líderes militares polacos que se oponían a la pertenencia de su país al bloque soviético fueron condenados a duras penas de prisión. El NKGB los había atrapado en Polonia y luego los había secuestrado en Moscú. Con este juicio, Stalin quería demostrar que los políticos pro-occidentales de Polonia no podían esperar ningún apoyo de Occidente. Entre ellos se encontraba Leopold Okulicki, jefe de Estado Mayor del ejército de Anders, a quien la gente del NKVD había golpeado de tal manera durante el interrogatorio al comienzo de la guerra que había perdido todos sus dientes. En 1944 había regresado a la Polonia ocupada y se había convertido en uno de los jefes del ejército clandestino AK. Después de la retirada de la Wehrmacht a principios de 1945, quiso continuar la lucha contra los nuevos ocupantes, el Ejército Rojo. Una vez más, Okulicki, a quien la fiscalía acusó de rechazar el sistema soviético como «aliado de los fascistas alemanes», fue severamente torturado en Moscú; obviamente, los soviéticos tampoco habían olvidado que contradijo enérgicamente a Stalin durante una visita al Kremlin como

acompañante del general Anders. Okulicki murió en la Lubianka como consecuencia de la tortura.

Los medios de comunicación occidentales ignoran en gran medida el trasfondo del «Juicio de los 16». George Orwell lamentó que la prensa británica repitiera ciegamente la versión soviética de que los acusados polacos eran «de alguna manera culpables». Intentó en vano llamar la atención del público británico sobre el hecho de que el proceso era un delito judicial, pero sus artículos no se publicaron.[9]

Al parecer, el Kremlin esperaba que los guiones de Núremberg escritos en Moscú funcionaran sin problemas, y que el último capítulo fuera la ejecución de los acusados. El principal fiscal, Rudenko, anunció con confianza al comienzo del juicio, el 20 de noviembre de 1945, que exigiría la pena de muerte para todos los acusados, ya que las investigaciones soviéticas habían demostrado su culpabilidad. Rudenko había calculado que el juicio se llevaría a cabo de acuerdo con un guion previamente decidido, sin ninguna defensa real, como estaba acostumbrado en la Unión Soviética. Fue un grave malentendido, porque los jueces estadounidenses y británicos no lo vieron de esa manera.

Así pues, Rudenko tuvo que aceptar que, contrariamente a las protestas de la delegación de Moscú, los testigos alemanes hablaran del Protocolo Adicional al Pacto Ribbentrop-Mólotov, según el cual Stalin era cómplice de Hitler en 1939. Rudenko había escrito apresuradamente una carta secreta para los representantes de los Aliados Occidentales en la que señalaba el «daño político» que tal discusión podría causar. Pero los destinatarios la ignoraron. Así que Rudenko se quedó sin nada que decir, salvo que el documento era una falsificación. Pero el acusado secretario de Estado y general de brigada de las SS, Ernst von Weizsäcker, padre del posterior presidente alemán, confirmó su autenticidad. En consecuencia la prensa británica y estadounidense publicó artículos largos sobre la división de Europa del Este en una esfera de interés alemana y soviética, sobre el reparto de Polonia por Hitler y Stalin, y sobre la anexión de los estados bálticos por Moscú.

Estas publicaciones probablemente provocaron la muerte de Nikolái Zoria, general del Servicio Judicial soviético. Fue asignado a Rudenko

como asistente, tenía que asegurarse de que Ribbentrop no hablara ante el tribunal sobre las negociaciones con Mólotov en 1939. Pocos días después de la discusión durante el juicio, que los soviéticos habían intentado evitar, Zoria fue encontrado muerto en su habitación en Núremberg.

Oficialmente, la delegación soviética anunció que se había producido un accidente mientras limpiaba su pistola. Sin embargo, medio siglo después, los miembros de la delegación expresaron la opinión de que Zoria se había suicidado. En el Kremlin, fue considerado responsable de la discusión pública del Pacto Ribbentrop-Mólotov y temía la tortura y el Gulag. Se rumoreaba que Stalin había tenido una rabieta después de la noticia de su muerte y había exclamado: «Entiérralo como a un perro». Sin la ceremonia militar habitual, fue enterrado en el cementerio soviético de Leipzig.[10]

Sin embargo, los historiadores rusos no descartan hoy que fuese asesinado en relación con la acusación de Katyn, porque también en este caso la delegación soviética había perdido el control del juicio. El superior de Zoria, Rudenko, hizo incluir en la acusación el pasaje: «En septiembre de 1941, 925 oficiales polacos que habían sido prisioneros de guerra fueron asesinados en el bosque de Katyn, cerca de Smolensk». El número correspondía al informe de la Comisión Burdenko, que supuestamente había exhumado 925 cadáveres. Doce días después, la delegación soviética corrigió este pasaje, y ahora, como antes en la prensa soviética, se hablaba de 11.000 asesinatos.

Zoria había elaborado también la estrategia del proceso soviético para el subtema Katyn. Se le consideró especialmente apropiado para este fin porque antes había sido asesor jurídico y supervisor del Comité Polaco de Liberación Nacional. El comité había sido fundado en Moscú por iniciativa de Stalin, y sus miembros eran principalmente comunistas que iban a tomar el poder en Varsovia después de la guerra. Según los historiadores rusos, Zoria tenía dudas sobre el informe de Burdenko después de las conversaciones con políticos polacos en Moscú y el análisis de los documentos. Había querido informar a Vyshinski sin saber que este estaba a cargo de las manipulaciones. Por ser un peligro para la seguridad de la fiscalía soviética, había sido eliminado por agentes de Beria.[11]

Paralelamente al proceso en el Tribunal de Núremberg, las autoridades soviéticas organizaron media docena de juicios ficticios por crímenes de guerra alemanes. Como puede verse en los archivos estudiados medio siglo después, las sentencias no solo se habían dictado antes de que comenzara el juicio, sino que también habían sido aprobadas personalmente por Stalin y Mólotov.

Así, a principios del año 1946 un general de la Wehrmacht, siete oficiales y suboficiales, así como tres simples soldados, fueron juzgados por crímenes de guerra por un tribunal militar en Leningrado. El fiscal acusó al soldado Arno Dürre no solo de participar en el asesinato de civiles y en el incendio de aldeas rusas, sino también de participar en la masacre de Katyn. La agencia de prensa Tass, para la cual informó sobre el juicio el escritor ruso Pavel Luknitski, dijo que el interrogatorio había revelado «nuevos detalles sobre las terribles fechorías de los fascistas en el bosque de Katyn». Así, Dürre había declarado que entre 15.000 y 20.000 oficiales polacos, así como civiles rusos y judíos, habían sido fusilados allí.[12]

Al comienzo de la guerra, Dürre, de diecinueve años, se ofreció como voluntario para unirse a la Wehrmacht. Fue ascendido a sargento en la defensa antiaérea, pero después de un procedimiento penal fue degradado a simple soldado y tras unos meses de prisión fue adscrito a un batallón de castigo en el Frente Oriental. Allí fue herido. En julio de 1944 fue capturado por los soviéticos.[13]

En su diario, publicado más tarde, Luknitski analizó el caso de Dürre con más detalle que en los informes de Tass: no había participado directamente en las ejecuciones de Katyn, ya que esto había sido un asunto de las SS. Pero había pertenecido al comando que excavó las fosas comunes: «Los hombres de las SS arrojaron cuerpos, decenas de miles de oficiales polacos, rusos y judíos, traídos en camiones, a estas fosas. Y Dürre estuvo involucrado en su entierro». Después de las ejecuciones, los hombres de las SS habrían celebrado una fiesta de borracheras.[14] Las actas del juicio de Leningrado, que no fueron evaluadas hasta medio siglo después por los historiadores rusos, también muestran, sin embargo, que Dürre dio respuestas absurdas durante el juicio. Explicó, por ejemplo, que Katyn se encontraba en Polonia y que las fosas comunes tenían de 15 a 20

metros de profundidad y estaban cubiertas por los costados con troncos de árboles.[15]

Sin embargo, Katyn ya no fue mencionado en los informes posteriores sobre el juicio, ni siquiera en la querella del fiscal ni en la sentencia. Ocho de los acusados fueron condenados a muerte por su presunta participación en crímenes de guerra y los otros tres fueron condenados a trabajos forzados, incluido Dürre, a quien el tribunal le impuso quince años.[16] En las razones del veredicto, para todos los acusados, se mencionaron en general «los fusilamientos masivos, las bestialidades, los actos de violencia contra la pacífica población soviética, el incendio y el saqueo de ciudades y pueblos, y el secuestro de ciudadanos soviéticos para convertirlos en esclavos alemanes».

La ejecución de los presos tuvo lugar el 6 de enero de 1946, ante miles de espectadores, en la plaza frente al cine Gigant de Leningrado. Cuatro camiones militares, cada uno con dos condenados a muerte en las plataformas de carga, pasaron por debajo de las horcas. Se les puso la soga alrededor de su cuello, luego los cuatro camiones se pusieron en marcha simultáneamente, ocho cadáveres colgaron de la horca y, según los informes, permanecieron allí durante varias semanas. El noticiero soviético filmó la ejecución de las sentencias de muerte, la escena de la ejecución se puede ver hoy en día en Internet.[17]

La hora de los opuestos a Hitler

Fue precisamente durante estos días cuando la delegación soviética en Núremberg tomó la iniciativa en el caso Katyn. Dado que el Tribunal Militar Internacional solo tenía que decidir sobre la culpabilidad individual de los dirigentes del régimen nazi, el fiscal principal, Rudenko, tenía que encontrar a una persona responsable de la ejecución de los oficiales polacos. Eligió al mariscal del Reich Hermann Göring. Según la acusación de Rudenko, Göring emitió personalmente la orden que «una formación militar alemana» con el nombre de camuflaje «Batallón Constructor 537» había ejecutado bajo el mando del teniente coronel Arnes en el verano de 1941. Sin embargo, Rudenko no podía prever que este oficial se presentaría

en Núremberg y frustraría todo su plan. El apellido no era Arnes, sino Ahrens, el primer nombre era Friedrich. Fue él quien descubrió una cruz de abedul sobre una tumba de soldados en el bosque nevado de Katyn mientras perseguía a un lobo.

Fue una coincidencia: uno de los antiguos subordinados de Ahrens, el teniente Reinhart von Eichborn, leyó en un periódico la noticia de la acusación soviética. Pero los hechos que aparecían en el artículo no eran ciertos. Ahrens no había sido comandante de un batallón de construcción, sino del Regimiento de Telecomunicaciones 537. No había tomado el mando del regimiento hasta finales de 1941, pero la acusación de Rudenko mencionaba el verano de 1941.

Eichborn investigó el paradero de Ahrens. Además, hizo una declaración jurada a un notario de que, según su conocimiento, el regimiento comandado por Ahrens no estaba involucrado de ninguna manera en el asesinato en masa de Katyn.[18]

Después de encontrar a Ahrens, se dirigió al oponente interno a Hitler Fabian von Schlabrendorff, a quien conocía desde la universidad y con quien estaba en Smolensk. Eichborn había comprendido que Ahrens estaba en peligro de muerte.[19] La prensa alemana también había informado sobre el proceso de Leningrado, en el que el soldado Arno Dürre fue condenado a quince años de trabajos forzados por su supuesta participación en la masacre de Katyn. Si el tribunal de Núremberg confirma la acusación, Ahrens sería amenazado con la extradición a la Unión Soviética e incluso la horca como oficial.

El propio Eichborn pertenecía al grupo de la resistencia que había planeado ataques contra Hitler; sabía que Schlabrendorff, como antiguo prisionero de un campo de concentración, tenía una buena reputación entre los estadounidenses y mantenía buenos contactos con ellos. Schlabrendorff había sido arrestado después del atentato fallido del coronel Claus von Stauffenberg en el cuartel general de Hitler, el 20 de julio de 1944. En la prisión de la Gestapo de Berlín no reveló los nombres de sus cómplices ni siquiera bajo tortura, salvando de esta manera la vida de Rudolf-Christoph von Gersdorff, que supervisó las exhumaciones en Katyn.[20]

En los últimos meses de la guerra, Schlabrendorff pasó por los campos de concentración de Sachsenhausen, Flossenbürg y Dachau. Dos semanas antes de la rendición alemana del 8 de mayo de 1945, fue llevado a Tirol del Sur junto con otros prisioneros prominentes, entre ellos el excanciller austriaco Kurt Schuschnigg. En el camino, una unidad de la Wehrmacht liberó a los prisioneros de las manos de las SS, lo que fue un caso único. Poco después llegaron las tropas americanas.

El nombre de Schlabrendorff ya era conocido por el servicio secreto estadounidense, OSS. Sus informantes, que viajaban regularmente desde Berlín, habían comunicado al agente del OSS en Berna, Allen W. Dulles, las investigaciones después del atentato de Stauffenberg. Dulles estaba muy interesado en la historia de la oposición a Hitler en la Wehrmacht, y ya trabajaba en un libro sobre ello. Schlabrendorff fue ampliamente interrogado y protegido por el OSS. Cuando expresó el deseo de ver a su familia en Baviera, a la que no había visto desde su arresto por la Gestapo, soldados americanos fuertemente armados lo llevaron en su *jeep* . Se le consideraba en peligro de muerte porque cooperaba con el OSS.

El general William J. Donovan, jefe del OSS, interrogó a Schlabrendorff. También estaba bien informado sobre la resistencia alemana a Hitler. Donovan había conocido al diplomático Adam von Trott antes de la guerra, cuando este viajó a Estados Unidos. Para entender mejor la psicología de los líderes nazis, Donovan incluso aprendió el alemán y progresó tanto que pronto pudo mantener conversaciones en ese idioma.[21]

El OSS fue disuelto en septiembre de 1945 por el nuevo presidente Harry S. Truman, pero Donovan se convirtió en asesor del fiscal principal estadounidense en Núremberg, Robert H. Jackson, por lo que estuvo estrechamente implicado en los preparativos para el juicio de los «principales criminales de guerra», como se le llamó oficialmente.[22] Donovan se encontraba bajo una gran presión política: poco antes, un informante del servicio soviético NKGB que se había rendido al FBI había revelado cuán fuertemente estaba impregnado el OSS por los informantes de Moscú. Donovan fue acusado por su íntimo enemigo Hoover, el jefe del FBI, de haber incluido de manera imprudente a simpatizantes del régimen comunista en el OSS.[23] Algunos de los informantes habían sido dirigidos

por Vasili Zarubin, agente del NKGB en Washington, el exinterrogador del NKVD en el campo de Kozelsk, el mismo al que una carta anónima enviada al jefe del FBI Hoover había acusado de estar involucrado en la masacre de Katyn.[24]

Cuando Donovan se dio cuenta de lo mucho que Schlabrendorff sabía de la dirección de la Wehrmacht, lo aceptó en su equipo de asesores para Núremberg.[25] El opositor a Hitler escribió una serie de análisis para él, incluyendo la actitud de las iglesias alemanes[26] y los generales más importantes de la Wehrmacht hacia Hitler, y los dividió en tres grupos: criminales de guerra leales a Hitler, escépticos que no tuvieron el coraje de oponerse a Hitler y opositores activos que no debían ser tratados como criminales de guerra en Núremberg. En el último grupo nombró a Rudolf-Christoph von Gersdorff, que había sido ascendido a general de división dos meses antes del final de la guerra.[27]

Schlabrendorff, que era abogado, también escribió un memorando para Donovan en el que señalaba un error fundamental en los juicios de Núremberg: los poderes victoriosos eran tanto fiscales como jueces. Instó a los estadounidenses a retirar el cargo en el caso de Katyn. Sobre el informe de Burdenko escribió: «Eso no es verdad. Yo mismo estaba en Katyn en ese momento y fui testigo del descubrimiento de las tumbas de los oficiales polacos. Después de eso, no hay duda de que los oficiales polacos fueron capturados y fusilados por los rusos. Este hecho innegable es conocido no solo por miles de antiguos soldados y oficiales alemanes, sino también por el clero polaco, algunos oficiales ingleses y médicos no alemanes de naciones europeas. Las democracias pondrían seriamente en peligro su buena causa al hacer una afirmación manifiestamente falsa».[28] Su memorándum fue clasificado como secreto.

Schlabrendorff describió más tarde la reacción de Donovan a las frases sobre Katyn: «Su cara se puso roja de emoción, porque se dio cuenta en un instante de que era imposible culpar a los alemanes por este caso, como querían los rusos. Si lo hubiera hecho de todos modos, en cierto modo los que perpetraron la matanza habrían actuado como acusadores».[29]

Donovan entendió que el caso Katyn amenazaba la credibilidad de las potencias occidentales. Transmitió la traducción del memorándum de

Schlabrendorffs a su superior Jackson, a quien llamó «querido Bob».[30] En un breve mensaje, informó a Jackson de que los abogados de Göring podrían insistir en interrogar a los testigos de Katyn «que testifican que este asesinato fue cometido por los rusos».[31] El exjefe del OSS también vio claramente la oportunidad de derrotar a los soviéticos; a diferencia de muchos líderes del Departamento de Estado, ya no creía en las promesas de Stalin, pero tenía una idea clara de los objetivos políticos y los métodos de los diplomáticos y agentes soviéticos.[32]

Donovan logró persuadir a Jackson de que se reuniera con Schlabrendorff y otros opuestos a Hitler. Le hablaron de las órdenes de los líderes nazis a la Wehrmacht que eran contrarias al derecho internacional, incluyendo instrucciones de no capturar a los pilotos y paracaidistas estadounidenses que habían sido derribados, sino matarlos. Jackson escribió en su diario después de la reunión: «Estos hombres eran antinazis, pero no antialemanes».[33]

De este modo, contribuyeron a convencer a Jackson, inicialmente indeciso, de la necesidad de interrogar a los testigos. Su ayudante Taylor señaló que Jackson estaba convencido de que tenía que ofrecer una «fuerte resistencia» al intento soviético de declarar que Katyn era un crimen alemán.[34]

Cambio de táctica de los defensores

A partir de ese momento, los estadounidenses apoyaron la petición de los defensores alemanes de interrogar a los testigos sobre Katyn. No se sabía que Schlabrendorff y Donovan habían impulsado este cambio de opinión. Para la delegación soviética esto fue una afrenta grave. Rudenko protestó vehementemente, invocando el acuerdo de que las pruebas de los juicios concluidos ya no deberían ser puestas en duda. El juez estadounidense Francis Biddle le contradijo: la defensa tenía derecho a cuestionar las pruebas. Rudenko recibió instrucciones de Moscú de insistir en su posición, acusó a los jueces de incumplir sus deberes y de cometer un gran error.

Como notó Telford Taylor, Biddle inició una acción drástica, amenazando a la delegación soviética detrás de las puertas cerradas en un

tono agudo: «La aparición de Rudenko fue tan calumniosa y arrogante que sería reconvenido en Estados Unidos por desacato a la corte, y que debería ser enviado inmediatamente a prisión». Biddle sugirió leer una declaración en el plenario «antes de que Rudenko sea arrestado». Como resultado, los líderes de la delegación soviética en Núremberg cedieron y ya no se resistieron al interrogatorio de los testigos.[35]

Los enfadados rusos declararon que tenían los relatos de 120 testigos sobre la responsabilidad alemana, que deberían ser aceptados como prueba. Sin embargo, después de feroces disputas, los representantes de las potencias occidentales impusieron la propuesta de que cada parte se limitara a tres testigos.[36]

Ambas partes intentaron febrilmente ganar testigos de primera clase para la acusación de Katyn. El defensor de Göring, Otto Stahmer, quería invitar al general polaco Władysław Anders a Núremberg; pero el general, que vivía en el exilio en Londres, se negó categóricamente a testificar a favor de un nazi como Göring. Pero envió una documentación sobre Katyn a Stahmer, y también sugirió a Józef Czapski como testigo. En el ejército de Anders, Czapski había dirigido la oficina que coordinaba la búsqueda de los oficiales desaparecidos.[37]

Después de la guerra, Czapski se reunió con George Orwell en Londres y le explicó los argumentos a favor de la autoría soviética de la matanza de Katyn. Orwell intentó encontrar un editor británico para el libro de Czapski *En tierra inhumana* sobre el destino de los prisioneros de guerra polacos en la Unión Soviética, pero no tuvo éxito.[38] Orwell también apeló en vano a la prensa británica para que no considerara a los polacos exiliados como fascistas.[39] La oposición de Anders al régimen nazi no impidió que la prensa comunista de Europa occidental lo insultara como fascista, ya que también rechazó firmemente el sistema soviético.[40] François Naville, médico forense de Ginebra, tampoco vio ninguna razón para ir a Núremberg. No tenía nada que añadir al informe de la Comisión Médica Internacional de 1943.[41]

En uno de sus informes, Schlabrendorff recomendó a Donovan que llamase como testigo a Gersdorff, que conocía todos los detalles sobre la investigación de las fosas comunes. Gersdorff estaba en cautiverio

americano en ese momento, pero en una posición privilegiada: pertenecía al pequeño grupo de generales alemanes que iban a proporcionar informaciones a los historiadores militares de Washington para una crónica del teatro de la guerra en Europa.[42]

El 6 de marzo de 1946, más de tres meses después del comienzo del juicio de Núremberg, Gersdorff escribió un informe para los estadounidenses titulado «La verdad sobre Katyn». Sin embargo, el informe no fue enviado a Jackson, sino que fue traducido solamente cuatro años más tarde para el Departamento Histórico del Ejército de Estados Unidos en Europa. La traducción de ocho páginas desapareció durante siete décadas en los archivos antes de ser redescubierta. Al principio del texto afirmaba: «No tengo intención de cuestionar o debilitar las acusaciones contra el terror nazi, porque siempre estuve convencido de la culpabilidad del gobierno nacionalsocialista».

En su declaración final, Gersdorff resumió su posición sobre el conflicto: «Este crimen es superado en gran medida por el asesinato de judíos y otros crímenes, especialmente en los campos de concentración. Pero sé a ciencia cierta que estos oficiales polacos no fueron asesinados por los alemanes y especialmente por miembros de la Wehrmacht».[43]

El defensor alemán Stahmer solicitó al tribunal militar permiso para que Gersdorff hiciera una declaración sobre Katyn.[44] De hecho, Gersdorff fue trasladado a Núremberg por los americanos. Sin embargo, para su propia sorpresa, no fue llamado a declarar como testigo en el caso de Katyn, ni tampoco leyó ninguna declaración ante el tribunal. En cambio, fue interrogado fuera del juicio principal por un informe que había escrito al alto mando del ejército en protesta por las masacres de judíos cometidas por las SS en Rusia. Los fiscales clasificaron este informe como incriminatorio para el Estado Mayor alemán.

Como el tribunal no incluyó a Gersdorff en la lista de testigos, Stahmer se basó en Ahrens y Eichborn. Los oficiales del servicio secreto militar americano CIC contactaron a los dos exoficiales de la Wehrmacht, aconsejándoles que mantuvieran sus planes lo más en secreto posible, ya que Baviera estaba repleta de agentes soviéticos. Eichborn informó más tarde: «Los americanos incluso me advirtieron de que un día podría ser

recogido por un *jeep* falso». A petición de Ahrens, llevaron a sus familiares, que vivían en la zona soviética, a un lugar seguro en Berlín occidental.[45]

El general Donovan le hizo una advertencia similar a Schlabrendorff: ¡debería abandonar Núremberg lo antes posible! La razón: Donovan mismo se iría, y no era previsible lo que harían sus oponentes si ya no podía mantener su mano protectora sobre testigos incómodos. Donovan renunció a su puesto de asesor del fiscal Jackson porque había un grave conflicto con él.

El general tenía reservas fundamentales sobre el «juicio ficticio» de Núremberg, porque se aplicarían retroactivamente nuevas leyes y, además, por parte de los vencedores contra los vencidos. De este modo, hizo suya la argumentación de Schlabrendorff. Donovan había sugerido a Jackson que limitara el juicio a Göring debido a esta inseguridad jurídica. Él mismo se había ofrecido a convencer a Göring de que asumiera la culpa principal. Los otros acusados debían ser juzgados por jueces alemanes. Donovan justificó su propuesta con la situación internacional, como escribió Schlabrendorff en sus memorias: «Desde el punto de vista de la política exterior, Estados Unidos debe centrarse sobre todo en Alemania como aliado y, por tanto, en toda Europa occidental. Con un proceso que duraba meses, incluso años, se desencadenaban sentimientos negativos en toda Alemania… El objetivo era evitar que Alemania fuera empujada a los brazos de Rusia».[46] Pero Jackson no aceptó este concepto, al contrario: prohibió a todos los miembros de la delegación que se pusieran en contacto directo con los acusados.[47]

Las nuevas manipulaciones de Vyshinski

Al mismo tiempo que Donovan fue informado sobre Katyn por Schlabrendorff, la Comisión Soviética para el Proceso de Núremberg se reunió en Moscú bajo la dirección de Vyshinski, con la participación de Vsevolod Merkulov, quien ahora dirigía el Ministerio de Seguridad del Estado (MGB).[48]

El protocolo de la reunión secreta enumeraba seis medidas para preparar la acusación de Katyn:

1. Preparación de los testigos búlgaros.
2. Preparar de tres a cinco de nuestros testigos y dos expertos médicos.
3. Preparación de los testigos polacos.
4. Preparar los documentos originales encontrados en los cadáveres y los protocolos de la autopsia.
5. Preparación de un documental sobre Katyn.
6. Preparación de un testigo alemán que participó en la provocación de Katyn.[49]

La preparación de los testigos rusos no causó ningún problema a los hombres de Merkulov. Entre las personas presionadas por el MGB se encontraban los familiares del cerrajero ferroviario Ivan Krivozertsev, que fue uno de los testigos más importantes de los alemanes en la primavera de 1943 y que había huido hacia el oeste con la Wehrmacht. Debían refutar sus declaraciones.[50] Vyshinski se distanció rápidamente del plan de hacer aparecer falsos testigos polacos en Núremberg; en Polonia el tema seguía siendo tabú.

Otro problema fue la búsqueda de un testigo alemán. El MGB seleccionó a Arno Dürre, que ya había acusado a las SS del crimen de Katyn en el proceso de Leningrado de enero de 1946. Pero finalmente los soviéticos renunciaron a él. En los archivos se indica que fue considerado impredecible debido a sus absurdas declaraciones sobre la profundidad de las fosas comunes.[51] Dürre ya no era útil para el MGB. Fue deportado a un campo de trabajo en el distrito de Sverdlovsk al este de los Urales, y enviado a una mina de diamantes con otros prisioneros de guerra. Tenía veinticinco años en ese momento. La tasa de mortalidad entre los trabajadores forzados era muy alta.[52]

En Moscú se reconoció finalmente que la cuestión de Katyn solo podía provocar debates indeseables entre los alemanes, ya que demasiados soldados de la Wehrmacht habían participado en las visitas guiadas en el bosque de Katyn.

Finalmente, el médico forense búlgaro Marko Markov, su colega soviético Victor Prozorovski, que era miembro de la Comisión Burdenko, y Borís Bazilevski, exalcalde adjunto de Smolensk, fueron testigos de la

acusación. Los agentes del MGB no perdieron de vista a los tres en Núremberg ni por un momento.

En primer lugar, se llamó a los testigos de la defensa en el caso Katyn: Ahrens, a quien los fiscales soviéticos querían tildar de asesino de los polacos, Eichborn, que quería salvarle exactamente de esto, y el teniente general Eugen Oberhäuser, jefe de comunicaciones del Grupo del Ejército Central, en Smolensk, superior de ambos. Ahrens informó de cómo se habían encontrado las fosas comunes a principios de 1943, y también describió su conversación con una pareja de rusos que se dedicaban a la apicultura en la orilla del bosque. La pareja había observado la llegada de los polacos en la primavera de 1940 y más tarde escuchó disparos y gritos desde el bosque. Ahrens dejó claro que no había existido ningún Batallón de Construcción 537, y que no había estado en Katyn en el momento del crimen, en el verano de 1941, como decían los informes soviéticos.[53]

Eichborn fue interrogado sobre las líneas de mando en la zona de Smolensk. Explicó que todos los telegramas secretos de Berlín habían llegado a su escritorio antes de ser enviados a los destinatarios. No había recibido ningún informe sobre prisioneros de guerra polacos. El fiscal soviético le preguntó sobre los comandos de las SS que cometieron asesinatos en masa detrás del frente, pero Eichborn no pudo proporcionar ninguna información.[54]

El teniente general Oberhäuser fue el último de los testigos de la defensa alemana. Unos días antes se encontraba todavía en un campo de prisioneros de guerra, fue llevado a Núremberg en un *jeep* estadounidense. Confirmó que Ahrens era profesor en la escuela de comunicaciones de la Wehrmacht en la ciudad de Halle, a 1.200 kilómetros de Katyn, en el momento en que, según fuentes soviéticas, tuvo lugar el asesinato de los oficiales polacos. A lo largo de 1941 no hubo polacos en el distrito de Smolensk. Pero tuvo que admitir que en sus tropas había unas 150 pistolas Walther del tipo con el que se llevaron a cabo las ejecuciones de Katyn.[55]

Gersdorff escribió en sus memorias: «Ciertamente los fiscales sabían que nadie podía dar mejor información sobre Katyn que yo. Los fiscales occidentales aparentemente sospecharon que en este caso yo podría probar la culpabilidad de los soviéticos… En lugar de mí, se citó a testigos que,

con la mejor voluntad del mundo, no podían dar ninguna información sustancial».[56]

Luego fue el turno de los testigos de la fiscalía soviética. Sin embargo, Borís Bazilevski, de Smolensk y Marko Markov, de Sofía, no pudieron satisfacer las expectativas de Vyshinski y Rudenko, aunque el jefe del MGB, Merkulov, los había preparado intensamente para Núremberg mediante el encarcelamiento y la tortura psicológica.

El exalcalde adjunto de Smolensk, Bazilevski, había sido amenazado con la horca si no hacía las declaraciones deseadas en Núremberg. Primero repitió su relato, que ya había dado a la Comisión Burdenko en 1944. Según el alcalde Borís Menshaguin, los alemanes dispararon a los polacos. Cuando se le preguntó qué sabía sobre el paradero de Menshaguin, Bazilevski explicó que este había desaparecido sin dejar rastro en el caos de la guerra.[57]

Sin embargo, esta información no se correspondía con los hechos. En ese momento Menshaguin se encontraba en la Lubianka en Moscú. Anteriormente había resistido la tortura y la presión de los interminables interrogatorios con los que iba a ser preparado como testigo en Núremberg. En un juicio secreto, fue condenado a veinticinco años de prisión por colaborar con los alemanes. Pasó diecinueve años en régimen de aislamiento sin derecho a visitas, correspondencia y paquetes, pero no se dejó quebrar.[58]

Inmediatamente después de Bazilevski, fue interrogado el búlgaro Markov. Como había ensayado, explicó que en la primavera de 1943 los alemanes le habían obligado a firmar el informe de la Comisión Médica Internacional. Sin embargo, durante el interrogatorio cayó en la trampa del defensor Stahmer: admitió que los muertos que había inspeccionado llevaban ropa de invierno.[59] Sin embargo, esto contradecía la denuncia soviética, que databa el crimen en el verano de 1941.

Una pequeña victoria para la defensa alemana

El tercer testigo de la fiscalía soviética fue Victor Prozorovski, el médico forense de la Comisión Burdenko. Prozorovski se centró en la munición

alemana aparecida en las fosas y describió en detalle los documentos fechados en 1941 que supuestamente fueron encontrados entre los cadáveres, pero que en realidad habían sido fabricados en el taller de falsificación del NKVD.

Después de que Markov regresara de Núremberg a Sofía, la fiscalía búlgara detuvo los procedimientos abiertos en su contra por su colaboración con los alemanes. Sin embargo, a Bazilevski no se le permitió regresar a su ciudad natal de Smolensk. Fue confinado en Novosibirsk y aislado de todo contacto con extranjeros. Se le permitió trabajar en institutos científicos.[60]

Después del interrogatorio de los testigos, para sorpresa de los fiscales, el abogado defensor Stahmer presentó 50 páginas de documentación en inglés del gobierno polaco en el exilio sobre la masacre de Katyn. Un exoficial polaco la había llevado a Núremberg en nombre del general Anders. Rudenko trató de deslegitimar la documentación considerándola un «panfleto fascista» y exigió su confiscación por el tribunal. Pero los jueces la llevaron a los archivos. Uno de los fiscales americanos la leyó cuidadosamente y tomó notas detalladas.[61]

Además de los informes de Schlabrendorff, la documentación polaca proporcionó a los abogados estadounidenses más argumentos para considerar incorrecta la versión soviética de la responsabilidad alemana. Consiguieron que el tribunal retirara los cargos en el caso de Katyn. Rudenko y sus expertos no encontraron argumentos en contra y tuvieron que aceptar su derrota.

Churchill escribió ambiguamente en su gran obra sobre la Segunda Guerra Mundial: «El gobierno soviético no aprovechó la oportunidad para librarse de estas terribles y ampliamente creídas acusaciones en su contra». Añadió que era obviamente «un acto de fe» creer en la versión soviética.[62]

Sin embargo, la identificación de los autores de la masacre de Katyn no era tarea del tribunal. Sencillamente, ya no mencionaba este punto, ni aparecía en el veredicto de 209 páginas que se leyó el 30 de septiembre y el 1 de octubre de 1946. Incluso sin el cargo de Katyn, los jueces declararon a Göring y a otros nueve acusados, entre ellos Ribbentrop, el exgobernador general Frank y el exministro de salud Leonardo Conti, culpables de los

crímenes de guerra más graves y los sentenciaron a muerte por ahorcamiento.

Göring solicitó el fusilamiento, pero el tribunal lo rechazó. La noche anterior a la fecha de la ejecución, el 16 de octubre de 1946, Göring terminó con su vida con una cápsula de cianuro. Conti, que había recibido el informe Katyn de la Comisión Médica Internacional en 1943, también se suicidó: se ahorcó en su celda. Siete acusados fueron condenados a largas penas de prisión, pero tres fueron absueltos. Entre estos últimos se encontraba el excanciller del Reich Franz von Papen, que tenía que entregar las fotos de Katyn de Gersdorff al diplomático estadounidense George H. Earle.

Stalin dijo a sus asesores en el Kremlin que no estaba «satisfecho» con el resultado del juicio. El Kremlin renunció a participar en otros procesos internacionales. Una edición soviética de los protocolos no apareció, las publicaciones soviéticas sobre Núremberg omitieron el tema de Katyn. La carrera de Rudenko no se vio afectada por este fracaso. Regresó a su puesto como fiscal general de la República Soviética de Ucrania. El gobierno comunista de Varsovia le otorgó una alta condecoración.

Schlabrendorff, que contribuyó significativamente al fracaso de las tesis de Rudenko, hizo carrera en el sistema de justicia de la República Federal de Alemania: se convirtió en juez del Tribunal Constitucional. Guardaba silencio sobre su papel en el escenario de Núremberg, probablemente porque no quería exponerse a la acusación de haber cooperado con los estadounidenses. En sus memorias solo hay dos frases sobre Katyn: «El hecho de que se haya culpado a los alemanes de este ultraje siempre se notará con vergüenza en la historia legal. El tribunal obviamente ha entendido el asunto y por lo tanto ignora esta acusación».[63] Su memorándum para el general Donovan, escrito en Núremberg, solo se conoció siete décadas más tarde, al igual que el informe de Gersdorff sobre Katyn. En sus memorias, Gersdorff explicó por qué Schlabrendorff y él mismo no informaron públicamente sobre su cooperación con los estadounidenses: la mayoría de los antiguos oficiales de la Wehrmacht habrían considerado esto como traición en ese momento, al igual que los ataques contra Hitler.

Reinhart von Eichborn, que también desempeñó un papel importante en la derrota soviética en Núremberg, trabajó después de la guerra como abogado y luego para un banco estatal, antes de ocupar puestos directivos en la empresa privada. Después de su jubilación, se dedicó sobre todo a la obra de su vida, un diccionario de términos empresariales alemán-inglés, que hoy en día se considera una obra estándar. Como también hablaba un español excelente y había viajado a Madrid con frecuencia por razones profesionales, también publicó un diccionario alemán-español de términos económicos.[64]

13. GUERRA FRÍA Y «REALPOLITIK» EN OCCIDENTE

La disputa sobre el caso de Katyn en Núremberg no se hizo pública. El gobierno laborista de Londres, que simpatizaba con Stalin, suprimió cualquier información al respecto. En la Casa Blanca y en el Departamento de Estado de Washington, muchos asesores del difunto Roosevelt, que también simpatizaban, en general, con Stalin, influían todavía en la política exterior. En los últimos años de su vida, el propio Roosevelt había rechazado enérgicamente cualquier crítica a Stalin. Durante la guerra, el jefe del FBI, J. Edgar Hoover, había escrito en vano muchas cartas de alerta a la Casa Blanca sobre la infiltración de agentes e informantes soviéticos en el aparato gubernamental.[1]

El viejo compañero político de Roosevelt, George H. Earle, su enviado especial para los Balcanes, lo encontró incomprensible. Cuando Earle le preguntó si la Unión Soviética no supondría una amenaza aún mayor después de la derrota alemana, el presidente respondió: «Estos rusos, 180 millones de personas, hablan 120 dialectos diferentes. Cuando esta guerra termine, todo se derrumbará como una centrifugadora en muchos pedazos y volará a gran velocidad en todas direcciones».[2]

Roosevelt opinaba, sin embargo, que la guerra con Japón podría durar otros cincuenta años si la Unión Soviética no establecía un segundo frente en Asia. Por lo tanto, Estados Unidos continuó apoyando a las tropas de Stalin a gran escala con armas y suministros. Mientras tanto, el presidente de Estados Unidos llevaba una década en el cargo, por lo que acabó sucumbiendo al síndrome del palacio: solo toleraba los aplausos, y reaccionaba alérgica y resentidamente a las críticas. Así, en el momento del

conflicto de Katyn, el círculo interno de la Casa Blanca consistía exclusivamente en partidarios de una alianza estrecha entre Estados Unidos y la Unión Soviética. El mismo estado de ánimo dominó a gran parte de la prensa estadounidense, y corresponsales en Moscú, como Richard Lauterbach de la revista *Time* , desempeñaron un papel importante.

Por esta razón, los informes sobre Katyn que las agencias estadounidenses enviaron a la Casa Blanca ni siquiera llegaron a la oficina presidencial o no fueron tomados en serio allí. Durante la Segunda Guerra Mundial, varias fuentes oficiales informaron del asesinato en masa de oficiales polacos en la Casa Blanca. Todas esas fuentes, sin excepción, llegaron a la conclusión de que se trataba de un crimen soviético:

1. Los diplomáticos estadounidenses acreditados por el gobierno polaco en el exilio informaron repetidamente sobre la búsqueda de los polacos desaparecidos, cuyos rastros se perdieron en la primavera de 1940, y también sobre la investigación de las fosas comunes.
2. La embajada estadounidense en la Unión Soviética analizó las reacciones de Moscú a las noticias sobre Katyn.
3. El servicio de inteligencia militar CIC envió sus análisis, según los cuales la versión de Goebbels sobre Katyn debía considerarse correcta.
4. Los británicos enviaron sus informes sobre los interrogatorios de los oficiales del ejército de Anders a Washington.
5. El teniente coronel Henry J. Szymanski, oficial de enlace de Estados Unidos en el ejército de Anders en Oriente Medio, también interrogó a los polacos internados en la Unión Soviética, incluido Józef Czapski, que había recogido todas las informaciones sobre los desaparecidos. El graduado en West Point compiló una documentación sobre Katyn. Pero fue severamente reprendido por sus superiores militares: sus informes eran «tendenciosos», no tenía que interferir en la política.[3]
6. George H. Earle envió a la Casa Blanca un resumen de los informes de Katyn del rumano Alexandru Birkle y del búlgaro Marko Markov, que habían pertenecido a la Comisión Médica Internacional, y de otros materiales que había recibido de diplomáticos polacos. En una reunión con Roosevelt en mayo de 1944, quería hablar de Katyn;

también tenía fotografías de las fosas comunes, posiblemente de la colección de Gersdorff, que le habían llegado a través del embajador alemán en Turquía, Franz von Papen. Pero Roosevelt cortó los comentarios de Earle: «Esto es propaganda alemana y una conspiración alemana». Earle informó más tarde: «Para mi horror, descubrí que el presidente estaba absolutamente convencido de que los alemanes habían cometido esta masacre».[4]

7. En mayo de 1945, el teniente coronel John H. Van Vliet dictó su informe sobre el viaje de prisioneros estadounidenses y británicos a Katyn. Pero sus superiores militares clasificaron el informe como secreto. Van Vliet recibió la orden oficial de no hablar con nadie sobre sus observaciones en Katyn.[5]

Estos siete expedientes se mantuvieron en secreto durante años, y sus resultados ni siquiera se incluyeron en los documentos de estrategia de la Casa Blanca; ni se mencionaron. En cambio, como información de fondo de la controversia sobre Katyn, los altos cargos recibieron el informe de Kathleen Harriman, la hija del embajador de Estados Unidos W. Averell Harriman, que había adoptado de forma acrítica los resultados de la Comisión Burdenko.

Incluso el nuevo embajador Arthur Bliss Lane, que iba a ser enviado a Varsovia, recibió el papel de la hija del embajador como preparación para el puesto. En una breve reunión con Roosevelt, describió el peligro de que Stalin instalara regímenes títeres comunistas en los países donde el Ejército Rojo estaba emplazado. Roosevelt solo respondió que no iría a la guerra por esta razón. Más bien, quería aceptar una zona de influencia soviética. Sin embargo, según el presidente, la Casa Blanca debería insistir dentro de diez o quince años en un referéndum en el que los polacos votasen si realmente querían el socialismo. Lane escribió en retrospectiva: «Expresé mis dudas sobre la viabilidad de este plan».[6] Lane se mostró muy sorprendido cuando en Varsovia se enteró de que muchos de sus interlocutores de los partidos burgueses polacos no culparon a la Wehrmacht por el asesinato masivo de Katyn, sino al NKVD.[7]

Según sus biógrafos, Roosevelt creyó en la sinceridad de Stalin hasta el final. Tenía en mente garantizar la paz en el mundo junto con la Unión

Soviética en las Naciones Unidas. Por esta razón, su reacción fue extremadamente brusca cuando su amigo George H. Earle, después de terminar su misión en los Balcanes a finales de marzo de 1945, anunció en una carta que quería ir a la prensa con su informe sobre Katyn. Roosevelt le escribió que no podía permitir que se difundiera una «opinión desfavorable» sobre un aliado, infligiendo un «daño irreparable» al esfuerzo bélico conjunto. Roosevelt dio instrucciones para trasladar a Earle como diplomático a la Samoa Americana, en el océano Pacífico, lo más lejos posible de Washington.[8] Fue una de las últimas decisiones de Roosevelt, dos semanas después, el 12 de abril de 1945, murió.

Su sucesor Harry S. Truman, inicialmente también tenía una opinión muy positiva de Stalin. A principios de julio de 1945, Washington y Londres rompieron las relaciones diplomáticas con el gobierno polaco en el exilio. Este paso se justificó formalmente por el surgimiento del nuevo gobierno en Varsovia, al que el ex primer ministro en el exilio Mikołajczyk pertenecía como vice primer ministro y ministro de Agricultura. Esto aseguró la continuidad jurídica desde el punto de vista de las potencias occidentales. El exembajador polaco en Moscú Stanisław Kot, que había preguntado repetidamente a Stalin, Mólotov y Vyshinski personalmente sobre los oficiales desaparecidos, también se puso al servicio del nuevo gobierno: se convirtió en embajador en Roma.

En la Conferencia de Potsdam a finales de julio y principios de agosto de 1945, el inexperto Truman no fue capaz de afirmarse mucho contra Stalin, sobre todo porque entre sus consejeros se encontraba el embajador especial Joseph E. Davies, el admirador de Stalin. Poco antes, en Moscú, Davies había recibido la Orden de Lenin, la más alta condecoración soviética, que rara vez se otorgaba a los extranjeros. En su discurso de aceptación, rindió un homenaje especial al esfuerzo de Stalin por la paz en el mundo.

Según las memorias de un diplomático americano, Truman preguntó a Stalin por los oficiales polacos desaparecidos en la conferencia de Potsdam, pero Stalin solo dijo: «Se han marchado». Más tarde Truman relató a sus asesores: «Stalin era un buen hombre, quería hacer lo correcto.[9]

Churchill, que había viajado a Potsdam con mucho más escepticismo, tuvo que ceder el paso al nuevo primer ministro Clement Attlee en medio de la conferencia, después de que los conservadores perdieran sorprendentemente las elecciones contra el Partido Laborista. Attlee tenía aún menos experiencia que Truman, por lo que Stalin no encontró obstáculos a la instalación de gobiernos títeres comunistas en todos los países ocupados por el Ejército Rojo.

En Varsovia, el ex primer ministro en el exilio Stanisław Mikołajczyk, que ahora era jefe del Ministerio de Agricultura, tuvo que señalar con indignación que el ministro de Justicia Henryk Świątkowski había preparado un caso Katyn como un crimen de guerra alemán. Cuando Mikołajczyk comprendió que los comunistas falsificaban sistemáticamente todas las elecciones y, sobre todo, que no temían a los asesinatos políticos, huyó de Polonia y encontró asilo en Estados Unidos. También Stanisław Kot renunció como embajador en Roma, y permaneció en el exilio.

Contraofensiva de los anticomunistas

Truman se concentró inicialmente en la política interna y en la económica, mientras que en el Ministerio de Asuntos Exteriores el prosoviético Joseph E. Davies continuó teniendo una gran influencia en la línea política con respecto a Moscú. Por él, el Departamento de Estado continuó asegurando en los primeros años de la posguerra que el canal estatal La Voz de América no informara sobre Katyn en su programa en polaco. Así se leyeron varios capítulos del libro de Mikołajczyk *The Rape of Poland* (La violación de Polonia), sobre el régimen comunista, pero sin los pasajes sobre Katyn.[10] El pintor y escritor Józef Czapski fue invitado a relatar sus experiencias como oficial de las tropas polacas bajo el mando supremo británico, pero solo con la condición de que no mencionara Katyn.[11]

Lo mismo le sucedió al periodista Julius Epstein, que también tuvo una colisión con La Voz de América, lo que tendría consecuencias de largo alcance. Epstein venía de una familia judía de Viena. En 1933 publicó una antología titulada *Weltgericht über den Judenhass* (Tribunal mundial del odio judío) sobre el creciente antisemitismo en Europa central.

Originalmente había sido comunista, pero las informaciones sobre la vida cotidiana en la Unión Soviética, así como sus experiencias personales con funcionarios dogmáticos del partido, le habían hecho cambiar.

Inmediatamente después de que los nazis tomaran el poder en el Reich alemán, se trasladó a Praga y huyó con su familia a Estados Unidos en 1938. Allí trabajó como corresponsal para periódicos suizos y periódicos de opositores alemanes a Hitler que aparecieron en el extranjero. Durante la guerra consiguió un trabajo como analista y autor de noticias en alemán en la Oficina de Información de Guerra (OWI), pero allí tuvo problemas debido a su anterior pertenencia al Partido Comunista.[12] En el curso de su trabajo se enteró de los informes secretos sobre Katyn, pero el tema era tabú para la OWI.

Epstein hablaba muy bien inglés y pronto trabajó también para los periódicos americanos. Siguió interesado en el tema de Katyn y se entrevistó con representantes de asociaciones polacas en Estados Unidos. Cuando sugirió el tema a la La Voz de América, se le dijo que no había «luz verde» para ello, porque «despertaría el odio de Stalin entre los polacos».[13] En 1949 escribió artículos sobre el crimen de Katyn para el *Herald Tribune* y el semanario alemán *Die Zeit* , en los que acusaba a las autoridades estadounidenses de tramar una «conspiración de silencio». Epstein se puso en contacto con Arthur Bliss Lane, que entretanto había regresado a Estados Unidos después de su estancia como embajador en Varsovia. Lane estaba bien informado sobre el terror estalinista contra los partidos democráticos en Polonia; tenía buenos contactos con el vice primer ministro Mikołajczyk, un conservador, cuyos colaboradores más cercanos habían sido arrestados, asesinados por presuntos desconocidos o simplemente estaban desaparecidos.

Junto con diplomáticos británicos, Lane había reunido dieciséis grupos de observadores en Varsovia que registraron las manipulaciones sistemáticas en las elecciones parlamentarias polacas de 1947. Abandonó el país cuando se hizo evidente que los comunistas habían falsificado completamente las elecciones. Sobre sus experiencias a orillas del Vístula, Lane escribió un libro titulado *I saw Poland betrayed* (Vi a Polonia traicionada), en el que también acusaba a la Casa Blanca de ingenuidad e

ignorancia ante los estalinistas. Sobre Katyn escribió: «Los nazis y los soviéticos no solo acordaron la destrucción del estado polaco, sino que también utilizaron los mismos métodos de un estado policial para acabar con el espíritu de independencia polaco».[14]

Poco después de la salida de Lane de Varsovia, el nuevo hombre fuerte en Polonia, el presidente Bolesław Bierut, un antiguo agente del NKVD, dio la orden de poner en escena farsas judiciales contra sus opositores e introdujo el culto a Stalin. El establecimiento de regímenes estalinistas en toda Europa oriental condujo a un cambio en el clima político de Estados Unidos. Truman también había perdido hacía mucho tiempo todas las ilusiones sobre Stalin. Proclamó el principio de política exterior que pasó a la historia como la «Doctrina Truman»: Estados Unidos ayudará a todos los «pueblos libres» a defenderse contra los grupos armados que quieren abolir la democracia. Fue un profundo distanciamiento de la ilusión de Roosevelt de que Estados Unidos y la Unión Soviética podían garantizar juntos la paz mundial.

Junto con Epstein, Lane fundó y presidió el Comité Americano para la Investigación de la Masacre de Katyn. Al comité se unieron varios publicistas y políticos, entre ellos Allen W. Dulles, el futuro jefe de la CIA, que como agente del servicio secreto OSS en Berna, había mantenido contacto con los oponentes alemanes a Hitler durante la guerra. William J. Donovan, el exjefe del OSS, despedido por Truman, también se unió.

Lane escribió una carta a Andréi Vyshinski, que mientras tanto se había convertido en ministro de Asuntos Exteriores soviético, haciendo preguntas sobre Katyn y los oficiales desaparecidos de los campos de Ostashkov y Starobelsk. No obtuvo respuesta. Pero el gobierno de Estados Unidos también ignoró las peticiones de la comisión de inspeccionar los archivos. Al principio, los principales medios de comunicación tampoco se interesaban por el comité.

Sin embargo, en la Alemania occidental, el servicio secreto militar CIC había comenzado a interrogar a refugiados rusos y polacos, así como a antiguos soldados de la Wehrmacht, sobre Katyn, sin que el público estadounidense tuviera noticia de ello. La tarea era responder a la pregunta básica: ¿responsabilidad alemana o soviética?[15] Pero las informaciones

eran contradictorias y en su mayoría no verificables. En 1948, el CIC compiló un primer dossier de Katyn.[16]

La prensa estadounidense no descubrió el tema hasta después de que su país entrara en la Guerra de Corea en nombre de las Naciones Unidas, en 1950. Stalin había dado luz verde al ataque del régimen terrorista norcoreano armado por Moscú en el sur del país. Moscú boicoteó las sesiones del Consejo de Seguridad de la ONU, por lo que no pudo vetar la resolución sobre la Guerra de Corea; fue uno de los muchos errores cardinales de los últimos años de la vida de Stalin, cuando sufrió cada vez más paranoia y ordenó nuevas purgas, no solo en la Unión Soviética, sino también en los países ocupados de Europa oriental.

En Estados Unidos, los informes sobre el asesinato de prisioneros estadounidenses por las tropas norcoreanas y chinas ocuparon las portadas de la prensa. Los editorialistas preguntaron por qué la Casa Blanca había permitido que toda Asia se viera amenazada por el yugo del comunismo. Solo un año antes, tras la victoria en la guerra civil, los comunistas chinos habían tomado el poder y establecido un régimen de terror que, como antes en la Unión Soviética, se cobró la vida de millones de «enemigos de clase». Los reporteros de guerra estadounidenses informaron de que los pilotos soviéticos tripulaban aviones con emblemas chinos, que habían sido derribados. Esto demostró que la Unión Soviética era una parte beligerante en el conflicto.

Las noticias de Corea cambiaron finalmente el ambiente político en Estados Unidos, el «Tío Joe», tratado con gran indulgencia por Roosevelt y la mayoría de la prensa americana, se había convertido ahora en un enemigo para el público. El aliado equipado y alimentado en la guerra fue visto como una amenaza, especialmente desde que la primera bomba atómica soviética había sido detonada en 1949. Según parte de la prensa, los rusos habían podido construir la bomba porque sus agentes habían espiado secretos nucleares estadounidenses.

El senador republicano por Wisconsin Joseph McCarthy dirigió el movimiento para proteger al país de la amenaza soviética. Afirmó que el Departamento de Estado había sido infiltrado por agentes soviéticos. En el Congreso, el Comité de Actividades Antiamericanas, formado

originalmente para evitar la infiltración de simpatizantes nazis en la política estadounidense, abordó el tema. Uno de los objetivos del comité fue el embajador especial de Roosevelt, Joseph E. Davies, por su ingenuo culto a Stalin. El comité encontró que la película *Misión en Moscú* , basada en el libro de Davies del mismo nombre, era propaganda prosoviética. Davies, que mientras tanto se había retirado del servicio diplomático, fue criticado por no haber entendido las intenciones de Stalin.

El excorresponsal de *Time* en Moscú, Richard Lauterbach, que había estado en Katyn y había adoptado la versión de Burdenko, también se vio presionado. Después de su regreso a Estados Unidos, había seguido elogiando la «construcción del socialismo» en la Unión Soviética en muchas ocasiones. Cuando se quejó de los artículos críticos con Stalin por parte de sus colegas, fue despedido.[17] Murió inesperadamente de polio en 1950, cuando acababa de cumplir treinta y seis años.[18]

La Comisión Madden

En vista del cambio en el ambiente político, Epstein trató de llevar el tema de Katyn a los medios de comunicación. Señaló que los prisioneros de guerra estadounidenses en la Guerra de Corea fueron asesinados de la misma manera que los polacos en Katyn: con un disparo en el cuello.

Mientras tanto, Epstein se enteró de que el teniente coronel John H. Van Vliet y otros oficiales estadounidenses y británicos habían sido llevados a Katyn por los alemanes como testigos. Pero el informe de Van Vliet no estaba anotado en ningún registro oficial, y aparentemente había desaparecido sin dejar rastro. Epstein llegó a la conclusión de que la información sobre Katyn fue sistemáticamente ocultada al público estadounidense. Escribió un folleto de 15 páginas sobre su investigación, titulado «Los secretos del informe de Van Vliet», en el que acusaba a los altos cargos de Roosevelt de haber hecho la vista gorda ante la política criminal de Stalin, en la lucha contra otro criminal político, Hitler.[19]

El congresista demócrata Ray J. Madden, de Indiana, en cuya circunscripción vivían muchos emigrantes polacos, se interesó por el caso. Encontró una mayoría en la Cámara de Representantes a favor del

establecimiento de una comisión de investigación para aclarar el bloqueo de información sobre Katyn por parte de las autoridades estadounidenses. El propio Madden dirigió el «Comité para la realización de una investigación y estudio de los hechos, pruebas y circunstancias de la masacre en el bosque de Katyn». La Comisión Madden, como la llamaban los medios de comunicación, estaba formada por cuatro miembros del Partido Demócrata, en el poder, y cuatro republicanos.

Entre el 1 de octubre de 1951 y el 14 de noviembre de 1952, la comisión interrogó a un total de 81 testigos en Washington, Chicago, Londres, Berlín, Fráncfort y Nápoles. Incluyó 181 pruebas en su documentación, la mayoría copias de documentos, pero también fotografías, y evaluó más de 100 declaraciones escritas. Madden también pidió a los gobiernos de Varsovia y Moscú materiales y respuestas a preguntas sobre Katyn.

El Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Popular de Polonia informó brevemente a Madden de que no tenía la intención de volver a examinar la cuestión, que ya se había resuelto. En Moscú, el viceministro de Asuntos Exteriores Andréi Gromyko, exembajador en Washington, recomendó que el Politburó dejara sin respuesta la carta de Madden. Pero al final la embajada soviética en Washington envió el informe de la Comisión Burdenko a la Comisión Madden, pero sin más explicaciones.[20]

Los responsables de la Casa Blanca sugirieron entonces a Truman que aclarara la posición de Washington en el conflicto: debería recibir al exembajador polaco Tadeusz Romer: «Esto tendría un efecto bonito con respecto al Kremlin».[21] Romer era el representante del gobierno en el exilio, a quien Mólotov había anunciado la ruptura de las relaciones diplomáticas en abril de 1943 debido a la controversia sobre Katyn. Pero Truman ignoró el consejo.

El Kremlin estaba bien informado sobre la posición de la Casa Blanca. Mientras tanto, Kim Philby se había convertido en el agente del servicio secreto británico SIS en Washington. Se reunía regularmente con el jefe del FBI J. Edgar Hoover y el director de la CIA Allen W. Dulles para intercambiar información y conocer detalles sobre la «lucha contra la

amenaza comunista». Philby también recibió información sobre el desciframiento de los telegramas de la embajada soviética, así como sobre los contactos de los americanos en la República Popular de Polonia.[22] Los informes de las investigaciones internas sobre Katyn también pasaron por su escritorio.

La Comisión Madden interrogó a los testigos estadounidenses con especial minuciosidad, porque quería aclarar las omisiones en su propio aparato gubernamental. El primer testigo al que escucharon fue el oficial Donald B. Stewart, que había sido llevado al bosque de Katyn en mayo de 1943 con John H. Van Vliet, en un grupo de prisioneros de guerra aliados. Stewart confirmó su anterior declaración: sus camaradas estadounidenses y británicos habían llegado a la conclusión de que los polacos asesinados solo habían estado en el campo durante un corto período de tiempo, debido al buen estado de su ropa. Si, como afirmaron los soviéticos, hubieran trabajado realmente en la construcción de carreteras durante más de un año, los uniformes y las botas se habrían desgastado.

La comisión interrogó con especial profundidad a Van Vliet, quien había escrito el informe desaparecido sobre el viaje a Katyn. En el momento en que se creó la comisión, Van Vliet estaba destinado en la Guerra de Corea. Cuando recibió la citación a la comisión, fue inmediatamente retirado de la zona de guerra: el alto mando no quiso correr el riesgo de que fuera capturado por los comunistas como un testigo importante. El teniente coronel Henry Szymanski, el oficial de enlace de Estados Unidos en el ejército de Anders, relató a la Comisión Madden cómo sus superiores desestimaron su dossier de Katyn por «unilateral» y le prohibieron que siguiera investigando.

George H. Earle, exgobernador de Pensilvania y emisario para los Balcanes, relató a los asombrados miembros de la comisión cómo Roosevelt lo deportó a Samoa debido a sus críticas a las políticas prosoviéticas de la Casa Blanca. Según Earle, el exembajador Joseph E. Davies fue el culpable de hacer de Stalin un «Santa Claus». Roosevelt cometió el error cardinal de ignorar la resistencia alemana contra Hitler, explicó Earle. El almirante Canaris, jefe de la defensa alemana, había utilizado su información para ayudar a los Aliados Occidentales, incluso

salvando a Churchill de un intento de asesinato. Canaris le había informado de la actitud de importantes generales de la Wehrmacht: «Rechazan a Himmler, odian a Ribbentrop y a toda la banda».[23]

Más tarde Earle acusó al difunto presidente de haber prolongado innecesariamente la guerra y, por lo tanto, de ser responsable de la muerte de cientos de miles de soldados estadounidenses debido a su negativa a apoyar la resistencia alemana contra Hitler. Roosevelt también tenía la culpa de que el Ejército Rojo hubiera penetrado en Europa central y de que Moscú subyugara a los países ocupados.[24]

La comisión presionó al exembajador de Estados Unidos en Moscú, W. Averell Harriman. Mientras tanto, había perdido todas las ilusiones sobre Stalin que había tenido al principio de su estancia en Moscú en 1943. A su regreso a Washington en 1946, fue uno de los defensores de la «política de contención»: consideraba el expansionismo de Stalin como una gran amenaza para los estados democráticos. La Comisión Madden confrontó a Harriman con las críticas de los corresponsales estadounidenses a la Comisión Burdenko. Harriman fue criticado por no mencionar las dudas de los corresponsales experimentados en su informe a la Casa Blanca. Pero Harriman respondió que no podía recordar.

Kathleen Harriman, la hija del diplomático, causó una impresión desastrosa ante la comisión. Respondió a la mayoría de las preguntas diciendo que no se acordaba. Tuvo que admitir que no tenía ninguna competencia para juzgar la presentación de la Comisión Burdenko. Sin embargo, en su informe de 1944 había afirmado con confianza que las pruebas de la culpabilidad alemana eran abrumadoras. El comité señaló que su informe no profesional fue el único expediente de Katyn enviado por el Departamento de Estado a los cargos superiores del gobierno a Washington, mientras que todos los análisis técnicos que llegaron a la conclusión contraria no circularon.[25]

Arthur Bliss Lane confirmó que había recibido solo el papel de Kathleen Harriman en preparación para el puesto de embajador en Polonia. El principal fiscal de Núremberg, Robert H. Jackson, tuvo que admitir ante la comisión que el Departamento de Estado no le había proporcionado materiales adecuados para la acusación en el caso de Katyn y que él no

había tenido conocimiento de la existencia de análisis que subrayaran la autoría soviética.[26] Sin embargo, Jackson no dijo una palabra sobre el memorándum de Schlabrendorff que el general Donovan le había enviado en Núremberg, ni mencionó a ninguno de los dos. Sus nombres tampoco figuran en ninguna otra parte de las actas de la comisión.

Polacos y alemanes en el estrado de los testigos

El segundo gran grupo de testigos fueron los polacos, empezando por el general Władysław Anders, que, al igual que el exembajador Stanisław Kot, dio información sobre las conversaciones en el Kremlin con Stalin, Mólotov y Vyshinski. Los escritores Ferdynand Goetel y Józef Mackiewicz describieron sus observaciones durante la investigación de las fosas comunes. Kazimierz Skarżyński, ex secretario general de la Cruz Roja Polaca, confirmó que el alcalde de Smolensk, Borís Menshaguin, había acusado el NKVD del crimen de Katyn. El pintor y escritor Józef Czapski explicó cómo recogió sistemáticamente información sobre los oficiales desaparecidos. El exjefe del Gobierno en el exilio Stanisław Mikołajczyk informó sobre el intento de los comunistas de celebrar un juicio ficticio sobre Katyn en Varsovia, en el que se iba a establecer la culpabilidad de los alemanes.

La aparición de un presunto testigo ocular fue espectacular: declaró que se presentaba disfrazado porque, de lo contrario, tendría que temer por la vida de sus familiares en la República Popular de Polonia. El testigo, a quien se le puso el seudónimo de John Doe, fue autorizado a testificar con un saco de tela blanca sobre la cabeza, con agujeros hechos para los ojos y la boca. Las fotos pasaron por toda la prensa internacional. John Doe explicó que había huido de un campo soviético con otros dos soldados polacos en octubre de 1940. En una noche, el grupo había atravesado el bosque de Katyn. Cuando los refugiados oyeron el ruido de un motor, se subieron a un árbol para esconderse. Desde el árbol observaron a hombres del NKVD disparando a 200 oficiales polacos a la luz de los faros allí instalados. John Doe también mostró a los comisionados cómo se llevaron a

cabo exactamente las ejecuciones.[27] La prensa polaca del exilio, sin embargo, lo clasificó como un estafador.[28]

Otro polaco, que se llamaba «Mister B», apareció con una máscara. El diputado Madden dijo a la prensa que esto se hacía por los familiares del testigo en Polonia. Fue el profesor de economía Stanisław Swianiewicz, quien una vez más describió cómo sus camaradas fueron llevados desde la estación de Gnezdovo hasta el bosque de Katyn.[29]

Los parlamentarios estadounidenses concedieron especial importancia a la Comisión Médica Internacional, porque sus dos miembros que permanecieron bajo control soviético, el checo František Hájek y el búlgaro Marko Markov, se habían distanciado del informe alemán de 1943. La Comisión Madden invitó a ambos a una audiencia por correo, pero las cartas fueron interceptadas por la policía secreta, tanto en Praga como en Sofía.

Además de estos dos, cuatro de los doce médicos no comparecieron ante la Comisión Madden: el eslovaco František Šubík, que todavía estaba bajo la supervisión de las autoridades comunistas de Checoslovaquia; el holandés Herman Maximilien de Burlet, que mientras tanto vivía en Alemania occidental, pero que como antiguo activista de un grupo nazi no fue llamado por la Comisión Madden; el belga Reimond Speleers, que había muerto en prisión en 1951, y el finlandés Arno Saxén, que había sufrido un ataque cardíaco mortal en una conferencia celebrada en Zúrich, aunque hasta entonces se le había considerado sano.[30]

El Departamento de Estado, que apoyó a la Comisión Madden, ordenó a la embajada de Estados Unidos en Madrid que interrogara al profesor español Antonio Piga Pascual sobre Katyn, aunque este había interrumpido el viaje a Berlín. Piga Pascual, partidario de Franco, se declaró simpatizante de Estados Unidos. Dejó su copia del informe alemán de la Comisión Médica a los diplomáticos estadounidenses; les explicó que confiaba plenamente en los expertos forenses François Naville y Vincenzo Palmieri, a quienes conocía desde hacía mucho tiempo.[31]

Naville se había negado a testificar sobre Katyn en el juicio de Núremberg, pero ahora viajó a Fráncfort para ser interrogado por la Comisión Madden. Por lo tanto, ignoró a las autoridades suizas, que estaban

en contra de su viaje, pero no podían prohibirle que lo hiciera. Naville también siguió recopilando documentación sobre Katyn.[32]

El húngaro Ferenc Orsós, el danés Helge Tramsen, el italiano Vicenzo Palmieri, el croata estadounidense Eduard Miloslavich y el rumano Alexandru Birkle también se pusieron a disposición de la comisión. Sin excepción, confirmaron que su informe final se había elaborado sin la interferencia y la presión de los alemanes. Reiteraron que sus colegas Hájek de Praga y Markov de Sofía no habían expresado ninguna duda sobre la autoría del NKVD.[33] Miloslavich causó sensación durante su interrogatorio cuando demostró la técnica de ejecución del NKVD a un miembro de la comisión, algo similar a lo que había hecho John Doe.[34] Unos meses más tarde, Miloslavich sufrió un ataque al corazón en un simposio en Madrid y murió poco después de llegar a Estados Unidos.[35]

Birkle, sin embargo, había testificado anónimamente detrás de un biombo. Su familia se había quedado en Rumanía. Un tribunal de Bucarest condenó a su mujer y a su hija a cinco años de trabajos forzados por «colaboración con el enemigo del estado». Después de la muerte de Stalin, la sentencia se redujo a la mitad. En el mismo año Birkle fue gravemente herido en un accidente de tráfico, la causa no pudo ser aclarada. Murió en Nueva York en 1987 sin volver a ver a su familia. Después de su muerte, una agente de la Securitate, el servicio secreto comunista de Rumanía, se hizo pasar por su hija ante las autoridades estadounidenses y pudo disponer de las posesiones y cuentas bancarias del profesor. La verdadera hija se enteró de este fraude cuando, después del fin del sistema comunista en Rumanía, pudo inspeccionar su expediente personal en los archivos de la Securitate.[36]

Rudolf-Christoph von Gersdorff también confirmó que el búlgaro Marko Markov no expresó en Katyn ninguna duda sobre la responsabilidad soviética. Como oficial de Estado Mayor responsable del Grupo de Ejércitos Centro en Smolensk, había dado una comida para la Comisión Médica y estaba sentado al lado del búlgaro. Gersdorff también explicó que no había prisioneros de guerra polacos en la zona en ese momento. También habría sido imposible que las unidades de las SS hubieran podido disparar a más de 4.000 polacos sin ser detectadas en las cercanías de los

emplazamientos de la Wehrmacht.[37] El ex mayor general tenía una gran credibilidad entre los estadounidenses, porque participó en dos atentados contra Hitler. Después de la guerra, Gersdorff fundó un servicio de ayuda para las víctimas de los accidentes de tráfico.

En Estados Unidos se había publicado entretanto el libro de Allen W. Dulles sobre los enemigos de Hitler en la Wehrmacht. Dulles había aprovechado enormemente una descripción de la historia del asesinato de Stauffenberg, que Schlabrendorff había escrito para el jefe del OSS Donovan.[38] Dulles devolvió el favor: en un texto para la prensa americana llamó a Schlabrendorff «uno de los antinazis más audaces y capaces».[39]

El compañero de armas de Schlabrendorff, el exteniente Reinhart von Eichborn, el que fuera su supervisor, el teniente coronel Friedrich Ahrens, y el teniente general Eugen Oberhäuser, también testificaron ante la Comisión Madden en Fráncfort. Al igual que ante el Tribunal de Núremberg, contradijeron la versión soviética de que Ahrens estaba a cargo de la ejecución de los polacos, y dijeron que no estaba en absoluto destinado en Rusia durante el período en cuestión.

Responsabilidad de Marx y Lenin

La comisión se esforzaba mucho para refutar en detalle los puntos centrales del informe Burdenko. Por ejemplo, citó específicamente el pronóstico del tiempo para la región de Smolensk de julio y agosto de 1941. Las temperaturas oscilaron entre 65 y 75 grados Fahrenheit (18 a 24 grados centígrados). Sin embargo, la mayoría de los polacos que murieron según Burdenko en estos dos meses llevaban ropa de invierno. Madden y sus colegas también resolvieron contradicciones: según la Comisión Burdenko, el campesino Parfeon Kiselióv fue torturado por los alemanes hasta que confirmó que era testigo presencial del asesinato de los polacos por los rusos. En el «Material Oficial» de los alemanes, sin embargo, no se menciona a los testigos presenciales.

La Comisión Madden también calificó de incorrecta la afirmación de la Comisión Burdenko de que los disparos en la nuca eran comunes en las ejecuciones llevadas a cabo por soldados de la Wehrmacht. Los diputados

estadounidenses encontraron en su lugar: «Los métodos típicos alemanes de asesinato en masa eran cámaras de gas, ráfagas de ametralladoras, etc. y no el método más bien "primitivo" de los disparos individuales de revólveres». [40]

Sin embargo, el Parlamento y el gobierno de Londres rechazaron toda cooperación con la Comisión Madden. Después de las elecciones parlamentarias, los conservadores habían vuelto al poder en 1951, Winston Churchill y Anthony Eden habían recuperado sus antiguos cargos de primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores. Aunque no se hacían ilusiones sobre el carácter del régimen estalinista, mantuvieron su política de silencio sobre Katyn. La prensa británica informó distante o irónicamente sobre la investigación estadounidense. En particular, la aparición del «hombre encapuchado» John Doe fue acompañada de comentarios burlones.[41]

Para el influyente corresponsal de la BBC Alexander Werth, Katyn seguía siendo un crimen alemán. Hasta 1948 había permanecido en Moscú como corresponsal. Stalin le había hecho el honor de responder por escrito a sus preguntas sobre el armamento nuclear estadounidense: «El monopolio de la posesión de la bomba atómica no puede durar mucho tiempo».

El nombre de Werth se encuentra en una lista de simpatizantes del régimen soviético compilada por George Orwell en 1949.[42] Lo hizo en privado, para una amiga que trabajaba en el Departamento de Investigación del Foreign Office, pero ella pasó la lista, que solo se conoció en 2002, a sus superiores. Se utilizó luego en la preparación de los diplomáticos británicos para que pudieran defenderse de la propaganda soviética durante la Guerra Fría. Pero Orwell había dejado claro en sus publicaciones que solo le interesaba la confrontación intelectual con los estalinistas, que en su opinión habían traicionado los ideales de la izquierda. Se pronunció claramente en contra de las investigaciones o represalias, como exigía el senador McCarthy en Estados Unidos.[43]

Sin embargo, un documento publicado por el Foreign Office en 2003 con motivo del sexagésimo aniversario del descubrimiento de las fosas comunes demuestra que Eden y Churchill no guardaban silencio sobre Katyn por oportunismo político, de lo que la prensa polaca en el exilio los acusó especialmente. Por el contrario, los expertos del gobierno británico

no se pusieron de acuerdo en la evaluación de los materiales, por lo que Eden declaró internamente: «La evidencia es controvertida».[44]

El informe final de la Comisión Madden constaba de un total de 2.363 páginas, en siete volúmenes. Llegó a la conclusión de que los polacos habían sido asesinados por el NKVD en la primavera de 1940. Sus autores vieron la razón más profunda en las enseñanzas de Karl Marx, quien consideró la violencia como un medio de la política, así como en la ideología bolchevique, representada por el líder revolucionario Vladimir Lenin: «El proletariado victorioso debe destruir todo el aparato del estado burgués». Los diputados estadounidenses concluyeron sobre los textos de Lenin: «Si consideramos esta doctrina como la base de la política soviética, desde el punto de vista comunista estaba bien fundado exterminar sistemáticamente a los líderes de las fuerzas armadas de un estado que iba a ser destruido de todos modos».[45]

El informe de la comisión criticaba duramente a Roosevelt y a sus asesores: «Se ha hecho evidente que el presidente y el Departamento de Estado hicieron caso omiso de numerosos documentos que señalaban fuertemente la insidia soviética. Es igualmente obvio que el deseo de cooperación con la Unión Soviética ensombreció los imperativos de justicia y equidad hacia nuestro leal pero más débil aliado, Polonia».

Según el informe, una «extraña psicosis» prevaleció en los más altos círculos gubernamentales y militares en la fase final de la guerra, temiendo que la Unión Soviética pudiera buscar una paz separada con la Alemania nazi. En pocas frases, la comisión dibujó la política soviética y estadounidense en la Segunda Guerra Mundial: «Los soviéticos ya habían instigado la conquista de Polonia en 1939. La masacre de estos oficiales tenía por objeto eliminar a la élite intelectual que se habría opuesto al deseo de Rusia de someter completamente a Polonia al comunismo. También fue un paso hacia la introducción completa del sistema comunista en Europa y, en última instancia, en todo el mundo, incluido Estados Unidos. El informe de esta comisión muestra que Estados Unidos había sido advertido sobre los insidiosos planes de la Rusia soviética contra Polonia y el resto de Europa. Cualquiera que sea la justificación, esta comisión está convencida de que

Estados Unidos, en su relación con los soviéticos, está en la trágica posición de haber ganado la guerra pero perdido la paz».

Finalmente, la comisión formuló una resolución para la Cámara de Representantes: se debe pedir al gobierno que entregue la documentación de Katyn a la ONU para presentarla en la sesión plenaria. El gobierno debería solicitar a la ONU que la Unión Soviética sea llevada ante la Corte Internacional de Justicia por Katyn.[46] La Cámara de Representantes aprobó la resolución con una amplia mayoría.

Solo después de la finalización del informe final de la Comisión Madden se presentó otro testigo, el profesor eslovaco František Šubík, que había sido extraditado a Checoslovaquia desde Austria por las autoridades de ocupación estadounidenses en el verano de 1945. Siete años después, él y su familia lograron escapar a Occidente. La Comisión Madden le había invitado en una carta a hacer su declaración. La carta fue enviada a la Universidad de Bratislava. Allí alguien la metió en un sobre nuevo y la envió sin remitente al hospital de la provincia, donde Šubík tuvo que trabajar como un simple médico.

De esta manera, el remitente desconocido lo salvó de la policía secreta estalinista, que no había detectado la carta.[47] Como Šubík temía que Moscú convocara otro tribunal en el caso de Katyn en respuesta a la Comisión Madden, huyó a Austria con su esposa y su hijo de seis años. La fuga a través de la valla fronteriza tuvo lugar en circunstancias dramáticas: cuando su hijo quedó atrapado en el alambre de púas, los fugitivos fueron descubiertos por una patrulla checoslovaca, que abrió fuego. En el último momento lograron llegar al territorio austriaco. En Salzburgo, Šubík se puso en contacto con las autoridades estadounidenses. Allí hizo sus primeras declaraciones sobre Katyn. Luego encontró empleo como médico en Estados Unidos.[48]

Renuncia a la campaña política en Estados Unidos

El informe de la Comisión Madden fue un argumento usado en la campaña presidencial de 1952 por los republicanos contra los demócratas. El

exembajador Arthur Bliss Lane, orador republicano, acusó al gobierno demócrata de Truman de haber retenido documentos sobre Katyn.[49]

Aunque la delegación de Estados Unidos ante la ONU presentó el informe de la Comisión Madden al secretario general en 1953, este fue archivado allí sin más consecuencias. Después de las elecciones presidenciales estadounidenses, el victorioso candidato republicano, el general Dwight D. Eisenhower, no emprendió ninguna acción para llevar el caso de Katyn a las Naciones Unidas. Seis semanas después de que Eisenhower se instalara en la Casa Blanca, Stalin murió. Fue el 5 de marzo de 1953, y Eisenhower creía que los nuevos líderes de Moscú estaban interesados en poner fin a la Guerra de Corea. Por eso evitaba cualquier paso que el Kremlin pudiera percibir como una provocación.

Por lo tanto, el tema de Katyn ya no era de interés para los medios de comunicación. El destino de un presunto testigo en el caso de Katyn, el soldado alemán Arno Dürre, pasó desapercibido. Fue liberado del Gulag un año después de la muerte de Stalin. Los historiadores rusos estudiaron los documentos relativos a su caso cuatro décadas más tarde. En consecuencia, en noviembre de 1954 se distanció por escrito de sus declaraciones en el juicio de Leningrado, en las que contaba la supuesta ejecución de oficiales polacos por las SS. Dürre declaró que había sido chantajeado para testificar en ese momento.[50]

Las autoridades soviéticas le dieron la posibilidad de elegir si quería irse a la Alemania occidental u oriental. En enero de 1956, después de once años y medio en cautiverio soviético, optó por Occidente y llegó a Renania. Por un salario bajo trabajaba en una acería, pero quedó discapacitado después de un grave accidente de trabajo. Arno Dürre murió en 1975 en Leverkusen, cerca de Colonia; tenía cincuenta y cuatro años.

Ninguno de los testigos polacos de la Comisión Madden que vieron las fosas comunes de Katyn con sus propios ojos, regresó jamás a casa. Kazimierz Skarżyński, secretario general de la Cruz Roja, permaneció en Calgary, Canadá, hasta el final de su vida; el escritor Ferdynand Goetel murió olvidado en Londres; su colega Józef Mackiewicz pasó su jubilación en circunstancias extremadamente modestas en Múnich, donde trabajó para Radio Liberty, financiada por el Congreso de Estados Unidos.

Ni siquiera el húngaro Ferenc Orsós pudo regresar a su patria, que se había convertido en país comunista. En los últimos años de su vida trabajó como profesor de anatomía en la Academia de Artes de Maguncia. El profesor de medicina italiano Vincenzo Palmieri también confirmó repetidamente su opinión de que los autores se encontraban en el NKVD a pesar de los continuos ataques de los comunistas en su ciudad natal, Nápoles. Palmieri hizo carrera política como democristiano: en 1962 se convirtió en alcalde de Nápoles, pero tuvo que dimitir al cabo de solo diez meses.

Aunque su colega danés Helge Tramsen se mantuvo alejado de la política, las sombras de Katyn lo alcanzaron: su hija se había enamorado de un músico polaco y se había mudado con él a Varsovia. Una mañana fue encontrada muerta en el apartamento del antiguo edificio, y la fiscalía dijo que la causa de su muerte fue envenenamiento por gas. Tramsen dudaba de esta versión, quería investigar él mismo la muerte de su hija. Pero las autoridades de la República Popular de Polonia le denegaron el visado. Hasta el final de su vida estaba firmemente convencido de que el KGB había asesinado a su hija como venganza por su participación en la misión de Katyn ordenada por Goebbels.[51]

Seis décadas después de las sesiones de la Comisión Madden, en 2013 y 2014, el Centro Nacional de Desclasificación de Washington publicó grandes archivos sobre el tema. Entre ellos se encontraban los informes del oficial de enlace del ejército de Anders, el teniente coronel Henry Szymanski. La mayoría de los documentos se centra en la búsqueda del informe desaparecido del teniente coronel John H. Van Vliet. Demuestran que la administración de Washington no consideró oportuno que se discutiera públicamente el caso de Katyn.[52] El informe original de Van Vliet fue encontrado por casualidad, estaba en los archivos de la embajada americana en París. El teniente coronel lo había escrito en el cuartel general europeo del ejército estadounidense, en la ciudad francesa de Reims.[53]

También se conoció que el ex mayor general alemán Rudolf-Christoph von Gersdorff había escrito un segundo informe sobre Katyn a petición del servicio secreto militar estadounidense CIC.[54] Confirmó que no solo el médico forense búlgaro Markov, sino también el prelado polaco Jasiński,

que después de la guerra habían descrito a los alemanes como los asesinos de Katyn, habían declarado exactamente lo contrario en el bosque de Katyn. [55]

Los archivos también muestran que el Departamento de Estado creía en la publicación sueca sobre el asesinato del fiscal de Cracovia, Roman Martini, por su supuesta investigación sobre Katyn. Por otro lado, las declaraciones del hombre encapuchado John Doe fueron vistas como «contradictorias».[56]

14. ENGAÑO Y OPRESIÓN EN EL BLOQUE SOVIÉTICO

El informe de la Comisión Madden provocó violentos ataques de la prensa soviética contra Estados Unidos. El órgano del partido *Pravda* publicó un «llamamiento a todos los científicos del mundo» para protestar contra las «difamaciones». Entre los firmantes del llamamiento se encontraban los dos miembros de la Comisión Médica Internacional que permanecieron en el bloque soviético: el checo František Hájek y el búlgaro Marko Markov, que habían sido encarcelados temporalmente por el NKVD para llamarlos al orden. *Pravda* también publicó un largo informe sobre Hájek, en el que elogiaba la versión de la Comisión Burdenko como la única verdadera.[1]

Mientras tanto, en Varsovia, el estalinista Bolesław Bierut había eliminado a todos los rivales con la ayuda de los servicios secretos de Moscú. En primer lugar, al antiguo líder del partido Wladysław Gomułka, que fue detenido. La policía secreta, UB, intervino implacablemente contra los «calumniadores del poder soviético». Una estudiante de la Academia de Cine de Lodz fue condenada a un año de prisión por haber dicho a sus compañeros que el NKVD había asesinado a su padre y a su tío, que eran prisioneros de guerra en Starobelsk y Kozelsk.[2]

El mariscal soviético Konstantin Rokossowski, que nació en Varsovia y asistió a la escuela primaria allí, pero que había vivido en Rusia desde su juventud, se hizo cargo del Ministerio de Defensa de Polonia, y cada vez más oficiales soviéticos ocupaban puestos clave en las fuerzas armadas polacas.

En 1951 Bierut dio a Rokossowski la orden de juzgar a un grupo de altos oficiales que criticaron la sovietización de su ejército. Entre ellos se

encontraba el general de división Stefan Mossor, a quien los alemanes habían llevado a Katyn ocho años antes con un pequeño grupo de prisioneros de guerra polacos. Había comunicado a los oficiales alemanes que estaba convencido de que «los bolcheviques» habían asesinado a sus camaradas.[3] Después de la guerra, el Ministerio de Defensa, controlado por los comunistas, le había dado la opción de condenarlo como colaborador con el enemigo o, si calificaba a los alemanes de asesinos de Katyn, ser recompensado con un puesto en el Estado Mayor. Mossor optó por la segunda posibilidad.

Con su conocimiento de Katyn, Mossor era un candidato ideal para un juicio-espectáculo, para romper la resistencia a la sovietización del ejército en el cuerpo de oficiales polacos. Durante la preparación del acusado para el juicio, los oficiales del servicio secreto militar lo torturaron severamente. El tribunal militar de Varsovia condenó a los cuatro generales a cadena perpetua por conspiración en el ejército. Mossor también fue acusado de colaborar con los alemanes porque había participado en el viaje a Katyn.[4]

El ministro de Justicia polaco, Henryk Świątkowski, elaboró un plan sobre la manera en que Varsovia podría pasar a la ofensiva contra la opinión pública internacional. Esto incluía la publicación de extractos de los diarios de Joseph Goebbels y Hans Frank, que habían caído en manos de los soviéticos en 1945, como prueba de la responsabilidad alemana en Katyn. Los abogados y médicos occidentales que simpatizaban con el estalinismo debían publicar ensayos y artículos técnicos sobre el tema. La Asociación de Antiguos Prisioneros de Campos de Concentración fue comisionada para atacar a los alemanes como asesinos de Katyn.

Las autoridades de los otros estados comunistas también tenían que encontrar testigos que deberían ser presionados por los servicios secretos para que denunciasen a los alemanes como asesinos de Katyn. Świątkowski nombró al forense húngaro Ferenc Orsós y a su colega alemán Gerhard Buhtz.[5] Sin embargo, este proyecto no tuvo éxito: Orsós vivía en Alemania occidental y Buhtz había muerto en la guerra.

Así, las medidas de Varsovia se limitaron a una campaña policial y a una campaña de prensa. El órgano del partido *Trybuna Ludu* marcó la pauta: «El pueblo polaco condena con indignación las cínicas

provocaciones de los imperialistas norteamericanos que quieren explotar la trágica muerte de ciudadanos polacos».[6] En numerosas empresas se organizaron manifestaciones contra Estados Unidos y la Comisión Madden.[7]

El libro *La verdad sobre Katyn* , del periodista comunista Bolesław Wójcicki, fue publicado en dos ediciones. Wójcicki declaró que había perdido a sus padres y dos hermanos en la guerra: los ocupantes alemanes los habían asesinado.[8] En el libro solo 24 de un total de 218 páginas están dedicadas a la presentación de los supuestos eventos de Katyn. El autor, que elogia ampliamente a la Unión Soviética, se refiere a la Comisión Burdenko. Contaba que el pelotón de fusilamiento alemán hacía lo mismo todas las tardes después de terminar el trabajo: «Luego comieron. Luego bebieron. Bebieron mucho. Luego se fueron a dormir».

Según el relato, los documentos encontrados entre los muertos fueron fabricados por orden de la Gestapo en el campo de concentración de Sachsenhausen, una versión que también el *New York Times* había difundido repetidamente. Algunos de los muertos eran prisioneros asesinados en campos de concentración que habían sido llevados a Katyn. El congresista Ray J. Madden fue atacado como fascista, el periodista Julius Epstein como trotskista.

La parte principal del libro consiste en ataques contra los norteamericanos, que ahora supuestamente hacían en Corea lo mismo que hicieron los alemanes en Katyn con los luchadores por la libertad. No contiene fotos de Katyn, sino del Ku klux klan y de botes que supuestamente contienen bacterias del cólera y de la peste rociadas por los estadounidenses en Corea.[9] El apéndice contiene artículos de *Pravda* sobre Katyn, así como un reportaje del famoso corresponsal de la BBC Alexander Werth, que siguió escribiendo sobre los autores alemanes. Los periódicos polacos también citaron el artículo de Richard Lauterbach para *Time* , que hablaba de las borracheras del pelotón de fusilamiento alemán.

Lucha de poder en Moscú

La muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953, exactamente trece años después de las órdenes de ejecución de Katyn, Kalinin y Jarkov, dejó en segundo plano las otras cuestiones. En la lucha de poder por sucederle, el ucraniano Nikita Jruschov, subestimado por todos hasta entonces, se unió a Mólotov y Voroshilov contra Beria. Cuatro años antes Stalin había reemplazado a Mólotov como ministro de Asuntos Exteriores porque su esposa judía supuestamente apoyaba el «nacionalismo judío». Mólotov tuvo que aceptar que ella fuera deportada al Gulag y que Andréi Vyshinski se convirtiera en su sucesor. Pero después de la muerte de Stalin, Mólotov regresó a la cabeza del ministerio, mientras que el ministro de Defensa Voroshilov, como presidente del Presidium del Soviet Supremo, fue incluso ascendido a jefe de Estado.

Jruschov consiguió a su colaborador ucraniano Roman Rudenko, uno de los principales fiscales de Núremberg, como fiscal general soviético. Una de las primeras tareas de Rudenko fue el juicio de Beria, a quien había temido tanto antes y que ahora estaba encarcelado como «enemigo del pueblo». Su ayudante Merkulov también fue arrestado. En referencia al informe de la Comisión Madden, Rudenko acusó a Merkulov de traición cuando dijo a un grupo de oficiales polacos, entre ellos Zygmunt Berling, que se había cometido un «gran error» con sus compañeros desaparecidos. Según las actas, Merkulov negó haber hecho nunca esta declaración: «Sería ridículo incluso hablar de la posibilidad de una respuesta así. Por supuesto, no di esa respuesta». Ni siquiera Beria lo había dicho en su presencia.[10]

Jruschov y Mólotov propusieron al Politburó que fusilara a Beria y Merkulov. Se trataba de otra grave violación de la ley, ya que no es la dirección política sino un tribunal el que tiene la responsabilidad formal de ello. Los dos exjefes del servicio secreto fueron fusilados el 23 de diciembre de 1953.[11]

La eliminación de Beria también significó dos años de prisión para el exembajador soviético en Londres Ivan Maiski. Había llegado a la Lubianka unas semanas antes de la muerte de Stalin, acusado de ser un espía británico. Supuestamente había pasado materiales secretos a Churchill

y el ministro Eden lo había reclutado personalmente para el servicio secreto británico. Su interés por la cultura inglesa y su forma de vida anglófila fueron citados como prueba de su culpabilidad. El propio Beria le había golpeado durante el interrogatorio, informó Maiski más tarde en un círculo privado. Pero después de la muerte de Stalin, Beria le ofreció altos cargos. Tras la caída de Beria, Maiski fue arrestado de nuevo como presunto partisano; sus peticiones a Jruschov, Voroshilov y Rudenko quedaban sin respuesta.[12]

Andréi Vyshinski, uno de los predecesores de Rudenko como fiscal general de la Unión Soviética, también murió durante la lucha por el poder desatada después de la muerte de Stalin. Mólotov, su predecesor y sucesor al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores, lo empujó al puesto de representante permanente de la Unión Soviética ante la ONU en Nueva York. Vyshinski murió allí el 22 de noviembre de 1954. El suicidio fue la causa oficial de la muerte. Pero los historiadores rusos ven pruebas de que un agente de Moscú envenenó a Vyshinski para eliminarlo en la lucha por el poder.

El 3 de febrero de 1955, Vasili Blojín, el asesino de masas al servicio del NKVD, que había ascendido a general, se suicidó en Moscú. Por lo menos esto dijo más tarde el exjefe del NKVD de Kalinin Dmitri Tokariev, quien había organizado la ejecución de los prisioneros polacos de Ostashkov quince años antes.[13] Los registros personales de Blojín, por otro lado, indican que un ataque al corazón fue la causa de la muerte. Los historiadores rusos han llegado a la conclusión de que él personalmente disparó a por lo menos 15.000 personas en tres décadas, como ejecutor de la policía secreta. Había recibido los más altos premios de Stalin: la Orden de Lenin y tres veces la Orden de la Bandera Roja. Pero después de la ejecución de sus superiores, Beria y Merkulov, tuvo que aceptar su degradación, y luego su expulsión de la policía secreta. En ese tiempo ya era un alcohólico profundo, se había rendido completamente a la bebida. Fue enterrado con todos los honores en el cementerio del Monasterio de Donskói, en Moscú, donde muchas de sus víctimas fueron enterradas en fosas comunes, incluidos el mariscal Mijaíl Tujachevski y el director de

teatro Vsévolod Meyerhold. Según la tradición rusa, la lápida también representa a su esposa: el asesino en masa tenía una familia.[14]

En Polonia, tras la muerte de Stalin, el líder del partido Bolesław Bierut había ordenado que se intensificara el terror general para evitar disturbios. Comenzó una amplia campaña contra la Iglesia católica y muchos sacerdotes fueron arrestados. En Moscú, Jruschov también ordenó represalias contra muchos obispos y fieles. Al mismo tiempo, trató de consolidar su posición de poder con una campaña contra el estalinismo, aunque apenas dos décadas antes, como líder del partido de la República Soviética Ucraniana, él mismo había sido uno de los agitadores durante las grandes purgas. Cientos de miles de personas fueron liberadas de campos y prisiones, incluido el exembajador Ivan Maiski. Pero al mismo tiempo, en la lucha contra la Iglesia, miles de creyentes tuvieron que ir a la cárcel y al Gulag.

En el XX Congreso del Partido, PCUS, en febrero de 1956, Jruschov pronunció un discurso a puerta cerrada en el que denunció los «crímenes de Stalin» cometidos contra miembros del partido. No mencionó los millones de víctimas que no pertenecían al partido, ni los crímenes cometidos por el Ejército Rojo y el NKVD contra ciudadanos de otros estados. El discurso indignó tanto al líder polaco Bierut que sufrió un ataque cardíaco y unos días después murió en una clínica de Moscú.

El texto del discurso secreto llegó a Occidente, donde tuvo una enorme repercusión mediática. Julius Epstein y seis miembros de la Comisión Madden enviaron cartas a Jruschov, alentándolo a investigar más a fondo los crímenes de Stalin y preguntándole explícitamente sobre los prisioneros desaparecidos de los campos de Ostashkov y Starobelsk. Nunca recibieron una respuesta.[15]

Radio Liberty, financiada por el Congreso de Estados Unidos, dedicó muchas horas al discurso de Jruschov en sus programas para los países del bloque del Este. En Polonia, el «deshielo» político condujo a las primeras huelgas. En junio de 1956, los trabajadores de una planta de reparación de ferrocarriles de Poznan exigieron un sistema salarial justo y el fin de la represión política por parte de la policía secreta UB. La huelga se convirtió en un levantamiento en el que el cuartel general del PC de Poznan fue

asaltado. El ejército reprimió los disturbios por la fuerza de las armas: al menos 57 huelguistas murieron. Sin embargo, la situación no se estabilizó y, bajo la presión de Moscú, la cúpula del partido polaco tuvo que dimitir.

El nuevo líder del partido fue Gomułka, que estuvo en prisión bajo Bierut durante cuatro años. Los obispos encarcelados también fueron liberados. En este breve deshielo, la esposa del profesor de economía Stanisław Swaniewicz, quien había sido testigo del transporte de los prisioneros al bosque de Katyn, recibió permiso para salir de Polonia. Durante diecisiete años no había visto a su marido, que vivía en Gran Bretaña y enseñaba también en América del norte e Indonesia.[16]

La sentencia contra Stefan Mossor y los otros acusados en el «proceso de los generales» también fue revocada. Sin embargo, pocos meses después de su liberación, Mossor murió a consecuencia de la tortura que sufrió en prisión.

Gomułka fue aclamado por decenas de miles de personas durante su primer discurso público en el centro de Varsovia, cuando prometió un «camino polaco» al socialismo.

Pero rechazó las demandas de promover ahora el esclarecimiento del asesinato en masa de Katyn. Sus declaraciones fueron grabadas en una reunión con representantes de la organización juvenil de los comunistas polacos, unas semanas después de su toma de poder: «Si tuviera hechos firmes, no dudaría en acudir a la Unión Soviética y decir: "Stalin ha cometido tantos crímenes, ahora tenéis que confesar esto también"… ¿Pero realmente necesitamos esto para nosotros mismos y para nuestras relaciones? ¿Realmente necesitamos otra espina en nuestra corona de espinas?… No, eso no es necesario y tampoco apropiado».[17]

En Occidente se difundió la información de que Jruschov había propuesto a Gomułka para culpar públicamente a Stalin y Beria por Katyn. Sin embargo, en los archivos polacos y soviéticos no había la más mínima indicación de que los líderes de los partidos soviético y polaco hubieran intercambiado opiniones sobre Katyn.[18] El tema seguía siendo tabú para los medios de comunicación polacos, y ni siquiera se mencionó la versión de la Comisión Burdenko.

Es cierto que Gomułka negoció la «repatriación» de los polacos que todavía estaban retenidos en la Unión Soviética. Sin embargo, el acuerdo, que entró en vigor en 1957, destruyó la esperanza de muchos polacos de que los prisioneros de los campos de Ostashkov y Starobelsk pudieran haber sobrevivido. Todavía no había rastro de ellos, y el Kremlin permanecía en silencio.[19]

Sin embargo, la limitada destalinización bajo Jruschov fue demasiado lejos a los ojos de Mólotov. Por lo tanto, Mólotov quería derrocar a Jruschov en 1957, en alianza con otros miembros del Politburó, incluidos Kaganovich y Voroshilov. Pero Jruschov abortó el intento, entre otras cosas porque el mariscal Voroshilov volvió a cambiar de bando en el último momento. Por ello, se permitió al mariscal permanecer en su puesto de jefe de Estado, que no tenía influencia política. Jruschov se vengó de los dos principales conspiradores, pero ya no según los métodos de Stalin: no fueron liquidados, sino deportados. Mólotov se convirtió en embajador en Mongolia, Kaganovich tuvo que dirigir una fábrica de amianto en la pequeña ciudad de Asbestos, en el borde de los Urales.

Jruschov nombró a Aleksandr Shelepin, de treinta y nueve años, que había sido el líder del Komsomol, la juventud comunista, nuevo jefe del servicio secreto, ahora llamado KGB. En la Liubanka, Shelepin inspeccionó los documentos sobre el asesinato de prisioneros polacos en la primavera de 1940. El asunto tenía que permanecer en secreto, sus subordinados no podían saberlo. Por eso, el breve informe para Jruschov fue escrito a mano el 3 de marzo de 1959; no se sabe si Shelepin escribió de su puño y letra el documento, o si lo hizo su esposa u otro confidente. En el informe resumió una vez más la «Acción Polaca» del NKVD en la primavera de 1940: «21.857 fueron fusilados». Pero luego mezcló campos y lugares de ejecución: «Katyn 4.431, Starobelsk 3.820, Ostashkov 6.311, en otros campos y prisiones en Bielorrusia occidental y Ucrania occidental 7.305». Shelepin propuso la destrucción de los documentos sobre las ejecuciones de los polacos, con la excepción de las actas de las sentencias.

En efecto, la mayoría de los documentos fueron destruidos, pero no todos. La misiva de Beria del 5 de marzo de 1940, en la que sugería el fusilamiento de los polacos, junto con el informe manuscrito de Shelepin,

llegó a la caja fuerte del líder del partido, donde ya se guardaba el original del Protocolo Secreto Adicional del Pacto Ribbentrop-Mólotov. Las razones por las que los documentos, que pesaban mucho sobre la cúpula soviética, no fueron destruidos en contra de la recomendación del jefe del KGB, siguen siendo desconocidas el día de hoy.

En Varsovia, Gomułka evitó públicamente el tema, pero en las reuniones cerradas del partido repitió que Katyn era una «provocación de Goebbels». Para legitimar la versión soviética del asesinato en masa, el Día de Todos los Santos de 1967 una delegación de la embajada de Polonia en Moscú colocó por primera vez una corona de flores «para las víctimas del fascismo» en Katyn.[20]

Lucha contra los disidentes y los emigrantes

Tres años más tarde, el exalcalde de Smolensk, Borís Menshaguin, fue puesto en libertad tras veinticinco años de prisión. Había pasado los últimos diecinueve en régimen de aislamiento en la infame prisión de Vladimir, a 200 kilómetros al este de Moscú, conocida por sus duras condiciones carcelarias. Después se le asignó una residencia en un pueblo remoto del distrito de Arkhangelsk, en el mar Blanco. En secreto dictó sus recuerdos a un conocido, que quedaron grabados en una cinta, las grabaciones fueron sacadas del país y publicadas en forma de libro por un editor exiliado en París. En este contradijo el relato de su antiguo diputado Bazilevski, quien dijo que le había hablado del fusilamiento de los oficiales polacos por los alemanes.[21] Menshaguin murió en 1984 en el yermo norte de Rusia, cuatro años antes de que sus recuerdos aparecieran en Occidente.

Para engañar a los propios compatriotas, pero también al público internacional, en los años setenta se erigió un monumento gigantesco con enormes esculturas para las víctimas de la ocupación alemana, en un terreno de 50 hectáreas en el pueblo bielorruso de Khatyn, cerca de Minsk. En Khatyn, en marzo de 1943, un comando de las Waffen-SS disparó a unas docenas de aldeanos porque un grupo de partisanos había atacado a soldados alemanes. Después, 28 casas de la aldea fueron incendiadas.

El lugar no fue mencionado en la Gran Enciclopedia Soviética antes de la construcción de los grandes monumentos, ni tampoco fue marcado en los atlas. Evidentemente, el pueblo fue elegido por su nombre: se confunde fácilmente con Katyn, 300 kilómetros al noreste.

A partir de ahora, los visitantes de la Unión Soviética fueron conducidos regularmente a Khatyn. El presidente de Estados Unidos Richard Nixon depositó allí una corona de flores durante su visita de estado en 1974. Pero en este caso solo se logró la mitad del objetivo propagandístico: el *Washington Post* no mencionó a Katyn en su artículo, pero el *New York Times* lo hizo incluso en su titular: «Nixon visita Khatyn, un monumento conmemorativo soviético, y no el bosque de Katyn».[22]

En el mismo momento en que se producía la controversia sobre Khatyn, las asociaciones de emigrantes polacos lucharon en Londres, con el apoyo del gobierno en el exilio, por la construcción de un monumento a las víctimas de Katyn. El ayuntamiento había rechazado inicialmente la solicitud, aduciendo que ya existía un gran monumento conmemorativo en la aldea soviética de Khatyn. Esta decisión ignorante, sin embargo, provocó la oposición vehemente de varios diputados conservadores, incluyendo a Winston Spencer-Churchill, nieto del ex primer ministro.

Su colega parlamentario Nicholas Bethell, un destacado publicista e historiador, acusó al gobierno de «encubrir un crimen».[23] El gobierno laborista intentó en vano silenciar a los críticos. La mayoría de los periódicos trataron el tema en largos artículos.

La BBC emitió un documental sobre Katyn y los trucos de todos los gobiernos sobre el tema. En el canal público de radiotelevisión, simpatizantes del Kremlin como Alexander Werth se habían puesto finalmente a la defensiva con la represión de la «Primavera de Praga» en 1968. A la vista de los tanques con la estrella roja en las calles de Praga, Werth perdió su creencia en el sistema soviético, que antes defendía enérgicamente, y se suicidó. Trasladó sus últimas dudas a su hijo Nicolas Werth, que más tarde se especializó como profesor de historia en crímenes cometidos por el régimen soviético y se convirtió en uno de los autores del *Libro negro del comunismo* .

El exembajador ante el gobierno en el exilio Owen O'Malley, apeló a su antiguo superior Anthony Eden, para que finalmente se pronunciara en la disputa sobre el monumento. En su análisis acusó a los antiguos gobiernos de falta grave de conducta, negligencia e ignorancia en 24 puntos. Lord Bethell también exigió que Edén finalmente «se limpiara a sí mismo del viejo pantano». Pero Eden solo declaró que no quería «abrir viejas heridas». **[24]**

Ante esta presión pública, un portavoz del Foreign Office afirmó: «El gobierno de Su Majestad no tiene absolutamente ninguna posición al respecto». Como resultado, varios diputados conservadores dirigieron una pregunta parlamentaria al gobierno. El historiador Rohan D'Olier Butler, que actuó oficialmente como asesor del Foreign Office, recibió el encargo de preparar un dossier interno sobre la posición de Londres respecto a Katyn.

En su memorando, Butler afirmó que los expertos del ministerio y los diplomáticos directamente implicados en el caso Katyn no tenían ninguna duda sobre la autoría soviética. Sin embargo, había «algunas incertidumbres» en la evaluación de los cargos superiores, principalmente debido al fuerte eco del informe Burdenko. Butler hizo la recomendación: «No vemos ninguna ventaja en romper el silencio que hemos guardado durante treinta años».**[25]** El Memorándum Butler no se publicó hasta 2003, con motivo del sexagésimo aniversario del descubrimiento de las fosas comunes en el bosque de Katyn.

Explica en detalle cómo el gobierno británico unió fuerzas con Moscú y Varsovia en la década de 1970 para evitar el memorial planeado en Londres. En Moscú, incluso el Politburó discutió el caso. Dio instrucciones al ministro de Asuntos Exteriores Andréi Gromyko para que protestara formalmente contra el proyecto. Los diplomáticos de Moscú deberían advertir que «el uso de falsificaciones antisoviéticas empeoraría la situación internacional». El KGB también debía utilizar sus «canales no oficiales» en la prensa, las organizaciones sociales y las iglesias en el Reino Unido para presionar a los políticos. La embajada soviética en el Reino Unido se complació en informar al Kremlin que la diócesis anglicana se había

pronunciado en contra de un monumento en el centro de Londres, ya que esto iría en contra del «principio de reconciliación».

Pero la disputa por el monumento terminó con la derrota de Moscú: fue inaugurado en 1976, aunque no en el centro de la capital británica, sino en el cementerio de Gunnersbury, en las afueras. El obelisco tenía el lema «Katyn 1940», y un águila polaca atada con alambre de púas que simbolizaba la suerte de las víctimas. El gobierno laborista había prohibido a los uniformados británicos asistir a la ceremonia, pero un grupo de diputados conservadores, entre ellos Winston Spencer-Churchill y Nicholas Bethell, participaron en ella. La embajada de Estados Unidos en Londres también envió a uno de sus diplomáticos.[26]

Verano de Solidarność y la Edad de Hielo en Polonia

La controversia de Londres también tuvo eco en la sociedad polaca a través de las emisoras de onda corta occidentales. El ilegal movimiento por la democracia abordó el tema de Katyn. Los impresores clandestinos publicaron documentos, los «autores» fueron Jan Abramski y Ryszard Żywiecki —el primero y el último, por orden alfabético, en la lista de muertos de Katyn— o Ribbentrop y Mólotov.[27]

Tras la fuga de un censor de Varsovia a Suecia en 1977, una editorial polaca en el exilio publicó un libro con extractos de las directrices de la censura de prensa. La Oficina Principal para el Control de la Prensa, las Publicaciones y las Obras de Teatro, como se llamaba oficialmente a la autoridad de censura, ordenó con respecto a Katyn:

1. Cualquier intento de culpar a la Unión Soviética por la muerte de oficiales polacos en los bosques de Katyn será inadmisible.
2. . En los trabajos científicos, memorias y biografías, se permiten formulaciones de este tipo: ejecutados por los alemanes en Katyn, muertos en Katyn, perecidos en Katyn. Si en el caso del uso de la frase «pereció en Katyn» se indica la fecha de la muerte, debe ser posterior a julio de 1941.
3. El término «prisioneros de guerra» debe ser eliminado en relación con los soldados y oficiales polacos internados por el Ejército Rojo

en septiembre de 1939. El término correcto es «internado». Se permiten los nombres de los campos de Kozelsk, Starobelsk y Ostashkov en los que fueron internados los oficiales polacos fusilados por los hitleristas en el bosque de Katyn.

4. Los obituarios, las necrológicas, los anuncios de muerte, los anuncios de servicios para las víctimas de Katyn y todas las demás formas de conmemorarlos solo podrán publicarse con el permiso de las autoridades.[28]

En el mismo 1977 el profesor emérito de economía Stanisław Swianiewicz, testigo del traslado de oficiales polacos al bosque de Katyn, fue invitado en Dinamarca a un encuentro sobre violaciones de derechos humanos en el bloque soviético. Una noche, cuando salió a caminar solo, unos desconocidos le golpearon. Él sufrió una conmoción cerebral. Poco antes, se había anunciado la publicación de su libro *Katyn* .[29]

En la oposición democrática de Polonia y en los círculos eclesiásticos se inició un debate sobre Katyn, pero para los medios de comunicación el tema seguía siendo tabú. La policía secreta, ahora llamada SB, trataba de suprimir este debate. Así, buscaba a los editores de los «Boletines de Katyn» (*Biuletyn katyński*), cuyos textos aparecieron en letra pequeña debido al déficit de papel. Las tiradas oscilaban entre 100 y 1.500 ejemplares.[30]

Los boletines informaron sobre el suicidio de Walenty Badylak, de setenta y seis años, en el centro de Cracovia. El 21 de marzo de 1980, este exsoldado del ejército clandestino AK se encadenó a un pozo histórico, se empapó con gasolina y se prendió fuego. El médico de urgencias no pudo salvarlo. Llevaba consigo una placa de metal en la que había escrito que quería hacer un signo de «protesta contra los asesinos de Katyn y sus renegados a sueldo en el país».[31]

Badylak no fue el único polaco que en la primavera de 1980 quiso recordar el asesinato de los polacos en el bosque de Katyn exactamente cuarenta años antes. En todas las grandes ciudades, el SB realizó eventos conmemorativos, a menudo comenzando desde las iglesias católicas. Especialmente muchos jóvenes participaron en las misas por las víctimas. En la iglesia Dominicana de Varsovia, el sacerdote se refirió en su sermón a

una «cajita de tierra empapada de la sangre de los asesinados», que estaba expuesta delante del altar. En los archivos del SB se pueden encontrar los nombres de los sacerdotes que de esta manera mostraron «su actitud negativa hacia la Unión Soviética».

En todo el país fueron detenidas decenas de personas que repartían panfletos sobre la «mentira de Katyn». Miles de pasquines fueron confiscados. Muchos de los folletos señalaban que el papa polaco Juan Pablo II también oraba en Roma por los compatriotas asesinados por el NKVD.[32] Sin que la prensa lo notara, en ese tiempo, el papa habló en audiencia con uno de los últimos testigos de las exhumaciones en Katyn, el profesor de medicina eslovaco František Šubík, miembro de la Comisión Médica Internacional, que vivía en Estados Unidos desde la huida de su patria. No se sabe si los dos hablaron de Katyn. Šubík le presentó un libro publicado bajo su seudónimo «Andrej Žarnov», con traducciones de poemas polacos, incluyendo versos escritos por el propio papa en su juventud.[33]

En 1981 se celebró en Gdansk el primer congreso del sindicato independiente Solidarność. En su programa, pidió que se resolviera el crimen de Katyn y se erigiera un monumento a las víctimas. El Partido Comunista tuvo que permitir la actividad del sindicato en agosto de 1980, el «verano de Solidarność», después de una ola de huelgas. El país se encontraba en una profunda crisis económica. El electricista Lech Wałęsa, que fue elegido presidente de Solidarność, logró atraer como asesores a muchos intelectuales del movimiento democrático ilegal. Entre ellos, el publicista católico Tadeusz Mazowiecki y los juristas Jarosław y Lech Kaczyński.

En 1981, el cementerio del distrito de Powązki de Varsovia se convirtió en el centro de la pequeña guerra por Katyn, como parte de la lucha de poder entre el Partido Comunista y el movimiento democrático. Los ciudadanos de Varsovia colocaron repetidamente arreglos florales en una tumba simbólica de las víctimas de Katyn y encendieron velas en su memoria. A pocos pasos estaba el túmulo del líder del partido estalinista Bolesław Bierut, que perseguió a todos los que dudaban de la versión soviética de Katyn, y la tumba del ministro de Justicia Henryk

Świątkowski, que quería que se condenara a los testigos de la exhumación por colaboración con los alemanes.

El padre Stefan Niedzielak, el sacerdote responsable del cementerio, sugirió la construcción de un monumento a Katyn. Como joven sacerdote durante la guerra, Niedzielak había pasado de contrabando documentos sobre Katyn de Varsovia a Cracovia para el arzobispo Sapieha. En sus sermones exigía repetidamente la «verdad sobre Katyn». Un escultor de Varsovia hizo una cruz de cuatro metros y medio de altura con una placa en la que solo estaba escrito «Katyn 1940». La cruz consistía en una construcción de hierro oxidado que pesaba varias toneladas; se llevó al cementerio por partes, que allí se soldaron entre sí. Fue erigido el 31 de julio de 1981 por un total de 30 activistas de Solidarność. Pero a la noche siguiente desapareció sin dejar rastro.[34]

Solidarność creció hasta tener casi diez millones de miembros. En el Kremlin se consideraba una amenaza para el poder de la nomenclatura comunista. El nuevo jefe del partido y del gobierno polaco, el general Jaruzelski, se comprometió a destruir el movimiento democrático. La imposición de la ley marcial el 13 de diciembre de 1981, un frío día de invierno, estuvo acompañada de las más graves violaciones de los derechos humanos, asesinatos políticos, descaradas mentiras propagandísticas y una flagrante escasez de suministros. Los líderes del movimiento democrático, en primer lugar Lech Wałęsa, fueron arrestados.

En 1985, Cuando el general Jaruzelski vio que el poder del partido estaba asegurado de nuevo y consideró que Solidarność había sido finalmente destruido, se erigió una nueva cruz en el cementerio de Powązki. La inscripción decía: «A los soldados polacos que reposan en la tierra de Katyn, víctimas del fascismo de Hitler-1941». El padre Stefan Niedzielak, que predicaba contra esta «mentira histórica», recibía amenazas de muerte anónimas por teléfono. Dos intentos de secuestro en Varsovia fracasaron. Una vez fue atacado y derribado por desconocidos en el cementerio de Powązki.[35]

15. LOS ERRORES Y TRUCOS DE GORBACHOV

Mientras que Polonia se encontraba todavía en una edad de hielo político, en 1985, en la Unión Soviética comenzaron cambios drásticos. El 11 de marzo Mijaíl Gorbachov, de cincuenta y cuatro años, fue elegido nuevo secretario general del PCUS. Poco después de asumir el cargo, sorprendió a sus compatriotas con una campaña contra el alcohol, que lo hizo impopular entre amplios sectores de la población. Su asesor Aleksandr Yakovlev, que había estudiado intensamente los mecanismos de la economía social de mercado durante su anterior puesto como embajador en Canadá, pudo convencerle de la necesidad de reformas de gran alcance tras este fracaso inicial. Bajo el título de «perestroika» (reconstrucción), Gorbachov intentó modernizar el deteriorado sistema soviético.

En Varsovia, en este período, Wojciech Jaruzelski, jefe del partido y del gobierno, comprendió que su línea de dura represión no sacaría a Polonia de su profunda crisis. Vio una oportunidad para fortalecer su propia posición de poder al acercarse al reformador Gorbachov. Inició las primeras reformas económicas, cautelosas y muy limitadas. Sin embargo, reprimía cualquier intento de sacudir el monopolio de poder del partido, y la policía secreta SB siguió siendo un instrumento importante de su política.

Jaruzelski no se hacía ilusiones, sabía que la gran mayoría de sus compatriotas era extremadamente crítica con la Unión Soviética. Hasta entonces había defendido con vehemencia la narración histórica comunista, pero en vista del debate emergente sobre la era de Stalin en la Unión Soviética, dio un giro e intentó tomar la ofensiva él mismo. En una reunión con Gorbachov en 1987, pudo convencerlo de crear una comisión conjunta

para tratar los «puntos blancos» de la historiografía. La parte soviética envió a la comisión a historiadores probados del aparato del Comité Central, que también eran mayoritarios en la delegación polaca. Ambos líderes del partido no querían perder el control del discurso histórico bajo ninguna circunstancia.

En la primera reunión de la nueva comisión, los polacos presentaron su lista de temas: el Pacto Ribbentrop-Mólotov, las deportaciones de polacos a la Unión Soviética entre 1939 y 1941... y pronto Katyn fue añadida a la lista, lo que irritó mucho a los historiadores rusos. Cuando, en una de las reuniones en Moscú, los polacos exigieron que se revisaran los documentos originales sobre los que versaban las disputas, los anfitriones rusos tuvieron que admitir mansamente que nunca habían visto estos documentos por sí mismos. Sus peticiones fueron rechazadas por la cúpula del PCUS.[1]

Jaruzelski intervino personalmente. Consideró que la resolución de la cuestión de Katyn era una de las últimas oportunidades para restablecer el respeto por el Partido Comunista en la sociedad polaca. Jaruzelski esperaba que la visita de Gorbachov a Varsovia en julio de 1988 supusiera un gran avance en la resolución del conflicto de Katyn. Pero los asesores de Gorbachov le comunicaron que no había documentos y, por lo tanto, no había pruebas de culpabilidad soviética, y que esto se aplicaba tanto al Protocolo Adicional al Pacto Ribbentrop-Mólotov como a Katyn.[2]

Por eso, en Varsovia el jefe del Kremlin no hizo ningún comentario sobre ninguna de las dos cuestiones. Miembros de la delegación soviética contaron más tarde que Gorbachov había malinterpretado la cálida recepción que le dieron en Varsovia. Como primer líder del partido soviético, había buscado el contacto con la gente en la calle sin considerar que esa gente había sido cuidadosamente escogida. Obviamente, esperaba que estas expresiones de simpatía le aliviarían del deber de aclarar las cuestiones controvertidas de la historia.[3] Fue un grave error de juicio, porque los intelectuales polacos se sintieron profundamente decepcionados por él.

Al menos Gorbachov prometió erigir un monumento en Katyn para el próximo plan quinquenal. La instrucción del Kremlin para el Ministerio de Cultura de Moscú incluía un monumento en memoria de los prisioneros de

guerra soviéticos «aniquilados allí por los alemanes». Este punto se refería a los 500 soldados del Ejército Rojo que, según el informe de la Comisión Burdenko, fueron utilizados por los alemanes para exhumar a los polacos y luego fusilados. Fue una de las muchas afirmaciones falsas que había en el informe. Pero el mensaje era claro: tanto rusos como polacos habían sido víctimas de los ocupantes alemanes en Katyn.

Unas semanas más tarde, el primer grupo oficial de Varsovia viajó a Katyn, incluyendo a viudas e hijos de oficiales fusilados allí. Antes de eso, se había formado por primera vez una asociación de familiares de las víctimas, las «Familias de Katyn». Entre los fundadores se encontraba el prelado Stefan Niedzielak, mensajero del arzobispo Sapieha durante la guerra e iniciador de la Cruz de Katyn en el cementerio Powązki de Varsovia. En el punto de destino del viaje, donde estaba apostada una guardia de honor del ejército soviético, al grupo polaco le irritó la placa conmemorativa con la inscripción: «A las víctimas del fascismo que fueron fusiladas por los fascistas de Hitler en 1941». Un capellán castrense polaco celebró una misa, la primera desde el servicio conmemorativo en enero de 1944, en la que el general Berling acusó a los alemanes del crimen y juró vengarse de la muerte de sus compatriotas.[4]

En vista de la obvia demora de las autoridades soviéticas en tratar los asuntos en disputa, el general Jaruzelski intentó presionar a Gorbachov a través del público polaco. En la primavera de 1989, aparecieron en la prensa polaca, que todavía estaba controlada por la censura, los primeros artículos en los que los sucesos de Katyn fueron descritos como un crimen del NKVD. Los periódicos también publicaron relatos de supervivientes de los campos de Kozelsk, Ostashkov y Starobelsk.

El tema se había vuelto aún más explosivo con la muerte violenta del prelado Stefan Niedzielak, cofundador de las «Familias de Katyn»: la noche del 21 de enero de 1989, unos desconocidos lo golpearon severamente en su apartamento y luego le retorcieron el cuello. La sospecha cayó sobre las fuerzas del SB o del KGB que querían provocar un endurecimiento interno.

La ofensiva mediática polaca fue observada de cerca desde el Kremlin. Valentín Falin, el nuevo jefe del Departamento Internacional del Comité Central, reconoció su carácter explosivo para las relaciones entre la Unión

Soviética y Polonia. En un análisis para el Politburó se refirió a las publicaciones de los medios de comunicación polacos. Falin advirtió que la oposición polaca podría explotar el tema de Katyn en la lucha por el poder en Varsovia.

Lo cierto es que la posición de poder del partido se vio amenazada: después de otra ola de huelgas, el gobierno tuvo que legalizar de nuevo Solidarność. Los comunistas y la oposición democrática también acordaron nuevas elecciones, en las que un tercio de los escaños podían elegirse libremente. Fue una revolución en el bloque del Este: hasta entonces, solo los candidatos aceptados por el régimen habían sido admitidos a las elecciones. Estas primeras elecciones, parcialmente libres, estaban previstas para el 4 de junio de 1989.

Los archivos secretos de los ferroviarios

En Moscú, Falin quería resolver el problema de Katyn lo antes posible. Pero se encontró con resistencia: la dirección del «archivo especial», donde se guardaban los documentos estatales más importantes y que estaba bajo el control directo del líder del partido, seguía afirmando que no había documentos sobre Katyn. Fue en ese momento cuando Falin se enteró de la obra de dos historiadores que, independientemente el uno del otro, habían encontrado por casualidad rastros importantes: Natalia Lebedeva y Yuri Zoria.

Natalia Lebedeva recopilaba materiales para un libro sobre los procesos de Núremberg. Un periodista de la revista *Literaturnaya Gazeta* , orientada a la reforma, que había publicado un artículo sobre los crímenes cometidos por el NKVD, se puso en contacto con ella. Por primera vez en la prensa soviética, el periodista había informado sobre la disputa de Katyn, pero sin tomar posición. Simplemente informó de que recientemente en Polonia se había culpado al NKVD por el crimen, mientras que la versión oficial soviética era el informe de la Comisión Burdenko. Un antiguo oficial de las tropas de transporte del NKVD de la región de Smolensk respondió al artículo, escribiendo una carta al autor. Rechazó con indignación la acusación de que sus unidades habían participado en la matanza de los

polacos. Su unidad había acompañado el transporte desde el campo de Kozelsk, pero sus hombres no habían hecho daño a los prisioneros de guerra polacos. El veterano del servicio secreto indicó el número de su unidad en la carta: el Batallón 136.

Natalia Lebedeva siguió ese rastro. De esta manera encontró los archivos de las tropas de transporte del NKVD y finalmente las listas de los polacos que habían sido llevados desde Kozelsk hasta la estación de ferrocarril de Gnezdovo, cerca de Smolensk.[5] Pero no se le permitió buscar en los archivos de los servicios secretos más rastros de los polacos desaparecidos.

En este tiempo Natalia Lebedeva conoció al jurista militar Yuri Zoria, que también se dedicaba a los procesos de Núremberg. Su punto de partida fue el Protocolo Adicional Secreto al Pacto Ribbentrop-Mólotov, que hasta ahora había sido oficialmente negado, y que también se había convertido en un tema de discusión en Moscú: un grupo de diputados del Soviet Supremo exigió la publicación de todos los documentos. A Zoria también le interesaba por razones personales: era hijo del general Nikolái Zoria, que había muerto misteriosamente en Núremberg como ayudante del fiscal principal soviético Roman Rudenko. El hijo conocía el rumor de que agentes de Moscú habían liquidado a su padre porque había descubierto la verdad sobre Katyn.

Zoria consiguió obtener una copia del «Material Oficial» de los alemanes de 1943. El libro aumentó sus dudas sobre la versión de la Comisión Burdenko. Junto con Lebedeva, comparó la lista de nombres del libro con los documentos del NKVD sobre los transportes de Kozelsk a Gnezdovo: eran las mismas personas. Además, los dos historiadores se enteraron de que el NKVD de Smolensk había destruido los registros personales de los polacos en 1940. La razón era obvia: ya no eran necesarios porque los polacos estaban muertos.

Los directores de los archivos trataron repetidamente de obstruir la investigación de Lebedeva y Zoria, los dos incluso tuvieron que entregar sus notas mientras tanto. Pero Falin ayudó a los investigadores, recurriendo al consejero de Gorbachov Yakovlev, que se había convertido en miembro del Politburó. Yakovlev presionó para que pudieran seguir trabajando.[6]

Este hombre era considerado el cerebro en la sombra de la perestroika. Impuso una flexibilización de la censura, promoviendo así publicaciones sobre los errores y las deficiencias del sistema soviético. De esta manera enfureció a gran parte del aparato del partido.

Falin resumió toda la nueva información sobre Katyn en varias cartas a Gorbachov. Como no recibió respuesta, se dirigió al ministro de Asuntos Exteriores Eduard Shevardnadze y al líder del KGB Vladimir Kriuchkov. En una carta conjunta, en abril de 1989, sugirieron al Politburó que admitiera la culpa del NKVD en Katyn.

Gorbachov tampoco respondió a esta carta. Poco después, Falin y Yakovlev informaron al secretario general de que habían ordenado a los archivos que buscasen documentos sobre Katyn y el Protocolo Adicional Secreto. Yakovlev constató que Gorbachov había respondido de forma bastante despreocupada: «¡Buscad!». Su jefe de cancillería, Valeri Boldin, había añadido «con una ligera sonrisa» que tales documentos no existían.[7]

Eso era mentira. Poco antes, Gorbachov había ordenado a su confidente Boldin que enviara desde el archivo especial el «legajo n. 1», marcado con el sello de máximo secreto. Contenía uno de los dos originales del Protocolo Adicional Secreto, la hoja informativa de Beria sobre la ejecución de los oficiales polacos con las firmas de Stalin y otros miembros del Politburó, así como otros documentos secretos. Durante la vida de Stalin, se guardaron en su apartamento en contenedores especiales que garantizaban una temperatura y una humedad constantes. Como informó Boldin más tarde, Gorbachov había inspeccionado los documentos por primera vez en 1987. Según Boldin, aparte del líder del partido, solo el exministro de Asuntos Exteriores Gromyko, que se había convertido en jefe de Estado, conocía el contenido de los documentos archivados en sobres sellados.

En efecto, los datos y las firmas en el sobre confirman esta versión. Según la descripción de Boldin, el jefe del Kremlin los leyó atentamente por segunda vez el 18 de abril de 1989, después de lo cual volvió a sellar el sobre. Comentó el contenido con las siguientes palabras: «¿Se imagina lo que significan estos documentos ahora?». Boldin había recibido la estricta instrucción: «¡Nadie puede ser informado de ello! Yo decido quién puede saberlo».[8]

Gorbachov repitía a Jaruzelski que no se disponía de documentos sobre Katyn. El dirigente polaco se encontraba bajo una gran presión en su país, ya que en la campaña electoral previa a las primeras elecciones parcialmente libres del 4 de junio de 1989, algunos candidatos de Solidarność exigieron en voz alta la retirada de Polonia del bloque soviético. Las elecciones terminaron con un fiasco para los comunistas: con Lech Wałęsa como candidato principal Solidarność ganó el 99 por ciento de los puestos disponibles por libre elección.

Seis semanas después de las elecciones, un pequeño camión se dirigió por la noche al cementerio del distrito Powązki de Varsovia; unos hombres no identificados llevaron la pesada cruz de Katyn que había desaparecido ocho años antes. La cruz de hierro, de varias toneladas, estaba cortada en varias piezas cuidadosamente embaladas y apenas dañadas.[9]

Aunque el nuevo parlamento, en el que solo un tercio de los diputados tenía legitimidad democrática, eligió a Jaruzelski como presidente, no quedaba mayoría para un jefe de gobierno de las filas del Partido Comunista. Finalmente, el general Jaruzelski tuvo que aceptar la elección del periodista católico Tadeusz Mazowiecki como nuevo primer ministro. Era el primer jefe de gobierno no comunista del bloque del Este. Mazowiecki, que era muy mesurado personalmente, evitaba en sus discursos molestar al Kremlin; todavía había 400.000 soldados soviéticos en el país.

Mientras la caída del régimen comunista y la desintegración del Pacto de Varsovia se avecinaban en Polonia en el verano de 1989, los historiadores de Moscú descubrieron más material sobre Katyn en los archivos. Al mismo tiempo, unos periodistas rusos hablaron en Smolensk con antiguos miembros del NKVD involucrados en el asesinato de los polacos. Pero la censura les prohibía publicar artículos sobre el tema. La parte polaca tampoco supo nada de estos nuevos datos, igual que de los resultados de las investigaciones de Lebedeva y Zoria.

Zoria había encontrado materiales del NKVD de 1940 que permitieron reconstruir el destino de los oficiales polacos. El archivo también contenía documentos sobre el transporte de prisioneros desde los campos de Ostashkov y Starobelsk hasta Kalinin y Jarkov, de los que los historiadores

no tenían conocimiento hasta entonces. En nombre de Yakovlev, Zoria resumió las nuevas informaciones en una «Crónica documental de Katyn». En ella hizo un balance: se demostró que el NKVD había matado a 14.000 prisioneros de guerra polacos, unos 4.500 de ellos en el bosque de Katyn. Pero Zoria recibió instrucciones de no publicar esta información.[10]

Duro progreso en Moscú

Durante este período el *Moskovskie Novosti* , el influyente periódico de los reformistas del PCUS, dedicado a documentar los crímenes de la era de Stalin, hizo por primera vez investigaciones en Smolensk y Katyn. El artículo resultante dio mucho espacio al asesinato de ciudadanos soviéticos en la década de 1930; también mencionaba las fosas comunes de los polacos, pero sin nombrar a los autores. Según el artículo, los familiares de los testigos contemporáneos, del campesino Kiselióv y del cerrajero Krivozertsev, seguían viviendo cerca; pero declararon que no sabían nada sobre los eventos anteriores. La misma información se le dio al reportero en la sección de Smolensk del KGB: no había documentos sobre la muerte de los oficiales polacos, ni se sabía nada sobre testigos.[11]

Pero esto también era mentira. El mayor del KGB Oleg Zakirov, un uzbeko cuyo abuelo había sido víctima de la represión de Stalin, hacía tiempo que había comenzado las investigaciones, pero sin el permiso de sus superiores: había encontrado documentos en los archivos desde 1940, con los nombres de los funcionarios del NKVD implicados en la matanza de los polacos. Algunos seguían vivos. Entre ellos se encontraba el conductor Ivan Titkov, que llevó al bosque de Katyn a los polacos fusilados en el sótano del edificio del NKVD en Smolensk. Sus parientes le animaron a que aliviara su corazón y revelara todo lo que sabía; también le mostró a Zakirov la ubicación exacta de las fosas comunes.

El carcelero Piotr Klimov describió el procedimiento de las ejecuciones. Vivía solo en su antiguo lugar de trabajo, en una celda que había amueblado. El lavabo estaba en el pasillo. El exsoldado del NKVD Kiril Borodenkov, que vivía solo y abandonado en una cabaña que apestaba a orina, completamente destartalada, incluso escribió para Zakirov un

informe sobre el pelotón de fusilamiento del que él mismo había sido miembro.[12] Este también encontró pruebas en los archivos de que los testigos de la Comisión Burdenko recibieron una recompensa del NKVD. Más tarde, el KGB detuvo en Smolensk a personas que acusaron al NKVD de haber cometido el crimen de Katyn.

A espaldas de sus superiores, Zakirov envió un breve informe sobre sus investigaciones a la redacción del *Moskovskie Novosti* . Llegaron dos periodistas. Zakirov también los llevó a las Colinas de Cabras en el bosque de Katyn. El área estaba rodeada por una cerca y patrullada por perros pastores. Detrás de un muro alto había una residencia de vacaciones para altos funcionarios del KGB; de vez en cuando, miembros de la cúpula del partido de Moscú se tomaban unos días libres allí, incluido Gorbachov.[13] Pero la censura prohibió la publicación del reportaje de Katyn. El redactor jefe del *Moskovskie Novosti* relató más tarde que Gorbachov intervino personalmente.[14] También fue un equipo de televisión de Moscú. El documental de televisión también fracasó porque el KGB de Smolensk confiscó las cintas de vídeo. En el camino entre dos lugares de filmación, el coche de los reporteros fue desplazado por un camión y aterrizó en una zanja.

Los dos exmiembros del NKVD, Borodenkov y Titkov, fueron presionados para que retiraran sus declaraciones sobre Katyn. Pero ambos no cedieron a la presión. Zakirov recibió amenazantes llamadas telefónicas anónimas y sus colegas lo cortaron. Desde Moscú, dos superiores del KGB vinieron a advertirle de la arbitrariedad. Finalmente, fue apartado del KGB «por esquizofrenia» en la primavera de 1991. El jefe del KGB, el general Kriuchkov, se ocupó personalmente del caso; mientras tanto se había dado cuenta de que la publicación de documentos sobre los crimenes del NKVD era un grave error.[15]

Al principio, los polacos no supieron nada sobre las investigaciones en Smolensk. Pero Varsovia irritó a Moscú cuando, el 12 de octubre de 1989, el fiscal general polaco solicitó a su homólogo soviético que se iniciaran procedimientos penales «por el asesinato de oficiales polacos en Katyn y otros lugares aún no determinados». En la respuesta se afirmaba que no

había nuevas pruebas que pusieran en tela de juicio los resultados de la Comisión Burdenko de 1944.

Dos semanas después de la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, el nuevo primer ministro polaco Tadeusz Mazowiecki, católico practicante, viajó a Moscú y fue recibido por Gorbachov en el Kremlin. Ya habían pasado dos meses y medio desde su elección, su primer viaje al extranjero lo había llevado a ver al papa Juan Pablo II en el Vaticano.

La delegación polaca viajó de Moscú a Smolensk y de allí a Katyn. Había escarcha, el bosque estaba cubierto de nieve espesa. Una banda militar tocó primero el himno nacional polaco y luego el himno soviético. En el monumento conmemorativo se eliminó el año 1941, pero todavía se podía leer la dedicatoria a las «víctimas del fascismo». Un sacerdote que pertenecía a la delegación ofició una misa católica.

Con motivo de la visita de Mazowiecki, la emisora de radio local de Smolensk emitió un programa basado en las investigaciones clandestinas del mayor Zakirov, en el que también participó uno de los exmiembros del NKVD. El KGB de Smolensk tuvo una rabieta.

En marzo de 1990, miembros de la organización de derechos humanos Memorial, que se dedicaba a documentar los crímenes de la época de Stalin, se manifestaron en el centro de Smolensk para exigir la verdad sobre Katyn. La frase: «¡Polacos, perdonadnos por Katyn!» estaba escrita en pancartas. Los manifestantes visitaron el lugar donde estuvieron las fosas comunes. En Moscú, Memorial organizó una conferencia y una exposición tituladas «Katyn 1940-1990».[16]

Mientras tanto, la historiadora moscovita Natalia Lebedeva había encontrado nuevo material de archivo de 1940 que demostraba que Beria y Merkulov estaban informados del asesinato de los polacos. Ella se lo comunicó a Falin, quien lo advirtió al Politburó.

Sin embargo, bajo la dirección de Gorbachov, la cúpula del partido decidió que el contenido de estos documentos no debía hacerse público. Pero la redacción del *Moskovskie Novosti* eludió esta prohibición publicando una entrevista con Lebedeva bajo el título «La tragedia de Katyn».[17] Fue la primera publicación en la Unión Soviética que refutó la versión oficial después de Burdenko.

Años más tarde, el redactor jefe del *Moskovskie Novosti* afirmó que después de la publicación Gorbachov le había llamado de nuevo y le había gritado: «Los polacos no han podido encontrar a los verdaderos culpables hasta ahora, y ahora se los está sirviendo en bandeja un pequeño escritorzuelo».[18] Oficialmente, sin embargo, el líder del Kremlin guardó silencio, y Lebedeva recibió el apoyo del miembro del Politburó Yakovlev.

Después de esta publicación, Yakovlev finalmente convenció a Gorbachov de que un nuevo bloqueo de la información sobre Katyn lo pondría a la defensiva. Por otro lado, admitir la verdad le ganaría respeto en el extranjero. En la primavera de 1990, el líder del Kremlin se encontraba bajo la mayor presión política: los alemanes orientales destruyeron sus intentos de mantener viva la RDA incluso después de la caída del Muro de Berlín. En las primeras elecciones libres en Alemania oriental, en marzo de 1990, se eligió un parlamento cuya abrumadora mayoría votó a favor de la unidad alemana.

En Polonia, el aliado de Gorbachov, Jaruzelski, estaba en apuros: el Partido Comunista se había disuelto, y el jefe de Solidarność Wałęsa exigió la retirada de las tropas soviéticas de Polonia y la renuncia de Jaruzelski como presidente porque no estaba legitimado democráticamente.

Durante este período se planificó la visita de Jaruzelski a Moscú. Gorbachov estaba muy interesado en esto porque quería anclar a Polonia, que se estaba alejando, más firmemente en el bloque soviético. Pero el presidente polaco condicionó la visita a un avance en la cuestión de Katyn. Así que los líderes de Moscú decidieron apoyarlo políticamente, reconociendo oficialmente la perpetración por el NKVD de la matanza de Katyn. Falin formuló la línea argumental: los culpables fueron Beria y Merkulov, que habían sido ejecutados por sus crímenes.[19] Cuando Jaruzelski llegó a Moscú el 13 de abril de 1990, la agencia oficial de noticias Tass publicó un comunicado: «Recientemente, archiveros e historiadores soviéticos han encontrado documentos sobre prisioneros de guerra polacos retenidos en los campos del NKVD en Kozelsk, Starobelsk y Ostashkov. Muestran que en abril y mayo de 1940, 394 de los aproximadamente 15.000 oficiales polacos detenidos en estos tres campos fueron llevados al campo de Griazovets. Los demás fueron transferidos a

las administraciones de distrito del NKVD de Smolensk, Voroshilograd y Kalinin y nunca más fueron mencionados en las estadísticas del NKVD. Los materiales de archivo que han salido a la luz en su totalidad permiten concluir que la responsabilidad de las atrocidades en el bosque de Katyn recae en Beria, Merkulov y sus subordinados. La parte soviética expresa su más sentido pésame por la tragedia de Katyn y declara que es uno de los crímenes más graves del estalinismo».

Gorbachov entregó a Jaruzelski copias de los documentos sobre el campo de Kozelsk y el transporte de los prisioneros polacos. El presidente polaco, cuyo padre no había sobrevivido al exilio en Siberia, viajó de Moscú a Katyn, donde se había retirado la falsa placa conmemorativa. Después de la ceremonia militar se arrodilló frente al monumento. Escribió en el libro conmemorativo: «Para las víctimas de un cruel crimen estalinista».

En Polonia, apareció una gran cantidad de libros sobre el crimen, incluyendo las memorias del testigo Stanisław Swianiewicz. A sus noventa y un años, regresó a su patria por primera vez desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, y contó en televisión y en entrevistas de prensa sus observaciones en la estación de ferrocarril de Gnezdovo, cerca de Smolensk.[20]

Wałęsa exigió el castigo de los culpables aún vivos. Unos meses más tarde, Jaruzelski aceptó despejar el camino para nuevas elecciones presidenciales. Ganó Wałęsa en diciembre de 1990. No invitó a Jaruzelski a la toma de posesión de su cargo, sino a Ryszard Kaczorowski, el presidente del Gobierno en el exilio que aún existía en Londres, le entregó los sellos oficiales salvados de los alemanes en 1939. Kaczorowski declaró la disolución del gobierno en el exilio.

Viejos comunistas testarudos

Con el número de expediente 159/1990, la fiscalía militar de Moscú inició un procedimiento para identificar a los que ordenaron y llevaron a cabo el fusilamiento ilegal de los 14.700 polacos mencionados en los documentos del NKVD. Poco antes se había anunciado la ubicación de las fosas

comunes de Piatijatki, en las afueras de Jarkov, y de Mednoye, cerca de Tver, el antiguo Kalinin. Las autoridades lograron rápidamente identificar a testigos oculares de las filas del NKVD para cada uno de los lugares de ejecución, y comenzaron los primeros interrogatorios.

La presión sobre Gorbachov no disminuyó. En mayo de 1991, la fiscalía general de Moscú le pidió que ordenara la búsqueda de un documento del Politburó sobre el asesinato de los polacos, que Stalin había firmado personalmente. Los antiguos oficiales del NKVD habían hablado de tal documento durante los interrogatorios. Pero Gorbachov tampoco respondió a esta petición.

El líder del Kremlin era obviamente consciente de que la publicación de este documento invalidaría la línea de defensa, según la cual Beria y Merkulov habían actuado arbitrariamente. Alarmado, preguntó a su asesor Boldin, si había destruido los documentos del «legajo n.º 1», incluidos el Protocolo Adicional y la copia de la hoja de Beria sobre la ejecución de los polacos, firmada por el Politburó. Al menos así es como Boldin lo contó en sus memorias.[21]

El 25 de julio de 1991 el último de los seis firmantes del plan de asesinato de Katyn murió en Moscú. Era Lazar Kaganovich, que tenía noventa y siete años y hasta poco antes de su muerte, gozaba de una salud excelente. Durante la perestroika defendió el exterminio de los polacos en una entrevista, porque eran «violadores, bandidos, asesinos». Según él, habían sido culpables de la muerte de prisioneros de guerra del Ejército Rojo a principios de la década de 1920 y de la persecución de los comunistas en Polonia. La entrevista, en la que Kaganovich también atacó con vulgaridad a Yakovlev, sin embargo, no se permitió que apareciera. Supuestamente, el KGB lo impidió.

Cinco años antes de Kaganovich, Viacheslav Mólotov había muerto, casi a la misma edad bíblica de noventa y seis años. Hasta el final también había defendido la liquidación de los opositores políticos como necesaria para la construcción de la Unión Soviética. En una conversación telefónica unos meses antes de su muerte, también admitió que el NKVD había disparado a los polacos, pero calculó que el número de víctimas era de 3.000. Sin embargo, en ese momento esta declaración tampoco pudo

hacerse pública.[22] Kaganovich y Mólotov nunca habían sido juzgados por su participación en innumerables asesinatos políticos.

Gorbachov no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde de que el sistema centralista establecido por Stalin y sus ayudantes ya no podía mantenerse. Para reducir la presión política, impulsó la federalización de la Unión Soviética. Pero el 19 de agosto de 1991 un grupo de miembros del Politburó, incluido el jefe del KGB Vladimir Kriuchkov, intentó dar un golpe de Estado. Sin embargo, el golpe, mal preparado, fracasó después de tres días debido a las manifestaciones masivas en Moscú y a la resistencia del recién elegido presidente ruso Borís Yeltsin, que todavía estaba sano y era capaz de actuar en ese tiempo.

En el proceso contra los miembros del Politburó que habían participado en el golpe, se supo que el jefe de la cancillería de Gorbachov, Boldin, también se había puesto de su parte. En sus memorias, Boldin retrató al líder del Kremlin como un demorador de soluciones, que no tenía ningún concepto de reorganización política ni de reformas económicas. Según Boldin, al abordar los crímenes de la era de Stalin, Gorbachov actuó como Jruschov: primero empujó hacia delante, pero luego se detuvo a mitad de camino y comenzó a «trapichear y mentir».[23]

Aleksandr Yakovlev, quien más tarde fue denunciado tanto por los comunistas como por los extremistas antisemitas de derecha como el principal autor del colapso de la Unión Soviética, describió las tácticas de Gorbachov en el caso Katyn de manera similar, aunque no con palabras tan duras. En diciembre de 1991, Yeltsin y los líderes de las repúblicas soviéticas de Ucrania y Bielorrusia acordaron disolver *de facto* la Unión Soviética. Por lo tanto, Gorbachov había perdido su cargo y tuvo que evacuar el Kremlin a favor de Yeltsin, a quien odiaba personalmente. Ambos acordaron pedir a Yakovlev que estuviera presente como testigo cuando se entregaran las oficinas. Como más tarde contó, la conversación duró ocho horas: ambos se habían tratado con respeto, Gorbachov no había mostrado su amargura, Yeltsin había reprimido sus sentimientos de triunfo.

Gorbachov tomó dos maletines sellados de la caja fuerte y los entregó a Yeltsin; luego fueron abiertos. Eran los códigos de las armas nucleares, así como el «legajo n. 1» con el Protocolo Adicional Secreto, el documento de

cuatro páginas sobre el tiroteo de los polacos del 5 de marzo de 1940, el informe manuscrito de Shelepin y otros documentos. Gorbachov dijo: «Temo que causen complicaciones internacionales». Yeltsin miró dentro de los sobres, empezó a leer y dijo brevemente: «¡Tenemos que pensar seriamente sobre esto!».[24]

Yakovlev escribió en sus memorias: «Miré a Gorbachov a los ojos. Inmediatamente entendió lo que yo quería decir. Después de todo, le había preguntado cientos de veces por estos documentos... Me miró y su expresión facial decía claramente que pensaba que yo era un novicio que no entendía la gran política».[25]

16. DE LA COOPERACIÓN A LA CONFRONTACIÓN

Tras el fallido golpe de Estado de agosto de 1991, Yeltsin, como presidente de la Federación Rusa, había prohibido el Partido Comunista. Pero numerosos miembros del partido presentaron una demanda contra este decreto presidencial, y el caso fue llevado ante el Tribunal Constitucional. Yeltsin ordenó que se formara un grupo de historiadores para ayudar a los abogados que fueron designados para probar que el PC era una organización criminal. Sin embargo, el Tribunal Constitucional, compuesto exclusivamente por exmiembros del PC, restableció el partido con restricciones. Durante los preparativos del juicio, los historiadores habían visto por primera vez el contenido del «legajo n. 1». Sin embargo, los abogados del Kremlin se abstuvieron de incluir en sus argumentos el documento sobre la ejecución de los polacos del 5 de marzo de 1940. Los abogados temían que los polacos reclamaran daños y perjuicios si lo supieran.[1]

Después de evaluar el material que se había conocido hasta ahora, los historiadores polacos también habían llegado a la conclusión de que el asesinato de sus compatriotas tuvo que ser ordenado o, al menos, aprobado por Stalin. El nuevo presidente polaco Lech Wałęsa exigió la publicación de todos los documentos sobre Katyn.

Yeltsin aceptó esta demanda. Estaba interesado en el acercamiento a Polonia y a la Europa occidental democrática, pues necesitaba apoyo para las reformas en vista de los enormes problemas económicos de su país. También fue una oportunidad para desacreditar a su predecesor en el Kremlin, Gorbachov, que siempre había negado la existencia de tales

documentos. Un mensajero del Kremlin llevó a Varsovia copias del documento firmado por Stalin y otros miembros del Politburó.[2] Wałęsa declaró entonces que no entablaría una causa ante un tribunal internacional contra Rusia como sucesor legal de la Unión Soviética.

En octubre de 1992, el presidente polaco llegó a Moscú para su primera visita de estado. En el Kremlin, Yeltsin le presentó un facsímil de las cuatro páginas en las que Beria enumeraba que un total de casi 22.000 polacos iban a ser fusilados como enemigos del poder soviético. Esto equivalía a una admisión pública de que las ejecuciones de Katyn, Kalinin y Jarkov eran asesinatos en masa autorizados por el estado. La delegación polaca recibió copias de otros 41 documentos.[3]

En agosto de 1993 Yeltsin fue a Varsovia por primera vez. Puso una corona de flores en el monumento a las víctimas de Katyn en el cementerio de Powązki, luego se arrodilló por un momento y dijo: «¡Perdonádnos!». En una declaración pública, Yeltsin prometió seguir adelante con el procesamiento de los responsables. El papa Juan Pablo II hizo referencia a esta petición durante una audiencia para los familiares de las víctimas de Katyn: «¿Cuál es la tarea de las familias de Katyn? Parece que es el perdón después de todo».[4]

La fiscalía militar rusa hizo grandes progresos en la preparación de un proceso penal para los responsables de los asesinatos en masa de 1940 que todavía estaban vivos. Por lo tanto, interrogó a Aleksandr Shelepin, exjefe del KGB. Pero Shelepin solo explicó que todos los documentos habían sido destruidos. Un grupo de jóvenes fiscales interrogó a los entonces miembros del NKVD. De esta manera, no solo pudieron reconstruir con precisión el curso de las ejecuciones, sino que también resolvieron los mecanismos de las falsificaciones por parte del comando secreto de Merkulov en Katyn a finales de 1943 y por parte de la Comisión Burdenko a principios de 1944.

El exgeneral del servicio secreto Piotr Soprunenko, de ochenta y tres años, que había sido responsable de los campos de prisioneros de guerra del NKVD, fue interrogado como acusado. Sin embargo, no era particularmente hablador, y en varias ocasiones negó que las firmas en los documentos provinieran de él. Solo dio información sobre la vida cotidiana en el campo,

pero subrayó que no había participado en las ejecuciones de los polacos. Soprunenko murió en 1992, durante la investigación.[5]

El exconductor Ivan Titkov dio voluntariamente información sobre los asesinatos en el sótano del edificio del NKVD de Smolensk. Su colega Kiril Borodenkov, que incluso había escrito un informe sobre el pelotón de fusilamiento de Katyn tres años antes, había muerto mientras tanto.[6] Los investigadores también se enteraron de que el oficial del NKVD Ivan Stelmaj, que había dirigido los crímenes en el bosque de Katyn, murió exactamente dos décadas más tarde «en la más terrible agonía física», presumiblemente de cáncer. Un miembro del pelotón de fusilamiento se cortó el cuello con una navaja de afeitar, y otro también se suicidó.[7]

El exguardia de prisiones Mitrofan Syromiatnikov, quien transportaba los cadáveres a las fosas comunes de Piatijatki, informó sobre Jarkov en cinco largas sesiones. Cuando se le preguntó si los polacos eran culpables en su opinión, respondió: «Se rebelaron contra nuestro poder». En la Polonia oriental anexionada, dijo, los representantes del poder soviético fueron atacados y sus cuerpos arrojados a pozos. Los miembros del pelotón de fusilamiento recibieron un bono mensual que casi duplicó su salario habitual.[8]

Las más productivas fueron las entrevistas con el exjefe del NKVD de Kalinin, Dmitri Tokariev, que en los años de la posguerra fue ministro de Seguridad del Estado, primero en la República Soviética de Tayikistán y luego en la República Autónoma de Tatarstán, rica en petróleo. Según los fiscales, este hombre de ochenta y nueve años quería deshacerse de una gran carga, pesada para el alma.[9] Informó de que tres miembros del pelotón de fusilamiento, incluido su jefe Vasili Blojín, se habían suicidado. Otro «se había vuelto loco»: «Había perturbado su conciencia a causa del consumo de alcohol y comenzó a derramar su corazón a los demás. Dijo que todos decían que era un borracho, pero nadie preguntó por qué bebía. Y luego añadió: ¿sabes cuánta gente ha pasado por mis manos, cuántos polacos solo?».[10]

Pero en 1994 la fiscalía militar de Moscú suspendió los procedimientos por la ejecución de los polacos. Los había calificado como «crímenes contra la paz y contra la humanidad» bajo el Estatuto de Núremberg, y por lo tanto

como crímenes de guerra. Pero el caso tuvo que ser archivado porque los comandantes habían muerto hacía mucho tiempo y no se había encontrado a ningún autor directo aún vivo. No se podía descartar que los testigos presenciales interrogados hubieran sido cómplices de los crímenes, pero este delito ya había prescrito.

Esta decisión, que se ajustaba manifiestamente a los hechos comprobados, suscitó fuertes protestas en Polonia. La decisión fue revocada por la autoridad superior de Moscú, pero no para continuar la investigación, sino porque la calificación legal se consideraba un riesgo: podría ser la base de las demandas de indemnización. Por lo tanto, fue rechazada por ser «inapropiada».

Como resultado de esta decisión, los historiadores rusos se quejaron de que su investigación sobre el destino de los prisioneros polacos se veía cada vez más obstaculizada. También se dificultó la publicación de la versión rusa de la colección de documentos en cuatro volúmenes publicada por la Academia de Ciencias de Polonia. Después de todo, la parte polaca tuvo que soportar la mayor parte de los costes. Solo se editaron dos volúmenes en ruso.[11]

En 1995, la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (NSA) publicó más de 3.000 documentos del Proyecto Venona. En el marco del proyecto, en el que los servicios estadounidenses y británicos trabajaron juntos, se descifraron principalmente los mensajes secretos alemanes y soviéticos de la Segunda Guerra Mundial. Algunos de los documentos se referían indirectamente a Katyn: la lista de informantes del NKVD incluía al periodista Richard Lauterbach, que había participado en la presentación de la Comisión Burdenko en 1944 y luego la elogió. También fue miembro secreto del Partido Comunista de Estados Unidos. Los documentos indican que no cooperó conscientemente con el NKVD y el NKGB. En cualquier caso, no se encontraron documentos que demostraran que había recibido dinero del lado soviético.[12]

Cierre de las investigaciones

A pesar de las tensiones entre Varsovia y Moscú, continuaron los trabajos de exhumación de las fosas comunes. Los gobiernos de Moscú y Varsovia acordaron financiar conjuntamente los monumentos en Mednoye y en Katyn. Con motivo de la colocación de la primera piedra en Katyn, Yeltsin afirmó que también había decenas de miles de muertos de otras naciones, principalmente rusos, en este bosque. Todos eran víctimas del totalitarismo, explicó.[13] En Polonia, sin embargo, este discurso fue entendido como un intento de negar la responsabilidad de Rusia como sucesora legal de la Unión Soviética mediante la construcción de una comunidad de víctimas polaco-rusa.

En última instancia, Polonia asumió la mayor parte de los costes de los monumentos conmemorativos.[14] En el año 2000 se terminaron. Contrariamente a lo esperado, el nuevo líder del Kremlin, Vladimir Putin, no fue a Katyn para la inauguración. Los representantes del gobierno ruso repitieron el argumento de Yeltsin de que los rusos y los polacos se encontraban uno al lado del otro como víctimas del totalitarismo. A partir de entonces, los políticos rusos ya no hablaron de la culpabilidad de los autores soviéticos, sino de las víctimas rusas. Los polacos reaccionaron con irritación a este cambio de énfasis, que se correspondía con un estado de ánimo general en Rusia: las inculpaciones y autoacusaciones del pueblo ruso debían cesar. Putin también siguió esta línea. Según él, su objetivo era reunir «las mejores tradiciones» del imperio zarista y de la Unión Soviética. Estos nuevos sonidos de Moscú se escucharon en Varsovia con la mayor incomodidad.

Además, el clima político general atenuó aún más las relaciones entre Moscú y Varsovia. El proyecto germano-ruso de un gasoducto a través del mar Báltico fue visto por los polacos de todos los grupos políticos como un instrumento de la política neoimperial del Kremlin. Por eso Varsovia se apoyó en Washington. Los choques de intereses en la geopolítica se hicieron más evidentes cuando Varsovia apoyó la «Revolución Naranja» de Kiev en 2004, cuyos objetivos incluían la emancipación política de Ucrania de Moscú.

Ese mismo año, la fiscalía de Varsovia preguntó oficialmente sobre el estado de los procedimientos de Moscú en relación con las ejecuciones masivas de 1940, que por el momento se habían interrumpido diez años antes. La petición de Varsovia llevó a la fiscalía militar de Moscú a cerrar definitivamente el caso. La razón aducida fue que los actos de 1940 debían ser considerados como un «abuso de poder con graves consecuencias», pero «ni en el sentido legal ni en el sentido estatal» como un genocidio. Tampoco se había refutado la valoración de Beria de que había habido «espías, topos y terroristas» entre los polacos ejecutados. Además, solo se había establecido oficialmente la muerte de 1.803 polacos de los tres campos especiales, y solo 22 habían sido identificados oficialmente. La justificación escrita de la decisión nunca se hizo pública; según información oficial, 116 de los 183 volúmenes en los que se basó la decisión seguían sujetos a cláusulas de confidencialidad.[15]

La organización de derechos humanos Memorial presentó una denuncia oficial contra la conclusión del proceso. Memorial argumentó que ni la calificación legal del crimen ni el número declarado de muertes, que solo representaba el 12 por ciento de las víctimas determinadas por los historiadores, habían sido justificados. Las autoridades tienen el deber de investigar incluso a los autores fallecidos antes de suspender el juicio. Sobre todo, la pervivencia de las cláusulas secretas era ilegal.[16]

En mayo de 2005 el metropolitano ortodoxo ruso de Smolensk Cirilo puso su propio acento en los debates sobre Katyn. Consagró la primera piedra de una iglesia ortodoxa no lejos del cementerio. Cirilo había sido obispo en Smolensk desde 1984, había seguido muy de cerca los debates sobre Katyn y también había apoyado la búsqueda de Memorial de las víctimas del terror bajo Stalin. En su sermón y en su oración en el bosque de Katyn recordó especialmente a las víctimas polacas que habían sido ejecutadas por orden de Stalin. También recordó que todos los sacerdotes ortodoxos de la región de Smolensk que habían sido asesinados bajo Stalin habían sido enterrados en el bosque de Katyn. Explicó cómo, desde un punto de vista teológico, los polacos y los rusos debían tratar el crimen: «Si el pueblo ruso debe arrepentirse de sus pecados, ha de ser ante Dios, pero

no ante otros pueblos. Uno puede disculparse con los otros. Es muy bueno pedir perdón».

Después del servicio, Cirilo condenó con agudas palabras que se construyeran casas de vacaciones e incluso villas en las cercanías de las tumbas. Y añadió: «No puedo imaginarme cómo se puede vivir tranquilamente sobre estos huesos».[17]

Las relaciones políticas entre Varsovia y Moscú se deterioraron aún más cuando en 2005 el partido nacionalista Ley y Justicia (PiS), bajo el liderazgo de Jarosław Kaczyński, ganó las elecciones parlamentarias y poco después el hermano gemelo del líder, Lech, ganó las elecciones presidenciales. Ambos situaron las peticiones de disculpas y de indemnización por crímenes de guerra en el centro de su política de vecindad.

Para conmemorar el sexagésimo sexto aniversario de la masacre, en abril de 2006, Lech Kaczyński viajó a Katyn. El hecho de que eligiera Katyn como destino de su primer viaje a Rusia y no presentara sus respetos a su homólogo Vladimir Putin en el Kremlin, como habría sido acorde con las tradiciones de la diplomacia, se consideró una afrenta. Los dos jefes de Estado nunca deberían reunirse.

Un año más tarde, la película *Katyn* , de Andrzej Wajda llegó a los cines polacos. Como su padre Jakub había sido una de las víctimas de Starobelsk, otros directores le dejaron tomar la iniciativa en este terreno. Wajda mostró la tragedia desde la perspectiva de las madres, esposas e hijas de las víctimas. Escenificó las ejecuciones precisamente de acuerdo con las descripciones de los hombres del NKVD involucrados.

El presidente Lech Kaczyński ordenó que el estreno se convirtiera en un acto de Estado: el estreno tuvo lugar en la Ópera de Varsovia, con la presencia de toda la cúpula política, el alto mando de las fuerzas armadas, obispos, destacados artistas y diplomáticos. El Ministerio de Defensa mandó a todos los oficiales y soldados a ver la película en el cine. Pero los intentos de exhibir la película en los cines rusos fracasaron.

Los revisionistas de Katyn

En vista de las tensas relaciones políticas, las autoridades judiciales de ambos países ya no cooperaron para hacer frente a los acontecimientos de 1940. La fiscalía militar de Moscú determinó que los descendientes no tenían derecho a una rehabilitación legal de las víctimas, que solo se concedía a las «personas dañadas». Pero estas estaban muertas.

En Polonia, este razonamiento fue percibido como extremadamente cínico. Siete familias de las víctimas de Katyn pidieron ayuda a Memorial para tratar con el poder judicial ruso. El objetivo era rehabilitar a las víctimas; un segundo procedimiento era lograr la publicación de los 116 volúmenes de archivos que aún estaban bloqueados. Las familias afectadas declararon expresamente que no querían exigir una indemnización material. En ambos procedimientos, que duraron varios años y cada uno pasó por tres instancias, Memorial fue derrotada.

Las decisiones de las autoridades judiciales de Moscú reflejaban el espíritu de la época de Putin: el pasado soviético se glorificaba cada vez más, y Stalin volvía a celebrarse como el comandante que llevó al país a la victoria en la Segunda Guerra Mundial. Los libros de texto marginaban los crímenes de la época de Stalin; a cambio, el culto a los chekistas, los agentes de los servicios secretos que habían protegido al país de saboteadores y espías, se reflejaba en ellos. Los servicios secretos de la Federación Rusa subrayaron que se consideraban sucesores directos de la Cheka, la GPU, el NKVD y el KGB.

Mientras que en Rusia la investigación sobre los polacos exterminados casi se paralizó por completo, aparecieron cada más y más publicaciones sobre Katyn como un crimen de los ocupantes alemanes. La mayoría de los autores eran cercanos al Partido Comunista o procedían de círculos militares. Varias revistas académicas publicaron artículos que calificaban los resultados de los historiadores Natalia Lebedeva y Yuri Zoria como afirmaciones no probadas o incluso como falsificaciones.[18]

Un gran éxito de ventas tuvieron los libros *Novela policíaca de Katyn* y *Bajeza antirrusa* , del autor Yuri Mujin, en los que defendió con vehemencia la Comisión Burdenko.[19] Mujin, un ingeniero metalúrgico, ha

expuesto muchas conspiraciones en sus libros: Jruschov asesinó a Stalin porque este había planeado reformas de gran alcance, los estadounidenses nunca habían aterrizado en la Luna, Yeltsin ya había muerto en 1996, y los últimos cuatro años de su mandato, un doble lo había reemplazado. Algunas de sus publicaciones, como *El secreto de los judíos racistas* , han sido criticadas por antisemitas.

Mujin escribe emocionalmente en sus libros que los estados de la OTAN habían forzado el conflicto sobre Katyn porque querían destruir la Unión Soviética y atraer a los aliados de Moscú a su alianza. Los polacos eran una «quinta columna» en la Unión Soviética, dejando al Kremlin solo la opción de destruirlos. El gobierno polaco en el exilio había sido una «brigada de Goebbels». Como prueba de la autoría alemana en Katyn, cita cifras: el 98,5 por ciento de las víctimas habían recibido un disparo directo en la cabeza, que había sido el método típico de ejecución de los alemanes, mientras que las del NKVD habían recibido un disparo en el cuello. Sin embargo, Mujin no indicó de dónde procedían estas cifras e informaciones.

Apareció media docena de libros con tesis similares, incluyendo *Katyn: una mentira se convierte en historia* con un retrato de Goebbels en la portada. Por otro lado, las librerías ya no ofrecían libros que acusaran al NKVD del crimen.[20] Los partidarios de la versión de Katyn-1941, es decir según Burdenko, acusaron a Gorbachov y a su asesor Yakovlev de haber provocado sistemáticamente la caída de la Unión Soviética al servicio de una «contrarrevolución burocrática burguesa».[21] Los polacos, según ellos, querían ganar sumas de tres mil millones de dólares en compensación. Además, eran extremadamente ingratos porque olvidaron que el Ejército Rojo los había liberado del fascismo de Hitler.

En algunas de estas publicaciones, que fueron ampliamente recibidas en la prensa y en Internet, se dice que los alemanes desenterraron cadáveres en el cementerio de Smolensk y los colocaron en las fosas comunes de Katyn. También pusieron a los prisioneros de guerra soviéticos con uniformes polacos y les dispararon. Los autores de estos libros dieron mucho espacio a la supuesta prueba de que los documentos del Politburó publicados por Yeltsin eran falsos. Esto habría quedado demostrado por las diferentes tipografías de las máquinas de escribir, así como pequeñas diferencias en

las firmas de las mismas personas. Como prueba de la inocencia del NKVD, se citaba una disposición según la cual se prohibió a sus funcionarios «insultar a los prisioneros de guerra y tratarlos con rudeza».[22]

La dentista francesa Catherine Devilliers es considerada como la testigo principal para la versión «Katyn 1941». Según sus propias declaraciones, como comunista convencida se ofreció como voluntaria en la guerra en el Ejército Rojo y fue ascendida a teniente allí después de algún tiempo. En 1964 publicó en París la novela supuestamente autobiográfica *Las golondrinas de la primavera de 1943. Regresar a 0... y así Katyn comenzó* . En ella contaba que amigos polacos que figuraban en la lista de víctimas publicada por los alemanes habían sobrevivido a la guerra.[23] Pero estos nombres fueron completamente inventados, en realidad no figuraban en la lista.

Sobre todo, Mujin y los demás partidarios de «Katyn 1941» no podían citar ni un solo documento soviético ni un solo testigo de que los oficiales polacos siguieran vivos cuando la Wehrmacht entró en la zona de Smolensk. Por el contrario, no solo los exgenerales de los servicios secretos Soprunenko y Tokariev, sino también los cuatro jefes del Kremlin Gorbachov, Yeltsin, Putin y Medvedev, confirmaron la versión de que los polacos habían sido asesinados por el NKVD en 1940. Estas fueron las conclusiones de los servicios secretos, de la fiscalía militar y de la dirección de los Archivos Estatales de la Federación Rusa. La Duma estatal también expresó su pesar por los asesinatos en masa cometidos por el NKVD. De la misma manera, la Iglesia ortodoxa rusa ha demostrado que Stalin dio la orden de ejecución, como Cirilo, metropolitano de Smolensk, enfatizó repetidamente. Pero Mujin y sus camaradas de armas afirmaban con obstinación que el gobierno polaco había sobornado a todos estos funcionarios, políticos y clérigos rusos, aunque tampoco podían presentar ningún documento o testigo para respaldar esta versión.

Los defensores del «honor soviético», con Mujin a la cabeza, también atacaban como «traidores» a los actores rusos que asumieron el papel de verdugos del NKVD en la película de Andrzej Wajda.[24] Del mismo modo, el exmayor del KGB Oleg Zakirov, que interrogó a los testigos de los tiroteos en Smolensk, fue objeto de represalias. Finalmente, por invitación

de los representantes de las asociaciones de víctimas, se trasladó a Polonia con su mujer. Pero su lucha con las autoridades de Varsovia por los permisos de residencia y trabajo duró varios años.

Durante su tiempo en el paro, Zakirov apenas recibió apoyo financiero, su esposa, una profesora, tuvo que ganar dinero como limpiadora.[25] Al final, recibió una alta orden de mérito y ciudadanía polaca por sus servicios a la aclaración del crimen de Katyn.[26] Sin embargo, no pudo establecerse en la vida profesional, incluso debido a la falta de apoyo de las autoridades oficiales. Amargado y empobrecido, murió en 2017. En las necrológicas se lamentaba que la República de Polonia no hubiera logrado dar una vida digna a este hombre valiente y sincero.

Lebedeva, Zoria y otros historiadores fueron vilipendiados como «agentes pagados» por los polacos y como propagandistas de la «tesis de Goebbels». Lebedeva tuvo que defenderse de una demanda por difamación de Evgueni Dzhugashvili, nieto de Stalin. Debido a la supuesta profanación de la reputación de su abuelo, Dzhugashvili exigió 9,5 millones de rublos (210.000 euros) también al periódico liberal *Novaya Gazeta* y al servicio secreto nacional FSB. El periódico había publicado un suplemento sobre los crímenes de Stalin, que incluía el borrador de Beria sobre la ejecución de los polacos; sin embargo, según Dzhugashvili, el FSB falsificó este documento. La demanda fue rechazada en 2009.[27]

Caída del avión presidencial en Smolensk

Los representantes legales de trece familiares de víctimas polacas pusieron una demanda contra la suspensión de los dos procedimientos de Moscú ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo. Pidieron la rehabilitación de las víctimas y la publicación de los expedientes. La República de Polonia se unió a la demanda como tercera parte. El Tribunal aceptó la objeción y ordenó a Moscú que presentara pruebas antes del 19 de marzo de 2010 de que los demandantes tenían acceso a los expedientes y a la justificación escrita de la decisión de cerrar el procedimiento.

La respuesta de Moscú se recibió en Estrasburgo un día antes de la expiración de este plazo. En la declaración se volvió a afirmar que la

rehabilitación requería una sentencia previa en virtud del Código Penal, pero que no se había dictado tal sentencia. Del mismo modo, la muerte de las víctimas por disparos nunca se había establecido oficialmente. Las razones de la suspensión del procedimiento debían permanecer secretas, ya que se basaban en documentos secretos. Además, el delito había prescrito. **[28]**

A pesar de esta respuesta negativa, un gran desbloqueo de la controversia parecía inminente. El 7 de abril de 2010 el primer ministro polaco Donald Tusk y su homólogo ruso Vladimir Putin, que había entregado su cargo de jefe de Estado a su exasesor Dmitri Medvedev, se reunieron con motivo del septuagésimo aniversario de la masacre en Katyn. El viaje de Tusk fue precedido por una fuerte controversia política en Polonia. El presidente Lech Kaczyński afirmó encabezar la delegación polaca. Pero Tusk argumentó que en este caso la cúpula de Moscú no participaría en la celebración.

Ninguna de las partes quería ceder. Por lo tanto, Kaczyński decidió volar a Katyn tres días después de Tusk, al frente de una delegación, que también debería incluir a los representantes de la asociación de víctimas, las Familias de Katyn. Tusk estuvo acompañado por Tadeusz Mazowiecki, Lech Wałęsa y Andrzej Wajda. Cinco días antes de su viaje a Katyn, un canal de televisión moscovita había transmitido por primera vez la película de Wajda; era Viernes Santo. Sin embargo, la emisión solo pudo verse en Moscú.

Era la primera vez que un jefe de Gobierno ruso iba a Katyn. Tusk incluyó en su discurso la memoria de los ciudadanos soviéticos asesinados en Katyn. Pero en su breve discurso, Putin dejó claro que no quería que los crimenes se juzgaran según categorías nacionales, sino que generalmente hablaba de víctimas de un «régimen totalitario». Cosacos rusos, oficiales del ejército zarista, sacerdotes ortodoxos, profesores y víctimas de la colectivización también estaban enterrados en Katyn. Putin declaró: «Durante décadas se han utilizado mentiras cínicas para ocultar la verdad sobre las ejecuciones de Katyn, pero también sería una mentira culpar al pueblo ruso por ellas».**[29]**

El discurso de Putin fue criticado en Polonia, porque no contenía ni una confesión de culpabilidad, ni una petición de perdón. La portada del influyente tabloide *Fakt* decía: «Nuevas mentiras del primer ministro Putin».[30]

Tres días después, el 10 de abril, el avión presidencial polaco se estrelló bajo una espesa niebla en un bosque cerca de Smolensk. Las 96 personas que iban a bordo fallecieron, entre ellas Lech Kaczyński y su esposa, tres vicepresidentes del parlamento, los cinco generales polacos de mayor rango, tres viceministros y 18 diputados. Entre los muertos se encontraban hijos y nietos de oficiales asesinados en Katyn, así como Ryszard Kaczorowski, de noventa años, el último presidente del gobierno polaco en el exilio en Londres.

El impacto del accidente de avión provocó una ola de compasión en Rusia. El primer canal de televisión estatal transmitió la película de Wajda en horario de máxima audiencia, con lo que, por primera vez, millones de ciudadanos rusos se enteraron del curso real de los acontecimientos. Numerosos periódicos publicaron artículos sobre Katyn. El presidente ruso Medvedev viajó a Cracovia para el funeral de Lech Kaczyński. En su breve discurso llamó a Katyn la «obra criminal de Stalin».

Incluso el nuevo patriarca ortodoxo ruso Cirilo, que antes era metropolitano de Smolensk, no dejó ninguna duda al respecto. Viajó al lugar del accidente y rezó por las víctimas. Llamó a Katyn «el lugar de una masacre cometida por orden de Stalin contra un total de 22.000 polacos muertos».[31]

Un mes después de la muerte de su homólogo polaco, a quien nunca había conocido, Medvedev ordenó que se entregaran a Varsovia 67 volúmenes de documentación sobre los asesinatos en masa de 1940; sin embargo, no contenían ninguna nueva información significativa. Además, no se incluyó ninguno de los documentos que hasta entonces habían sido objeto de una cláusula secreta. Además, los Archivos Presidenciales de Moscú publicaron en Internet el original de la hoja informativa de Beria del 5 de marzo de 1940, así como otros cinco documentos básicos, que fueron vistos más de dos millones de veces en tan solo una semana.[32]

La Duma estatal adoptó una declaración «sobre la tragedia de Katyn y sus víctimas», que continuaba la línea del Kremlin de describir una comunidad de víctimas de polacos y rusos en el totalitarismo. Decía: «La aniquilación masiva de ciudadanos polacos en el territorio de la Unión Soviética fue un acto arbitrario de un Estado totalitario, que también sometió a cientos de miles de ciudadanos soviéticos a represalias por motivos de convicciones políticas o religiosas, criterios sociales y otros criterios».

La Duma declaró su «profunda condolencia» a todos los familiares de las víctimas y expresó la esperanza de que la conmemoración común contribuyera a la reconciliación entre los dos pueblos, así como a la memoria de los «combatientes del Ejército Rojo que dieron su vida por la liberación de Polonia del fascismo de Hitler». En Polonia, la resolución fue entendida principalmente como una señal de buena voluntad, pero muchos comentaristas volvieron a sentirse irritados por el hecho de que los representantes de la Duma no mencionaran los deberes de Rusia como sucesora legal de la Unión Soviética en el tratamiento legal y moral del crimen.

Sin embargo, el acercamiento entre Varsovia y Moscú se interrumpió abruptamente cuando la comisión rusa para la investigación del accidente aéreo de Smolensk presentó su primer informe, en enero de 2011. Culpó solo a los pilotos y a un supuestamente borracho general de la fuerza aérea polaca que los obligó a aterrizar en medio de una densa niebla. Por otra parte, el informe ignoraba por completo los graves errores de los controladores aéreos de Smolensk y la confusión del lado ruso. Además, los oficiales rusos implicados no recibieron permiso para que los investigadores polacos los interrogaran.

En 2012, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos anunció su decisión sobre las reclamaciones de los familiares de las víctimas: declaró que no podía juzgar retroactivamente los acontecimientos de 1940, ya que Rusia no se había adherido a la Convención de Derechos Humanos hasta 1998. Pero el tribunal militar de Moscú había mantenido deliberadamente ocultas las circunstancias de la masacre, que debía ser evaluada como una «falta de humanidad» hacia los familiares. Además, los motivos de la

suspensión de los procedimientos de Moscú no deberían haberse mantenido en secreto. Los medios de comunicación rusos interpretaron la sentencia como una victoria para Moscú: el tribunal no había declarado a Rusia responsable de los crímenes de Stalin.

Los abogados de las familias polacas apelaron contra la sentencia de Estrasburgo porque querían forzar la reanudación de los procedimientos de Moscú, y fracasaron. En 2013, la Gran Sala del Tribunal Europeo de Derechos Humanos incluso revisó la primera decisión: no pudo identificar ningún «trato inhumano» de los familiares por parte de las autoridades rusas y solo criticó que Moscú no hubiera enviado los documentos solicitados a Estrasburgo. El veredicto no tuvo ninguna consecuencia para Moscú. Un poco más tarde, los documentos sobre Katyn, incluido el borrador redactado por Beria, ya habían sido eliminados del sitio web del archivo presidencial. Las solicitudes de los historiadores polacos quedaron sin respuesta y los archivos se cerraron de nuevo. En 2015 Putin firmó una ley según la cual las sentencias de los tribunales internacionales ya no son vinculantes para Rusia, lo que supuso una ruptura con la política de Moscú desde el colapso de la Unión Soviética. Poco después, el Ministerio de Justicia ruso decretó que el Centro de Información Científica de la organización Memorial de San Petersburgo entraría en el ámbito de aplicación de la ley sobre «agentes extranjeros». Esto afecta a todas las organizaciones no gubernamentales que reciben subvenciones del extranjero. Dicho centro tiene la base de datos más grande de nombres y tumbas de víctimas del terror político bajo Stalin. Con referencia a esta ley, en noviembre de 2015, un fiscal acompañado por policías impidió la proyección de la película *Katyn* de Wajda en la sede de Memorial en San Petersburgo.

Katyn seguía siendo un crimen sin penitencia ni castigo.

EPÍLOGO

Es conocido que el ministro de Propaganda alemán, Joseph Goebbels, era un mentiroso y un manipulador. Pero no ha mentido en el caso de Katyn, como han demonstrado las investigaciones de los profesores de medicina, los funcionarios de los servicios secretos de varios países, los archiveros y las declaraciones de los supervivientes: los autores procedían del servicio secreto de Stalin. Solo fue necesario corregir las primeras cifras y añadir otros lugares de ejecución. Y, por supuesto, no hubo «ejecutores judíos», como decía la propaganda de Goebbels; entre las víctimas se encontraban cientos, quizás incluso miles de representantes de la inteligencia judía de Polonia.

El hecho de que Goebbels prestara tanta atención al caso Katyn es, para los revisionistas de Katyn que han dominado el debate en Rusia en los últimos años, el principal argumento de su versión de que los alemanes fueron los autores. Como prueba de su tesis, citan las investigaciones del NKVD, especialmente el informe de la Comisión Burdenko, controlada por el NKVD. Es un argumento grotesco: el NKVD certifica la inocencia del NKVD.

Sin embargo, los revisionistas de Katyn no pueden responder de manera concluyente a una serie de preguntas fundamentales:

1. ¿Por qué el Kremlin nunca informó a los representantes del gobierno polaco en el exilio sobre los campos de 1-ON, 2-ON y 3-ON para los polacos capturados cerca de Smolensk que existieron supuestamente hasta el verano de 1941?
2. ¿Por qué no hay documentación sobre estos campos?

3. ¿Por qué las cartas a los prisioneros han sido devueltas a los remitentes como «no entregadas» desde marzo de 1940?
4. ¿Cómo es posible que los alemanes hayan enterrado a los polacos asesinados del campo de Ostashkov en Mednoye, si este pueblo fue controlado por la Wehrmacht solo unas pocas horas en un día, el 20 de octubre de 1941, antes de que el Ejército Rojo lo recuperara?
5. ¿Por qué Stalin bloqueó una investigación de la Cruz Roja Internacional sobre las fosas comunes en 1943 si supuestamente los alemanes eran los autores?
6. ¿Por qué no figura ni un solo documento que indique la responsabilidad alemana en los archivos del Ministerio de Propaganda del Tercer Reich, de los comandos de las SS y del Grupo de Ejércitos Centro, que cayeron en manos de los soviéticos en Berlín en 1945 y que todavía se encuentran en Moscú?
7. ¿Por qué el fiscal soviético Rudenko no presentó una protesta formal en Núremberg contra la eliminación de Katyn de la lista de crímenes alemanes?
8. ¿Por qué se mantuvieron en secreto los materiales soviéticos sobre Katyn a pesar de que supuestamente contenían pruebas de la culpabilidad alemana?
9. ¿Por qué Katyn no fue incluido en ninguno de los libros sobre crímenes de guerra alemanes publicados en la Unión Soviética después de la muerte de Stalin, ni siquiera en la Gran Enciclopedia Soviética?
10. ¿Por qué no hay ninguna novela soviética ni ningún largometraje sobre Katyn, mientras que los asesinatos en masa cometidos por alemanes en otros lugares se han convertido en el tema de la literatura y el arte cinematográfico?

Muchas preguntas han quedado sin respuesta. La más importante de ellas quizás sea: ¿cuál es la razón de que se conserven las cláusulas secretas de una gran cantidad de documentos en los archivos rusos? ¿Cómo pueden los documentos sobre un crimen de 1940, como se afirma, poner en peligro la seguridad de Rusia en la actualidad?

Muchas muertes relacionadas con Katyn quedaron sin explicación. ¿Se ha ahorcado en un pueblo inglés el ferroviario ruso Ivan Krivozertsev, testigo del transporte de los polacos al bosque de Katyn, o su suicidio fue

fingido por agentes comunistas? ¿Qué pasó con el campesino Parfen Kiselióv, que desapareció sin dejar rastro después de su comparecencia ante la Comisión Burdenko? ¿Y los otros habitantes de Katyn que supuestamente fueron reasentados?

¿Fue el grave accidente de tráfico del forense rumano Alexandru Birkle, poco después de su comparecencia ante la Comisión Madden, una desafortunada coincidencia o fue un intento de asesinato encubierto? ¿Fueron los infartos de sus dos colegas, el finlandés Arno Saxén y el croata Eduard Miloslavich, la causa por la que fallecieron al mismo tiempo, consecuencia de envenenamientos? ¿Y la muerte de la hija de su colega danés Helge Tramsen en Varsovia fue realmente un accidente? ¿Quién encargó el asesinato del prelado Stefan Niedzielak unos meses antes del gran cambio político de 1989 en Varsovia?

Los archivos del juicio de Leningrado de 1946, en el que el soldado alemán Arno Dürre fue acusado de estar involucrado en la masacre de Katyn, aún están pendientes de evaluación. Todavía no se han evaluado profundamente las campañas de intimidación y prensa dirigidas por Moscú, así como los archivos de la Gestapo y los materiales sobre los opositores alemanes a Hitler.

Si todos estos son aspectos secundarios, entonces una cuestión principal sigue abierta para los polacos: ¿dónde están enterradas las otras víctimas de las ejecuciones de 1940? El número total de víctimas enterradas en Katyn, Mednoye y Piatijatki fue de 14.562, según el jefe del KGB, Shelepin, quien nombra a otros 7.305 polacos que fueron fusilados en este tiempo. En su hoja para el Politburó, Beria incluso sugirió el fusilamiento de 25.700 miembros de la élite polaca. Pero no hay nada seguro sobre sus lugares de ejecución, ni sobre las tumbas.

Mientras no se conozcan las últimas tumbas, mientras no se erijan monumentos para la última de las víctimas, la Causa Katyn permanecerá abierta.

BIBLIOGRAFÍA

Documentos

ANDERS, Władysław (Ed.), *Zbrodnia katyńska w świetle dokumentów*, Londres, 1950 [*Libro Blanco del gobierno polaco en el exilio*]

BERTRAM, Łukasz, «Kłamstwa katyńskie», *Karta*, 66 (2011), pp. 80-99.

BUTLER, Rohan d'Olier, *The Katyn Massacre and the Reactions in the Foreign Office. Memorandum by the Historical Adviser*, Londres, 1973 (***webarchive.nationalarchives.gov.uk***) [*Memorandum de Butler*].

DEUTSCHE INFORMATIONSSTELLE (Ed.), *Amtliches Material zum Massenmord von Katyn. Im Auftrage des Auswärtigen Amtes auf Grund urkundlichen Beweismaterials*, Berlín, 1943 [*Libro Blanco del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich alemán*].

EUROPEAN COURT OF HUMAN RIGHTS (Ed.), *Case of Janowiec and others v. Russia. Applications nos. 55508/07 and 29520/09. Grand Chamber,* Estrasburgo 2013 (www.echr.coe.int) [*Sentencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos*].

FITZGIBBON, Louis (Ed.), *Katyn. Despatches of Sir Owen O'Malley to the British Government,* Londres, 1972.

GIEYSZTOR, A., PICHOJA, R. y MATERSKI, W. (Eds.), *Katyń. Dokumenty zbrodni*, T. 1-4. Varsovia, 1995-2006.

INTERNATIONAL MILITARY TRIBUNA L (Ed.), *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal Nuremberg, 14*

November 1945 - 1 October 1946, (vol. XVII, 30 June - 2 July 1946) . Núremberg 1947 [*Audiencias en el Proceso de Nuremberg contra los criminales de guerra mayores*].

KOT, Stanisław, *Rozmowy z Kremlem*, Londres 1959 [*Protocolo de las conversaciones en el Kremlin 1941/42*].

LEBEDEVA, Natalia I. (Ed.), *Katyn 1940-2000. Dokumenty*, Moscú, 2001.

SKARŻYŃSKI, Kazimierz, *Katyń. Raport Polskiego Czerwonego Krzyża. Wyd. W. Ziembiński*, Varsovia, 1989 [*Informe de la Cruz Roja Polaca*].

Soobshchenie Specialnoi Komissii po ustanovleniu i rassledovaniu obstoyatelstv rasstrela nemecko-fashistskimi zajvatchikami v Katynskom lesu voennyj polskij ofitserov, Pravda, 26 de enero de 1944 [*Informe de la Comisión Burdenko*].

U.S. GOVERNMENT PRINTING OFFICE (Ed.), *The Katyn Forest Massacre: Hearings Before the Select Committee to Conduct an Investigation of the Facts, Evidence, and Circumstances of the Katyn Forest Massacre, Eighty-second Congress, First[-second] Session, on Investigation of the Murder of Thousands of Polish Officers in the Katyn Forest Near Smolensk, Russia. 1952, vol. I-VII,* Washington, 1952 [*Informe de la Comisión Madden*].

Memorias

ANDERS, Władysław, *Bez ostatniego rozdziału. Wspomnienia z lat 1939-1946*, Londres, 1949.

CZAPSKI, Józef, *Na nieludzkiej ziemi*, Varsovia, 1999.

GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *La matanza de Katyn. Una visión sobre Rusia*, Madrid, 1943.

GOETEL, Ferdynand, *Czasy wojny*, Cracovia, 2005.

HUBERMONT, Pierre, *Khatyn ce n'est pas Katyn*, 1976. (Manuscrito inédito, Sorna-Ceges/Bruselas).

MENSHAGUIN, Borís, *Vospominania: Smolensk… Katyn… Vladimirskaya tiurma*, Paris, 1988.

SWIANIEWICZ, Stanisław, *W cieniu Katynia*, Paris, 1976.

ZAKIROV, Oleg, *Obcy element. Dramatyczne losy oficera KGB w walce o wyjaśnienie zbrodni katyńskiej*, Poznań, 2010.

Análisis y estudios

BUYANOVA, Julia, *Katynskoe delo: informatsionnaya borba SSSR i natsistskoi Germanii (1943-1945 gg.)*, San Petersburgo, 2011.

CIENCALA, Anna M.; LEBEDEVA, Natalia S., y MATERSKI, Wojciech (Eds.), *Katyn. A Crime without Punishment*, New Haven/Londres, 2007.

DEBONS, D., *et al* . (Eds.), *Katyn et la Suisse. Experts et expertises médicales dans les crises humanitaires*, Ginebra, 2009.

FOX, Frank, *God's Eye*, *Aerial Photography and the Katyn Forest Massacre*, West Chester PA, 1999.

FOX, John P., «Der Fall Katyn und die NS-Propaganda», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3 (1982), pp. 462-499.

KOLA, A., y SZILING, J. (Eds.), *Charków-Katyń-Twer-Bykownia.W 70. rocznicę zbrodni katyńskiej. Zbiór studiów,* Toruń, 2011.

LIS, Wojciech, *Katyń 1940. Walka o prawdę*, Toruń, 2012.

MACKIEWICZ, Józef, *Katyń. Zbrodnia bez sądu i kary*, Varsovia, 1997.

MARESCH, Eugenia, *Katyń 1940. Dowody zdrady Zachodu. Dokumenty z brytyjskich archiwów*, Varsovia, 2014.

MATERSKI, Wojciech, *Mord Katyński. Siedemdziesiąt lat drogi do prawdy*, Varsovia, 2010.

OŚRODEK KARTA (Ed.), *Rosja a Katyń*, Varsovia, 2010.

PIÓRKOWSKA, Krystyna, *English-speaking Witnesses to Katyn/ Angielskojęzyczni świadkowie Katynia*, Varsovia, 2012.

POLSKA FUNDACJA KATYŃSKA (Ed.), *Zbrodnia Katyńska. Polskie śledztwo*, Varsovia, 2005.

PRZEWOŹNIK, Andrzej y ADAMSKA, Jolanta, *Katyń. Zbrodnia prawda pamięć*, Varsovia, 2010.

SANFORD, George, *Katyn and the Soviet Massacre of 1940. Truth, Justice and Memory*, Londres y Nueva York, 2005.

WASILEWSKI, Witold, *Ludobójstwo. Kłamstwo i walka o prawdę. Sprawa Katynia 1940-2014*, Łomianki, 2014.

WEBER, Claudia, *Krieg der Täter. Die Massenerschießungen von Katyń*, Hamburgo, 2015.

WOLSZA, Tomasz, «To co wiedziałem przekracza swją grozą najśmielsze fantazje». *Wojenne i powojenne losy Polaków wizytujących Katyń w 1943 roku*, Varsovia, 2015.

YAZHBOROVSKAYA, Inessa; YABLOKOV, Anatoli, y PARSADANOVA, Valentina, *Katynski sindrom w sovetsko-polskij i rossiysko-polskij otnosheniaj*, Moscú, 2009.

Revistas

Biuletyn Katyński, 1(1978) – 45(2000) [Cracovia].

Vestnik Katynskogo Memoriala, 1 (2002) - 14 (2014) [Smolensk].

Zeszyty Katyńskie, 1 (1990) – 26 (2017) [Varsovia].

THOMAS URBAN (Leipzig, 1954) es corresponsal del diario alemán *Süddeutsche Zeitung* desde 1988. Durante veinticuatro años informó desde Varsovia, Moscú y Kiev sobre la gran transición en la Europa del Este. Desde 2012 es corresponsal en Madrid del mismo diario. Ha escrito libros sobre el escritor ruso exiliado Vladimir Nabokov, sobre la historia política de las relaciones futbolísticas germano-polacas, y es coautor de una biografía del papa Juan Pablo II.

Notas

[1] *Polskie Dokumenty Dyplomatyczne. 1939 Wrzesień-grudzień*, Ed. PISM, Varsovia, 2007, p. 8. <<

[2] *Zbrodnia katyńska. Polskie śledztwo*, Wyd. Polska Fundacja Katyńska, Varsovia, 2005, p. 102. <<

[3] Józef Mackiewicz, *Katyń, zbrodnia bez sądu i kary*, Varsovia, 1997, p. 62. <<

[4] *Białe plamy-czarne plamy: sprawy trudne w polsko-rosyjskich stosunkach 1918-2008*, Pod red. A. D. Rotfelda i A. W. Torkunowa, Varsovia, 2010, p. 447. <<

[5] Evan McGilvory, *A Military Government in Exile. The Polish Government-in-Exile 1939-1945*, Solihull, 2010, pp. 43-48. <<

[6] *Deutsche Politik in Polen 1939-1945, Aus dem Diensttagebuch von Hans Frank Generalgouverneur*, Opladen, 1980, p. 71. <<

[7] *Z ziemi sowieckiej - z domu niewoli. Relacje, raporty, sprawozdania z londyńskiego archiwum prof. Stanisława Kota*, Varsovia, 1995, p. 33. <<

[8] Wincenty Urban, *Droga krzyżowa Archidiecezji Lwowskiej w latach II wojny światowej 1939-1945*, Breslavia, 1983. <<

[9] *Z ziemi sowieckiej*, p. 35. <<

[10] *Pamięć i Sprawiedliwość*, 1, 2009, pp. 50-55. <<

[11] *Zeszyty Katyńskie*, 1, 1990, p. 126. <<

[12] *Pamięć i Sprawiedliwość*, pp. 47-70. <<

[13] *Z ziemi sowieckiej*, p. 30. <<

[14] Wanja W. Ronge, *Und dann mußten wir raus / I wtedy nas wywieźli. Wanderungen durch das Gedächtnis*, Berlín, 2000, p. 50. <<

[15] *Z ziemi sowieckiej*, p. 37. <<

[16] *Ibíd.,* p. 34. <<

[17] *Katyn. Despatches of Sir Owen O'Malley to the British Government. Introd. L. FitzGibbon*, Londres, 1972, p. 8. <<

[1] *Katyn. Plenniki neobiavlennoi voiny*, Moscú, 1999, p. 15. <<

[2] *Katyn*, *Plenniki*, pp. 158, 162 y 168. <<

[3] *Vestnik Katynskogo Memoriala*, 12, 2012, p. 58. <<

[4] *Zeszyty Katyńskie*, 12, 2000, p. 30. <<

[5] *Katyń. Dokumenty zbrodni. T. 2. Wyd. A. Gieysztor / R. Pichoja*, Varsovia 1998, pp. 413-415. <<

[6] Natalia Lebedeva, *Katyn - Prestuplenie protiv chelovechestva*, Moscú, 1994, pp. 81-84 y 89. <<

[7] *Katyń 1940. Walka o prawdę. Red. W. Lis. Toruń*, 2012, p. 380. <<

[8] *Katyń, Dokumenty*, t. 1, p. 401. <<

[9] *Pamiętniki znalezione w Katyniu*, Ed. Spotkania, París, 1989, p. 41. <<

[10] *Katyn*, *Plenniki*, p. 19. <<

[11] *Katyn 1940-2000*, *Dokumenty* . Otv. sost. N. I. Lebedeva, Moscú, 2001, p. 30 . <<

[12] *Katyn*, *Plenniki*, pp. 16 y 169. <<

[13] *Pamiętniki*, p. 41. <<

[14] Lebedeva, *Katyn*, p. 84. <<

[15] *Pamiętniki*, pp. 118 y 178. <<

[16] Lebedeva, *Katyn*, pp. 89-90 y 94. <<

[17] *Katynskaya drama: Kozelsk, Starobelsk, Ostashkov. Sudba internirovannyj polskij voennosluzhashchij*, Moscú, 1991, pp. 139-140. <<

[18] Allen Weinstein y Alexander Vassiliev, *The Haunted Wood. Soviet Espionage in America-the Stalin Era*, Nueva York, 1999, pp. 111-114. <<

[19] Stanisław Swianiewicz, *W cieniu Katynia,* Varsovia, 1990, p. 99. <<

[20] Zawodny, pp. 110-111. <<

[21] Józef Czapski, *Wspomnienia starobielskie*, Varsovia, 1990, p. 42. <<

[22] *Katyn. Plenniki*, p. 26. <<

[23] Lebedeva, *Katyn*, p. 91. <<

[24] *Ibíd.,* p. 92. <<

[25] *Katyń, Dokumenty*, T. 1, p. 360. <<

[26] *Katynskaya drama*, pp. 139-144. <<

[27] *Ibíd.*, pp. 22-23. <<

[28] Nikita Petrov, *Palachi. Oni vypolniali zakazy Stalina,* Moscú, 2011, pp. 23, 69 y 95. <<

[29] *Katyn 1940-2000*, p. 21. <<

[1] *Katynskaya drama,* p. 28. <<

[2] *Katyn 1940-2000,* pp. 32-39. <<

[3] *The Katyn Forest Massacre,* US Government Printing Office, Washington, 1952, vol. IV, p. 607. <<

[4] Swianiewicz, pp. 108-111. <<

[5] *Amtliches Material zum Massenmord von Katyn,* Berlín, 1943, p. 24. <<

[6] Jędrzej Tucholski, *Kozielsk, Ostaszków, Starobielsk: lista ofiar,* Varsovia, 1991, p. 40. <<

[7] *Katynskaya drama,* p. 31. <<

[8] *Charków-Katyń-Twer-Bykownia. W 70. rocznicę zbrodni katyńskiej,* Toruń, 2011, pp. 105-106. <<

[9] Vestnik Katynskogo *Memoriala,* 7, 2007, pp. 109-110. <<

[10] *Novaya Polsha,* 1, 2007, pp. 55-59. <<

[11] *Novaya Polsha,* 4, 2006, p. 50. <<

[12] *Katyń. Dokumenty,* t. 2., pp. 475, 482, 488 y 492. <<

[13] Petrov, *Palachi,* p. 82. <<

[14] *Katyn 1940-2000,* pp. 35-36. <<

[15] Arkadi Vaksberg, *Neraskrytye tainy,* Moscú, 1993, pp. 10-12. <<

[16] Vitali Shentalinski, *Raby svobody v literaturnyj archivaj KGB,* Moscú, 1995, pp. 30 y 31. <<

[17] *Zeszyty Katyńskie,* 3, 1994, pp. 35-37. <<

[18] Petrov, *Palachi,* p. 196. <<

[19] *Katyń. Dokumenty,* t. 2, pp. 434-459. <<

[20] *Novaya Polsha,* 1.2005, p. 50. <<

[21] Oleg Zakirov: *Obcy element. Dramatyczne losy oficera KGB w walce o wyjaśnienie zbrodni katyńskiej,* Poznań 2010, p. 242. <<

[22] *Moskovskie Novosti,* 17 de junio de 1990, p. 3. <<

[23] *Vestnik Katynskogo Memoriala,* 14, 2014, p. 44-45. <<

[24] *Katyn 1940-2000,* p. 31. <<

[25] Zawodny, p. 109. <<

[26] *East European Jewish Affairs* 23/1 (1993), pp. 49-55. <<

[27] Petrov, *Palachi,* pp. 244-283. <<

[28] *Novaya Polsha,* 4, 2006, p. 50. <<

[29] *Vestnik Katynskogo Memoriala,* 10, 2010, p. 10-11. <<

[30] Sławomir Cenkiewicz, *Długie ramię Moskwy. Wywiad wojskowy Polski Ludowej 1943-1991,* Poznań, 2011, p. 41. <<

[31] *Katynskaya drama,* p. 35. <<

[32] Mackiewicz, p. 51. <<

[33] Nikolái Plisko, *Razgrom Polshi i mif ob armii Andersa,* Moscú, 2017, p. 157. <<

[34] *Przegląd Historyczno-Wojskowy,* 3, 2011, pp. 57-81. <<

[1] *Katyń 1940-2000*, p. 207. <<

[2] Ivan Maiski, *Vospominania sovietskogo diplomata*, Moscú, 1971, pp. 485-488. <<

[3] Witold Wasilewski, *Ludobójstwo. Kłamstwo i walka o prawdę. Sprawa Katynia 1940-2014*, Łomianki, 2014, pp. 28-29. <<

[4] McGilvory, pp. 85-90. <<

[5] Władyslaw Anders, *Bez ostatniego rozdziału. Wspomnienia z lat 1939-1946*, Londres, 1949, pp. 88 y 138. <<

[6] *Katyn 1940-2000*, p. 209. <<

[7] *The Katyn Forest Massacre*, vol. IV, p. 942. <<

[8] Józef Czapski, *Wspomnienia starobielskie*, París, 1987, p. 19. <<

[9] *Katynskaya drama*, pp. 31-32. <<

[10] Cenckiewicz, pp. 41-46. <<

[11] *Przegląd Historyczno-Wojskowy*, 3, 2011, pp. 70-81. <<

[12] Sławomir Koper, *Polskie pikiełko. Obrazy z życia elit emigracyjnych 1939-1945*, Varsovia, 2012, p. 319. <<

[13] Józef Czapski, *Na nieludzkiej ziemi*, Varsovia, 1990, p. 98. <<

[14] Anders, pp. 110 y 111. <<

[15] Stanislaw Kot, *Listy z Rosji do Gen. Sikorskiego*, Londres, 1955, pp. 498 y 499. <<

[16] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VI, p. 1.717. <<

[17] Stanisław Kot, *Rozmowy z Kremlem*, Londres, 1959, pp. 118-121. <<

[18] Kot, *Rozmowy*, pp. 126-129. <<

[19] Carer International Corp. 1973, *https://www.youtube.com/watch?v=JW20VO8xkr4 4:05-4:23* **<<**

[20] Kot, *Rozmowy*, pp. 153-157. <<

[21] *Ibíd.,* pp. 160, 162. <<

[22] Anders, pp. 128-133. <<

[23] Czapski, *Na nieludzkiej*, p. 159. <<

[24] *Vestnik Katynskogo Memoriala*, p. 60-62. <<

[25] Mackiewicz, p. 66. <<

[26] Kot, *Rozmowy*, p. 23. <<

[27] Czapski, *Na nieludzkiej*, pp. 239-242. <<

[28] Kot, *Listy*, p. 500. <<

[29] *Zbrodnia katyńska*, p. IV. <<

[30] *Katynskaya drama*, pp. 37-40. <<

[31] *The Katyn Forest Massacre*, vol. III, pp. 416 y 417. <<

[1] *The Nuremberg Trials Collection*, vol. 17, 168th Day, Washington 1947-1949, p. 281. <<

[2] *Zbrodnia katyńska*, pp. 289-290. <<

[3] *Amtliches Material*, p. 26. <<

[4] Głos Wielkopolski, 23 de marzo de 1989, p. 8. <<

[5] *Vestnik Katynskogo Memoriala*, 10, 2010, p. 33. <<

[6] Rudolf-Christoph von Gersdorff: *Soldat im Untergang*, Fráncfort/M, 1977, pp. 103 y 140. <<

[7] Fabian v. Schlabrendorff, *Offiziere gegen Hitler*, Zúrich, 1951, pp. 52-54.
<<

[8] Bodo Scheurig, *Henning von Tresckow. Eine Biographie*, Fráncfort del Meno, 1980, p. 114. <<

[9] *Hitlers militärische Elite. Hrsg*, G. R. Ueberschär, Darmstadt, 1998, pp. 259-260. <<

[10] Gersdorff, pp. 67 y 71. <<

[11] *NS-Verbrechen und der militärische Widerstand gegen Hitler*, Hrsg. G. R. Ueberschär, Darmstadt, 2000, p. 193. <<

[12] *Scheurig*, p. 140. <<

[13] *NS-Verbrechen*, p. 84. <<

[14] Gersdorff, pp. 119-121. <<

[15] *Ibíd.,* p. 127. <<

[16] Schlabrendorff, pp. 116-124. <<

[17] Gersdorff, p. 129. <<

[18] Gersdorff, pp. 130-133 y 140. <<

[19] *Amtliches Material*, pp. 18, 21, 32-33, 92-94. <<

[20] *Amtliches Material*, pp. 35 y 36. <<

[21] Reinhart von Eichborn, *Der Fall Katyn*, Zusammenfassende Darstellung. o.O., 1952, S. 22-23 (manuscrito inédito). <<

[22] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, p. 1.308. <<

[23] *Vestnik Katynskogo Memoriala*, 10, 2010, pp. 32-39. <<

[24] *Vestnik Katynskogo Memoriala*, 3, 2004, pp. 51-94. <<

[25] Schlabrendorff, pp. 119 y 120. <<

[26] Borís Menshaguin, *Vospominania: Smolensk… Katyn… Vladimirskaya tiurma*, París, 1988, p. 130. <<

[27] *Vestnik Katynskogo Memoriala*, 10, 2010, p., 31-38. <<

[28] *Novy žurnal* [Nueva York], 104, 1971, p. 276 <<

[29] Amtliches Material, pp. 38-47. <<

[30] Tucholski, pp. 31-32 y 35. <<

[1] *The Katyn Forest Massacre*, pp. 1.247-1.249. <<

[2] *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3, 1982, p. 470. <<

[3] *Deutsche Politik*, p. 156. <<

[4] *Zeszyty Katyńskie*, 7, 1997, p. 110. <<

[5] *Raporty z ziem wcielonych do III Rzeszy (1942-1944)*, Pod red. Z. Mazura, A. Pietrowicz, M. Rutkowskiej, Poznan, 2004, p. 105. <<

[6] D. Dilks (Ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938-1945*, Londres, 1971, p. 521. <<

[7] Winston Churchill, *The Second World War*, vol. IV, Londres, 1950, p. 759. <<

[8] Material Relating to the Discovery of the Bodies of Polish Officers Near Smolensk and Polish-Soviet Relations, 04/1943, images 4-5, ***http://research.archives.gov/description/6850460 <<***

[9] *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, t. II, Bd. 8, Múnich, 1993, p. 116.
<<

[10] *Polen-Juden-Schweizer*, Hrsg. P. Stauffer, Zúrich, 2004, pp. 187-191.
<<

[11] *The Katyn Forest Massacre*, vol. IV, p. 678. <<

[12] Report on alleged killing of 10,000 Polish officers by Russians in Smolensk area. OWI radio treatment, 19/IV/1943, ***http://research.archives.gov/description/6851173 <<***

[13] Outgoing Message No. 1095 from Military Intelligence Service to Military Attaché Cairo Indicating Gen. Strong's Interest in a Report about Katyn Affair only if German Complicity is Shown, 28/V/1943, ***http://research.archives.gov/description/6850508 <<***

[14] Incoming Message No. 46 from Cairo to War and Military Intelligence Division (MILID) Concerning the Announcement in the German Radio about Polish Officers Found in Mass Graves Near Smolensk, 19/IV/1943, ***http://research.archives.gov/description/6850507 <<***

[15] George Sanford, *Katyn and the Soviet Massacre of 1940. Truth, Justice and Memory*, Londres y Nueva York, 2005, p. 169. <<

[16] *Die Tagebücher*, t. II, Bd. 8, pp. 119, 124 y 126. <<

[17] *Berliner Börsenzeitung*, 15/IV/1943; *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 16/IV/1943. <<

[18] *Völkischer Beobachter*, 15-17/IV/1943. <<

[19] *Hamburger Fremdenblatt*, 17/IV/1943. <<

[20] *Die Tagebücher*, t. II, Bd. 8., pp. 119, 124 y 126. <<

[21] *Perepiska Predsedatelia Soveta Ministrov SSSR s prezidentami SShA i Premier-Ministrami Velikobritanii vo vremia Velikoi Otechestvennoi Voiny*, Izd. MID RF, Moscú, 2005, p. 114. <<

[22] Churchill, vol. IV, p. 761. <<

[23] Sanford, p. 170. <<

[24] *Perepiska*, p. 116. <<

[25] *The Katyn Forest Massacre*, vol. IV, pp. 1.223-1.225. <<

[26] Anders, pp. 91-92. <<

[27] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, p. 2.064. <<

[28] Kazimierz Skarżyński, *Raport Polskiego Czerwonego Krzyża*, Varsovia, 1989, p. 43. <<

[29] *Liberté* [Fribourg], 27/IV/1943, p. 1. <<

[30] Philip M. H. Bell, *British Public Opinion, Foreign Policy and the Soviet Union 1941-1945*, Londres, 1990, p.109. <<

[31] *Völkischer Beobachter*, 16/IV/1943, p. 3. <<

[32] *Die Tagebücher*, t. II, Bd. 8, pp. 174-175. <<

[33] *Kladderadatsch*, 23/V/1943, p. 6. <<

[34] Message to President Franklin D. Roosevelt from Winston Churchill, 25/IV/1943, ***http://research.archives.gov/description/6851134*** **<<**

[35] *Perepiska*, p. 121. <<

[36] Letter to President Franklin D. Roosevelt from Sumner Welles, 05/I/1943, images 4-5, ***http://research.archives.gov/description/6851130*** <<

[37] *Die Schweiz*, pp. 188 y 191. <<

[38] Sanford, p. 169. <<

[1] *Zbrodnia katyńska*, p. 105. <<

[2] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, p. 1.499. <<

[3] Ferdynand Goetel, *Czasy wojny*, Cracovia, 2005, pp. 99-111. <<

[4] Skarżyński, p. 17. <<

[5] Skarżyński, pp. 30 y 47. <<

[6] Goetel, p. 104. <<

[7] *Zbrodnia katyńska*, p. 208. <<

[8] Czesław Madajczyk, *Dramat katyński*, Varsovia, 1989, pp. 160 y 161. <<

[9] Skarżyński, p. 17. <<

[10] *Die Tagebücher*, t. II, Bd. 8, p. 231. <<

[11] *The Katyn Forest Massacre*, vol. III, p. 410. <<

[12] *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3 (1982), p. 486. <<

[13] Report-Katyn Forest Murders, 21/VI/1948, image 142-145, ***http://research.archives.gov/description/6256905*** ; Dossier on Katyn Forest Murders, 1948, images 18-19, ***http://research.archives.gov/description/6850550 <<***

[14] *Zbrodnia katyńska*, pp. 307-309. <<

[15] Dossier on Katyn Forest Murders, 1948, image 19, ***http://research.archives.gov/description/6850550 <<***

[16] Jarosław Pałka, *Generał Stefan Mossor (1896-1957). Biografia wojskowa*, Varsovia, 2008, pp. 155-159. <<

[17] *Raporty*, pp. 105 y 106. <<

[18] *Zeszyty Katyńskie*, 6, 1996, p. 107. <<

[19] *Die Tagebücher*, t. II, Bd. 8, p. 124. <<

[20] *Zeszyty Katyńskie*, 5, 1995, pp. 25 y 26. <<

[21] *Goniec Codzienny*, 03/VI/1943, p. 3. <<

[22] Persönlicher Stab Reichsführer SS // Bundesarchiv, NS 19/1762, pp. 3 y 5. <<

[23] Leon Kozłowski, *Moje przeżycia*, Varsovia, 2001, pp. 28-30, 42-43, 123-124 y 151-157. <<

[24] *Nowy Kurjer Warszawski*, 23/XII/1941, p. 1. <<

[25] *Raporty*, p. 105. <<

[26] *Zeszyty Katyńskie*, 1, 1990, S. 88. <<

[27] *Raporty*, pp. 165 y 432. <<

[28] Madajczyk, pp. 160 y 161. <<

[29] Skarżyński, pp. 15-17. <<

[30] Piotr Niedzielak, *Ostatnia ofiara Katynia*, Varsovia, 1990, p. 6. <<

[31] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VI, p. 1.627. <<

[32] *The Katyn Forest Massacre*, vol. III, p. 399. <<

[33] Skarżyński, pp. 38-44. <<

[34] *Die Tagebücher*, t. II, Bd. 8, p. 190. <<

[35] *Deutsche Politik*, p. 152. <<

[36] *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 3, 1982, pp. 497-499. <<

[37] *Zeszyty Katyńskie*, 1, 1990, p. 113. <<

[38] *Raporty*, pp. 174 y 175. <<

[39] Gersdorff, p. 142. <<

[1] Henri de Montfort, *Le Massacre de Katyn. Crime russe ou crime allemand?*, París, 1966, pp. 62-64. <<

[2] *La Vanguardia Española*, 27/IV/1943, p. 4. <<

[3] Conversación con su nieto prof. Antonio Piga Rivero, en Madrid, 04/XII/2014. El prof. Piga Rovero fue uno de los médicos forenses que embalsamaron al difunto jefe de Estado Francisco Franco en 1975. <<

[4] Despatches Concerning Statements on the Katyn Massacre, with Enclosures, 1952, images 17-20, ***http://research.archives.gov/description/6850490 <<***

[5] E-Mail de Antonio Piga Rivero, 10/IX/2017. <<

[6] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, p. 1.395. <<

[7] Antonio Piga Rivero y Teresa Alfonso Galán, «La masacre de Katyn y la ética pericial», *Actualidades del derecho sanitario*, n. 170, abril de 2010, pp. 247 y 248. <<

[8] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, pp. 1.414 y 1.416. <<

[9] *Despatches Concerning Statements on the Katyn Massacre, with Enclosures*, 1952, images 17-20, ***http://research.archives.gov/description/6850490 <<***

[10] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, pp. 1.421 y 1.422. <<

[11] *Katyń. Una verità storica negata. La perizia di V. M. Palmieri*, Ed. Luigia Melillo, Nápoles, 2009, p. 20. <<

[12] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, p. 1.422. <<

[13] *Das Massaker von Katyn*, 1/6, arte-Dokumentation, 2006, ***https://www.youtube.com/watch?v=diwAC6be7eE <<***

[14] *Zbrodnia katyńska*, p. 205. <<

[15] Amtliches Material, pp. 58 y 59. <<

[16] *Katyn et la Suisse. Experts et expertises médicales dans les crises humanitaires*, Ed. D. Debons *et al* ., Ginebra, 2009, p. 183. <<

[17] Gersdorff, p. 142. <<

[18] *Amtliches Material*, pp. 114-117. <<

[19] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, p. 1.599. <<

[20] *Katyn et la Suisse*, pp. 183-185. <<

[21] Anna E. Jessen, *Czaszka z Katynia. Opowieść o zbrodni*, Luborí, 2019.
<<

[22] *Schweizer Ärztezeitung*, n. 47, 2003, p. 2.511. <<

[23] *Katyń. Una verità*, pp. 33-41. <<

[24] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, pp. 1.409 y 1.614. <<

[25] *Evropa mezi Nemeckem a Ruskem. Sborník prací k sedmdesátinám Jaroslava Valenty* . Praga, 2000, pp. 509-514. <<

[26] *Het nationale dagblad*, 14/XII/1943, p. 1. <<

[27] Joris Dedeurwaarder, *Professor Speleers - een biografie*, Antwerpen, 2002, p. 761. <<

[28] *Polonia-Finlandia*, 3, 2008, pp. 5-8. <<

[29] *El Alcázar*, 04/V/1943, p. 6. <<

[30] Skarżyński, pp. 31 y 47. <<

[31] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, pp. 1.562 y 1.567. <<

[32] *Zeszyty Katyńskie*, 7, 1997, pp. 105 y 106. <<

[33] Antonio Moreno y Misael López, «Propaganda del odio: las exposiciones anticomunistas en el Tercer Reich», *Historia y Comunicación Social*, 19, 2014, p. 178. <<

[34] Pablo Sagarra, *Capellanes en la División Azul. Los últimos cruzados*, Madrid, 2012, p. 141. <<

[35] *Informaciones*, 15/IV/1943, p. 6; 19/IV/1943, p. 6, y 20/IV/1943, p. 1. <<

[36] *El Alcázar*, 15/IV/1943, p. 1. <<

[37] *El Alcázar*, 21/IV/1943, p. 1. <<

[38] *Arriba*, 25/IV/1943, p. 3. <<

[39] O. S. S. *Numbered Bulletins*, 23/IV/1943, image 4, ***http://research.archives.gov/description/6852561 <<***

[40] *Arriba*, 21/IV/1943, p. 3. <<

[41] *Informaciones*, 21/IV/1943, p. 1. <<

[42] César Vidal, *Paracuellos - Katyn: un ensayo sobre el genocidio de la izquierda*, Madrid, 2005, p. 175; Antony Beevor, *The Spanish Civil War*, Londres, 1999, p. 133; Paul Preston, *El holocausto español*, Barcelona, 2011, pp. 472-474; Julius Ruiz, *Paracuellos. Una verdad incómoda*, Barcelona, 2015, p. 83. <<

[43] Arkadi Vaksberg, *Neraskrytye tainy*, Moscú, 1993, pp. 10-12. <<

[44] Boris Frezinski, *Pisateli i sovietskaya vlast*, Moscú, 2008, p. 451. <<

[45] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, pp. 1.564-1.567. <<

[46] 11h-Konferenz vom 8. Abril de 1943 // Bundesarchiv, R055/00015, p. 77. <<

[47] E. Giménez Caballero, *La matanza de Katyn: visión sobre Rusia*, Madrid, 1943, p. 39. <<

[48] *Informaciones*, 30/IV/1943, p. 3. <<

[49] *Die Tagebücher,* t. II, Bd. 8, pp. 285 y 313. <<

[50] *Informaciones*, 18/VI/1943, p. 1. <<

[51] Giménez Caballero, pp. 7-8, 10, 17, 19, 24, 31-32 y 35-36. <<

[52] Xavier Moreno Julià, *La Divisón Azul. Sangre española en Rusia 1941-1945*, Barcelona, 2006, p. 95. <<

[53] Giménez Caballero, pp. 9-10 y 13-14. <<

[54] Frank-Rutger Hausmann, *Dichte, Dichter, Tage nicht! Die Europäische sohriftsteller - Vereinigung in Weimar,* 1941-1948, Fráncfort, 2013, p. 113. <<

[55] *Die Tagebücher*, t. II, Bd, p. 41. <<

[56] *Ibíd.,* Bd. 7. p. 217. <<

[57] Ernesto Giménez Caballero, *Memorias de un dictador*, Barcelona, 1981, pp. 173-175. <<

[58] Emmanuel Waegemans, «Een geweldige, ja kolossale vrees voor het bolsjewisme», Filip De Pillecyn naar het dodenwoud van Katyn (1943), *Filip De Pillecyn Studies* III, 2007, p. 157. <<

[59] Pierre Hubermont, *Khatyn ce n'est pas Katyn*, pp. 27 y 38-43 (manuscrito inédito, fechado el 07/XII/1976, Soma-Ceges/Bruselas). <<

[60] Ferdinand Vercnocke, *Ik was in Katyn!* Bruselas, 1943. <<

[61] Pierre Hubermont, *J'étais à Katyn. Témoignage oculaire*, Bruselas, 1943, p. 6. <<

[62] Fernand de Brinon, *France-Allemagne 1918-1934*, París, 1934, pp. 217 y 249. <<

[63] *Je suis partout*, 30/IV/1943, p. 1. <<

[64] Fernand de Brinon, *Mémoires*, París, 1949, pp. 168-170. <<

[65] De Brinon, pp. 170 y 171. <<

[66] *Je suis partout*, 09/VII/1943, pp. 1-9. <<

[67] Robert Brasillach, *Oeuvres Complètes*, t. V, París, 1964, pp. 641 y 642. <<

[68] *Die Tagebücher*, t. II, Bd. 8, p. 458. <<

[69] *La panique à «Je suis partout»,* Union Française d'Information et de Diffusion, 1 października, 1943, s. 2, ***http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k7620501j.r=Brasillach?rk=21459;2***
<<

[70] *Official File Regarding Alleged Loss of Top Secret Document Concerning the Katyn Massacre*, 1949-1954, image 175, ***http://research.archives.gov/description/6850555 <<***

[71] John Nettles, *Jewels and Jackboots.Hitler's British Islands*, St. Mary-Jersey, 2012. <<

[72] Bern Despatch n.º 8064 with Enclosures Regarding the Visit of Two American Officers Named J. H. Van Vliet and D. B. Stewart to Katyn, 05/02/1944, image 10, ***http://research.archives.gov/description/6850451*** **<<**

[73] Krystyna Piórkowska, *English-speaking Witnesses to Katyn*, Varsovia, 2012, p. 35. <<

[74] Copy of a Report by Captain Stanley S. B. Gilder titled «History of Visit Made to Katyn», 1944?, ***http://research.archives.gov/description/6850521 <<***

[75] *The Katyn Forest Massacre*, vol. I, pp. 6-9. <<

[76] *Ibíd.,* pp. 13-15. <<

[77] Copy of a Report by Captain Stanley S. B. Gilder titled «History of Visit Made to Katyn», 1944?, ***http://research.archives.gov/description/6850521 <<***

[78] Gersdorff, p. 142. <<

[79] Dossier on Katyn Forest Murders, 1948, images 184-185, ***http://research.archives.gov/description/6850549 <<***

[80] Piórkowska, p. 52. <<

[1] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, p. 2.073. <<

[2] Dennis Dunn, *Caught between Roosevelt and Stalin. America's Ambassadors to Moscow*, Lexington, 1998, p. 184. <<

[3] Walter L. Hixson, *American Diplomacy of the Second World War*, Nueva York, 2003. p. 152. <<

[4] Elizabeth K. MacLean, «Presidential Address. The Outcast and His Critics: Joe Davies and George Kennan and Louis Brandeis», *Ohoi Academy of History*, 2001, p. 2. *http://www.ohioacademyofhistory.org/2013/04/05/2001-proceedings/* <<

[5] Charles E. Bohlen, *Witness to History*, Nueva York, 1973, pp. 51-52. <<

[6] Joseph E. Davies, *Mission to Moscow*, Nueva York, 1941, pp. 67, 194-195, 269 y 270. <<

[7] Dunn, pp. 71 y 72. <<

[8] David H. Culbert, *Mission to Moscow*, Madison,1980, pp. 16 y 17. <<

[9] *Life*, n. 13, 29 de marzo de 1943, pp. 29 y 40. <<

[10] Herbert Feis, *Churchill-Roosevelt-Stalin. The War They Waged and the Peace They Sought*, Princeton NJ, 1957, pp. 131-133. <<

[11] Katyn, Dispatches, pp. 22-29. <<

[12] Sanford, pp. 172-173 y 180. <<

[13] Message to President Franklin D. Roosevelt from Winston Churchill, 13/VIII/1943, ID 6851129, ***http://research.archives.gov/description/6851129 <<***

[14] *Die Tagebücher*, t. II, Bd. 8, p. 209. <<

[15] *Katyn, Dispatches*, p. 10. <<

[16] Letter to President Franklin D. Roosevelt from Sumner Welles, 05/I/1943, images 4-5, ***http://research.archives.gov/description/6851130*** <<

[17] *Die Tagebücher*, t. II, Bd. 8, p. 178. <<

[18] Philip M. H. Bell, *John Bull and the Bear. British Public Opinion, Foreign Policy and the Soviet Union 1941-1945*, Londres, 1990, pp.114 y 120-125. <<

[19] Norman Davies, *Europe at War 1939-1945. No Simple Victory*, Londres, 2007, p. 182. <<

[20] Klemens von Klemperer, *German Resistance Against Hitler: The Search for Allies Abroad 1938-1945*, Oxford, 1994, pp. 272-276. <<

[21] *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 4, 1992, p. 572. <<

[22] Marie Vassiltchikov, *Berlin Diaries 1940-1945*, Nueva York, 1988, p. 99. <<

[23] Joseph E. Persico, *Roosevelt's Secret War. FDR and World War II Espionage*, Nueva York, 2002, pp. 77, 233 y 234. <<

[24] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, pp. 2.197 y 2.198. <<

[25] Persico, pp. 67 y 79. <<

[26] *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 4, 1992, p. 620. <<

[27] Heinz Höhne, *Canaris. Patriot im Zwielicht*, Múnich, 1976, pp. 462–464. <<

[28] Persico, p. 267. <<

[29] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, pp. 2.197 y 2.203. <<

[30] Pismo sotrudnika NKVD Vasilia Mironova direktoru FBR Guveru (poslano anonimno) 1943 g. ***http://allin777.livejournal.com/262701.html***
<<

[31] Stalin i kholodnaya voina. Izd. Institut vseobshchei istorii. Moskva 1998, pp. 147 y 148. <<

[32] John Earl Haynes y Harvey Klehr, *Venona-Decoding Soviet Espionage in America*, New Haven, Conn, 1999, p. 44. <<

[33] Allen Weinstein y Alexander Vassiliev, *The Haunted Wood. Soviet Espionage in America, the Stalin Era*, Nueva York 1999, p. 239. <<

[34] Persico, p. 377. <<

[35] *The Katyn Forest Massacre*, vol. III, p. 498. <<

[36] Letter from J. Edgar Hoover to Honorable Adolf A. Berle Enclosing a Copy of a Pamphlet Titled «Facts About the Severing of Relations Between the Soviet Government and the Polish Government in Exile», 31/XII/1943, ***http://research.archives.gov/description/6850457 <<***

[37] *New York Times*, 9 de septiembre de 1943, p. 27. ***http://www.4shared.com/web/preview/pdf/LCCaDCn- <<***

[38] Tadeusz Katelbach, *Rok złych wróżb (1943)*, Łomianki, 2005, p. 188. <<

[39] The National Archives: Churchill and Stalin-Documents from the British Archives, 1943. n. 48: Record of conversation at Soviet Embassy, Tehran, 1st December 1943, on the future of Poland. ***http://webarchive.nationalarchives.gov.uk/20031222065321/http://www.fco.gov.uk/Files/kfile/48-1.pdf <<***

[40] Churchill, vol. V, *Closing the Ring*, Londres, 1951, pp. 373 y 374. <<

[41] Persico, p. 273. <<

[42] *The Katyn Forest Massacre*, vol. IV, p. 740. <<

[43] Cenckiewicz, pp. 41-46. <<

[1] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, pp. 58-61. <<

[2] Frank Fox, God's Eye, *Aerial Photography and the Katyń Massacre*, West Chester, 1999. ***http://www.katyn-books.ru/archive/godseye/godseye-illustrations.htm <<***

[3] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, S. 65, 69-70. <<

[4] *Katyn 1940-2000*, pp. 429 y 430. <<

[5] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, pp. 62 y 63. <<

[6] Inesa Yazhborovskaya, Anatoli Yablokov y Valentina Parsadanova, *Katynski sindrom v sovetsko-polskij otnosheniaj*. Moscú, 2009, pp. 368-374. <<

[7] *Katyn 1940-2000*, pp. 429 y 430. <<

[8] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, pp. 70-72. <<

[9] Zakirov, p. 224. <<

[10] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, pp. 76-78. <<

[11] *Ibíd.,* 2, 1992, pp. 113 y 114. <<

[12] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, p. 65. <<

[13] *Vestnik katynskogo memoriala*, 3, 2004, pp. 9-18. <<

[14] Alexander Werth, *Russia at War 194-45*, Londres, 1964, p. 637. <<

[15] Richard E. Lauterbach, *These are the Russians,* Nueva York, 1945, pp. 108 y 116-119. <<

[16] Alexander G. Lovelace, «Spies in the News: Soviet Espionage in the American Media During World War II and the Beginning of the Cold War», *The Journal of Slavic Military Studies*, 28:2, 2015, p. 320. <<

[17] Averell Harriman y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin 1941-1946*, Nueva York, 1975, pp. 301 y 302. <<

[18] *Time*, 07/II/1944, p. 30. <<

[19] *Katyn 1940-2000*, pp. 433-437. <<

[20] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, pp. 80, 85-86. <<

[21] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VI, p. 1.771. <<

[22] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, p. 2.150. <<

[23] Harriman y Abel, p. 300. <<

[24] Ivan Tolstói, Niesostoyavshisia zagovor, Radio Svoboda, 09/X/2014, ***http://www.svoboda.org/content/article/26644087.html <<***

[25] Yazhborovskaya, pp. 368-374. <<

[26] Werth, pp. 662 y 663. <<

[27] Lauterbach, pp. 308-315. <<

[28] Moscow Despatch n. 207 with Enclosure Regarding the Investigation of Soviet Authorities of the Massacre of Polish Soldiers in the Katyn Forest, Near Smolensk, 23/II/1944, images 9-17, ***http://research.archives.gov/description/6850474 <<***

[29] Harriman Abel, pp. 301 y 302. <<

[30] Moscow Telegram n. 247 from W. Averell Harriman Regarding Trip to Smolensk and Examination of Evidence, 25/I/1944, File Unit 74ß.00116, ***http://research.archives.gov/description/6850473 <<***

[31] *Katyn 1940-2000*, p. 432. <<

[32] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, pp. 2.142-2.144. <<

[33] Zawodny, *Katyń*, pp. 139 y 140. <<

[34] *Gazeta Wyborcza-Duży format*, 13/XII/2004, p. 7. <<

[35] *Katyn Forest Murders, Vol. 1 D229548*, image 121, ***https://research.archives.gov/id/6850549?q=*:* <<***

[36] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, p. 88. <<

[37] *Polityka*, 18/II/1989, p. 14. <<

[38] *Zeszyty Katyńskie*, 2, 1992, pp. 113 y 114. <<

[39] Yazhborovskaya, p. 357. <<

[40] *Katyn. Despatches of Sir Owen O'Malley to the British government* . Introd. by L. FitzGibbon, Londres, 1972, ***http://collection.europarchive.org/tna/20070206143611/http://fco.gov.uk/files/kfile/secondomalley_whole.pdf <<***

[41] *Butler Memorandum*, pp. 28-33 (***webarchive.nationalarchives.gov.uk***). **<<**

[42] *Butler Memorandum*, p. 9. <<

[43] Laurence Rees, *World War II Behind Closed Doors: Stalin, the Nazis and the West*, Nueva York, 2010, p. 246. <<

[44] Sanford, p. 180. <<

[45] Intelligence Report n. 5678, «The Katyn Mass Graves», 30/X/1951, images 26-29 ***http://research.archives.gov/description/6850530*** **<<**

[46] *Goniec Krakowski*, 05/II/1944, p. 1. <<

[47] Lauterbach, p. 96. <<

[1] *Vestnik Katynskogo Memoriala*, 7, 2007, p. 115. <<

[2] Petrov, *Palachi*, p. 274. <<

[3] Pavel Sudoplatov, *Spetsoperatsii. Lubianka i Kreml 1930-1950 gody*, Moscú, 1997, p. 371. <<

[4] Haynes y Klehr, p. 45. <<

[5] *Vestnik Katynskogo Memoriala*, 10, 2010, pp. 43-45. <<

[6] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, p. 1.577. <<

[7] *Zeszyty Katyńskie*, 7, 1997, pp. 157 y 158. <<

[8] *Zeszyty Katyńskie*, 2, 1992, pp. 88 y 110. <<

[9] *Ibíd.,* 7, 1997, pp. 366-372. <<

[10] *Zeszyty Katyńskie*, 19, 2004, p. 84. <<

[11] *Tygodnik Powszechny*, 22/IX/2007, p. 11. <<

[12] *Ibíd.,* 13/I/2009, p. 8. <<

[13] *The Katyn Forest Massacre*, vol. IV, p. 847. <<

[14] Goetel, pp. 145-147. <<

[15] Skarżyński, pp. 16 y 80. <<

[16] *Butler Memorandum*, pp. 36 y 37. <<

[17] *Zbrodnia katyńska*, pp. 199-245. <<

[18] *Zeszyty Katyńskie*, 14, 2002, pp. 7-9 y 26-28. <<

[19] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, pp. 1516 y 1517. <<

[20] *Komunizm. System-ludzie-dokumentacja* . Rocznik naukowy, I.2012, p. 222. <<

[21] Skarżyński, p. 59. <<

[22] *Zeszyty Katyńskie*, 14, 2002, pp. 7-9 y 26-28. <<

[23] Wojciech Materski, *Mord Katyński. Siedemdziesiąt lat drogi do prawdy*, Varsovia, 2010, p. 49. <<

[24] Skarżyński, p. 81. <<

[25] Materski, pp. 50 y 51. <<

[26] *Zeszyty Katyńskie*, 19, 2004, pp. 87-92. <<

[27] *Tko je tko u NDH* : Hrvatska 1941-1945. Zagreb, 1997, pp. 275 y 276.
<<

[28] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, p. 91. <<

[29] *Istorichesko badeshche*, 1-2/2004, p. 218. <<

[30] *Katyn et la Suisse*, pp. 161-164. <<

[31] *Katyń. Una verità*, p. 55. <<

[32] *Katyn et la Suisse*, pp. 172-176. <<

[33] Report-Information on the Katyn Forest Incident, 01/V/1952, image 10, ***http://research.archives.gov/description/6256952 <<***

[34] *Evropa mezi Nemeckem a Ruskem*, pp. 513-515. <<

[35] *Polonia-Finlandia*, 3, 2008, s. 5-8. <<

[36] *Katyn et la Suisse*, p. 183. <<

[37] Joris Dedeurwaarder, *Professor Speleers-een biografie*, Antwerpen, 2002, p. 792. <<

[38] Despatch-Dr. Hermann de BURLET, 05/VII/1952, ***http://research.archives.gov/description/6882848 <<***

[39] *Katyn et la Suisse*, pp. 77-92. <<

[40] *Filip De Pillecyn Studies*, I (2005). <<

[41] *Encyclopédie du Mouvement wallon*, t. II, Namur, 2000, p. 820. <<

[42] Pierre Hubermont, *Khatyn ce n'est pas Katyn* (manuscrito inédito, fechado el 07/XII/1976, Soma Ceges-Bruselas). <<

[43] Robert Brasillach, *Les raisons d'un engagement*, París, 1946, p. 33. <<

[44] Giménez Caballero, *Memorias*, p. 181. <<

[1] *Le Monde*, 21/I/1945, p. 2. <<

[2] Copy of a Report from Stockholm, Sweden Presenting Views on *The Katyn Forest Massacre*, 01/VI/1944, image 1, ***http://research.archives.gov/description/6850526 <<***

[3] Erich Jochansen, zakliuchonny 40311, ***http://katynfiles.com/content/romanov-katyn-disinfo.html <<***

[4] *New York Times*, 29/VI/1945, p. 2. <<

[5] Adam Basak, *Historia pewnej mistyfikacji. Zbrodnia Katyńska przed Trybunalem Norymberskim*, Wrocław, 1993, p. 110. <<

[6] Sanford, p. 186. <<

[7] Telford Taylor, *The Anatomy of the Nuremberg Trials. A Personal Memoir*, Londres, 1993, p. 218. <<

[8] Mr. Justice Jackson, *Four Lectures in His Honour*, Nueva York, 1969, pp. 117 y 118. <<

[9] George Orwell, *The Collected Essays, Journalism and Letters*, vol. III, Eds. Peter H. Davison & al., Londres, 1968, p. 389. <<

[10] Tatiana Stupnikova, *Nichego krome pravdy. Niurnberg-Moskva*, Moscú, 1998, pp. 102-105. <<

[11] Jurij Zoria, *Droga do prawdy o Katyniu*, Varsovia, 1994, p. 63. <<

[12] *Izvestia Sovetov deputatov trudiashchijsia SSSR*, 29/XII/1945, p. 5. <<

[13] Personenrecherche II B 4-677 (141218/32), *Deutsche Dienststelle*, Berlín, 21/I/2015. <<

[14] Pavel Luknitski, *Leningrad deistvuyet... Frontovoi dnevnik*, t. 3, Leningrado, 1968. <<

[15] Yazhborovskaya, pp. 336 y 337. <<

[16] *Pravda*, 05/I/1946, p. 5. <<

[17] Leningradski protsess-Istoria Rossii-Sovietski Niurnberg, ***http://histrf.ru/biblioteka/Soviet-Nuremberg/Leningradsky-process <<***

[18] Eichborn, p. 4. <<

[19] *Die Zeit*, 22/VII/1988, p. 10. <<

[20] Gersdorff, p. 207. <<

[21] Schlabrendorff, p. 351. <<

[22] Michael Salter, *Nazi War Crimes, US Intelligence and Selective Prosecution at Nuremberg*, Nueva York, 2007, p. 321. <<

[23] Persico, pp. 424 y 425. <<

[24] Weinstein y Vassiliev, p. 250. <<

[25] Salter, p. 337. <<

[26] Memorandem, Haltung der Kirchen Deutschlands zu Hitler-Donovan Nuremberg Trials Collection, pp. 3 y 4, ***http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=nur;idno=nur02386;view=image;seq=1 <<***

[27] Fabian von Schlabrendorff, *Relationship of the German General Staff with Hitler // Donovan*, pp. 3 y 4, ***http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=nur;idno=nur00655;view=image;seq=1 <<***

[28] Stellungnahme zu n. 1 of the indictment // Donovan, pp. 3 y 4, ***http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=nur;idno=nur02061;view=image;seq=1 <<***

[29] Fabian v. Schlabrendorff, *Begegnungen in fünf Jahrzehnten*, Tubinga, 1979, p. 354. <<

[30] General Donovan, Memorandum for Mr. Justice Jackson/ SECRET/ Donovan, p. 1, ***http://ebooks.library.cornell.edu/cgi/t/text/pageviewer-idx?c=nur;idno=nur02066;view=image;seq=1 <<***

[31] Dear Bob/ The Katyn forest murder// Donovan, p. 1, ***http://library2.lawschool.cornell.edu/donovan/pdf/Batch_9/Vol_XIX_61_01_13.pdf <<***

[32] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, p. 2.277. <<

[33] Salter, p. 349. <<

[34] Taylor, p. 639. <<

[35] *Ibíd.,* p. 469. <<

[36] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, pp. 1.541-1.544. <<

[37] Anders, pp. 402 y 403. <<

[38] Peter Davison, *George Orwell-a Literary Life*, Nueva York 1996, p. 161. <<

[39] Orwell, *Collected Essays*, vol. IV, p. 238. <<

[40] *L'Humanité*, 12/I/1945, p. 1. <<

[41] Montfort, p. 181. <<

[42] Gersdorff, pp. 194 y 195. <<

[43] Rudolph Frhr. V. Gersdorff, The Truth about «Katyn», pp. 1 y 8, ***http://downloads.sturmpanzer.com/FMS/NARA_FMS_A917.pdf <<***

[44] Taylor, p. 471. <<

[45] *Die Zeit*, 22/VII/1988, p. 10. <<

[46] Schlabrendorff, *Begegnungen*, pp. 351-353. <<

[47] Taylor, p. 183. <<

[48] *Zeszyty Katyńskie*, 23, 2008, pp. 61 y 94. <<

[49] *Katynskaya drama*, pp. 160-162. <<

[50] *Novaya Polsha*, 1, 2007, p. 55. <<

[51] Yazhborovskaya, pp. 336-337 y 356. <<

[52] Conversación con Sabine Koch, hija de Dürre, en Leverkusen, 17/V/2016. <<

[53] *Nuremberg Trial*, pp. 275-286. <<

[54] *Ibíd.,* pp. 297-308. <<

[55] *Ibíd.,* pp. 309-320. <<

[56] Gersdorff, p. 199. <<

[57] *Nuremberg Trial*, pp. 324-331. <<

[58] *Vestnik Katynskogo Memoriala*, 10, 2010, p. 45. <<

[59] *Nuremberg Trial*, p. 351. <<

[60] Menshaguin, pp. 159 y 160. <<

[61] Basak, p. 111. <<

[62] Churchill, vol. IV, pp. 760 y 761. <<

[63] Schlabrendorff, *Offiziere*, p. 108. <<

[64] *Wirtschaftswörterbuch. Deutsch-Spanisch. Spanisch-Deutsch.* 2 vol., Burscheid, 1972-1974. <<

[1] *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 4, 2000, p. 625. <<

[2] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, p. 2.204. <<

[3] Materski, p. 44. <<

[4] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, pp. 2.197, 2.203 y 2.204. <<

[5] Julius Epstein, *The Mysteries of the Van Vliet Report. A Case History*, Chicago, 1951, pp. 3-16. <<

[6] Arthur Bliss Lane, *I saw Poland Betrayed. An American Ambassador Reports to the American People*, Indianapolis N. Y., 1948, p. 67. <<

[7] Lane, pp. 303 y 304. <<

[8] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, pp. 2.001 y 2.002. <<

[9] David McCullough, *Truman,* Nueva York, 1992, p. 451. <<

[10] Letter from Mrs. James F. Connors Regarding The Voice of America Broadcast on *The Katyn Forest Massacre and Related Documents*, 12/XII/1950, ***http://research.archives.gov/description/6850483 <<***

[11] *Zeszyty Katyńskie*, 12, 2000, p. 89. <<

[12] 000.5 (29 Jul 49) 1 Jan 51 thru 31 Dec 51, Massacre of Polish Army Officers, image 203, ***http://research.archives.gov/description/7851352 <<***

[13] *The Katyn Forest Massacre*, vol., VII, p. 2.267 <<

[14] Lane, p. 255. <<

[15] *Katyn Forest Murders,* vol. 1 D229548, images 60-87, ***https://research.archives.gov/id/6850549?q=*:* <<***

[16] Dossier on Katyn Forest Murders, 1948, images 60-87, ***http://research.archives.gov/description/6850549 <<***

[17] Haynes y Klehr, p. 237. <<

[18] *The New York Times*, 21/IX./1950, p. 31. <<

[19] Julius Epstein, *The Mysteries*, Chicago, 1951. <<

[20] *The Katyn Forest Massacre*, vol. III, pp. 225-309. <<

[21] Memorandum from Matthew J. Connelly to Harry S. Truman, 06/II/1952, ***http://research.archives.gov/description/6851098*** **<<**

[22] *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 4, 2000, pp. 623 y 624. <<

[23] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, pp. 2.204-2.205 y 2.214. <<

[24] Confidential [Nueva York], 8, 1958, p. 57, ***http://www.oldmagazinearticles.com/1943-german-peace-feelers_pdf <<***

[25] *The Katyn Forest Massacre*, vol., VII, pp. 2.127, 2.134-2.147. <<

[26] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VII, pp. 1.972 y 2.223. <<

[27] *The Katyn Forest Massacre*, vol. II, p. 143-146. <<

[28] *Zeszyty Katyńskie*, 7, 1997, p. 366 y 367. <<

[29] *The Katyn Forest Massacre*, vol. IV, p. 605 y 606. <<

[30] *Polonia-Finlandia*, 4, 2008, p. 7. <<

[31] Despatches Concerning Statements on the Katyn Massacre, with Enclosures, 1952, images 17-22, ***http://research.archives.gov/description/6850490 <<***

[32] *Katyn et la Suisse*, pp. 52 y 53. <<

[33] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, pp. 1.480, 1.613 y 1.620. <<

[34] *Ibíd.,* vol. III, pp. 317 y 318 <<

[35] *Tko je tko u NDH, Hrvatska 1941-1945*, Zagreb, 1997, pp. 275 y 276.
<<

[36] *Katyn et la Suisse*, pp. 172-176. <<

[37] *The Katyn Forest Massacre*, vol. V, pp. 1.305 y 1.314. <<

[38] «Events Leading up to Putsch of 20 July (1944)/ Secret», Donovan Nuremberg Trials Collection, S. 3-4 (*ebooks.library.cornell.edu*, Vol XCIII). <<

[39] *The Saturday Evening Post*, 20/VII/1946. <<

[40] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VI, p. 1.799. <<

[41] Sanford, p. 178. <<

[42] Meeting with George Orwell; progress report from RIO(S); paper on Communist Strategy in South East Asia, 1949, The National Archives, FO 1110/189, ***http://discovery.nationalarchives.gov.uk/details/r/C242365 <<***

[43] *The New York Review of Books*, 25/IX/2003, pp. 7-15. <<

[44] *Butler Memorandum*, p. 12. <<

[45] *The Katyn Forest Massacre*, vol. VI, p. 1.800. <<

[46] *Selected Committee On The Katyn Forest Massacre*, Final Report (House Report No. 2505), 22 de diciembre de 1952, Washington, 1952. <<

[47] Report-Katyn Forest Incident, 22/V/1952, images 3, 8, ***http://research.archives.gov/description/6256922 <<***

[48] *Evropa mezi Nemeckem a Ruskem*, pp. 513-515. <<

[49] Ray J. Madden to Harry S. Truman and Matthew J. Connelly, with Attached Internal Notes, 19/I/1952 - 21/I/1952, image 4, ***http://research.archives.gov/description/6851099 <<***

[50] Yazhborovskaya, pp. 336 y 337. <<

[51] *Katyn et la Suisse*, p. 186. <<

[52] *Official File Regarding Alleged Loss of Top Secret Document Concerning the Katyn Massacre*, 1949-1954, images 171-178, ***http://research.archives.gov/description/6850555 <<***

[53] Newly-discovered US witness report describes evidence of 1939 Katyn massacre, ***http://www.foxnews.com/world/2014/01/09/newly-discovered-us-witness-report-describes-evidence-13-katyn-massacre/ <<***

[54] Report-Katyn Forest Murders, 21/VI/1948, image 116, ***http://research.archives.gov/description/6256905 <<***

[55] Dossier on Katyn Forest Murders, 1948, images 97-99, ***http://research.archives.gov/description/6850549 <<***

[56] Ideological Special No. 71 Titled «What the Katyn Hearings Have Brought Out So Far», 19/II/1952, ***http://research.archives.gov/description/6850536 <<***

[1] *Pravda*, 12/III/1952, p. 3. <<

[2] *Rzeczpospolita*, 12/IV/2000, p. 12. <<

[3] Dossier on Katyn Forest Murders, 1948, image 19, ***http://research.archives.gov/description/6850550 <<***

[4] Pałka, pp. 330-369. <<

[5] *Komunizm*, I, 2012, pp. 215-227. <<

[6] *Trybuna Ludu*, 01/III/1952, p. 1. <<

[7] Zawodny, p.142. <<

[8] *Komunizm*, I, 2012, p. 215. <<

[9] Bolesław Wójcicki, *Prawda o Katyniu*, Varsovia, 1953, pp. 5-13 y 68-91.
<<

[10] Serguéi Romanov, *Katyn v «dele Berii»,* ***http://katynfiles.com/content/romanov-katyn-beria-trial.html <<***

[11] Petrov, *Palachi*, p. 72 y 102. <<

[12] Arkadi Vaksberg: *Neraskrytye tainy* . Moscú 1993, pp. 80-85. <<

[13] Katyń, Dokumenty, t. 2, p. 465. <<

[14] Petrov, *Palachi*, pp. 201-201. <<

[15] *Rzeczpospolita*, 07/IV/2010, p. 10. <<

[16] *Newsweek Historia*, 4, 2015, p. 37. <<

[17] *Zeszyty Katyńskie*, 2, 1992, p. 144. <<

[18] Yazhborovskaya, p. 213. <<

[19] *Zeszyty Katyńskie*, 2, 1992, p. 391. <<

[20] Materski, p. 67. <<

[21] Menshaguin, pp. 131-132 y 142-143. <<

[22] *Washington Post*, 02/VII/1974; *New York Times*, 02/VII/1974, p. 1. <<

[23] *Sunday Times Magazine*, 28/V/1972, p. 5. <<

[24] Maresch, p. 347. <<

[25] The Butler Memorandum, Katyn in the Cold War (***webarchive.nationalarchives.gov.uk***) **<<**

[26] *O prawdę i sprawiedliwość. Pomnik katyński w Londyniu*, Ed. Stanisław Grochowski, Londres, 1977, p. 20. <<

[27] Materski, pp. 68 y 69. <<

[28] *Czarna księga cenzury* PRL, t. I, Londres, 1977, p. 63. <<

[29] *Remembering Katyn*, Ed. A. Etkind *et al* ., Malden, 2012, p. 19. <<

[30] *Zeszyty Katyńskie*, 5, 1995, pp. 150 y 151. <<

[31] *Biuletyn katyński*, 1, 33, l991, pp.1-3. <<

[32] *Biuletyn Institutu Pamięci Narodowej*, 4, 2010, pp. 76-82. <<

[33] Grażyna Czermińska, *Poświęcając życie prawdzie* [Documental], Televisión Polaca (TVP), 2014. <<

[34] *Katyń 1940*, *Walka*, pp. 244-246. <<

[35] Piotr Litka, *Katyński kurier. Ks. Stefan Niedzielak*, Carcovia, 2010, pp. 22 y 23. <<

[1] Yazhborovskaya, pp. 262 y 279. <<

[2] Jarema Maciszewski, *Katyń: wydrzeć prawdę*, Varsovia 1993, pp. 10-13.
<<

[3] Yazhborovskaya, p. 277. <<

[4] Materski, p. 72. <<

[5] Natalia Lebedeva, *Katyn-Prestuplenie protiv chelovechestva*, Moscú, 1994, pp. 4-6. <<

[6] Rosja a Katyń. Wyd. Ośrodek «Karta»,Varsovia, 2010, pp. 21 y 24. <<

[7] Yazhborovskaya, pp. 264 y 265. <<

[8] Valeri Boldin, *Krushenie piedestala. Striji k portretu Gorbachova*, Moscú, 1995, p. 256. <<

[9] *Katyń 1940 . Walka*, pp. 244-247. <<

[10] *Katynskaya drama*, p. 166. <<

[11] *Moskovskie Novosti*, 06/VIII/1989, p. 6. <<

[12] *Novaya Polsha*, 1, 2005, pp. 50 y 239. <<

[13] Zakirov, pp. 201, 204, 222-224 y 242. <<

[14] *Novaya Polsha*, 1, 2007, p. 58. <<

[15] Zakirov, pp. 212, 237 y 251. <<

[16] *Novaya Polsha*, 9, 2000, pp. 63-69. <<

[17] Lebedeva, *Katyn*, p. 306. <<

[18] *Novaya Polsha*, 1, 2007, pp. 55-59. <<

[19] Yazhborovskaya, p. 308. <<

[20] *Newsweek Historia*, 4, 2015, p. 37. <<

[21] Boldin, pp. 257-261. <<

[22] Serguéi Stryguin, L. M. Kaganovich o Katynskom dele/ katyn.ru, 18/II/2010, ***http://www.katyn.ru/index.php?go=Pages&in=view&id=936***
<<

[23] Boldin, p. 256. <<

[24] Aleksandr Yakovlev, *Sumerki*, Moscú, 2005, p. 422. <<

[25] *Novaya Polsha*, 11, 2005, p. 84. <<

[1] Materski, p. 79. <<

[2] Zakryty paket n. 1 i soputstvuyushchie dokumenty iz Arjiva Prezydenta Rossiyskoi Federatsii. Cherno-belye zaverennye kopii, peredannye Polshe 14 oktiabria 1992 goda, ***http://katynfiles.com/content/sealed-envelope-aprf-xerox.html <<***

[3] *Katyn. Plenniki*, p. 40. <<

[4] Jan Paweł II, *Dzieje Polski*, Ed. Ks. Prof. Andrzej Zwoliński, Radom, 2011, p. 270. <<

[5] *Zeszyty Katyńskie*, 5, 1995, p. 146. <<

[6] *Novaya Polsha*, 1, 2005, p. 50. <<

[7] *Novaya Polsha*, 1, 2007, pp. 55-59. <<

[8] *Zeszyty Katyńskie*, 5, 1995, pp. 68-72. <<

[9] *Zbrodnia katyńska*, Polskie śledztwo, p. 160. <<

[10] *Katyń. Dokumenty*, t. 2, pp. 453 y 465. <<

[11] Uroki istorii XX veka, 24.XII.2012 g., *http://urokiistorii.ru/current/view/51657* <<

[12] Lovelace, p. 320. <<

[13] *Polska Agencja Prasowa* (PAP), 4.VI.1995. <<

[14] Materski, p. 88. <<

[15] *Katyń 1940. Walka*, pp. 162-164. <<

[16] *Rosja a Katyń*, pp. 117 y 118. <<

[17] *Smolenskaya Gazeta*, 03/VII/2007, p. 3. <<

[18] *Pravo* [Moscú], 1, 1998, p. 77-79. <<

[19] Yuri Mujin, *Katynski detektiv*, Moscú, 1996; *Antirossiyskaya podlost*, Moscú, 2003. <<

[20] Elena Prudnikova e Ivan Chiriguin, *Katyn. Lozh, stavshaya istoriey*, Moscú, 2011. <<

[21] *Nemtsy v Katyni. Dokumenty o rasstrele polskij voennoplennyj oseniu 1941 g* . Izd. R. Kosolapov i dr. Moscú, 2010, p. 5-6. <<

[22] *Ibíd.,* p. 6. <<

[23] Catherine Devilliers, *Les hirondelles du printemps 1943. le retour à 0... et c'est ainsi que commença Katyn*, París, 1964. <<

[24] *Tainy katynskoi tragedii, materialy «kruglogo stola»*, Moscú, 2010, p. 159. <<

[25] *Newsweek Historia*, 4, 2015, p. 43. <<

[26] *Rzeczpospolita*, 02/VI/2010, p. 5. <<

[27] *Novaya Gazeta*, 25/XII/2009, p. 2. <<

[28] *Katyń 1940. Walka*, pp. 182-185. <<

[29] *Gazeta Wyborcza*, 08/IV/2010, p. 3. <<

[30] *Fakt*, 08/IV/2010, p. 3. <<

[31] *L'Osservatore Romano*, 18/VII/2012, p. 1. <<

[32] Katynskie dokumenty. Zakryty paket n. 1. Isvetnye izobrazhenia ***http://katynfiles.com/content/sealed-envelope-color.html <<***